

PUEBLO

MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PIRELA




MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA


EDICIONES

COLECCIÓN CONTINENTES

Pueblo

Miguel Ángel Pérez Pirela

Pueblo



1ª. edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2010
2ª. edición en ediciones cubanas Sed de Belleza, 2020
3ª. edición en Fundación para la Cultura y las Artes Fundarte, 2020
4ª. edición en La Iguana Ediciones y Monte Ávila Editores
Latinoamericana, 2024

Pueblo

© Miguel Ángel Pérez Pirela

Edición: Miguel Ángel Pérez Pirela
Diagramación: Fabiola Emperatriz Arneaud
Portada: Rita Soteldo

© Laiguana.tv
Presidente: Miguel Ángel Pérez Pirela
La Iguana Ediciones
Directora: Ximena González Broquen
Caracas, Plaza Venezuela, Torre Phelps, piso 20
Email: mercadeolaiguana@gmail.com
www.laiguana.tv
Instagram/[laiguanatv](https://www.instagram.com/laiguanatv)
Facebook/[iguana.tv](https://www.facebook.com/iguana.tv)
x/[la_iguanatv](https://twitter.com/la_iguanatv)

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2024
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58 212) 485.0444
www.monteavilaeditores.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2024000987
ISBN: 978-980-01-2449-9

*Para Ximena, porque antes de ser leídas estas líneas por ustedes,
fueron escuchadas por ella.*

Una novela de vanguardia

(Prólogo a la edición cubana)

Mientras me dejaba conquistar por las páginas de esta novela insólita, este libro cuya clasificación expande, a la vez que elude, toda definición o encasillamiento; mientras me dejaba conducir (y no se trata en absoluto de una metáfora), inconscientemente, por la música delirante e imaginativa de las palabras que hilan esta, llamémosle, sí, novela, pues, ciertamente, es posible, como en la lectura de cualquier novela, seguir una trama, y, como en toda novela, su orden responde a la narración, más o menos lógica, de un argumento, al desarrollo de un conflicto y, como en algunas de las mejores novelas del Boom o del Posboom, en esta se entrecruzan tramas y florece, caprichosamente, un dictador, figura patrimonial, si fuera esto posible, de nuestras literaturas; en fin, mientras me entregaba a las páginas de *Pueblo* comprobaba cuánta razón cabía a Evgueni Evtushenko cuando, en las palabras finales de su paradigmático *Elogio para la poesía*, confiesa:

No puedo creer cuando alguien dice: «Soy admirador de la poesía, pero me gustan las novelas y no entiendo la poesía».

Estoy seguro de que este alguien tampoco entiende la prosa, sigue solamente el contenido, perdiendo el orden mágico de las palabras que también es natural de la gran prosa. La música es fundamental al contenido del poema o de la novela.¹

¿Cómo no coincidir con el gran poeta ruso? A mí, que en el fondo quizás no soy otra cosa que un perenne lector de poesía, siempre me han parecido más logradas aquellas obras cuya música es ineludible. Son ellas las que nos guían mediante los sentidos más que con la razón. Argumento, tramas, conflicto, si bien imprescindibles para sostener una arquitectura narrativa de determinada envergadura, se enriquecen y pasan a un segundo plano cuando el lenguaje es capaz de entrar en nuestra mente y hacer que sigamos un determinado ritmo. Si la obra puede lograr este efecto alucinante (quizá también alucinógeno, como ciertas yerbas o arbustos de la América aquí encarnada), probablemente todo lo demás comience a ser secundario.

Un buen ejemplo de lo que tratamos de argumentar sería la obra maestra de Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, donde una vez que se ha entrado en su mundo onírico descubrimos que el lenguaje es parte esencial de ese universo. García Márquez se apoya en la adjetivación, sin embargo, si quitáramos ciertos adjetivos el ritmo de la obra se vendría abajo y, con ello, todo el universo narrativo. En *Cien años...* el lenguaje forma parte del cuerpo mismo de la narración, no en una búsqueda frívola, sino de una manera sustancial que responde a la propia construcción circular del argumento.

Si me he referido a este aspecto de la gran novela latinoamericana no es para hacer una comparación tácita, sino porque creo que esta breve —si la comparáramos con las grandes novelas del

1 Evgueni Evtushenko: *El viento de la mañana*, Colección Sur/Editores, Proyecto Cultural Sur, La Habana, Cuba, 2010.

Boom, pero ambiciosa aun comparándola con ellas— novela de Miguel Ángel Pérez Pirela, logra sintetizar dos de las mejores herencias del Boom latinoamericano: una escritura musical capaz de sugestionar y conducir al lector mediante su oído, y un manejo paradigmático de los procedimientos narrativos, ambas herencias descienden de dos de los más reconocidos paradigmas de la nueva novela latinoamericana: García Márquez y Vargas Llosa. Si Vargas Llosa exhibió un despliegue técnico incomparable y jamás visto en la novela moderna, García Márquez marcó el ritmo de la novela como si se tratara de un músico superdotado.

Miguel Ángel Pérez Pirela, como García Márquez, no es músico,² pero sabe marcar el ritmo de una manera que algunos músicos envidiarían, y me atrevería a asegurar que como muy pocos de los escritores del Posboom, especialmente de los grupos Crack y McHondo, para nombrar solo a los más estudiados, leídos y difundidos de la nueva narrativa latinoamericana.³ Mientras que los escritores del Crack y McHondo apuestan por una novela fundamentalmente de anécdota, enfocada en la trama y en el cambio de voces y puntos de vista, aspectos técnicos que están en la superficie y que, por

2 Cuando afirmamos que Miguel Ángel Pérez Pirela no es músico, lo hacemos en el sentido profesional. Su participación como cantante polifónico en un coro, desde los 10 años y hasta los 20, y además, como violinista en una orquesta, pone en crisis dicha opinión. Este temprano ejercicio debió dejar una raíz musical nada desdeñable, y, del mismo modo, quizás también impulsar las preocupaciones musicales que apoyan la estructura y el tema de Pueblo.

3 Es necesario acotar que, autores como Roberto Bolaño o Andrés Neuman no están exentos de este don maravilloso. Los detectives salvajes, es sin lugar a duda, una de esas novelas en las que el ritmo permite una lectura puramente rítmica, lo mismo puede decirse de El viajero del siglo, de Neuman. Sin embargo, aunque es evidente que Miguel Ángel Pérez Pirela conoce suficientemente la obra del chileno, y probablemente la del argentino-español, sus antecedentes no me parece encontrarlos en escritores de esta generación, sino en cuatro o cinco autores que marcaron una etapa difusa entre el Boom y el Posboom: Augusto Roa Basto, Guillermo Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, Severo Sarduy, y el argentino Manuel Puig.

ende, resultan mucho más fáciles de asimilar, bastaría con echar una mirada ligeramente crítica la narrativa latinoamericana para encontrarse con una saturación de novelas escritas con dichos procedimientos, algunas obras importantes; pues bien, mientras que estos autores apuestan por una escritura hegemónica (creo que podemos llamarla así, dado su predominio estilístico y su imposición por parte de las editoriales que dominan el mercado del libro, al que no se han resistido incluso autores de reconocido prestigio de nuestro país), Miguel Ángel Pérez Pirela desarrolla una escritura contrahegemónica, difícil, pulcra, que no se asienta en la trama ni en procedimientos técnicos prototípicos, sino en una prosa de un altísimo vuelo, una escritura que, si bien asume una voz denunciante, no se centra en la denuncia, sino en su propio valor artístico, su despliegue técnico se complejiza evadiendo facilismos técnicos (mudas pactadas, cambio de voces marcadas, etc.), y florece en cambios de voces repentinos, rítmicos, delirantes, oníricos, musicales, en una imaginación creadora que hace estallar la escritura lógica, abusada en la nueva novela, y deviene una especie de alucinación narrativo-musical, donde abundan los neologismos, las escrituras desesperadas, desestructuradas, monólogos-cánticos.

A golpe de jazz se ha escrito este libro.

Traigo a colación el jazz porque podría ser ese el título de esta obra, podría llamarse *Jazz* en lugar de *Pueblo*, pues no resulta nada casual que en uno de esos diálogos alucinantes a que asistimos en Pueblo, Gobernador pregunte «qué rayos es ese ruido», y Secretario conteste simplemente, «Es jazz, el pueblo se ha llenado de jazz». Y ese jazz, que escuchamos y que inunda y desborda toda la obra, es el ritmo que Miguel Ángel Pérez Pirela logra imponer a lo largo de la novela. No es casual, decía, que se trate precisamente del jazz, género

que, como se conoce (aunque no es impropio recordar) surge en los EE.UU. a finales del siglo XIX, producto de la confrontación de los negros con la música europea, y que, según afirma Joachim-Ernst Berendt, en su ya clásico *El jazz: de Nueva Orleans al jazz rock*:

La instrumentación, melodía y armonía del jazz se derivan principalmente de la tradición musical de Occidente. El ritmo, el fraseo y la producción de sonido, y los elementos de armonía de blues se derivan de la música africana y del concepto musical de los afroamericanos.⁴

De estas palabras del célebre productor discográfico norteamericano podemos inferir que, al enfrentarse a la narración partiendo de un referente como el jazz, Miguel Ángel Pérez Pirela se propone precisamente eso, recrear ritmos, fraseos, y sonidos, que pueden ser constatados mediante la lectura (en este trabajo no me propongo citarlos porque el lector podrá consultar la obra), y que tanto el jazz como la novela tienen entre sus signos más característicos la sensibilidad popular.

La imbricación de la música y el lenguaje es aquí una constante, ambos son obsesiones, ambos se nos presentan como motores, generadores tanto de sentido como de geografía. La propia novela se origina a partir de la obsesión por las palabras de uno de sus personajes; nace de un acto creativo de improvisación y juego, como el jazz.

De un modo similar ocurre con la búsqueda constante de sonoridades, palabras que juegan en un plano fonético con otras palabras, repeticiones, secuencias rítmicas creadas a partir de la anáfora o de la repetición de un período o una palabra dada: «manchado espejo manchado», «eso que todos

4 Joachim-Ernst Berendt: *El jazz: de Nueva Orleans al jazz rock*, 1994, (pp. 695) Edición digital, archivo personal del autor.

fichaban como ese ruidito ese», «de su intuición triste, de su triste intuición», «en la misma pequeña puerta pequeña», «a pesar del pasar de las estaciones», «el mago de nuestra ilustre burocracia tan nuestra», sobran ejemplos.

Otro de los elementos que destacan en *Pueblo*, y que es un rasgo típico de su espíritu moderno,⁵ es decir, contemporáneo, es su autoconciencia irónica, su conciencia de creación en tanto novela, reflexión de sí misma: *Pueblo* como el producto de la imaginación de un ente imaginado.

Como señalé, una improvisación:

A partir de la palabra «pueblo» Prisionero hacía entonces florecer un sistema de otras palabras que, por siempre, acompañarían a esa palabra convertida ahora en una novela. Esa palabra mutaba por siempre su significado y, a partir de ese momento, según la definición de ese diccionario, Pueblo no quería decir Pueblo, sino la novela apenas escrita.

Uno de los hallazgos indiscutibles de *Pueblo* es Gobernador. Un tirano transido por el amor, por su origen y por su incapacidad para conquistar a una mujer. Pero también un símbolo del poder. Gobernador posee un grupo de caracteres que lo señalan como un empoderado, y como tal actúa, es un tirano,

5 Cuando nos referimos a «espíritu moderno» no obviamos que obras como El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha o Jaques el fatalista, participaban de un espíritu equivalente. [Tanto en una como en la otra la autoconciencia literaria, es decir, la conciencia que la obra en sí, deja saber al lector de su naturaleza en tanto literatura, o más específicamente, en tanto ficción]. Lo mismo es posible encontrarlo en libros como Cien años de soledad. Sin embargo, con la posmodernidad, la literatura dejó de intentar convencer a los lectores de su realidad, más bien prefiere dejar signos que delataran su naturaleza literaria. No faltan ejemplos, pero algunas novelas que me parecen pioneras son La saga / fuga de J.B., de Gonzalo Torrente Ballester, Entre Marx y una mujer desnuda, de Jorge Enrique Adoum, La verdad sobre el caso Savolta, de Eduardo Mendoza y El nombre de la rosa, de Umberto Eco.

de eso no quedan dudas, él mismo se encarga de ir dejando señales por donde pasa. Es un personaje lleno de caprichos, cuya obstinación y egocentrismo lo llevan a igualarse a Dios, como en este pasaje antológico:

Ya sin paciencia, el joven posado ahora de frente a él, afirmó, dígame que estoy aquí. Sin entender nada el sacerdote utilizó la última pregunta que le quedaba encima, ¿a quién? Vine a hablar con dios, dijo Gobernador.

En una magistral descripción, Miguel Ángel Pérez Pirela nos da un signo claro:

Gobernador era sólido, físico, compacto, coherente con ese cuerpo único que, a lo sumo, era un depósito de su poder. Cuerpo de caoba antigua cuyo único elemento parecido al alma era precisamente ese poder, su poder tan suyo, lo único comparable con algo de metafísico en él. Todo lo otro era simplemente Gobernador, es decir, su yo o, lo que es lo mismo, su voluntad. Hasta las pesadillas eran suyas, determinaciones suyas. Los monstruos que aparecían en ellas, las oscuridades, los martirios, era él mismo que los escogía antes de dormir, a partir del tamaño de su deseo. La improvisación era algo limitado a los otros: para él era un mero sinsentido. Por eso, cuando esa melodía de saxo resonó en los laberintos de sus oídos, Gobernador se vio obligado a palpar los escaparates de su propia majestad para encontrarse a sí mismo, allá adentro, creyéndose la causa inefable de esa melodía.

Con los ingredientes que se entretajan en *Pueblo*, su autor tenía tres posibilidades claras, dar rienda suelta a los tópicos mercantiles de la novela de amor moderna, y crear una obra que le hubiese procurado, tal vez no un premio importante, pero sí un mercado amplio tanto en su país como en toda nuestra

América, incluso en la vieja España, donde pululan los libros de esa índole. O podría haber entregado una novela puramente política. Sin embargo, Miguel Ángel Pérez Pirela opta por la más difícil de las tres posibilidades, la de entregar una obra de arte profundamente lúdica, en la cual la experiencia estética es superior a todos los demás elementos que forman parte del texto. Con ello garantiza la sobrevida de la obra, que de otra manera se habría agotado con el paso de las primeras lluvias.

Me gustaría valerme de cinco criterios que el reconocido crítico Roberto González Echevarría utiliza para valorar una obra nueva.

Según González Echevarría, «la obra debe tener elevación, altura, en el sentido que le da Longino al término, por los temas de que se ocupa (...) El amor, la culpa, la muerte, la injusticia, el deseo de trascendencia». González Echevarría apuesta por «obras que revelen su urdimbre literaria, pero con cierto recato». Porque «es aquí donde se aloja la ironía, donde la obra y su autor le hacen un guiño al lector para recordarle que se trata de una ficción...» Estas obras «se reservan siempre un secreto que no podemos descifrar aunque nos provoca instándonos a interpretarlo, pero a la postre nos elude». «Las obras importantes reciclan la tradición recibida, pero no únicamente la nacional o local, sino la universal». Y para González Echevarría, como para Eytushenko «la obra debe tener prosa, o poesía (...) estilo propio»⁶. Lo que implica que la obra debe ser reconocible de principio a fin, tomar distancia respecto a sus contemporáneos. *Pueblo* pertenece a ese linaje.

Miguel Ángel evade cualquier signo de oportunismo literario. Entrega una obra vanguardista, que sintetiza los caminos y logros fundamentales de la herencia latinoamericana,

6 Roberto González Echevarría: *Lecturas y relecturas. Estudios sobre literatura y cultura*, Editorial Capiro, Santa Clara, Cuba, 2013, pp. 468-469.

como la novela de dictadores o el melodrama, los reescribe, haciendo de ellos un asunto nuevo. Lo que se encuentra en el fondo narrativo argumental de *Pueblo* no es otra cosa que una historia de amor típica, tanto de la novela folletinesca como de otra de las grandes aristas de la cultura latina, el melodrama cultivado de manera exacerbada por el cine, la televisión y la radio latinoamericanas.

Hombre rico ama a mujer bella.

Mujer bella ama a joven pobre (y engaña a hombre rico).
Intelectual es víctima de hombre rico.

Toda una auténtica fórmula. Pero cuando se trata de imaginación creativa, etiquetas y fórmulas están de más. Si bien en *Pueblo* se cuenta esa historia a la que hemos aludido, como en los grandes artistas, lo que marca la diferencia no es el «qué» sino el «cómo». En *Pueblo* el «cómo» se resuelve de forma radical, revolucionaria, con imaginación a prueba de tópicos.

Leídas algunas páginas, la historia pasará a un segundo plano, y en el primer plano de nuestra conciencia se instalará el embrujo de la música de las palabras. Música alucinante, rítmica, que satisface el universo onírico narrado y que es parte inalienable de la composición narrativa. Profusa en ritmos, *Pueblo*, más que escrita parece dibujada; para usar una expresión que una vez le escuché decir a mi amigo Eugenio Marrón, «se trata de una novela bordada». Lo que nos lleva a pensar que quizás el autor nos haya engañado soberbiamente, y *Pueblo* no sea una obra suya, sino de la autoría de una de esas costureras miniaturistas que ya no nos es posible encontrar en el mundo contemporáneo. O todavía más raro, quizás no se trate de una novela, sino de una partitura o de un concierto. En cualquier caso, no estamos ante un libro habitual, y eso lo coloca en un lugar prominente de la literatura latinoamericana.

Por un lado, el poder que representa Gobernador; por otro, la libertad del jazz. El vínculo entre ambos es el amor, pero también su contrario. He aquí la corriente secreta que mueve y sostiene los motores de *Pueblo*, esta novela compuesta bajo el lente de un potente microscopio, que le permite a su autor mirar mucho más allá de argumento y personajes, para revelar al lector, no un raro espécimen de la mejor literatura, cosa que también es, sino un invaluable torrente de pensamiento, sin renunciar a la noción de juego y a la reflexión sobre la propia escritura que rige todo el conjunto, y que encarna Prisionero, uno de sus personajes más entrañables, en cuya imaginación tienen lugar las historias de *Pueblo*.

Miguel Ángel Pérez Pirela ha logrado un libro hermoso y verdadero. Solo por eso, ya tendría garantizada una parcela de posteridad.

Quizás deberíamos añadir que no se trata de una novela histórica, aunque se nutre y nace de la historia, tampoco pudiéramos calificarla de fantástica, aunque una de sus tramas ponga a prueba nuestra fantasía, no es una obra policial ni paródica ni un melodrama ni humorística ni de ciencia ficción. Si algún obstinado todavía se preguntara, ¿qué clase de novela es?, le respondería con otra pregunta, ¿y qué importa? Lo que sí importa es su calidad y no su género. Su calidad está más que probada. Su género, eso que lo digan otros. A mí me basta con saber que está ahí, y que tal vez esta noche, o mañana, o dentro de un mes, o dentro de un año, o dentro de una década, o... , en fin, en cualquier momento, podré regresar a sus páginas y leer, es decir, volar, bailar al ritmo trepidante, alucinado, ilusorio y real, de su poderosa escritura.

IDIEL GARCÍA. *La Criolla*. Abril 2019

Pueblo. Invenciones e ideas

Hace tiempo trabajo en el tema de las relaciones entre las ramas de la cultura de una misma época, y de las conexiones entre las obras de sus creadores. Para ello es clave el análisis del caso de los polígrafos, a fin de determinar si quienes cursan varios géneros aplican en ellos estrategias estilísticas similares. Por la elección del tema, por la elegancia del estilo, por la sensorialidad y la recurrencia de sonoridades, nada hay más parecido a los poemas de Rubén Darío que sus ensayos y relatos. La narrativa y las obras históricas de Enrique Bernardo Núñez son concisas, aforísticas, fulminantes, plenas de una denuncia contenida por la aparente impasibilidad del autor. Las novelas de Rómulo Gallegos pretenden probar sus tesis positivistas de *La Alborada*. Se comprenderá así el redoblado interés que para mí reviste la novela *Pueblo*, de Miguel Ángel Pérez Pirela. El autor es académico y perspicaz analista político, fascinado por los sistemas implacables de Nicolás Maquiavelo y de Tomás Hobbes, y autor de ensayos de impecable construcción racional sobre temas tan actuales como *El Estado posible* o tan alarmantes como

«*El paraestado venezolano*». Una aplicación simplista de la hipótesis sobre la unidad esencial entre las estrategias aplicadas a géneros diferentes haría esperar de él quizá una novela de tesis sociopolítica que funcionara, al modo de las narrativas de Voltaire, como elegante demostración de una posición teórica.

Amor y poder

En lugar de ello, Pérez Pirela nos entrega una novela de amor. Hacia el último tercio del siglo pasado, Juan Liscano sentenció, con razón para su época, que la literatura venezolana había sido preponderantemente testimonial y realista, y casi nunca onírica o fantástica. Tampoco, añadiríamos, ha sido erótica ni amorosa. Fuera de la fulgurante *Peonía*, de Manuel Vicente Romerogarcía, que de una vez pone en pie nuestra vacilante narrativa decimonónica y la echa a andar por sendero propio, las tramas sentimentales sirven invariablemente para ilustración de tesis positivistas, como en Gallegos, o como tenue tejido a ser desgarrado por las amarguras de la lucha armada, como ocurre en las narrativas de Argenis Rodríguez. Apenas una poco divulgada novela de Alfredo Armas Alfonzo, *Este resto de llanto que me queda*, hurga a plenitud en la herida que ningún aquejado quiere ver curada. A pesar de su título sociopolítico, *Pueblo* es una historia sentimental. Miles de trabajosos intercambios de abusos y dislates ocurren entre sus personajes. El principal es la omnipresente pasión contrariada, que crea un ambiente tan obsesivo como el del calor. Su opaca frustración redime todo. Dentro de este sentimiento que es como un clima, toda trivialidad tiene su sitio y todo fracaso su redención.

Personajes y funciones

En su lacerante película *Dogville*, Lars von Triers sustituye los decorados de un villorrio por un plano pintado en el suelo donde dice: Calle, Abasto, Telégrafo, Taller. Una silueta canina

trazada en la vía luce el rótulo Perro. De forma similar, Miguel Ángel bautiza a sus personajes según las funciones que cumplen en el relato: Gobernador, Secretario, Esaaquellalaausente, Fantasma, Mariádelosángeles, Prisionero, Marinero. Para completar el sistema, la misma aldea no tiene otro apelativo que Pueblo. Pero se trata de un esquema de los personajes y no de personajes esquemáticos. Si bien el nombre es un destino, los nombrados justamente se debaten dentro de él y contra él y por momentos lo exceden. Gobernador, por ejemplo, recipiente propicio para acumular todos los lugares comunes sobre la autoridad despótica, ignorante o inflexible, es un ser que recibe su investidura jerárquica como sin pensar en ella, obsesionado por el más poético de los sins que puede afligir a un alma antipoética: el amor no correspondido. Una frase magistral lo presenta de entrada: «Era una simple prolongación de ella, un enamorado». Como en los retablos medievales de Patinir o del Bosco, en *Pueblo* cada ser tiene un lugar predestinado dentro de la composición, pero la ejecución crea una perpetua disyuntiva entre resignación y maravilla, cotidianidad y milagro, predestinación y albedrío.

Forma y fondo

Una obra se logra en la medida en que armoniza forma y fondo. A este enfrentamiento entre predestinación y libertad corresponde la tensión entre un estilo descriptivo riguroso y nítido que sin embargo entrecortadamente admite las técnicas del monólogo interior. No nos extrañe entonces que por momentos una oración empiece con la impersonal tercera persona del narrador, para saltar repentinamente a la primera persona de algún personaje, continuar con el pensamiento de este y luego con la respuesta de otra voz. Este ejercicio no genera indescifrabilidad sino frescura coloquial. Por momentos las oraciones se hacen largas y densas, quizá para sugerir el en-

volvente calor, pero siempre cuentan cosas apasionantes. A veces son chismes sobre la gente de Pueblo. A veces tejen paradojas metafísicas, como cuando Gobernador envía a sus matones a poner etiquetas con su precio a todos los seres de Pueblo, y así se sabe que «3000 moscas valen cuanto un grillo y 800 grillos valen cuanto un sapo y tres sapos valen cuanto una rata y 200 ratas valen cuanto una iguana y 10 iguanas cuanto un conejo y cinco conejos cuanto un gato», hasta que tienen precio todos los hombres y las mujeres, y aun lo inapreciable.

Acercar esa línea del horizonte

Estas sorpresas narrativas están contadas con frases no menos sorprendidas. Se afirma de repente que «las mujeres son como los gatos, ven cosas que nadie ve». Se explica que «Gobernador nunca pensó de forma concreta en el final, por eso era Gobernador». Se verifica que «Los verbos en pasado son los progenitores de la melancolía». En algún lugar se establece que «Hay que acercar esa línea del horizonte porque, carajo, está muy lejos de Pueblo». Acercar el horizonte, hacer próxima la distancia, es el imposible que toda narrativa se propone. O bien: «Secretario, imagínate el aburrimiento de un mundo solo de ricos». Son frases que bien valen por su vistosidad, como el traje de novia que la prostituta Rosita anhela, no para casarse, sino para lucirlo los domingos.

El matrimonio de la imaginación y la lógica

Cerremos con una aproximación forzada o forzosa al enigma que nos ocupa. Siempre han sido evidentes pero inexplicables las relaciones entre el discurso fantasioso de la imaginación y el riguroso de la lógica. William Blake concertó un *Matrimonio del Cielo y del Infierno*; bien podemos proponer otro entre el Sentimiento y la Razón. Se puede articular *El Estado posible* como proyecto mientras se verifica la ingobernabilidad de «*El paraestado venezolano*». Todo ensayo es el frustrado intento de organizar el

caos que brota de la realidad o del imaginario. Trabajar en ambos mundos es la pasión, única vía para comprenderlos y quizá sobrevivirlos.

Luis Britto García

Preámbulo

Entonces Gobernador era adolescente y no poseía una verdadera identidad. Él, para él mismo, hacía parte de Esaaque-llalaausente.

Era una simple prolongación de ella, un enamorado. Sus ojos, los de él, poseían la cadencia de los pasos de ella. Él era un minúsculo monumento en la apoteósica plaza del cuerpo de esa mujer y, antes de que pudiera pasearse a su lado por las estrechas calles de Pueblo, fue mucho lo que ocurrió. Gobernador, todavía joven, comenzó por entrometerse en los secretos de ella. Era un observador que presenciaba los ambientes que esa mujer recorría con su cuerpo, su espíritu y su memoria. Cada vez que ella se escapaba de sus cosas cotidianas, perdiéndose en recuerdos inauditos, ambientes fantásticos o añoranzas desesperadas, lo encontraba a él, ahí cerca, vigilándola, silbando una balada mientras esperaba por ella, que ya había perdido las esperanzas de una tregua o un minuto de intimidad. Todos los tiempos de la existencia de ella estaban contados por el amor impaciente de ese joven: el control que él habría de

tener en Pueblo comenzó por el cuerpo y el espíritu de ella. El despotismo fue al inicio silencioso, cabizbajo, erótico. Él se perdió, antes que todo, en los meandros suaves de ella joven, bella, perseguida. Un día, era la hora del almuerzo. Ella, sentada en un balde de agua tibia, desnuda en su baño cotidiano, se descubrió así como era y estaba: desnuda y en un balde de agua erótica. Entonces, no tuvo más remedio, se gustó. Fue la primera vez que se daba cuenta de ser ella, del sexo y todo lo demás. Como si nada fuese sintió algo que, al inicio, pensó que era vergüenza, pues una burbuja perdida se explotó justo en la punta de su seno tierno, rojo, esencial y, como la burbuja se había explotado y, como las otras no querían explotarse en ella, se explotó ella misma con las burbujas leves que eran sus dedos. No pensó en nada. Ritmo. Fue rítmico, lento.

Ella no se estaba dando cuenta de nada porque se había perdido en el goce. Para ella fue un instante, aunque no para el agua y el tiempo, visto que se encontró en un balde de agua fría a medianoche. Se había perdido en sus dedos, la punta de sus dedos, rozando las partes divinas, rosadas, tiernas de su cuerpo-retoño.

Tantos hombres pasaron entonces por su mente. Tantos cuerpos, rostros, situaciones con las que nunca había contado antes. Todo eso que la excitaba se le presentaba en forma de estremecimientos, de maravillas exageradas. Ya no podía más. Estaba llegando a un punto máximo cuyo después le era desconocido. Jamás hubiera imaginado que el máximo absoluto al que habría llegado dentro de poco, se le presentaría como lo que realmente era, el viaje más sabroso del mundo: su primer orgasmo.

Apenas estaba por llegar a su destino, cuando se sintió acompañada por una compañía verdadera, empírica, presente, ahí. Se sintió observada, medida y, sin abrir los ojos, lo vio ahí con ella, dentro de ella, allí. A pesar de que su cuerpo, el de

Gobernador, se encontrara a algunos kilómetros de distancia, en su alcoba, dentro del túnel oscuro que él se construía con sus sábanas para improvisar su vigilancia erótica a esa mujer. Por la fuerza de su espíritu dictatorial ella se encontraba ahí, sin quererlo, raptada y observada por el deseo implacable de ese que todo lo veía.

A Gobernador le bastaba con cerrar los ojos y pensarla con un deseo inmenso para que el espíritu de ella volara por entre las nubes de Pueblo y se postrara ahí, donde él quería. Le bastaba con pensarla intensamente para aparecer allá, donde ella estaba, en medio, justo en medio, de sus pensamientos. Él aparecía sin más y la esperaba en uno de los rincones silbando, como siempre lo hacía, una balada ronca y desafinada, capaz de describirle a ella la triste esclavitud de su espíritu, sometido al amor sin límites de ese joven apuesto y prepotente que todos habrían de llamar en coro ¡Gobernador, que viva Gobernador!

En el fondo ella, todavía en ese balde desnuda, deseaba que Fantasma apareciera. Según sus cálculos desesperados él era el único que habría podido hacer algo contra la dictadura de sentimientos que estaba llevando a cabo el joven Gobernador.

Fue por ese motivo que, en el momento más alto de ese deseo, cuando todo el batallón de fantasmas sexuales la acariciaba a través de los tenues dedos de ella, decidió prepotentemente desaparecerlos y dejar a un único fantasma más negro, fuerte y robusto que todos los otros. Fue así que, en medio del delirio de ella, se hizo más fuerte el joven Fantasma, que apenas era una promesa de lo que sería: un tímido espejismo de audacia y sensualidad. Él apareció y, delante de su potente presencia, la entidad omnipresente que era Gobernador tiritó un poco, antes de debilitarse y desaparecer. Era la primera vez que el joven Fantasma se acercaba tanto al cuerpo de ella.

La joven terminó su delirio, su goce. Abrió los ojos y su vista se encontró ofuscada por los cabellos negros y gruesos de

Fantasma quien no perdió tiempo y le recitó un poema de su amigo, el escritor Prisionero, como si fuera suyo. Era la primera de las muchas veces que habría de hacerlo. La vergüenza que ella sintió al verlo ahí delante fue tal, que lo hizo desaparecer de inmediato como a un espectro.

Ella observó su cuerpo, algo cambiado, y se percató de inmediato de sus senos, que ahora sentía más suyos, y de esa agua exquisita que de su fuente había salido, bañándola más que su baño mismo. Se percató también de su cuerpo, más salvaje que hacía unas horas, de sus cabellos como Medusa, de su cuello rojo por el roce de las barbas ásperas de su Fantasma, de sus pies anclados en el fondo del océano de ese balde, de sus manos arrugadas por la humedad y con olor a ella, de su sien marcada por el sonrojo de la vergüenza, de lo desaparecido y lo nítido que había quedado el ambiente, porque ese joven Fantasma no estaba y porque, en el fondo, extrañaba la impertinencia asombrosa del joven Gobernador quien, a pesar de su seriedad y prepotencia, poseía rastros de un cariño, una dignidad y un rigor sentimental que a ella le estaban más que bien.

Se encontró vestida, peinada y arreglada de frente a un espejo de sonrisa tramposa que le recordaba, a través de su reflejo de sepia, todo lo que había pasado durante ese baño que se le quedó plasmado en su memoria como el más húmedo de su vida.

Escrutó el mundo convencida de que éste había cambiado completamente, que nada habría de ser igual después de aquel milagro. Prisionero, ese escritor encerrado en un bote-cárcel en la bahía de frente a Pueblo, trató de describir todo lo ocurrido en ese balde de agua con olas eróticas. Primero a través de un poema. Después con un cuento fantástico. Más tarde con una obra de teatro y, de frente a la derrota inminente de su intención de hacer literatura el primer incidente amoroso y sexual de Esaaquellalaausente, y el primer desencuentro entre

Gobernador y Fantasma en el territorio del desamor, decidió escribir una novela, y almacenarla en su recuerdo como una más de esas sensaciones sabrosas que guardan los escritores en la gaveta de lo infame.

Gobernador, Esaaquellalaausente, Fantasma

El joven Gobernador podía realizar esas visitas premeditadas cada vez que le viniera en mente porque tenía la bendición del padre de ella y, sobre todo, porque esa joven, como era de esperarse de una muchacha de su clase, además de sus cursos de música y francés a domicilio, no tenía tan ocupada su jornada, pues ni siquiera le era permitido salir, ya que su padre sostenía que una niña de su altura no debe curtirse al sol antes del matrimonio. Por ello él llegaba a horas desesperadas inventándose cualquier excusa para que le dijeran la niña está en su recámara, ya se la llamo, y yo escuchaba como la llamaban y momentos después la veía llegar nítida, como solo sus ojos la veían. Buenos días, señorita. En realidad son las ocho de la noche, señor. Señorita, quería simplemente confirmar nuestro paseo cotidiano del día venidero. Pero como usted dice, señor, es cotidiano: lo hacemos cada día. No se sabe nunca, señorita. Buenas noches, señor. Buenas noches, noche. Y salía triste, soñando con las cinco de la tarde del día siguiente, o en otra de las posibles visitas que haría quizá dos horas después, pues el

padre de ella se la mantenía ocupado en ese bendito trabajo de armas que te quita tanto tiempo papá, y su madre había muerto tiempo hace, por lo cual se puede decir que su tutela no cumplía con los requisitos de una señorita de su estatura y el joven Gobernador se aprovechaba de ello con una cautela y un respeto papal digno de su nombre, por ello su padre, ese duro militar, le daba luz verde para que él cumpliera debidamente con todos sus proyectos de amores futuros con esa hija mía que espero que se me case con un hombre de bien como usted, las puertas de mi casa están abiertas, venga cuando quiera y cuando yo quería iba a contentar mi existencia contigo, amor adorado que te me escondes hasta mañana a las cinco, y juego dominó con los viejos de la plaza y el tiempo no pasa, y cuento los barcos del puerto, las papas del mercado, los guacamayos gritones subidos en las matas de níspero y el tiempo impávido que no me dice que ya son las cinco porque apenas son las nueve de la noche, y me fui a acostar y figúrate que no cerré los ojos por estar pensando en ti y fui a ver si se me había quedado un guante en tu casa pero la niña está durmiendo, señor, pase mañana por si lo tiene en su cuarto, pero cómo lo va a tener, si el bendito guante no se me ha quedado en ninguna parte, tome esta propina y por nada del mundo le diga que pasé por aquí, se lo juro señor, hasta luego joven Gobernador, hasta luego, qué le dijo ese señor necio, que se le había quedado aquí un guante y me dio esta propina, señorita, quédatela y si tienes sueño ve a dormir, gracias señorita, y cuando la ama de llaves se iba a dormir, reventaban cerca del rosal de atrás los líricos poemas de amor de ese tal Fantasma que está más loco que una cabra y un perro y un burro si tú así lo deseas, amada mía, mi amor de mi vida alma mía mía, que no voy a bajar la voz al menos que te asomes así que asómate, que no, que sí, que no, y ella terminaba por asomarse, como cada noche, es la última vez que lo hago, por qué, porque tengo novio, a que no, a que sí, y por qué no te escribe poemas

como a ti te gusta, sabes bien que él no quiso nunca aprender a leer y a escribir, entonces no es tu novio, solo por llevarte la contraria te digo que sí, y así pasaban toda la noche, contradiciéndose el uno al otro únicamente por el gusto de llevarse la contraria, y de vez en cuando un poema y de vez en cuando ella asomaba su lindo rostro, aunque no fuese necesario, visto que la mayoría de las veces solo con las voces se tocaban o se alejaban, pues de cuando en cuando el padre le hablaba dormido a su hija para que lo perdonara por la soledad y todo lo demás, y que en esta mierda falta un líder político y militar que pronto va a llegar, hija mía, para tomar las riendas, vas a ver hija linda, y roncaba y Fantasma aprovechaba para improvisar un poema de Prisionero y ella se asomaba un poco para verlo explotar de alegría dando vueltas en el aire, saltando de techo en techo, pasándose de una estrella a la otra en esa noche tan pero tan feliz porque tú estás conmigo, y doy vueltas al rinquín, camino con las manos, hago malabares con los duendes de cerámica de este jardín donde te vine a ver para demostrarte que era cierto, y ella se asomaba de nuevo y, sí, era cierto, amor de mi vida, no te vayas que contra el sol lucho yo y solo yo, pero nadie podía contra él y a las seis y tres minutos de la mañana salía y no era hasta la siete y ocho minutos de la tarde que dejaba de brillar, y durante todo ese tiempo Fantasma esperaba para posarse nuevamente debajo del árbol donde recitaba los poemas de su amigo Prisionero, en medio de iguanas rojas y duendes de medianoche, mientras Gobernador, del otro lado de la ciudad, daba gracias al cielo de que por fin es de día, afeitándose, peinándose, hablando de ella con el espejo, probando el otro traje porque el de rayas ya me lo vio una vez, cambiándose de perfume porque el de anteaer la hizo estornudar, recordando el pecado de las nalgas que vio sin ver y que pagó con el precio de su sueño, tomando el desayuno ligero para que no me vea gordo, ni tampoco flaco, pues es una detallista el amor mío y, no había

terminado, cuando una de las sirvientas le traía, como todos los días, una roja rosa roja que solemnemente se colocaba en su pecho apretado para que ella pudiera oler este rojo tan intenso que se parece a tus cachetes en pleno paseo por el caluroso mercado principal a las cinco, y antes de salir reunía a toda la servidumbre de la casa y les hacía reflexionar sobre los platos más propicios para que su digestión fuera justa y terminara mucho antes de las tres y media por miedo a que gases o efectos indeseados de una digestión tardía acabaran con el equilibrio milimétrico que él esperaba para sus citas con ella, sopa de garbanzos, no, iguana en coco, no, arroz con leche me quiero casar, no, mondongo, no, plátano verde cocido, y qué más, y queso de año, ¿usted piensa que eso hace digerir bien?, sí, ¿que no engorda la barriga?, sí, ¿qué no achica el estómago ni enflaquece?, sí, entonces va por el plátano verde cocido y estripado con mantequilla y queso de año, está bien joven, repetía cada día la matrona de la casa pues cada día el niño pedía lo mismo para el almuerzo y la cena, incluso cuando llegaría a ser lo que habría de ser, el gran Gobernador, por eso me encargué de sembrarle yo misma matas de plátano ahí donde años después los arquitectos de jardines querían sembrar lirios y girasoles en círculos, rectángulos y cubos que habían traído desde los castillos del nordeste de la península itálica, pero me quitan todo eso de ahí que mi jardín no es un circo y me siembran matas de níspero, mango, tapara, cují, plátano, uvitas playeras y coco, para que den sombra y viento que para eso sirven las matas y salía después de haber acordado lo que almorzaría y cenaría a dar una vuelta que en realidad era a darle vueltas a la casa tuya para ver si por casualidad estás asomada en el balcón o regando las rosas o leyendo entre los pasadizos de cayenas de tu jardín predilecto donde algunos afirman ver fantasmas rondar durante las noches desérticas pues el viento trae toda la arena de ese Caribe nuestro, tuyo y mío, y no puedo creer que todavía estés durmiendo mi

bella durmiente, ¡despierta! ¡despierta, la virgen está en la cueva...! pero no te despiertas, duermes un sueño profundo, de día y de noche duermes, ángel dormilón, ya son las nueve y treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres, la joven está durmiendo, señor, entonces paso más tarde y no le diga que estuve por aquí, entendido, tome esta propinita para los refrescos, gracias y le cerré la puerta, señorita, pero ya es la quinta vuelta que da por la casa y cuando llega a su ventana canta como el pajarito, hace como la lluvia, lanza piedritas para que usted crea que son los de la escuela pero tú no te despiertas, bella durmiente y hago como la sirena de los bomberos, como la campana de la iglesia, como el vendedor de periódicos y tú impávida, soñando conmigo, jugando al escondido en el limbo de tus sueños y, aunque no lo crea señorita, ese muchacho paró el tráfico de la calle que da a su ventana para que nadie disturbara su sueño, pero nadie quería hacerle caso porque tú eres un loco de carretera, así que te quitas de ahí o te pego un tiro, pero Gobernador no se quitaba y, es más, se recogía las mangas de la camisa de primavera europea y se ponía en posición de boxeador dando saltitos para atrás y para adelante y los muchachos del Barrio lo retaban a que no pasas esta línea, y él la pasaba, a que no le quitas este billete de diez del hombro a tu adversario, y él se lo quitaba, entonces se prendía la buena, señorita, y yo por mi amor por ti los mandaba a todos a sus casas con un ojo morado, a todos, para que te dejen dormir por las buenas o por las malas, señorita, y sus buenos modales, su fina manera de caminar y su voz grave y calma se iban al carajo, discúlpeme por la expresión señorita, y entonces él no era más él, pues se le abarrotaba el alma de un salvajismo inédito y un poder de convencer a los habitantes y arreglar las cosas como él quería y sembrar un orden que nunca nadie había visto en el pueblo y que no tardó en despertar el interés de la gente de por aquí que se le iba acercando para verle bien la cara, para ver quién era ese macho, aplaudirlo, ¡Hurra!

¡Hurra, nojoda! ¡Que viva el macho, no joda! ¡Que viva el orden!, y él más puños pegaba y la gente más lo aplaudía y tanto eran los aplausos, que los niños jugaban a que yo soy ese señor tan bravo, no yo, no soy yo, no yo, y el que por fin lograba ser él, ganaba el juego porque daba más golpes y pronunciaba más amenazas que cualquier otro, por eso las madres de los barrios más pobres comenzaron, por petición de los padres y los hijos, a vestir a sus crías como ese señor tan buenmozo y tan peligroso a quien todo el mundo saluda con complacencia cuando se pasea por el mercado del domingo para ver si quiere usted una arepita, no, una sopa de cabeza de pescado, no, un ramillete de flores frescas, bueno, dámelo para ella, y el vendedor se lo regalaba y a partir de ese momento su negocio prosperaba por siempre y los hijos de los hijos eran conocidos por todos como los hijos del que le regaló las flores a Gobernador para que se las llevara a aquella muchacha preciosa que solía caminar de su mano tantos años hace que el sol todavía no era sol, ni la arena arena, ni nada nada, pues entonces solo el caos reinaba en esa zona tropical ancestral y rudimentaria donde poco a poco los recién nacidos comenzaron a llamarse como él, nojoda, porque como él va a ser este hijo mío, pero a lo sumo ese hijo mediocre y sumiso llegaba a servirle con una devoción tan intensa que lo envejecía a los veinte años, mientras Gobernador lucía siempre con esa edad eterna que todos recordaban con rabia, pues los nietos decían que no es verdad, abuelo, usted está delirando, no puede ser que usted tenga la edad de Gobernador y los padres que tampoco, que Gobernador es de mi edad, y por fin nadie se ponía de acuerdo para que llegara él y con una sola ley pusiera de acuerdo a medio mundo porque aquí solo yo tengo razón, y tengo cuantos años me dé la gana de tener y la gente, por quitarse de encima el vestido verde de la indecisión, se lo dejaban puesto a él, que se había convertido en la única decisión realmente existente en Pueblo, por eso es que en esta verga no hay machos,

se escuchaba gritar en las madrugadas de los barrios, porque tú no eres como él, y el marido respondía que te calles, mujer, que nos está escuchando toda la calle, y qué, le respondía ella, que al otro día Gobernador enviaba un ramo de rosas a la mujer enervada y ves cómo te quedas callado, marico, que aceptas que a tu mujer un desconocido le envíe rosas, cabrón, cabrón, cabrón, gritaba por cada una de las tres ventanas de la casa una vecina diferente para darse fuerzas entre ellas, porque todas estaban de acuerdo en que mi marido no se caería a golpes con nadie para hacer respetar el milagro de mi sueño, y todas decían el mío tampoco, el mío tampoco, el mío tampoco, poniéndose de acuerdo entre ellas para confirmar la intuición táctica de Gobernador según la cual el poder se consolida con las armas y las mujeres, las armas contra los hombres y las mujeres para que sean la mayoría que convenza en la cama y, claro está, para que críen a los hijos en mi ley, nojoda, pero las mujeres iban más allá de lo pedido, y preparaban a sus hijas para que fueran mujer de gobierno, primera dama de la República, y no te quedes como tu madre del alma que solo vino a sufrir en este mundo, tú necesitas un muchacho como ese que me dijeron que se pone día tras día a parar el tráfico, a organizar los cauces del destino, a poner orden si orden es necesario para que esa putita dormilona que no te llega ni por las patas durmiera y, más esas mujeres se iban enamorando de un amor unísono por ese héroe del amor popular, más poder iba coleccionando en sus manos ese joven que hasta ese momento no había echado ni siquiera un vistazo a las aguas turbias del poder, pero era tanto el fundamento que ponía para que su mujer amada descansara que las familias pudientes del Barrio comenzaron a mirar de reojo a ese joven que todos creíamos de buenos modales, pero que se divierte con los aplausos de los tropeles de bárbaros que vienen a apoyarlo en sus fechorías y salvajismos.

Era tanto el fundamento que ponía para que su mujer amada descansara, que las familias pudientes del Barrio comenzaron a mirar de reojo a ese joven que todos creíamos de buenos modales, pero que se divierte con los aplausos de los tropes de bárbaros que vienen a apoyarlo en sus fechorías y salvajismos. Él no tardó en darse cuenta de esos comentarios contra su persona, mas los interpretó como tácticas de madres ricas que querían reservarte, amor mío, para sus hijos mayores, sin imaginar que los próximos serían ellos, dicho y hecho, más nadie se atrevió a pasar por esa calle durante el alba de su sueño así que no tuvo nadie más con quien pelear y, para llenar sus aburridas mañanas de espera a que fueran las cinco de la tarde y para poner en alto tu nombre, me fui a esas grandes mansiones, de puerta en puerta, para ver cómo era la cosa, para que me explicaran quién era ese que rompía el orden de las mañanas de por aquí, no sabemos señor, para que me dijeran quién era el que te había dicho que estabas recibiendo visitas de un salvaje, no sabemos señor, para arreglar eso que afirman por aquí de que dizque estoy trayendo ladrones de los barrios pobres cerca del cañaveral, no sabemos señor, y como no sabían, amada mía, pedí que me pusieran a hablar con el hijo mayor para resolver de hombre a hombre el malentendido, pero antes me trajeron a unos tipos robustos que, así me dijeron, no tenían ganas de hablar, y yo ahí, y más tarde me soltaron unos perros gigantes que parecían más bien burros, y yo ahí, y como ya se les había acabado la imaginación me ofrecieron unas galletitas inglesas con té, pero esas galletas nunca han ayudado mi digestión, así que le di una buena patada a la mesita con todo y galletas y eso no lo soporto, mamá, le escuché decir al hijo mayor, así que salgo, y salió con el fusil de perdigones de cazar loros y me gritó que fuera a joder al coño de

mi madre, ángel bello, y esa falta de respeto yo no se la acepto a nadie, por eso y solo por eso me vi en la necesidad de coser a tiros a ese primogénito recién bañado, ángel hermoso, para que nos respetara, y así fui haciendo de casa en casa, hasta que ya ninguno habló nunca más mal de ti ni de mí que soy tu enamorado, pues todos se fueron un domingo de julio en sus yates de lujo con sus cerámicas japonesas, sus valijas de Versalles y sus certificados de propiedad, por si a alguien se le ocurría venir a vivir en sus terrenos, dormir en sus camas y orinar en sus baños, y hasta razón tenían, porque la gente más pobre del pueblo no tardó en venir a instalarse, y donde antes vivía una familia de cinco personas ahora viven trece familias, y todavía queda espacio en el jardín para sembrar, en lugar de esos frutos sin sabor ni color traídos del norte, hortalizas, matas de mamones, guayabas y limones, y por eso todo el mundo comenzó ahora a hablar bien de ti y de mí, que soy tu enamorado, y a regalarte esos frutos dulces que encuentras cada mañana en tu puerta, y a soñar con este amor que te tengo y por el cual hago todo lo que hago, amor, porque nadie tiene que estar diciendo que tú no duermes por las noches porque yo era su vecina, antes de que ese matara a mi hijo, y la vi con mis propios ojos retozar toda la noche con ese Fantasma que no logré ver bien por su piel oscura como la noche, pero que le puedo asegurar que recitaba poemas casi gritando y cuando esa se asomaba, se ponía como un mono a saltar de techo en techo, a hacer malabares con los mangos, a esconderse para que ella se volviera a asomar, y cuando ella se asomaba nuevamente, él le tiraba piedras a las estrellas de la emoción y entonces nos quedábamos sin luz aquí abajo y todito eso, señor, cada noche, pero ahora no tengo miedo de contarlo y que me venga a matar si quiere, como mató a todos los hombres de esta familia de alta alcurnia y míticos militares de carrera que no tienen nada que ver con ese poco de Gorilas que ese matón vistió de verde y condecoró con estrellas de mentira en el pecho para que solo

me sirvieran a mí, porque el único modo de poseer autoridad en esta mierda es quitándole autoridad al que la tiene, para dársela al que nunca la tuvo ni la tendrá, pues la autoridad es cuestión de hombres y eso es lo que más falta en este lugar donde la gente cree que llevando pistolas llevan también el valor, por eso los dejé que se armaran todos, para que se cagaran de miedo en manada antes de sacar las respectivas pistolas al imaginar que, también el otro, se les estaba cagando de frente y, en un momento de nerviosismo a cualquiera se le escapa un tiro, señor, y ellos mismos me pidieron, poco tiempo después, que los defendiera de los otros ricos porque nosotros somos la familia más antigua de este pueblo, y me bastó matar a los primeros de esa raza de privilegiados, para que los restantes se mataran solitos entre ellos, familia por familia, calle por calle, hasta que, entre los que se fueron en yate y los que se acribillaron para demostrarme su apoyo, me dejaron el camino limpio para poner orden aquí, y a los únicos que dejé vivos fue a los pobres, porque a esos basta que uno les dé comida para que te digan que sí a todo, y si después le mueves la cabeza de derecha a izquierda te dicen que no, señor, y si más tarde le levantas los hombros te dicen que no saben, que es como usted diga, señor, no se preocupe que si alguien le despierta a su bella durmiente yo mismo le meto un tiro que para eso estamos, y aquí le envía una sopa mi mujer, y mire qué grande está este hijo mío que quiere ser militar como usted, y si lo viera, se arrastra igualito que un soldado y la puntería que tiene con esa honda, pajarito que mira pajarito que tumba de una sola pedrada, y todo el mundo dice que se parece a usted y, con mucho respeto, a mí también me parece, si usted lo desea, se lo traigo un día de estos para que le vea esos dientes tan blancos que ni uno le falta, esas piernas tan largas como vara de tumbar mangos, esos cabellos de potro negro y esa maldad de zamuro que ni se imagina, pero Gobernador ya se había ido desde hacía tiempo y

el señor conversador se daba cuenta de que estaba hablando solo desde hacía ya un rato y que ese joven tan importante se había marchado detrás de la única ocupación que tenía, el olor de esa muchacha que se me acaba por fin de despertar, y que si está despierta dígame, por favor, que estoy aquí porque dejé olvidado los guantes de cuero marrones ayer, y detrás de él estaba un grupo de aduladores sin oficio que repetían como loros cada cosa que él decía, dígame por favor que él está aquí porque dejé olvidado los guantes de cuero marrones ayer, y la ama de llaves le respondía, como si fuera la primera vez que a él se le olvidaba algo, que ya regreso para ver si por casualidad la señorita recogió los guantes marrones porque yo arreglé todo y no encontré nada, Gobernador sentía entonces los pasos de la ama de llaves subiendo las escaleras, pero no alcanzaba a escuchar la frase a través de la cual la joven le decía, señorita, allá está de nuevo ese señor preguntando por, dígame que me comió el tigre, le respondía ella ya sin paciencia, entonces la joven ama de llaves con una calma de hierro bajaba las escaleras, y él lo sabía por su olor suyo que lo obligó a frotarse las manos y afrontar la respuesta de esa muchacha, que con la vista en otra parte le dijo, dice la señorita que se la comió el tigre, dígame entonces que regreso a las cinco en punto y tome esta propinita, y el rabo de aduladores le abría el paso aplaudiéndolo, como siempre lo hacían, y él se dirigía, como cada día antes del almuerzo, hacia la peluquería de su peluquero de confianza quien desde hacía tiempo no sabía más qué artificio inventar para contentar su petición cotidiana.

* * *

Él se dirigió, como cada día antes del almuerzo, hacia la peluquería de su peluquero de confianza, quien desde hacía tiempo no sabía más qué artificio inventar para contentar su

petición cotidiana de que me corte el pelo, por favor, que la luna me lo hace crecer con una velocidad espantosa y, creo que ella está comenzando a darse cuenta, pues frunce la frente cuando me ve, pero señor, con mucho respeto le puedo asegurar que, usted, el cabello lo tiene de una perfección milimétrica, cállese, que usted habla así porque no es mujer, y las mujeres son como los gatos, ven cosas que nadie ve, el peluquero, avergonzado, lo interrogaba entonces con la pregunta que su profesión le obligaba a hacer cada vez que comenzaba un nuevo corte de cabello, ¿cómo lo quiere señor?, como siempre, respondía él mirándolo a través del espejo con una seriedad muy parecida al sarcasmo, y después de esa respuesta cotidiana por parte de Gobernador, el peluquero comenzaba su sesión mágica del día que, incluso el director de un circo de paso por el pueblo había notado desde hacía tiempo, sugiriéndole a ese peluquero de cambiar a la mujer que se tragaba los conejos blancos del mago con su vagina sideral, por usted, que es el mejor mago que he visto por estos lares, no gracias soy peluquero no payaso, respondía el peluquero mientras sacaba del bolsillo izquierdo de su pantalón, cabellos de Gobernador que remontaban a la primera vez que lo había visitado tantos años atrás y, sin que él lo viera, se los acomodaba entre cada dedo para después dejarlos caer uno a uno mientras hacía movimientos espectaculares con su tijera de plata cuyos sonidos eran tan impresionantes, secos y metálicos que hacían más placer y efecto a los ojos que a los oídos, por ese motivo todos los presentes, e incluso el joven testarudo que quería que le cortaran el cabello todos los días, se quedaban atónitos delante de los artificios exuberantes de ese maestro ingenioso de las tijeras cuyo secreto se llevó a la tumba, pues revelarlo suponía una muerte segura por haber traicionado y engañado como a un niño a Gobernador que, al final de la sesión, se observaba complacido a través de un espejo que ese peluquero le sostenía detrás de su cabeza, moviéndolo

con movimientos también mágicos para que él viera menos cabellos ahí donde simplemente estaban los mismos pero un poco más ordenados que antes, gracias al agua tibia con unguento de raíces del Amazonas que le emparejaban la superficie del cabello, dejándolo inmóvil contra ese viento de las cinco que me despeina cuando camino contigo y, no te lo quería decir, pero me está comenzando a parecer que hasta el viento está celoso de estas salidas tempestuosas de nosotros dos, pasajera de mis sueños y, como contra el viento por ahora no puedo luchar, me fui para que el peluquero que me cortó el cabello de manera que pueda pasear contigo honrándote con cabellos ordenados y limpios que se quedan inmóviles incluso delante del desastre de esta arena y este viento decembrino que ensucia los porches de las casas, desviste las matas de los patios y carga a los habitantes con caras de loco de lo desarreglado que los deja, por lo que me parece que le voy a enviar a ese peluquero tan buena gente a todos los hombres de Pueblo para que les eche una arregladita y tú no tengas que pasearte delante de tanto feo, así que me fui a hablar con el peluquero personalmente y, al inicio no quería, porque usted sabe, trabajo en esto desde hace tiempo y tengo ya mi clientela fija, y yo le respondí que no es un problema, te podemos poner un salón más grande, pero él respondía que ya con el trabajo que tenía llegaba cada noche extenuado a su casa, y yo insistía con lo de un salón más grande y si quiere le pago una bella ayudante, pero mire, a mi esposa no le gusta eso de ayudantes mujeres, entonces un ayudante hombre, le decía yo, el único hombre que trabaja en mi peluquería soy yo, respondía él, imagínese todo el dinero que va a ganar, que a mí el dinero no me importa, señor, le regalo una casa, insistía yo, ya tengo, decía él de inmediato, le pago un curso de peluquería en París, los franceses se peinan como locos, me decía, y aunque el peluquero, amada mía, me estuviera tan simpático y fuera tan bueno en su trabajo, me vi apuntándole en

la sien una pistola de doble cañón porque no vas a ser tú, peluquero de mierda, que vas a hacer que a mi amada le duelan los ojos por estar viendo gente fea por todas partes, y el peluquero tuvo que decir agobiado por el pánico, que por qué no, que con mucho gusto seré el peluquero de medio mundo si usted así lo desea, Gobernador, y su respuesta eliminó como por arte de magia a todos los otros peluqueros de Pueblo, muertos uno a uno en accidentes improvisados que nunca nadie se interesó en averiguar porque al fin y al cabo todos salían ganando: las viudas que heredaban propiedades y burros de carga que sus maridos nunca tuvieron, los policías que no fueron a ver lo que pasaba porque alguien nos dejó pagas las cervezas en El faquir hasta el otro día, y el Padrecito que recibe una prima por cada oficio de difunto celebrado, y yo me sentí tan triste porque todos esos peluqueros muertos eran primos míos y la gente sin compasión me dice que soy yo el único peluquero que les queda, así que tiene que trabajar hasta los días de luto, señor, imagínese usted que le maten a media familia y que además tenga uno que trabajar como un loco para suplantarlos porque, como usted sabe señor, nuestra familia es estirpe de peluqueros, éramos, quería decir, porque ahora soy el único que queda y mi mujer no quiere tener hijos por miedo que se los maten en un accidente y, para qué hijos, teniendo veinticinco perros en la casa y, como es ella la que manda, pues qué le puedo hacer, hay que esperar que los huérfanos de mis primos tengan la vocación de peluquero, pero sinceramente no creo, señor, porque ellos andan alborotados con ese bendito Gobernador que con eso del orden en Pueblo para que no le despierten a la novia, los vistió a todos de verde y ahora ellos andan con fusil en mano diciéndole a las señoritas de por aquí que te cases conmigo, mujer, que voy a ser general, por lo que no sé quién me va a ayudar a cortarle el cabello a esa cola cotidiana de jóvenes que le da dos veces la vuelta a la plaza principal y que entran sudados de

un sudor polvoroso pidiéndome con voces de seudomilitares que me corte el pelo como Gobernador, y eso se repite cada día, amigo mío, así que el truquito del pelo en el bolsillo lo tengo que hacer con cada uno para que mi novia no me vea despeinado, repiten todos como loros, para que mi amada no tenga que ver tanto cara de loco mientras paseamos, me dicen todos, aunque en realidad no paseen un carajo, porque el único que pasea en este pueblo es Gobernador al cual todo el mundo se quiere parecer, por eso me piden que les eche ese bendito unguento de raíces amazónicas que deja parejito el cabello, y ya los indios Yanomamis, que eran los que me lo traían, no lo quieren traer más porque tal era el pedido que acabaron con media selva y, así me dijeron, si seguimos en ese plan no va a quedar nada por aquellas partes, pues los guacamayos no tienen ya ramas donde descansar y andan volando todo el tiempo, convirtiendo el cielo en un arcoíris constante, los cocodrilos se quedaron sin dientes porque ya no hay más nada que comer en el Orinoco y todo ese poco de verde se está convirtiendo en un peladero por el bendito unguento de raíces para tener el cabello bonito e inmóvil, pero ya todo se está resolviendo, señor, y el producto me está llegando otra vez, desde el día en que le expliqué a Gobernador lo que ahora le estoy explicando a usted, y él me preguntó, dígame la verdad señor peluquero, qué es más importante para usted y para la salud del pueblo, los guacamayos, los cocodrilos, los ríos y las matas de por allá, o este humilde servidor que es su más devoto cliente, pero antes de que yo le respondiera que eran dos cosas diferentes, señor Gobernador, él me cerró el paso con una orden inapelable que dio a dos de sus Gorilas más cercanos: se me van para allá y me traen todo el unguento que encuentren y no se me paren en guacamayos, toros, gallos o indios, y desde ese día hay unguento para todo Pueblo e incluso para exportar, amigo mío, por eso, usted los puede ver, todos andan contentos con sus

cabellos iguales y cortos, bien cortos, que Gobernador puso de moda desde aquel día en que le parecieron tan lindos los cabellos de una muchacha que pasaba y no se aguantó las ganas de hacerle un piropo, cosa rara en él, pues solo tiene ojos para su amada, qué lindo pelo negro, princesa, le dijo, y la princesa se volteó y con voz ronca le contestó sin verlo, más princesa será el coño de tu madre, marico, solo después de esa frase los dos jóvenes se quedaron como petrificados porque, Gobernador se dio cuenta de que la del pelo largo era un hombre, y porque el otro sintió el escalofrío súbito de la muerte al corroborar que le acababa de mentar la madre nada más y nada menos que al joven Gobernador que estaba aumentando de más en más, no solo su popularidad, sino también la sumisión de todos hacia su persona, pero nada de eso intimidó a ese muchacho de pelo largo, pues cuando Gobernador le gritó en la cara con su aliento caliente y su saliva fría que el pelo largo es para las niñas, él, con la muerte en los ojos, le replicó que más niña será el coño de tu madre. Más nunca nadie lo vio. Se desapareció al instante con su pelo largo y el de todos los otros, pues no hacía falta ninguna ley para que Pueblo entendiera que no quiero a nadie con el pelo largo aquí, porque solo tú puedes tenerlo largo, mi amor, y eso valía para mujeres y hombres y, después de poco, ya no había ningún hombre de pelo largo, y las mujeres que quisieran dejárselo crecer tenían que llevarlo cuatro dedos más corto que el tuyo, pues tú las superas en todo, y por ello cuando a mi princesa le daba por tener el cabello un poco más largo, todas debían adecuarse a su voluntad, aprovechando para dejarse un poco más largo el moño, o eliminarlo del todo cuando al amor mío le diera por imitar el pelo corto a la garçonne que se usaba en París por esos años y que te queda tan bien.

Cuando a ella le daba por tener el cabello un poco más largo, todas debían adecuarse a su voluntad, aprovechando para dejarse un poco más largo el moño, o eliminarlo del todo cuando al amor mío le diera por imitar el pelo corto a la *garçonne* que se usaba en París por esos años, y que te queda tan bien que no hay que detenerse ahí, hay que seguir cambiando el rumbo de las cosas para que te sientas todavía mejor en este infierno, en este pueblo ingrato de tu existencia que ahora mismo va a saber cuánto vale su mujer amada y cuán poco todas las otras personas y cosas que lo pueblan, por eso cargó a esos Gorilas de un sinfín de etiquetas con el precio que todos los seres en Pueblo debían tener, y en eso estuvieron durante semanas, cada objeto, por pequeño o grande que fuese, había sido etiquetado con el precio que le correspondía, porque aquí de una vez por todas los habitantes tienen que saber el precio de las cosas que, sin pudor alguno, tocan, huelen y comen y, ni siquiera los mangos que naturalmente caían de los árboles, ni los peces del Caribe, ni siquiera los machorros, ni el cacao que los niños chupaban por las calles, ni los guacamayos descansando en las matas, ni los buchones atragantados de peces, nada que estuviera en aire tierra o mar, se había salvado de ese inventario universal, de ese supermercado al aire libre en el que se había convertido Pueblo y, cuando se había acabado de ponerle precio a las cosas, comenzaron esos Gorilas a etiquetar a los animales y, más tarde, a las personas, porque en esta vaina todo tiene que valer algo, menos tú, que nadie te colocó precio para que todos sepan cuánto vales y, cuando llegó la hora de nuestro paseo por el mercado, no lo pudiste creer, hasta las moscas que bailan arriba de las carnes y los pescados poseían etiquetas minúsculas en sus patitas traseras, claro mujer, 3000 moscas valen cuanto un grillo

y 800 grillos valen cuanto un sapo y tres sapos valen cuanto una rata y 200 ratas valen cuanto una iguana y 10 iguanas cuanto un conejo y cinco conejos cuanto un gato y, al terminar el paseo, el amor de Gobernador sabía cuánto valía una vendedora de arepas, un frutero y hasta un Padrecito, Gobernador, no puedo creer en lo que veo, hasta a las nubes allá arriba le pusiste precio y a las gotas de lluvia que caen los sábados al mediodía y a todo y a todos, que me miraban como a un espectro por no imaginarse ellos cuánto podía valer yo que no tenía precio y que, por eso mismo, en realidad no valía nada, contrariamente a su ama de llaves que, por haberse encontrado un precio pegado en la nalga izquierda, no tardó en irse al puerto a venderse y, por ser tan pobre la gente ahí, tuvo que venderse a crédito a panaderos, pescadores y hasta borrachos que le cambiaban botellas vacías de ron por besitos suyos y, mientras tanto esa mujer se buscaba y buscaba por entre sus senos, axilas, por entre su cabello y sus piernas, sin encontrarse ningún precio, por eso, llorando, le dijo a su ama de llaves, qué aburrido es esto de no tener precio, qué triste es esto de no valer nada y, para vengarse de ese tal Gobernador, persiguió por toda la casa a una banda de esos conejos que se la mantienen chamuscando todo en el patio y atrapó cinco entre sus manos de reina, y no dudó en robarles sus precios y pegárselos uno a uno ahí donde solo él sabía y vaya si supo ese Fantasma que, a medianoche, se le presentó con un gato negro entre sus manos que te cambio ahorita mismo por tu cuerpo. Aquí está. Una a una Fantasma le despegó esas etiquetas de conejos, que eran lo que esos dos amantes parecían, cuando por fin él encontró, ahí donde solo ella hubiera imaginado pegarse, esa etiqueta, ¿ahí?, no más abajo, ¿ahí?, un poquito más arriba, ¿ahí?, a la izquierda, ¿ahí?, con cuidado que me duele, Fantasma.

Una a una Fantasma le despegó esas etiquetas de conejos, que eran lo que esos dos amantes parecían, cuando por fin él encontró, ahí donde solo ella hubiera imaginado pegarse, esa etiqueta, ¿ahí?, no más abajo, ¿ahí?, un poquito más arriba, ¿ahí?, a la izquierda, ¿ahí?, con cuidado que me duele, Fantasma, que cada noche se frotaba en las nuevas coqueterías que esa mujer lunar le preparaba en la frescura de esas madrugadas en las cuales se veían descansadamente y, a la misma hora, las doce del día, se despertaban a la mañana siguiente, como si los dos se hubieran puesto de acuerdo, abrían los ojos en el mismo instante, recordando la noche pasada como si fuera un sueño que nunca jamás habría de repetirse, por ello él cada día, a esa hora precisa, se revolcaba en el ansia de la espera para que la luna saliera y, al inicio, tiraba piedras y piedras al sol para que te vayas a joder a otra parte catire bello, pero acaso a los nísperos llegaba en su afán por botar a ese objeto luminoso que me separa de ti que, como yo, te acabas de despertar y, como yo, estás concentrada en mi ausencia y en la hora precisa de nuestro encuentro, pero ella, también apenas despertada, estaba más bien sumergida en los pensamientos de ese otro joven Gobernador que me dejó dormir hasta tarde, deteniendo el tráfico, tan bello él, y un calorcito le abrazaba a ella el corazón, monopolizando todo su sentimiento en ese que se me presenta a cada momento con una excusa tonta, ese que me reparó de las lenguas malas de mis vecinas, ese que se la mantiene presentable y mantiene al cosmos mismo presentable para que yo me obstine por encontrar detalles imperceptibles en este mundo para que él venga al otro día y lo corrija, y más repetía ella ese ese ese, más el calor asfixiante de la envidia acaparaba el cuerpo de ese otro fantasma nocturno, al cual esa moza tan bella está volviendo

loco, mírenlo cómo cada mediodía va sin rumbo por las esquinas de Pueblo, tirando piedras al sol y cubierto de abrigo como si estuviéramos en el páramo, cuando aquí el calor está que rompe piedra, pero entonces se acercaba la hora del almuerzo y, esa muchacha, previniendo las visitas que dentro de poco le haría Gobernador con cualquier excusa, dejaba de pensar en él, convirtiendo sus pensamientos amorosos en chismes que repartía entre los trabajadores que mantenían su casa pulcra, qué raro que no ha pasado por aquí ese testarudo muchacho que viene diez veces al día para confirmar si los pajaritos siguen cantando, si en el horno los plátanos están listos, o si el cielo está bien así o prefieres que llueva, y el joven Fantasma reconocía la voz de ella, lejos de ahí, dándose cuenta de que su amada no estaba más pensando de forma idílica en el maldito Gobernador, y su negro cuerpo iba tomando entonces a retazos una temperatura normal, y ahora sí me puedo ir a almorzar en paz como Dios manda, decía Fantasma, consciente de que ahora le tocaba a Gobernador el suplicio de la espera, visto que la hora del almuerzo para ese joven déspota era la recta final de su espera por nuestro paseo de las cinco y media, y como le daba mucha pena de continuar molestando con la cantaleta de que se me olvidó algo en tu casa, tomó la decisión más infeliz de su vida: escuchar los movimientos de su amada para saber qué estás haciendo a esta hora del burro, en qué parte de la casa te encuentras y quién está cerca de ti en este instante preciso, y para ello obligó a callar a todo el pueblo porque no serán ustedes los que me van a impedir que yo sepa qué está haciendo mi amada y por qué, cómo no, gritó un grupo de Gorilas que ejecutaban sus órdenes cuales dogmas, y entonces los viejitos que jugaban dominó en la plaza después del almuerzo no pudieron gritar más que tú hiciste trampa, no, fuiste tú, no, tú, y, lo que era todavía más grave, no pudieron continuar a golpear el dominó contra la mesita descolorida, gesto que los mantenía jóvenes a

pesar de sus edades que pasaban de los cien, y las ancianas que, debajo de las matas de tapara, brindaban con sus tazas de tapara seca, imaginando que eran largas copas de champaña y llamando con nombres largos y suntuosos a sus amigas muertas, ahora, obligadas por Gobernador, tenían que hacer lugar a un silencio de consagración de esos que el Padrecito exigía únicamente en sus misas con asistencia plenaria de gallinas, burros y chivos que él pretendía catequizar, e incluso los niños que retozaban a esa hora en los salones de la escuela, debajo de los hirvientes techos de zinc, por orden de ese que debía escuchar los latidos bellos del corazón de mi amada, estaban obligados a jugar a los muertos el tiempo que fuera necesario, quedándose impertérritos, sin expresión alguna, aguantando las gotas ácidas de sudor que les bajaban en cámara lenta por todo el cuerpo, metiéndoseles en sus ojitos entrecerrados, que debían dejar todavía más cerrados porque el que los abra pierde y se muere de verdad verdad, susurraba esa maestra de tercer grado que era conocida por ser una de las más fervientes seguidoras de Gobernador y por haber educado a su hija, no en el arte de la enseñanza, como la habían educado a ella, a su madre y a su abuela, sino en saberes extraídos de libros ociosos con cuerpos desnudos y técnicas y posiciones de circo, por si lo llegas a conocer, hija mía, te ganes el amor que tu padre nunca me dio, sin imaginarse, claro está, que en ese mismo instante su hija virgen, pero con todos los conocimientos de un harem, se encontraba debajo del sopor de la hora del burro con tres tristes griegos provenientes de un barco sin nombre ni bandera, que se ahogaban en sus zonas temerarias en medio del silencio más sordo de la tierra, sintiendo como si luchasen con un pulpo sudoroso que no se dejaba agarrar, al mismo tiempo que agarraba todo a su paso con una sola mano, porque con la otra se traspasaba la boca con el dedo índice en señal de una amenaza que esos griegos ya conocían desde el inicio, el que hable

pierde, pero ninguno chitó, y el silencio fue respetado a tal punto que el joven Gobernador pudo, en plena hora del burro, percibir, como en una clarividencia, el susurro del espíritu de su amada pensando en otro que no era él, y el suspiro que se le escapó fue tan sincero y melancólico que, a causa de su orden de que nadie hablara, todos lo percibieron tan nítidamente que, todo Pueblo quedó sin aire mientras él lo aspiraba todo, para después recobrarlo con su espiración tenue y profunda, pero no quiso que nadie supiera eso que él ahora sabía, pues solo quedaban dos largas horas para poder pasearme contigo por los altiplanos del pueblo y su única preocupación, entonces, fue de encontrar una acción que lo pudiera sacar del manicomio de su intuición triste, de su triste intuición y, por qué no, se dijo a sí mismo al percatarse que era la iglesia el lugar donde quería realmente ir, entonces cambió súbitamente su rumbo y se encontró de frente a esta, pero no entró por la puerta principal como todos los cristianos, sino que bordeó esa iglesia, pequeña y vacía como estaba, y tocó tres veces la puertecita de la casa parroquial donde el Padrecito en manga corta se esforzaba por catequizar a una gallina que lo miraba diciendo que sí todo el tiempo. El sonido triple de la puerta a esa hora asustó al sacerdote, pues rompía con la inmovilidad de la hora del burro en donde, según órdenes expresas de Gobernador, nadie tenía que hablar así que venga más tarde. Soy yo, escuchó desde detrás de la puerta, y de inmediato se levantó el Padrecito sudando frío. Adelante. El olor a plumas de gallina mezclado con incienso le perturbó la garganta al joven visitador. ¿Qué lo trae por aquí?, dijo el sacerdote sin voz. No es con usted que quiero hablar, le replicó Gobernador. Tome asiento, le propuso el Padrecito señalándole su cama de soldado. Pero el joven, taciturno, le repitió con una voz como cansada, si quiere se lo digo en latín, con usted no quiero hablar. El padre le repuso, esta vez con seguridad y sin respirar, viene a mi casa toca la puerta se sienta

en mi cama y después me dice que no es conmigo que quiere hablar. Ya sin paciencia, el joven posado ahora de frente a él, afirmó, dígame que estoy aquí. Sin entender nada el sacerdote utilizó la última pregunta que le quedaba encima, ¿a quién? Vine a hablar con dios, dijo Gobernador.

Prisionero

Milagro! Se dijo a sí mismo. Prisionero estaba viendo, justo de frente a su bote-cárcel, una lata corroída por el sol en la cual lograba apenas leer la palabra «jugo».

Comprendió por ello que Gobernador, que lo había encerrado en ese mundo sin libros materiales, conocía su cruel miopía por lo que, antes de meterlo ahí, rompió sus míticos anteojos de pasta negra. Para Prisionero esos anteojos eran una prolongación de su cuerpo y, antes de ese encierro forzado, nunca nadie, ni con caricias ni con golpes, había logrado quitárselos. En realidad, tampoco en esa ocasión se los habían logrado sacar y lo único que pudieron los Gorilas fue romperles los vidrios, dejando a Prisionero durante ese primer día de su encierro, así, como él mismo se recuerda: sentado con sus manos apoyadas en las rodillas y quietecito como un niño obediente, tratando de leer a través de sus anteojos sin vidrio los carteles y anuncios allá en tierra firme. Pero Prisionero ahora no lograba leer nada. La distancia que lo separaba de Pueblo era la exacta para que él no se pudiera

extasiar en la lectura de Café El faquir, Gallera las tres cruces o Prohibido bañarse. Su vista se limitaba a puntos que se movían de aquí para allá en Pueblo y a los cuales él, víctima de su deformación profesional, le inventaba nombres y destinos para pasar el tiempo. Esa lata ahí flotando era por eso un milagro, o acaso un error de Gobernador, que le proporcionó a Prisionero un placer que ya ni siquiera se atrevía a soñar.

El sentido de la pena carcelaria de Prisionero, no estaba en la ausencia de libertad de su cuerpo, ni mucho menos en la soledad de su persona, visto que su creación literaria lo hacía estar acompañado por centenares de personajes en los lugares y tiempos más diversos.

Su castigo consistía más bien en colocarlo en la imposibilidad de ejercer la escritura y qué mejor manera que impedirle la lectura. Prisionero gracias a esa palabra «jugo», ahí de frente, tuvo la intuición suicida de que, sin la lectura, su escritura estaba destinada a mutar lentamente, hasta convertirse en una actividad que nada tenía que ver con esos libros que, antes de su cautiverio, sus compañeros le enviaban por barco en cajas en las cuales se podía leer, no abrir son solo libros, para evitarle a los ladrones aduaneros de perder su tiempo en un delito tan poco rentable en Pueblo.

Pensó con nostalgia en todos esos clásicos de la literatura, leídos hace ya tanto tiempo. Su encierro había sido tan largo que ahora Prisionero recordaba a todos los personajes, los lugares y las historias de esos libros bajo la estructura de una trama única e inseparable. Su prisión le hacía recordar la historia de la literatura universal como una única gran novela para su uso personal.

Pero al cesar de evocar esa gran trama siempre se quedaba con el mismo resultado: gotas saladas, sol radiante y ausencia de libros. Qué otra cosa podía hacer en medio de tanta desolación aparte de fijar nuevamente su mirada en esa lata flotando a su lado con un vaivén vertiginoso y la palabra jugo escrita. Tantas

eran las ganas de explotar hasta el máximo el milagro de esa palabra escrita, que decidió, llevado por el placer de la lectura, leerla y releerla hasta el cansancio, jugojugojugo.

Leía esa palabra como si fuese el último ser al cual aferrarse para no morir de canícula literaria. La leía en tiempos diversos, algunas veces con una velocidad de loco, otras con una muy lenta pronunciación que le hacía estirar la palabra hasta por dos días. En ocasiones la leía incluso con sonoridades, acentos y melodías diferentes. La simple lectura de esa palabra le sobraba para elevarse sobre todos los otros elementos naturales con los que en su cautiverio vivía. Jugo. Era lo único que lograba leer en esa lata porque cuando trataba de leer otras palabras escritas se daba cuenta de que ya el sol las había leído por él y, de paso, las había desaparecido. Pero ese percance lejos de molestarlo, era el punto de partida de otros de los viajes de su imaginación que se empeñaba en interpretar eso que la vista no lograba, y que lo hacía saborear sabrosos jugos en todas las latitudes del planeta. Para Prisionero interpretar no era otra cosa que crear.

Pero después de cada viaje de la imaginación Prisionero volvía irremediablemente a su cuerpo bronceado de náufra-go y a esa lata, todavía más desteñida por el sol, que desde hacía tiempo se había sumado a los objetos que lo acompañaban en su cautiverio: una columna vertebral de pescado que hacía las veces de una pluma sin tinta, un sombrero de caracol que protegía su imaginación del sol y un pañuelo blanco que aquella mujer subida en el lomo de su amado le lanzó desde el cielo.

Las ganas de la lectura de esa palabra no habían cesado, aunque ya hacía tanto tiempo que estaba tan concentrado en ella que, incluso, la conocía de memoria, él que tenía una memoria tan rara.

Ese día lo pasó fijado en esa palabra con una abstracción tal que ni siquiera el sol lograba distraer. Fue entonces que ese

jugo que observaba comenzó a desfigurarse delante de él y a descomponerse en otras palabras derivadas de sus letras. En ellas pasó otros muchos años: jugo, ujgo, juog, ujug, oguj, ogju, gouj, goju, gujo, guoj, ugjo, ugoj, jogu, joug, ojgu, joug, uogj, ougj, uojg, oujg, gjou, gjuo, jgou, jgou... y después de leer miles de veces las derivaciones que esa palabra tenía y de familiarizarse con ellas, optó por dar a cada una de esas palabras, sin sentido ni definición, el estatuto mágico de ser un personaje, nombre de ciudad o animal exótico dentro de una narración literaria. Gujo sería entonces el macho de la Goju, cuya reproducción extraordinaria de millones de crías se realizaba en la selva Jogu en donde vivían los seres Ugjo, los más temibles que conociera el planeta Gjuo, cuya capital es Uojg y se encuentra en. Pero irremediablemente Prisionero estaba desilusionado de su creación y recomenzaba de nuevo. Se sentía frustrado por tratar de hacer literatura a partir de una mezcla matemática de la palabra jugo. Esas derivaciones de las letras que componen esa palabra no eran más que creaciones racionales que nada tienen que ver con el sueño guiado que es la literatura.

Recomenzó entonces con todo el placer del mundo la relectura de la palabra jugo por otros incontables años y, sin que se lo propusiera, puso en práctica otro artificio para calmar las exigencias desaforadas de su vocación. Consistía en asociar cada letra de esa palabra a nombres y apellidos, formando así el nombre completo de un potencial personaje.

Se vio de este modo delante del señor Juan Umberto García Otero, que no tardaría en convertirse en el niño Juancito, el pintor Umberto, el cardenal García y la viuda de Otero, quienes, por una extraña convergencia de casualidades que Prisionero habría de contar, cruzarían sus destinos en una ciudad, café o plaza pública para dar vida, después de dos generaciones, a ese Juan Umberto García Otero, protagonista de la novela que acababa, justo en ese instante, de comenzar a escribir en

el piso de ese bote con su columna vertebral de pescado que hacía las veces de una pluma. Prisionero corroboró entonces esa intuición suya de que una palabra, frase, olor o sabor es más que suficiente para pasar toda la vida escribiendo. Jugo, volvió a leer la palabra, jugo, José Ugarte Gaviria Otaiza, jugo, Juventud de Unión Gremial Organizada, jugo.

Maríadelosángeles, Pabloelmarinero

Bastaba acercársele brevemente, tocar sus olvidos, olvidar sus vestidos, para darse cuenta de que Maríadelosángeles solo buscaba que un hombre, un hombre cualquiera, la tranquilizase con la frase que aquel le había dicho una vez, eres bella, sí, eres bella. Esa frase que ella le había robado de sus labios, los de él, durante una noche lejana que todavía hoy la hacía vivir.

Ese marinero que en lugar de dejar en cada puerto un amor depositado en lo más profundo de una mujer, dejaba el amor de ella, el único posible. En cada puerto se quedaba el amor de María como abandonado, quién sabe si olvidado por él como una maleta.

Ella le había robado esa frase a ese marinero alto y, con ella, él se había quedado ahí, también ahí con ella, como ella.

Sus cuerpos apenas eran perceptibles, sobre todo el de esa mujer. Un cuerpo frío, blancuzco, sin rastros de nada ni huellas aparentes. Él la miraba recordando o al menos tratando de recordar cómo había terminado ahí. Ella susurraba algo y lo miraba. Ya llevaban varias cervezas y el tiempo había pasado,

aunque todavía no fuera tarde: siempre llegaba ese momento extraño que no era día o noche, temprano o tarde, hoy, mañana. Él lo había agarrado infraganti, a él, al tiempo extraño, y ahora pensaba en sus olores, sus posibilidades, en el momento preciso en el que había llegado a ese cuarto.

Sus labios se acariciaban y se alejaban y después se volvían a tocar. Era jueves, pensó ella, y un miedo le recorrió el cuerpo, una sensación caliente que solía presentársele cuando pensaba en cosas del mundo, simples y humanas. Ellos ahí tirados y juntos parecían lo que eran, seres humanos enredados en ríos y sábanas en medio de ese tiempo tan espeso que casi podía ser tocado, arañado, tirado por la ventana.

Mariadelosángeles ya casi estaba por llegar a lo máximo de su entrega cuando utilizando las pocas -y quién sabe las últimas palabras de su noche le susurró al oído:

¿Soy bella?

Él tal vez no escuchó el clamor sudoroso de su compañera de madrugada.

Ella repitió sin arrepentimientos:

¿Soy bella, dime, soy bella?

Él, Pablo, hubiera querido no escucharla. Habría deseado decirle que no, no eres bella, disculpa, pero para mí no eres bella, eres apasionante, calurosa, tierna, pero no bella, disculpa. Pero ni una sola de esas palabras se le insinuó en su boca. Calló. Ella se quedó inmóvil como quien espera un racimo de rosas rojas. Él la miró toda: sus senos marchitos pero jóvenes, su tez más bien reseca, los labios sutiles, los ojos marrones, sus hermosos pies y hasta la geometría de sus zonas íntimas, salvajes.

Eres bella.

Esa frase salió golpeando su garganta, la punta de su lengua, el cerebro apagado que la pensó. Él se sintió raro, como aislado sí mismo.

María se susurró a sí misma:

¿Realmente lo piensas?

Pero la frase se le reventó en el instante, terminando en un chillido fuerte de oídos y en una gota fría recorriendo los altiplanos de su espalda.

Sí, realmente lo pienso.

Respondió Pablo al opaco silencio del cuarto. Él no quiso decir eso, que sí, que era bella. Y tal vez fue precisamente esa falta de sinceridad la razón por la que esa respuesta se quedaría en ella como lo que era: tu respuesta tuya, Marinero.

Él se sintió triste, como desposeído. Una parte de sí mismo se le había escapado con esa pregunta de ella, se le había ido con ella que miraba contenta a ese mentiroso bello.

Aunque le costara reconocerlo, era la primera vez que un hombre, alguien como él, le regalaba un ramo de flores tan alto y tan rojo. Ese eres bella fue el triunfo de su espera por un marinero. Muchos hombres habían pisado el césped salvaje de su sexo, pero ninguno lo había olido, se había acostado en su verde superficie. Muchas noches habían pasado por su espalda, sus sostenes, por sus pequeños pies de cenicienta, pero ninguna de ellas habían sido día, como esa noche que fue noche y fue día, visto el sol enorme que Pablo le hizo ver a las tres y cinco minutos hora local, en medio, justo en la mitad de ese orgasmo onomatopéyico que él presenció cual invitado de honor.

Pabloelmarinero se colocó su uniforme sin ruido aparente. Como un gato viejo y torpe se escabulló por la oscuridad de esa mañana con todas las cortinas cerradas. María, en medio de un sueño aparente, olió cada movimiento de ese marinero a través de su ropa: la hebilla de ruido metálico, sus zapatos de héroe, su camisa salada, el llavero en forma de ancla de otrora, su sombrero blanco abrazado por una banda azul. Por entre el espejo Mariadelosángeles lo pudo observar a través

de una imagen robada y nublada pero nítida: era el hombre más hermoso de los océanos, un capitán de mil batallas, mi héroe tan lindo.

Eres realmente bello. ¿Lo sabes?

Él no entendió de inmediato que, también para ella, era la primera vez. Nunca antes ella le había dicho eso a nadie: se sintió, ahora sí, desvirgada.

Ese hombre vestido de un blanco resplandeciente se limitó a mirarla con una mirada a la vez satisfecha y paternal. María sintió frío y se cubrió con la almohada.

¿Dónde vas?

Hoy salgo a las tres del Puerto Sur para...

No lo digas, por favor.

Y antes de que él pudiera preguntarle el porqué, ya ella cogitaba su respuesta más sincera, más suya.

Porque odiaría por siempre ese lugar sombrío; porque la República de mi cuerpo le declarararía la guerra más afanada del mundo; porque recorrería sus calles y sus ríos para buscarte debajo de cada sombra, detrás de cada ventana, en el fragor matutino de sus patios, en sus puentes; porque me convertiría en el hazmerreír de sus habitantes de tanto buscarte, en la loca del Barrio, en la dictadora sin esperanzas que te busca detrás de cada ley, cada discurso, cada oprimido; porque mi vida se perdería en un estudio desenfrenado de su geografía, su historia y sus dioses para ver en cuál de sus detalles te esconde, porque...

Pero Pablo no agregó más nada. Se limitó a callarla con un beso suave como un pañuelo, al mismo tiempo que le susurró con una voz quebrada de llanto un mensaje que Mariadelosángeles no pudo descifrar.

Ella le cerró el paso:

¿No te da vergüenza dejarnos en esta mierda, marinero?

Pablo trató de responderle de la forma más precisa posible, como solía hacerlo en esas ocasiones. Alguien como él estaba más que acostumbrado a los ataques de histeria de las mujeres que dejaba abrigadas debajo de las sábanas de los hoteles de mala muerte del mundo entero. Conocía tan bien la situación, que ya había renunciado a las frases que, al inicio de su carrera de marinero, utilizaba espérame, volveré, fue una noche única, Patricia, que me llamo Eleonora, marinero maldito.

Ahora no. Su actitud era vehemente, austera, fue lo que fue, belleza, quizás nos volvamos a ver, cariño.

En una frase del género estaba pensando para hacerle frente a la violencia de esa mujer que pocas horas antes simplemente le había parecido otra cosa. Mas no había traducido sus pensamientos en palabras cuando ya se había sentido atropellado por la voz ronca de Mariadelosángeles:

No te preocupes, marinero. No me malinterpretes. Cuando hablo de mierda no me refiero a esta situación de mierda tuya y mía, al hecho que tienes que irte, a todo esto. Estoy segura de que sabes muy bien de qué te estoy hablando.

Él entendió.

No era la primera vez que alguien le hablaba de eso, acusándolo de endosar su lindo uniforme y salir a recorrer mundos, dejando intacto a un Gobernador cada vez más Gobernador. Sobre todo, las mujeres con las que compartía sus noches en Pueblo, las únicas que conocía, eran sensibles al tema. Pero Pablo las toreaba con argumentos de oficio para pasar súbitamente a caricias y besos de circunstancia, actividades en las que era tan bueno que siempre lograba cambiar el tema.

¿Qué quieres que haga? —dijo sinceramente él—. Para mí un marinero de guerra no es un marinero. El mar para mí es antónimo de política.

Tan lindo y tan cobarde.

Entonces míralo desde este punto de vista: eso que tú llamas miedo es el precio para salvaguardar mi belleza.

¿Qué prefieres tú: un hombre lindo o uno muerto?

Ella lo deseó en ese momento. Sentía rabia y lástima por ese mismo hombre que ahora le humedecía el cuerpo.

Pablo pareció oler el lamento sordo del cuerpo de ella y se le acercó como para estar seguro. Le dio un segundo beso de despedida que de ser tan largo le hizo olvidar el Puerto Sur de donde ese día no saldría y el destino, nunca dicho a María, en donde seguramente otra mujer se había quedado esperándolo.

Dieron las tres en el reloj de la iglesia del Padrecito y el beso de despedida todavía duraba. Las seis, las ocho y las diez y quince y las tres y solo la luz de la mañana siguiente logró separarlos de aquella despedida que terminó en cita:

Nos vemos en el espejo.

Le dijo con voz tenue Pabloelmarinero mientras se vestía. Esta vez no había caído en la trampa. Sabía que ella estaba con sus ojos bien abiertos debajo de la sábana.

Muchas veces en sus innumerables viajes le habían hecho esa pregunta. Pabloelmarinero tenía siempre en sus labios la respuesta segura. Por ello cada vez la extraía como de un bolsillo y la gente se quedaba, en la mayoría de los casos, convencida, pero sin entender:

38 grados, Oeste.

Siempre había uno queriendo le respondía inmediatamente:

Así te gustan las mujeres, Pablo ¿38 grados, Oeste?

Él ponía cara de viejo patagón y contestaba simplemente:

Sí.

Pocas veces entraba en los detalles de su respuesta. Pero cuando lo hacía podía pasar una noche entera hablando de ello delante de una buena botella de ron añejo.

En el cuerpo de ellas hay signos y letreros, parques y esteros, horizontes, lares preciosos, fuentes desbordadas, que ellas conocen bien con una memoria que recuerda todo eso como a objetos sacros.

Ellas llevan en sus ojos como un reflejo aquel maremoto, emoción primera, que las dejó perplejas delante de esa lava caliente y roja que comenzó de pronto a brotar de sus entrañas para demostrarles que la vida depende de ellas y solo de ellas. Después vinieron los terremotos del amor en la cama que ellas viven como nadie. Esos incontables movimientos sísmicos que se explotan durante noches sin noche, en los lugares más perdidos de esa tierra y este mar. Cómo reaccionar delante del descaro del cuerpo de una mujer, ciempiés cuesta arriba, tocando y tomando a la vez en un solo acto de posesión múltiple y certera, promoviendo toda suerte de cosquillas, calores y dolores en un mismo quejido. Es fácil perderse en el templo de lo femenino. 38 grados, Oeste. Ahí se encuentra el lugar.

Aunque Mariádelosángeles no lo sabía, o acaso se lo negase, a Pablo le bastaba decirle, 38 grados Oeste, para que entonces se buscara a sí misma con la ayuda de las manos de él por entre la foresta hermosa de su pubis, en el cañón suave de su barriga, en el barro tibio de su boca y, sí, aquí estoy encontrada, amor mío. Se hallaba, ella. Estaba ahí, en el mismo cuerpo que su madre le había pasado como una maldición o una herencia.

Ahí donde nunca se buscó. Se reconocía de pronto y sentía una felicidad como de chocolate, gracias marinero. Por fin sabía ubicarse en ese grado 38, en el Oeste de sus placeres, amor mío, repetía sin cesar, amor, amor mío.

Pero ya era demasiado tarde porque Pabloelmarinero ya no estaba ahí ni en ninguna otra parte del mundo de esas mujeres. Se acababa de ir en busca de sus coordenadas propias, es decir en busca de Mariadelosángeles, dejándolas en el fragor de una belleza reencontrada que mostrarían lo antes posible a otro hombre bello de mi vida, mira esto, 38 grados Oeste, mírame esto, papito rico, y le enseñaban esa cosa que era de ellas y solo de ellas, te lo presto, pero este tesorito es mío, belleza.

Ya el marinero estaba lejos y apenas podía escuchar las sirenas sordas de los amores entre esas mujeres, que él acababa de dejar, y los machos que las encontraban admirando sus 38 grados, Oeste. El marinero sonreía y, a partir de ese instante, no las extrañaba más. La silueta de esas mujeres se esfumaba con un humo que llenaba de olores los puertos sur de su partida. Entonces pasaba lo mismo de siempre: la imagen implacable de María se le desbordaba por los ojos, las manos, por la culebra inquieta de su pene. No le quedaba otra, se colocaba sus zapatos de héroe, amarraba los cordones desmayados, la hebilla de ruido metálico, su camisa salada, el llavero en forma de ancla de otrora, su sombrero blanco abrazado por una banda azul.

Veía el resultado de sí mismo vestido en el manchado espejo de ese hotel de puerto que podía ser cualquier otro y se iba, otra vez, a todas partes, en busca de María de su corazón que te busco por todas las islas del Caribe, en los archipiélagos del cuerpo de otra, en las cuevas mediterráneas de mi recuerdo, en el frío atlántico de mis noches sin ti, en el verano más lento del mundo, el del trópico, y ni aquí, ni ahí, ni allá, tú estás, y no me vengas con esa respuesta que ya sé, esa que me comunicas a través de todos los espejos de todos los hoteles del mundo, la

vil respuesta que me dice que simplemente tú estás donde te dejé, en el mismísimo lugar donde nos dijimos, nos vemos en el espejo, en ese mismo espejo estás, reflejándote en este momento preciso que te busco y no te hallo, en este instante en el que trato de intuir tu imagen a través de la mía y es que no lo logro ni lo lograré, amada, porque yo estoy aquí, es decir lejos de ti:

¿Y por qué no vienes, Pablo?

Porque no, Mariádelosángeles.

¿Y por qué me buscas donde sabes que no estoy, marinero? Porque sí, María.

Le respondía con tono triste Pablo a ese manchado espejo manchado. Porque es más difícil recordar cuando uno está vivo, María, porque es una muerte lenta no recibir por fin la muerte, el único regalo que el hijoeputa de Gobernador le tiene reservado a cada uno de nosotros, por ello no me supliques más, dile a tu recuerdo de callar y esperar que se muera ese viejo ese inmortal ese cabrón ese, ángel bello, y no te preocupes que yo esperaré, no es verdad lo que se dice, él no es inmortal, mierda, ese bicho terminará por morirse se morirá va a morirse, y aunque cuando eso pase tenga yo noventa años, y aunque las arrugas no te dejen reconocerme, serán mis ojos quienes te reconocerán, joven como te vi aquella última vez en el calabozo, porque estaré vivo, María, ese será mi premio por no escoger el camino fácil de la muerte, ese que tú no pudiste ni siquiera escoger, pues ni viva ni muerta estás, ese tal Gobernador no logrará matarme, María de mi vida, estoy vivo y buscándote por donde quiera que no estés como método para no olvidarte, déjame hacerlo, no me atropelles en plena noche con el monumento colosal de tu cuerpo agitado pero sin carne y hueso, no te transformes en mar enojado, no despiertes a toda la tripulación en plena madrugada con olas más grandes que dios, no te me vuelvas viento recio, no quieras voltear el barco de mi lejanía, no seas esas nubes peligrosas que amenazan, tampoco tempestad,

no seas tiburón, María de mi memoria, no castigo, no muerte, quédate así como eres, esperanza, sé vida, vida mía, espera, recompensa, llegada, tierra firme, alba, libertad, que el tiempo vendrá, y mañana será otro día, y bailaremos su muerte enfrente de su cuerpo vencido, arriba de su pena, juntos soplaremos tu saxofón invencible con el que ahuyentas el silencio de la opresión, ese saxo alto, tan alto como un libro, un puño, podrás tocar donde quieras sin que nadie te pregunte qué música es esa, señorita, Gobernador no la quiere, así que páseme ese instrumento por las buenas, que usted sabe que no le podemos hacer nada pues su cuerpo está protegido por su sangre, sangre de familia militar de alta alcurnia, pero no se pase que hasta él, el padre de la patria, el bondadoso, el que todo lo perdona, tiene límites, y usted ya lleva demasiados perdones encima, señorita, así que, insisto, deme ese saxofón, ese instrumento maléfico, ese nido de idolatrías que le hace ver a la gente la libertad por todas partes, alejándolos de la verdadera libertad, esa que consiste en hacer lo que se debe hacer y no lo que se quiere, eso es libertinaje, señorita, y con eso no se va muy lejos, mírese a su alrededor, observe cómo aquí todo es orden y progreso, cómo lo que antes era un pueblo desesperado con gente que cagaba en las esquinas y fornicaba arriba de los árboles de mango, ahora es un lugar urbanizado, limpio, protegido, donde ya nadie tiene que estar bailando en día de trabajo, ni escuchando música, aquí ya nadie grita como otrora, nadie dice lo que no es, acaso no ve cómo el pedagogo Gobernador nos enseñó a ser gente, ejemplo del mundo civilizado, ideal de virtud, vaya, salga, pásese y demuéstrela a su incredulidad cómo de tantos ladroncitos que había en otrora, ni uno quedó, señorita, ahora usted puede salir tranquila, vivir tranquila, eso es libertad, señorita, se es libre cuando se hace el bien y el que no lo quiera hacer pues que aprenda, no sé si me explico, un ladrón sin manos no puede robar, deme ese instrumento, sea libre como libre es la gente de

Pueblo, no sea terca, que si sigue, ni su ilustre árbol genealógico de grandes hombres de armas podrán sustraerla del castigo por sus infelices decisiones, que ni siquiera yo podré salvarte, Mariadelosángeles, escucha al Gorila aunque no tenga razón, que te va a perder y ya más nadie te encontrará, acuérdate que ellos saben perder a la gente escondiéndola en el limbo de la transparencia, amor mío, pero qué estoy diciendo, por nada del mundo le des ese saxo, María, que si lo haces te me mueres en vida, libertad mía, continúa desbaratando al magnífico con notas, silencios y ritmos, sigue, no te detengas que estoy mar adentro pero ya estoy llegando, más agudo, eso es, un lamento más agudo que le duela a todos ellos, que llegue hasta aquí con el viento de la aurora, que termine por demostrarle a todo Pueblo lo que murmuran, que aquí hay una bruja, una bruja lánguida que libera a la gente con sus notas, a través de hazañas musicales que realiza en los infiernos mismos de Pueblo, en los sótanos oscuros, ahí donde ni siquiera la opaca noche entra con su azul petróleo y sus Gorilas, allá donde solo viven Las Ratas, como llaman todos a ese grupo de jóvenes músicos que, según cuentan, noche tras noche apuestan sus vidas por unas cuantas notas salidas de la boca del saxo de María, la que sopla y libera, el que la oye muere y renace, Lázaro, el del número quince, es la prueba, mírenlo ahora, sus ojos poseen el brillo de quien. Esa chica lo agarró por los cabellos y en un sí menor lo arrancó de. Aprovecha María, sopla ángel bueno, libéralo, y ella soplaba más fuerte de frente a un mar de ratas que la observaban liberados por el milagro de un pulmón que emite aire controlado por dedos, amparado por ese saxo, e inspirado por un alma grande grande que no cabe en ese sótano de *Rue de Paradis*.

* * *

A los oídos de Gobernador había llegado la noticia increíble e insensata de las facultades sobrehumanas de esa niña malcriada a la que ya le he soportado mucho.

Un coro de seguidores repetía entonces: *Alaquelehesoportado mucho, Señor Gobernador. Esa tal saxofonista que ya me tiene cansado.*

Y todos que sí, Gobernador, *ya lo tienen cansado.*

¿Cómo se llama la pendeja?

Los presentes se mataban por responder antes que los demás a la pregunta:

MarMaríaDeMaríLosMaríadelosángeles, Señor.

¿Y con qué derecho hace todo eso?

Eso quiséramosabernosotros, Gobernador.

Dizque sobrehumana... Pero si es que en este pueblo de mierda no hay ni siquiera humanos, aquí solo existo yo soy, tú soy, él soy, nosotros soy, vosotros soy, ellos soy, yo soy Pueblo. Lo otro es monte y culebra, nada, negros sucios como ustedes, servidores míos. Con qué derecho entonces esa anda por ahí soplando y haciendo botellas con ese saxo, con qué derecho se atreve a pensar que en este zoológico la gente quiere ser libre, quién le metió esa idea en la cabeza. Ciertamente no mi compadre, el general, pobre hombre, tan cabal, y semejante hija, que ahora se la pasa dizque de profeta, de iluminada, de liberadora musical de los oprimidos. ¿Qué quiere, Secretario? ¿No ve que estoy hablando?

Hay un particular que pienso que usted debería saber. Al parecer la niña tiene un hombre en su vida. Un tal Pablo, marinero, según cuentan. A quien ella espera cada día en el café del hotel El Faquir con la vista fija en el horizonte. La información viene de uno de nuestros informantes presentes en el café mismo.

Pues agárenselo también con ese pescador maricón. No es pescador, jefe. Marinero.

¿Qué cosa, Secretario? Nada señor, nada.

Como le estaba diciendo, a ese tal Pablo lo quiero aquí de inmediato. Ese es el problema, jefe. A eso iba.

Pues hable rápido, Secretario, y deje de tartamudear que para eso no le pago.

Como le estaba diciendo, ese tal Pablo navega para una bandera que no es la nuestra. Estuvimos buscando su paradero y supimos que.

Secretario, mande ahora mismo una flota de guerra a bombardear ese barco, de la bandera que sea, porque aquí nadie va a estar robándole pescadores a la patria.

Pero excelencia, ese barco es de bandera.

Que no importa, Secretario, que lo quiero muerto a ese pescador traicionero de la patria.

Como usted diga excelencia. Pero antes de retirarme quisiera decirle que, según las informaciones de la gente del puerto, mañana el barco en cuestión debería anclar en el puerto principal para cargar plátanos y café.

Espere, Secretario, déjeme pensar.

Tómese su tiempo, jefe.

Bueno, por ahora encárguese de la putica. Pero por nada del mundo dejen zarpar al pescador.

Entendido, excelencia. Permiso para retirarme.

Eran las cinco y treinta cuando el barco echó anclas en el puerto principal. Fue una maniobra dura. El capitán quedó extenuado. Más tarde le diría a su prostituta predilecta en la tranquilidad del café El Faquir, te parecerá una pendejada pero algo o alguien no me quería dejar llegar a puerto seguro.

Todos bajaban del barco en medio de una gritería. Todos excepto Pablo, que la esperaba sin razón. Miró a un lado. Miró al otro. Miró el reloj. Miró a un lado miró al otro volvió a mirar el reloj. Ella no estaba, a pesar de que su identidad se le encarnaba en todas las pasantes.

Mariadelosángeles no lo estaba esperando. Pero en su lugar estaban ellos. Eran tres y vestían como gente común y corriente. Esa fue la razón por la que a Pablo no le costó descubrir quiénes eran.

¿Qué carajo querrán esos Gorilas?

Decidió moverse con un paso tranquilo pero con una dirección caótica para corroborar su intuición. En efecto, esos maricones son Gorilas, Pablo.

Entró en El Faquir donde se encontraba otro de la tripulación con una bella prostituta al que apenas saludó. Te parecerá una pendejada pero algo o alguien no me quería dejar llegar a puerto seguro. En las mesas de atrás los percibió ordenando unas cervezas que nunca pagarían. También él deseaba una cerveza bien fría. Pero para llevarles la contraria se limitó a pedir un ron seco. Se lo bebió de un solo trago y sintió esa sensación que tanto amaba: un delirio en la punta de la lengua, un fuego que doraba su garganta e, inmediatamente después, un arañazo en el fondo de su estómago.

Pablo era un amante del buen ron añejo. Aunque sus incontables viajes a Europa le habían hecho nacer una adicción escondida por el vino mediterráneo, el ron era sin duda su bebida preferida. La única que en los tiempos difíciles que vendrían le calmaría la ausencia de ti.

Ahora sí, después de un buen trago podía comenzar a pensar. Al fin y al cabo, si nadie puede salir y entrar de Pueblo como le dé la gana, ¿por qué yo podría continuar haciéndolo? Yo no soy nadie. Más allá de mi certificado de marinero y mi piel curtida, qué me haría ser diferente de todo este mar de gente prisionera de las hermosas playas de Pueblo. Tenía que pasar. De todas maneras, pasó justo cuando ya no me interesaba más partir. Podría decir que pasó más bien después que antes.

¿Dónde estarás, Mariademisueños? Al final tuve suerte. Tantos años de libertad y ahora, que yo mismo me quiero esclavizar, ellos

también lo deciden. ¿Dónde podré vivir? Seguramente alquilaré algo cerca del puerto. De todas maneras, tengo que estar cerca del mar y los barcos. Ojalá que haya terremotos en terremotos en Pueblo: con el mar enfrente y el suelo moviéndoseme me sentiré en altamar. Otro ron sequito, por favor, Facundo. Delirio en la punta de la lengua, fuego que dora la garganta, arañazo en el fondo del estómago. Ahí están todavía, qué hago. ¿Por qué no habrá venido a buscarme, ella? En el fondo sabía muy bien el día de mi regreso. ¿Se habrá casado? Es posible. Estas mujeres me tienen mal acostumbrado. Yo pienso que me van a esperar toda la vida. ¿Se acostarán con otros mientras yo viajo? Solo a mí se me ocurren tales estupideces: claro que sí. ¿Desde cuándo uno cree en las mujeres? Al final, qué soy yo: uno cualquiera. La demostración son esos tres tipos ahí vestidos como gente normal. No voy a poder navegar más. No se puede negar que yo era uno de los pocos que quedaban. A casi todos los otros marineros civiles los habían hecho renunciar al mar o convertirse en marinerosgorilas. Menos mal que fue ahora y no hace unos meses atrás. Entonces no habría soportado la tierra firme. Mariádelosángeles. Viste, no soy tan cobarde: me quedo en esta mierda, como tú la llamas, contigo. Hoy me permitiré el lujo de mi vida. Dormir en el hotel El Faquir. Aunque eso sea cosa para el capitán, y porque es allegado de Gobernador. Pero, ¿quién sale a la calle con esos tres, allá, esperándome? El último trago y a la cama. Pour la route. Otro, por favor. ¿Por qué tanto teatro? Estos del gobierno aman armar tragedias. No era más fácil agarrarme de una buena vez, darme dos cachetadas, y decirme lo que me tienen que decir, o tal vez enviarme una carta, como dios manda, en la cual, con una fórmula burocrática, me confirman que estoy despedido. Otro trago, por favor. No, tienen que enviarme tres Gorilas a intimidarme. Es que es más fuerte que ellos. Este trago me regañó, Facundo.

Si quieres te preparo otro, marinero.

No, Facundo, tú lo sabes mejor que yo, el primero y el último trago son los que pegan más duro. Ya que estamos, me puedes reservar un cuarto. Pequeño. Hoy me doy ese lujo.

Hace bien, marinero -le dijo Facundo mirando a los Gorilas allá en el fondo.

Facundo, el cuarto que sea con vista al mar, por favor, y que me dejen dormir hasta tarde.

Ahora le quedaba solo un problema por afrontar. Cómo salir de esa sala sin ser notado. Pero no tardó en darse cuenta de que estaba demasiado feliz con eso de los tragos como para medir la gravedad de la situación. Pensó en Mariádelosángeles y un coraje más bien infantil le iluminó los ojos, uniéndosele a la efímera felicidad del ron.

Se levantó de su silla alta, le picó el ojo a Facundo y se dirigió hacia su recámara pequeña, como la había pedido, con vista al puerto. El golpe en el hombro fue seco. La mano que lo perpetraba helada y de dedos gruesos.

¿Qué quieren?

Usted lo sabe mejor que yo.

Pero apenas los Gorilas tomaron aire para explicarle la importancia de que él les dijera algo sobre la saxofonista histórica, Pablo los interrumpió con una seguridad de loco o de jefe:

No se preocupen. Díganle a ese tal Gobernador que no pierda su tiempo. No tengo la intención de irme de Pueblo.

El más delgado de los Gorilas sonrió: Huele a muerto este pescador.

Créame, las plantas se pusieron a cantar. Las plantaciones están cantando, Gobernador. Dicen que es un espanto.

Al parecer un espanto bueno por el efecto que ya usted sabe, excelencia. Aunque hay gente que no quiere ir a trabajar por miedo a una brujería barata de esas típicas de Barrio.

Pero eso no quita que muchos otros hagan grandes filas para ver si lo que se dice de los efectos de esa melodía es cierto.

Yo le digo las cosas como están, sin entrar en juicios subjetivos, Gobernador: en todo eso hay algo de cierto. La cárcel El Castillo está abarrotada de prisioneros que están empeñados en afirmar que son libres. Aunque las rejas, las gruesas paredes y los golpes de los Gorilas le demuestren lo contrario. Más uno les pega, más contentos están. Más se les escupe, más dan gracias a la vida que les ha dado tanto. Menos comida les damos, más gordos y saludables se ponen.

¡Poseídos! —respondió Gobernador.

Tal vez Excelencia...

Otra vez con la bobería de la virgen —gritó el benefactor de Pueblo. No, mi general. Los maricones con sotana no tienen nada que ver, se lo aseguro.

¿Entonces?

Entonces se trata de una melodía que, al parecer, sale de esas plantas gramíneas con tallo leñoso de uno o dos metros de altura, hojas largas, cumpiñas y flores purpúreas en panoja piramidal cuyo tallo está lleno de un tejido esponjoso y dulce, del que se extrae azúcar. Plantas a las cuales el vulgo se empeña en llamar caña de azúcar —respondió Secretario con tono intelectual.

¿Y desde cuándo las cañas de azúcar cantan? —afirmó sin cambiar de tono Gobernador.

Es lo que manifiesta la gente, jefe, que los cañaverales se pusieron a cantar —dijo con media voz Secretario.

¿Y quién le dijo a usted que aquí la gente tiene derecho a hablar?

Mande una comisión de Gorilas...

Ya la envié, jefe.

Que disparen hasta más no poder contra los cañaverales, para ver si esa voz tiene cuerpo. Y si cuerpo tiene que se pudra en la cárcel, que se vuelva transparente.

Todo eso está más que hecho, señor. Pero el bendito ruidito continúa.

¿Y a qué se parece el ruidito ese?

¿Quiere que le sea sincero, jefe?

A jazz.

¿Y con qué se come eso? Ya le he dicho que a mí las cosas se me explican de pie a cabeza. No se me nombran. Conmigo no se me la venga a tirar de inteligente, que para eso no le pago.

Recuérdese bien: yo quiero explicaciones y, más que explicaciones, soluciones. Si no fuera así, lo cambiaría a usted por un libro.

El *jazz* es un género de música derivado de ritmos y melodías. Secretario calló. No supo responder, Gobernador se quedó sin palabras, tal vez a causa de su rabia.

Salga de aquí y no vuelva más —le dijo Gobernador a Secretario con un tono suave mientras le daba violentos puñetazos a su escritorio. Secretario salió con la conciencia de que volvería dentro de cinco horas y Gobernador lo trataría como si nada hubiera pasado. Era el tiempo que el padre de la patria requería para olvidar una buena rabieta. Ese tal Secretario era la única persona que se permitía hacerle sugerencias y, sobre todo, era el único ser humano a quien él botaba con el más colérico de los arrebatos, para recogerlo poco tiempo después como a una moneda en el suelo. Sin rastros de rencores.

Mientras Secretario salía de la oficina de su jefe oyó el taconeo y el saludo militar de esos que, para él, eran simples Gorilas con ganas de disparar y hacer crecer el número de transparentes, mientras que, para Gobernador, eran el mejor instrumento jamás inventado para mantener el poder. Secretario oyó también la orden dogmática de Gobernador de quemar el cañaveral, aunque Secretario mismo había sugerido que dicha decisión era un golpe bajo a la economía de Pueblo. De todas maneras, nadie contradiría nunca esa orden y menos que todos Secretario, que conocía el método infalible de la política de su jefe y la respuesta que Gobernador le hubiera dado para contradecir su sugerencia:

Es preferible que la gente se muera de hambre que de libertad: la gente que se muere de libertad nos cuesta demasiadas balas.

Secretario salió con un sabor amargo en la boca y una pesantez poco habitual, visto que su pequeña estatura lo hacía más bien un tipo ágil. Mientras caminaba se autoflagelaba por no haber tenido la respuesta certera, como siempre la tenía. Antes de que Gobernador le hiciera una pregunta ya la respuesta de Secretario estaba en la punta de su lengua. Pero es que esta vez se trataba del *jazz*, su gran pasión escondida. Siempre sucedía lo mismo. Él sabía muy bien qué era el *jazz*, pero cuando alguien se lo preguntaba ya no lo sabía más. Eso que sabía se le transformaba, delante de la curiosidad de los otros, en un humo hecho de acordes y ritmos que él mismo veía desaparecer, robado por su miedo de que alguien descubriera su secreto. Él respiraba entonces hasta más no poder ese humo, lo hacía suyo y solo suyo. La respuesta sobre qué era el *jazz* se le desaparecía sin más en los suburbios de sus entrañas, sus intuiciones, sus interdicciones, en esos lugares que ni siquiera la policía de inteligencia del régimen imaginaba pues, para esta, el secretario de Gobernador no poseía secretos ni cuentas bancarias ni amantes ni vida privada.

Fue en ese momento, a pocos pasos de la oficina apenas visitada y del taconeo y del saludo militar, que Secretario recordó aquella noche de abril. El calor era insoportable. Tanto que él, el trabajador incansable del régimen, salió despavorido de su oficina del Palacio de gobierno sin destino alguno. Pasó de largo por entre las prostitutas tristes, por entre los cafés poblados por policías e informadores del gobierno, evitó el casino y la rambla iluminada y, como llevado por una pulsación íntima, rítmica, rebelde, que su corazón imitaba con un latido inusual, llegó hasta una callecita como de mentira, húmeda, y más bien oscura con un nombre casi ilegible, Rue de Paradis, donde gente sin edad ni color se perdía en el horizonte como tragada por la tierra. Todos, allá, al final de la calle, entraban, bajaban y desaparecían en la misma pequeña puerta pequeña. No lo pensó dos veces. Antes de entrar en el lugar se persignó. Regresó a su cuerpo, se alejó de su recuerdo y sonrió ante la imagen de sí mismo colgado en plena plaza pública por haberle respondido a Gobernador, sí jefe, para explicarle qué es el *jazz* comenararé por contarle el calor insoportable de aquella noche de abril cuando, por primera vez en mi vida, en Rue de Paradis, escuché el *jazz*.

Secretario no sentía casi calor. La temperatura en un sótano se mantiene estable, pensó. El ruidito que ahora escuchaba se asemejaba mucho al que salía del cañaveral. A ese que nadie lograba controlar y que convertía a la gente en libres.

Si los Gorilas un día descubren este sitio se van a dar un banquetazo. La gente sonreía y el miedo y la malsana normalidad de allá arriba aquí, en el sótano de Rue de Paradis, desaparecía sin más. Ahí todo era diferente. Los rostros eran rostros de vivos, sudaban. Los sudores eran palpables y no

vergonzados como lo había decretado Gobernador. Quien sude será castigado. Sus ojos reflejaban otros ojos. Las bocas tenían alientos de tantos gustos diferentes. Además, a Secretario todas esas percepciones de la realidad le parecían mil veces más reales, visto que la única realidad que él conocía era la del Palacio de gobierno en donde, hasta ese momento, había pasado la mayor parte de sus días.

Estaba extasiado.

Una trompeta acariciaba el aire húmedo de ahí abajo con un tono más bien barítono. La batería lo acompañaba susurrando algo tímido con sus platillos delgados. Una mujer se disponía a cantar: era más bien doble, de huesos espesos y cachetes algodónados. La luz la hacía roja, aunque no cabía ninguna duda de que su piel era negra, casi azul. Su rostro era tan suave que ahora hacía dúo con la trompeta. Su silencio era swing, jazzaba al ritmo de una respiración de bajo.

La conozco, se dijo, y en un esfuerzo por recordarla supo de dónde la conocía. La primera vez que la había visto había sido en una foto de esas que los del servicio secreto extraían espectacularmente de sus maletines de cuero marrón durante las reuniones con Gobernador para impresionarlo. No le quedaba más dudas, era ella: la negra Ella. Fue como una iluminación que le hizo nacer un miedo placentero. Estaba excitado y sintió que se tenía que tocar para corroborarlo:

Sí, estoy excitado. Qué de años.

Su verga estaba dura y eso, desde un cierto punto de vista, lo aterrizzaba. Su órgano genital erecto era más apátrida que el hecho mismo de estar ahí con esos enemigos del régimen. Él, en cuanto mano derecha del Estado, no podía permitirse esos anarquismos en los que estaba cayendo y, no porque alguien se lo hubiera exigido, sino porque Secretario mismo se lo había impuesto por amor a la patria. Todos sabían que su única pasión era el servicio a Gobernador, su jefe.

Se apretó ese animal furioso y, sintiéndose como abrasado, la frase se le salió de ahí abajo:

Ahora sí que me jodí.

Otra vez guio su mirada hacia esa que todavía no había ni siquiera comenzado a cantar y no pudo evitar el deseo por esa negra esa más fuerte que él. Ahora, sin apretarse ese bicho erecto, sintió lo mismo que un instante atrás había sentido: se sintió abrasado. La negra Ella se desprendió entonces de sí misma con un boggie-boggie veloz pero bien pronunciado. Esa tal Ella se movía como una pluma. Sus gruesas piernas, sus tetas obesas, sus cachetes circulares, se mantenían inmóviles a pesar de todo su movimiento. Era maciza, entera, ovalada. Cada kilo que esa mujer llevaba consigo poseía un sentido, una razón estética.

Te reconozco Ella, vaya si te reconozco.

Ella lo observó justo en medio de un agudo, como si lo hubiera escuchado, y con una mirada, tan intensa como la de él, le respondió:

También yo te reconozco, secretario de la patria.

Solo entonces Secretario volvió en sí, y se recordó que con él estaba también su cuerpo y que, acaso, muchos de los presentes sabrían sin duda alguna quién era él. Se sintió descubierto, al mismo tiempo que descubrió otros rostros conocidos gracias a las fotos de los enemigos de la patria que los Gorilas le mostraban a su jefe. Ese sótano parecía el archivo de gente buscada por el gobierno. Cada rostro encontrado allí abajo le hablaba de una historia, un plan, un grito furtivo del jefe: lo quiero aquí, difunto, mañana a esta misma hora.

Los otros estaban pensando lo mismo que él. Tal vez fue este el motivo por el que Secretario comenzó a sudar frío. No tardó en notar cómo sus piernas lo dejaban solo en medio de esos resistentes del gobierno y cómo su boca se había quedado

sin saliva. Pero apenas su racional voluntad decidió tomar las riendas de la situación para escapar, correr, saltar, salir de ahí, percibió un saxo alto, tan alto, que lo dejó petrificado y contento, lo calmó, lo elevó, lo existió, así como él era, sin todo lo otro que no era él.

Era una melodía que le recordaba que en ese sótano de Rue de Paradis él no era eso por lo que tanto había trabajado, sino más bien eso de lo cual quiso escapar trabajando tanto. Su cuerpo tomó entonces una temperatura normal. Sus piernas regresaron avergonzadas bajo el dominio de su cuerpo y su saliva, fresca, jugaba en su lengua. Recobró su vista y la levantó para individuar a la persona que soplabla ese saxo que con tanto encanto le había quitado el monopolio de la noche a Ella. Y por fin logró ver eso, la causa de todo ese sonido, eso que ahora lo elevaba del suelo, que hacía que el saxo botara colores tan vivos y brillantes de su boca redonda. La vio. Era Mariádelosángeles. Quiso aplaudirla, cargarla en un hurra sin tiempo, decirle todo lo que ese gobierno de mierda. Pero ella se le adelantó, haciendo realidad todas las intenciones de Secretario con su melodía tan bella.

Todos los temores de Secretario se disiparon entonces. Miró a diestra y siniestra y se dio cuenta de que él, ahora, era como ellos.

Nadie nunca le demostró que lo habían notado como lo que era, el secretario y la mano derecha de Gobernador.

Días después Secretario notaría en su sótano adorado a un hombre vestido de marinero que dejó boquiabierto a toda Rue de Paradis, incluso a su negra azul, esa que le cantaba onomatopéyicos blues, esa que en el sexo lo podía hacer venir

diez veces si eso era necesario para hacerle olvidar al jefe, la negra azul más buena, gorda y rica, según el poema breve que aquella noche Secretario le había metido justo en medio de sus despampanantes pechos.

Ese hombre alto bajaba las escaleras lentamente con una elegancia extraña. Más tarde en el cuarto del hotel ese marinero le confesaría a Mariadelosángeles que llevaba varios rones encima al momento de bajar aquella escalera. Todo el lugar, de una manera u otra, prestó atención a la presencia vertiginosa de ese que, a medida que se acercaba al centro de Rue de Paradis iba delatando su identidad: la hebilla de ruido metálico, sus zapatos de héroe, su camisa salada, el llavero en forma de ancla de otrora, su sombrero blanco abrazado por una banda azul y su tez curtida por el sol que lo descubría delante de esa saxofonista impertérrita como el marinero más hermoso del mar.

Nunca nadie la vio tocar así.

Hizo y deshizo sus dedos en el saxo. Sus notas graves hicieron temblar la tierra, explotar copas con sus agudos. La gente bailó con un ritmo tan endemoniado que cayeron a tropeles en el piso. La banda quedó sin música porque toda la música era de ella. Sin darse cuenta acababa de inventar un nuevo estilo que más tarde todos llamarían bop, y todo para que él se dignara a dirigir su mirada hacia ella mientras terminaba de bajar esos escalones que a todos los presentes le parecieron infinitos.

Mariadelosángeles se sintió por primera vez en su vida acompañada gracias a ese marinero un poco tomado que, nostálgico, se había separado horas antes del grupo de marineros borrachos y tristes diciendo que debía tomar un poco de aire fresco. Caminó por horas como siguiendo su sombra larga y nítida, visto que las estrellas estaban tan bajas que casi se podían tocar con la punta de los dedos. En medio de su paseo improvisado, y quizás a causa del ron añejo, pensó de nuevo en uno de los

proyectos de su existencia: seguir la pista de ese tal Fantasma del cual todos decían que era familia suya. En esos pensamientos se perdía siempre que se pasaba de tragos. Se decía que, por qué no, cuando por fin se decidiera a abandonar el mar, aquel personaje mítico tal vez lo habría podido ayudar a cumplir con su sueño escondido de mandar al déspota inmortal al carajo. Si alguien por casualidad hubiera entrado en ese momento en su fuero interior no lo hubiera creído, tú, Pablo, pensando en revoluciones, tú, marinero errante que delante de todos eres apolítico, a-religioso, a-mante inconsolable, solo nos falta que se te metan en la cabeza barbaridades como esas, camina marinero, camina y déjate de esas ideas extrañas.

Un saxo sonó.

Él pensó que se trataba de ese sentimiento intenso que en ocasiones como esa se le reventaba en la boca del estómago: la tristeza por la esclavitud de todo Pueblo. Pero el sonido continuaba, lo atraía. No era su alma. No soy yo. El sonido lo atrajo y le hizo olvidar su proyecto delirante de unírsele a ese tal Fantasma. Llegó a una callecita peatonal más bien oscura no obstante las estrellas de allá arriba. Veía gente que se desaparecía en el horizonte, como tragados por algo. Sintió vértigo. Se juró, como siempre, no tomar más una sola gota de ron y no había terminado su juramento cuando se vio en el tercer peldaño de un sótano fresco repleto de rostros que lo observaban como a un reloj. Desde un cierto punto de vista corroboró la belleza que lo caracterizaba en los ojos de los otros. Se sintió bello justo en el momento en el que la belleza reventó y ahora él, el marinero bello, parecía una diminuta aproximación de la belleza: era una melodía irreal, liviana pero de un peso abrumador, típico de los milagros o los entes importantes, únicos. Un hilo musical dorado, azul, brillante que en su andar llevaba impregnado todas las estrellas bajas de esa noche, salía de una boca sacra, redonda, de un aparato mecánico, con orificios y caminos desconocidos.

Ese saxo era un mapa de metal con plazas públicas y decoros y autopistas. Era un cuello de algo, un tobogán de curvas, una escalada hacia su boca abierta, un soplar y hacer botellas, una sabana inmensa donde los dedos de Mariadelosángeles se traqueaban como subidos en una bestia, un gran caballo de piezas mecánicas, doradas, polvorientas. El sonido parecía salir de esos dedos o arcoíris móviles que se desaparecían frente a la vista terca de la gente ahí presente gracias a su velocidad de amante, de te quiero, de mira cómo te quiero, así te quiero, marinero mío, Pablo hermoso. Era una voz silenciosa, solo viento, una fragancia de orquídeas que brotaba de los pulmones de ella, un huracán de notas que le movieron el sombrero a Pablo hasta hacérselo caer, un viento nítido que lo hizo mirarla mientras ella maltrataba alegremente a ese saxo, instrumento de justicia, esa rebelión abundante que no necesitaba de orquestas pues ella lo tocaba de tal modo que lo convertía en un dúo de batería y saxo: saxo que todos percibían y batería escondida detrás de sus dedos cerrando y abriendo hoyos con un ritmo que hacía tambor a ese saxo, swing. Cada nota era nota y ritmo, percusión, acompañamiento y ello solo gracias a la fuerza de los dedos tenues de esa joven que solo quería que la vieses y la vieron; cómo no hacerlo. Delante del mecanismo poroso del saxofón y de la hermosa agilidad de los dedos largos, ese muchacho se dijo que tenía que saber quién era esa saxofonista, aventurarse como un escalador lunar hasta llegar a la cima de su identidad, su rostro suyo, solo suyo.

Sus ojos se cruzaron.

El saxo emitió un si bemol hondo y tierno. Ella sonrió, pues solo en su imaginación los saxos tenían vida propia.

Secretario trató de evitarlo de todos los modos posibles. Pero el jefe estaba furibundo y quería quemar el cañaveral. Él no sabía cómo evitarlo, cómo convencer a Gobernador de que eran los pajaritos que cantaban, jefe, y no Mariadelosángeles escondida detrás de la naturaleza. La gente seguía diciéndose liberada, las cárceles estaban llenas a más no poder porque ninguno podía hacer callar a todas esas personas de mi libertad solo mía, Gorila de mierda.

Gobernador había tenido demasiada paciencia.

El padre de Mariadelosángeles, general de la patria, estaba bajo vigilancia personalizada, no fuera a tratar de salvar a la hija con algún artificio militar. No se sabe nunca. Un orden como el de Pueblo se mantiene gracias a una cautela implacable.

Los Gorilas ya se frotaban las manos imaginando la escena del cañaveral en fuego. Secretario había ganado un poco de tiempo, pero no había servido de mucho. Bien sabía que, en el poco tiempo que le quedaba, debía concebir un plan para salvar del fuego en el que dentro de poco se convertiría el cañaveral y con él Mariadelosángeles.

La policía de inteligencia, con la ineficacia que siempre la había caracterizado, ni siquiera imaginaba que mataría a dos pájaros de un solo tiro: a Mariadelosángeles y al marinero intentando salvarla. Al fin y al cabo, los triunfos tácticos que todo el mundo le celebraba se debían más a la barbarie de sus actos que a la utilidad que le aportaba al régimen. Eso lo sabía de sobra Gobernador. Para eso estaban los Gorilas ahí, para meter miedo: los monos no piensan, repetía él en ocasiones para dejar en claro que el único cerebro del gobierno era él, aunque lo fuera Secretario, por lo que cualquier conspiración interna al gobierno estaba destinada a fallar debido a la falta de inteligencia de sus protagonistas. El mensaje era claro. Los Gorilas tenían un cierto margen de libertad haciendo de esta manera respetar intereses minúsculos que al jefe de la patria en realidad

no interesaban. Gobernador se encargaba del resto, de lo que solo a él le pertenecía: la parafernalia kitsch del poder, ese instrumento eficaz para mantener distraídos los ojos de su amada, el único fin que alimentaban todas sus acciones.

Era así como los Gorilas, sus familiares y amigos gozaban de una tranquilidad económica y social hecha de pequeños y vulgares placeres: residencias lujosas, automóviles brillantes y vestidos de botones dorados que alimentaban hasta el hastío sus más altos fines y le aseguraban a Gobernador una tranquilidad relativa, fundada en el miedo de los habitantes de Pueblo.

Dicho miedo se hacía realidad a través de los artificios barrocos que salían de las imaginaciones inimaginables de esos Gorilas que concibieron, por ejemplo, el televisor, ese fino método teatral que consistía en matar al tipo, arrancarle la cabeza, perforarle un cuadrado en la barriga y exponerlo a la luz pública con su cabeza dentro de su panza para que los espectadores lo vieran en el canal de sus pesadillas, a él, a ese culpable de quizás qué tontería con su cerebro como rey y señor de sus intestinos.

Por su parte Gobernador se mantenía lejos de los artificios empíricos del poder. Eso fue cosa del inicio de los tiempos cuando él se preocupaba por ganar terreno en el alma y las propiedades de los habitantes. Después de tantos años la realidad, que antes era rebelde, poco a poco había convergido en su persona, volviéndose una masa maleable que él formaba y deformaba sin el asombro del inicio, pues todo ahí, en Pueblo, le pertenecía.

En eso consistía su reino omnipotente, en el orden y la constancia con la que los espíritus se le postraban. Esa era la única forma para él de honrar a su amor, de hacerlo respetar. En ocasiones Gobernador se quería engañar a sí mismo examinando obstinadamente cada centímetro de su poderío, cada bolsillo de cada habitante, cada documento de esa pobre gente pobre,

para encontrar la verdadera identidad de esa mujer. Pero bien sabía él que a ella solo habría de encontrarla en los meandros sentimentales de Pueblo, en el olor de sus mangos regados por doquier o en el rubor de sus señoritas, pues solo en rincones como esos podría estar ella aislada del mundo, contemplándose a sí misma como quien se mide de frente a un espejo de antaño, perdida en una belleza ontológica que más bien parecía una alucinación, que resistía a la barbarie porque hasta en lo feo, lo violento, lo cruel, podía ser vista su belleza. Ahí se encontraba uno de los pilares romanos del poder de Gobernador: en la justificación ciega de lo material en vista de lo intemporal, de ella.

Fue por ello que poco a poco él se fue despojando de todo rastro material de poder llegando hasta los límites impensados de un magnate absoluto cuya representación más elocuente era la precariedad de sus atuendos, la sencillez de su caminar y la prosa breve de sus frases. De una forma contradictoria su personalidad franciscana lo hacía todavía más potente a los ojos de sus vasallos del gobierno, seres planos cuya actividad prioritaria era un constante ahorro de todo lo que le pudieran robar a los transparentes, de lo que sobrara de los elevados impuestos y las ayudas humanitarias que, cuando llegaban del exterior, ellos celebraban con grandes festines, comiéndose hasta el último grano de arroz, si era arroz lo que llegaba, drogándose con las medicinas, si era eso lo donado, o incluso improvisando carnavales con atuendos infantiles, si los organismos internacionales de ayuda habían optado por enviar ropa para los niños descamisados de los barrios pobres. Céntimo a céntimo iban llenando sus cuentas privadas delante de la mirada aparentemente ciega de un Gobernador impertérrito que no se daba por enterado porque, al fin y al cabo, los bancos le pertenecían. Los Gorilas se mordían de esa manera la cola en un círculo, controlado por Gobernador, que aceleraba a medida que pasaba el tiempo, delante de la vista pasiva y

tranquila del padre de la patria y de la esclavitud delirante de todo Pueblo que, sabía de sobra, que la velocidad con que los Gorilas se mordían la cola era directamente proporcional a la represión que ellos sufrirían. Los Gorilas estaban impacientes, frotándose sus manos, pues sabían que Gobernador no soportaba más el escándalo de que la gente estuviera sintiéndose libre. Estaba por tomar la decisión de acabar definitivamente con el ruido ese.

Cuando esa melodía entró en los rincones vacíos del aposento de Gobernador su ímpetu resonó en forma de eco por todo el Palacio. Gobernador guardó la calma porque sabía que ningún ser que él no penetrara con su poder podía, a su vez, penetrar los instantes pedregosos de su morada. Él pensó que se trataba de un sueño, que fuese un sueño más osado que los otros. ¿Qué otra cosa podía ser? Solo Gobernador existía en esa alcoba enorme. Sus sueños, su memoria, deseos, incertidumbres y, hasta su conciencia, eran él, solo él. No era como en todos los otros. Su personalidad no era un juego de espejos en donde los propios sueños, los miedos y las esperanzas aparecen y desaparecen sin control alguno. Gobernador era sólido, físico, compacto, coherente con ese cuerpo único que, a lo sumo, era un depósito de su poder. Cuerpo de caoba antigua cuyo único elemento parecido al alma era precisamente ese poder, su poder tan suyo, lo único comparable con algo de metafísico en él. Todo lo otro era simplemente Gobernador, es decir, su yo o, lo que es lo mismo, su voluntad. Hasta las pesadillas eran suyas, determinaciones suyas. Los monstruos que aparecían en ellas, las oscuridades, los martirios, era él mismo que los escogía antes de dormir, a partir del tamaño de su deseo. La improvisación era algo limitado a los otros:

para él era un mero sinsentido. Por eso, cuando esa melodía de saxo resonó en los laberintos de sus oídos, Gobernador se vio obligado a palpar los escaparates de su propia majestad para encontrarse a sí mismo, allá adentro, creyéndose la causa inefable de esa melodía. Aunque no lo fuese.

Él dormía y fue su mismo sueño quien, al fin y al cabo, lo despertó. Ese sueño que se permitía el lujo de escuchar un sonido de saxo que no salía de su voluntad. Ese maldito sueño que percibía el aliento dulce de un sonido más fónico que los otros, que admiraba, a pesar de él, el efecto carnívoro que esa melodía causaba. No supo qué hacer. Pensó acaso en la muerte como amparo o justificación última, pero cómo habría de morir sin su permiso. El suicidio para él era solo una hipótesis. Trató de pensar en otra cosa que no fuese él, pero desistió a esa acción irónica al suponer que, del otro lado de sí mismo, se encontraba la malacrianza de Esaaquellalaausente. Hubo un silencio de dos tiempos. Cierto, ni siquiera trató de abrir los ojos, para qué. Quizá estaba imaginando todo eso. Pero bien sabía que para él la imaginación era ya la realidad: gajes del oficio. Su poder, que no era un atributo suyo, sino él mismo, hacía realidad el mito, garantía lo incierto, verdad la duda. Intención y acción en la vida de Gobernador eran la misma cosa.

¿Qué podrá ser esa melodía?

Se escuchó decir y, ni siquiera él mismo podía aceptar la intromisión humillante de una palabra suya en medio de su magnificencia, sin el sello indeleble de su permisión. Por ello no tardó en responderse a sí mismo:

¿Quién está ahí?

¿Quién dijo eso? —se respondió de inmediato.

Era la primera vez que algo similar le ocurría. Hasta ese momento una pregunta no era otra cosa que una exuberante respuesta. Hasta ese momento, visto que esa melodía divina, aguda, suave y oscura, continuaba el plácido camino del irres-

peto por el Ser sin divisiones que era Gobernador. Tuvo miedo. Nunca nadie habría de saberlo. Silencio total, esta vez de cuatro tiempos y medio. Gobernador vivió dicho silencio con sus ojos bien cerrados, convencido, poco antes que la melodía recomenzara, de que el mismo había durado una eternidad y de que, ahora, estaba libre de ese ruidito que no podía vivir eternamente, pues solo yo soy inmortal aquí. Pero otra vez percibió la melodía: era real. Aumentaba en notas altas y bajas y eso la hacía todavía más material. Gobernador la sentía rozar su piel milenaria. Sobre todo las notas graves y blancas.

Esa lentitud y esa profundidad donaban a la melodía una materialidad pesada, consistente. Le parecía un ser sin límites y fino que se escapaba por entre los orificios imperceptibles del enorme Palacio de Gobernador que dejaba salir ese viento musical como suspiros de sí mismo. Ese conjunto de notas era algo cuya intensidad desproporcionaba todo lo que hasta ese momento había sido considerado como intenso, venciendo sin vencer a Gobernador, que la interpretó en un primer momento como el primer signo de su vejez.

De pronto se sintió pequeño, ínfimo, y no por su altura, visto que Gobernador no llegaba al metro y medio de estatura, aunque nadie lo imaginaba en Pueblo a causa de su mirada canicular que achicaba la estatura del que tuviera delante. Gobernador pensaba que esa voz era de estatura enorme, aunque en realidad se limitaba a un hilo vago de sonidos que, por ser música, bastaba para llenar millones de veces el hilo, todavía más sutil, del alma de un hombre.

Esa melodía canceló todas las amañadas percepciones que Gobernador había impuesto en los habitantes de Pueblo, e hizo ver cada cosa según el peso, la medida y el color que le eran propios.

Carajo, me volví enano —afirmó Gobernador, viéndose acaso por primera vez sin los ojos de nadie que no fuera él.

Esa melodía había llegado a colmar el aire de ese pueblo, y lo colmó de tal manera que, en un solo momento, el tiempo se convirtió en décadas, años, segundos y, todos los relojes dieron la hora que tenían que dar, sin esperar que Gobernador bostezara, para decir que era tarde. Gobernador sintió de nuevo el calor sofocante de la incertidumbre y repitió la fatídica pregunta:

¿Qué podrá ser esa melodía?

De toda su labia asombrosa que hacía caer el vestido de cualquier mujer sin que ella se diera cuenta, convenciendo no solo a la mujer sino también al vestido, solo quedaba esa pregunta débil botada en el medio de la enorme recámara. Era lo único que Gobernador pudo decir sin la certeza ni la conciencia de ser Gobernador. Entonces se dijo a sí mismo, como último recurso de su mala fe, que no era él quien en realidad pronunció esa pregunta. Habría también de convenirse de que no era ningún saxofón el que había escuchado, sino la voz de una soprano que él mismo colocó, justo detrás de su puerta, para dormirse con un aire de esos que él había tenido la oportunidad de escuchar en Verona.

Pero, a pesar de todo, habría de recordar que, durante esa noche, le dijo a su memoria de no recordar todo lo que esa noche sucedió. Más aún aquel extraño momento en el que todo se desbordó en su interior. Ese instante en el que la melodía sopló aún con más fuerza, transformándose ella misma en soplido que sopló y creó un saxo resplandeciente flotando en ráfagas y chispas sobre la cabeza de Gobernador. De la boca de ese instrumento salía un viento metálico que, a su vez soplabla, y creaba una trompeta de escalas mortíferas y medios tiempos infernales que, alborotada, daba existencia a un bajo desafinando intencionalmente la voluntad de Gobernador, en medio de acordes arrastrados de un piano que salía flotando del orificio vertiginoso de esa melodía.

Gobernador observaba sin aliento esa llama circular y roja y amarilla y anaranjada que daba vueltas y todavía más vueltas sobre sí misma, esperando acaso el momento ese en el que el tiempo, la distancia y todo lo demás se sacudiría como en un escalofrío cósmico para mostrar a una Big band, una entera Big band que resonó enorme, brutal, inmediata, con clarinetes, bajo, batería, saxofones, trompetas, que mezclaban entre sí sus partes, teclas, cuerdas, orificios, cueros, notas y metales, formando instrumentos con sonidos de una profundidad cubista y unas formas de bichos en cuatro patas que caminaban de un lado al otro, seguidos por todos esos músicos con sus pantalones anchos y sus trajes elegantes, con sus bocas enormes y sus manos y sus ojos desproporcionados, inmensos, todos dando vueltas sobre Gobernador, coronándolo como a un rey de pacotilla con los aromas de sus melodías, pero sobre todo con sus presencias, pues eran ellos en cuerpo y alma y música que existían delante de Gobernador, con sus colores opacos, sus cabellos blancos, sus fusiones, con sus oscuridades y sus confusiones. Era la presencia de todo lo existente en Pueblo, pero ahora desposeído del temor por ese Gobernador que decidía los cauces de los ríos y las formas de las nubes. Era una música, un sonido majestuoso, una Big band repleta de espacio-tiempos diferentes que tocaban al unísono, convirtiendo en calvario el espíritu de Gobernador. Era la alucinación del que todo lo podía y que, ahora, por primera vez, escuchaba el *jazz* en una sola noche y a una sola voz. Ese extraño *swing* que le hacía apreciar su gran Palacio como lo que en verdad era: olor a viejo, calles desiertas, espejos que se reflejaban entre sí. Hasta ese momento solo él podía existir bajo el engaño universal de sí mismo como medida del todo, pero ahora había tenido la oportunidad de escuchar el motivo simple de un *jazz*, argumento inconfundible que le había demostrado lo que ya él presentía desde décadas enteras: que ese poderío que superaba las cercas de alambres de púa

más lejanas que, jamás ninguna gallina había logrado saltar, era solo un cuento de camino, un periódico de ayer noticia que nadie quiere leer, polvo arrastrado por el huracán sin palabras de una Big band enojada, enojada.

Tuvo de nuevo miedo, pero ahora de la certeza de que esa melodía podía, de un cierto modo, ser una prolongación de Esaaquellalaausente. Qué otra cosa habría sido capaz de relativizar su idea de que con él la historia de los hombres habría terminado. Pero cómo habría de ser ella si, según sus previsiones, esa mujer se le presentaría, por fin de noche, con aquel vestido largo que ya no recordaba más, sus labios pintados y la buena nueva de que por fin llegué. Ella no podía ser esa melodía inquisidora cuya libertad, más libre que cualquier otra cosa, exigía libertad a quien no se la podía conceder. Sintió cómo lentamente entraba en sí mismo.

Una intuición muy suya lo sorprendió: apoderarse de esa melodía. Hacerla entrar en los límites de su cerca de alambre de púa. Fue como una ráfaga que le traspasó el miedo y, de cierto modo, lo hizo sentirse de nuevo Gobernador. Pero no había terminado el plan maestro para materializar su intuición cuando, eso que había hasta ahora sonado como una Big band, se transformó sin más en un quinteto, cuarteto, trío y, ya sin la fuerza, o al menos, sin el volumen de otrora, se transfiguró de nuevo en la suave melodía de saxo del inicio, interpretando, ahora, un tenue blues de despedida. Era el final y extrañamente se sintió culpable. No habría de quitarse jamás el recuerdo que ese solo de saxo le hizo recordar. Él interpretó a esa melodía como el recuerdo del recuerdo de Esaaquellalaausente, que vino durante la noche a recordarle al recuerdo mismo «el porqué» ella vino y se fue. Aunque fuera y no fuera cierto. Esa voz se extinguió en un estremecimiento de vela apagándose que era voz y era viento. Él se dio cuenta de que había confundido una vez más el amor con la política, el poder. Se sintió solo

pero soberano en su mundo de calles desiertas, espejos que se reflejaban entre sí y olor a polvo.

* * *

Aquella tarde fue desastrosa, sobre todo para los trabajadores del cañaveral. La orden era terminante: acabar con el ruido. El febril Secretario no tenía más opciones, debía jugarse la última carta, esa que solo él podía haber imaginado y, aún más, puesto en práctica.

El bendito ruido ese había durado mucho.

Secretario entró en la oficina del jefe con el paso de un gato. Muy despacio, cuidadosamente. Apoyando primero el talón para amortiguar su movimiento hasta llegar a la punta del pie. Visto desde lejos, Gobernador parecía un camello adormecido. Claro está, él percibía todo, como lo hacía con todas las cosas del mundo. Cuando sintió que Secretario estaba más concentrado en su cabalgata hacia su escritorio lo sorprendió con su voz súbita:

¿Qué carajo quiere?

Sé qué pasa —respondió Secretario con seguridad.

No fue necesario que trajera a colación el sujeto. Era el mismo de todas las semanas anteriores. Gobernador levantó apenas su vista inquisidora, pero a la vez curiosa, pues lo que pasaba en el cañaveral él lo sabía de sobra y no le preocupaba. El millar de Gorilas de la inteligencia militar enviado al cañaveral era una escaramuza para divertirse al mismo tiempo que creaba un poco de orden, que mal no le hacía a Pueblo en ese momento.

Entonces termine de entrar, dígame y déjese el drama que no estamos en un teatro.

A Secretario la última frase lo había dejado sin aliento, al punto de que la idea de decirle a Gobernador lo que pensaba le parecía una grandísima bufonada. Pero sabía muy bien que ya era demasiado tarde, y quién sabe si los penetrantes ojos de Gobernador ya sabían lo que él venía a decirle, como solía sucederle. Entonces Secretario tomó aire e impulso, como si fuera a lanzarse a un acantilado de esos donde los Gorilas amaban tirar a sus cadáveres.

Son los pajaritos, jefe.

¿De qué habla Señor Secretario? Explíquese.

Estoy casi seguro de que el susodicho ruidito es causado por las aves emigrantes del Norte, así creo.

Se sintió ridículo. Tal era su sonrojo que sintió que en cualquier momento su cabeza explotaría llenando de rojo, ese color que tanto odiaba Gobernador, toda la oficina.

Explíquese, Secretario.

Simplemente eso, Jefe. Por lo cual pienso que la acción más propicia es que mande a la policía militar a cazar a todos los pájaros de Pueblo. Llamó a uno de los líderes de la policía militar, sin retirar los ojos de Secretario, y con la mirada apuntándolo le ordenó al Gorila que colgara en la plaza pública a todos los pajaritos que encontrara en el cañaveral. Pero antes de terminar con el militar le dirigió de forma intempestiva la palabra a Secretario:

¿Está usted seguro de lo que dice?

Sí —afirmó Secretario con una voz vacía y llena de viento.

Sobre usted cae la responsabilidad de esos pobres bichos. ¿Sabe usted eso?

Pero antes de que Secretario pudiera responder, Gobernador le susurró sin ganas al militar ahí presente:

Retírese.

El militar sonó los tacones, dio media vuelta marcialmente y cerró la puerta con cautela.

El ruido de la puerta cerrándose despertó a Secretario de su miedo y lo hizo pensar en voz baja, para que el jefe no lo oyera, que había ganado un poco de tiempo. Tal vez el necesario para convencer a esa muchacha que guardara su saxofón y se fuera de ese cañaveral.

El tiempo es del que se lo merece —le dijo a nadie Gobernador mirando a ninguna parte.

El murmullo que venía de la plaza principal, tres cuabras más abajo, llegó hasta el cuartito de hotel de Pabloelmarinero y lo despertó de ese sueño de gatos negros. Los comentarios llegaban a sus oídos como un oleaje de moscas o una colmena en efervescencia.

Supo que algo había pasado allá, así que no dudó en asomarse, descalzo y sin camisa, para ver de qué se trataba.

La insistencia de los rumores sobre lo que ocurría en el cañaveral lo hizo dudar. Un pensamiento negro le manchó la frente. Acababa de entender que lo que estaba pasando tenía que ver, también, con él. Cayó en cuenta de que podía ser ella.

Fue a sacar a Mariadelosángeles de ahí como fuese y se encontró con una barrera implacable de Gorilas nerviosos que eran sistemáticamente gritados por un comandante sudado y obeso con cara de perdido y un ansia ácida que llegó hasta el olfato de Pablo. Pudo percibir entonces eso que todos fichaban como ese ruidito ese: era *jazz*.

No le cabía ahora la menor duda de que esa loca suya estaba ahí, sal, apresúrate, no ves que te van a matar, le dijo Pablo en silencio. María lo escuchó desde adentro del cañaveral, a muchos metros de ahí, y no dudó en responderle que la dejara tranquila, que alguien tenía que hacer algo.

Un gorila lo detuvo al instante pidiéndole su identificación.

Se me va de aquí ahorita mismo que a partir de este momento esto es zona militar.

Una esperanza le pobló el espíritu. Pensó que, desde algún lugar, cerca de ahí, Fantasmaelrevolucionario estaba viendo todo y que, en cualquier momento, una detonación haría volar por los aires a esos Gorilas. Era su miedo disfrazado de imaginación.

La situación se hacía de más en más grave y se podía ver en los rostros funerales de la gente de Pueblo. Todo el mundo temía ser liberado por aquella melodía que venía del cañaveral y por lo tanto ser acribillados como bestias o ser convertidos en espectros de semblante transparente. El círculo de la historia se iba cerrando y la tranquilidad y el silencio de los últimos días hacían todavía más incierto el desenlace del célebre ruidito. El murmullo de la gente que discutía sobre el tema y la constante melodía de *jazz* que perfumaba a Pueblo mantenían viva la respiración de Pablo: lo hacían pensar que ella seguía viva. Pero al despertarse durante aquella mañana el murmullo de la gente se había amplificado. Pablo pensó que el día había llegado y, aunque se lo había imaginado cientos de veces, en nada este se parecía a sus fantasías. Salió despavorido hacia aquella plaza de donde venía el murmullo.

Ya le faltaba solo una cuadra para llegar al lugar y las piedras incrustadas en sus pies descalzos y el gran número de observadores ahí presentes lo dejaban casi sin esperanzas para continuar. Continuó de todas maneras, pero disminuyó su velocidad. Se abrió paso entre la jauría de miradas intensas e incrédulas y los comentarios sin identidad que le llegaban en ráfagas a sus oídos.

Sin que se lo esperara se le apareció, espléndida, la imagen más bella que guardaría de Mariadelosángeles. La contempló sin prisa como alejado de todo ese gentío, los Gorilas y el calor. Así haz de quedarte por siempre en mi memoria, se escuchó decir a sí mismo cual vidente. No tardó en percatarse de que se trataba de una alucinación. Se encontró sumergido en la marea humana y solo en ese momento sintió la soledad que comunicaba la imagen de la mujer de su vida que su alucinación le había regalado.

Afortunadamente la gente no estaba reunida en esa plaza para ver a Mariadelosángeles apresada, como al inicio había pensado.

El espectáculo con el que se encontró era tan inverosímil que no le quedó más remedio que levantar su vista y observar eso que todos observaban como mareados: millares de lindos pajaritos tropicales de todos los colores ahorcados y dispuestos en filas paralelas por el Estado. No tiene nombre. Si solo pudiera dar con el paradero del autor del bendito ruidito ese, yo misma lo mataría con estas manos: esos pobres bichos son inocentes —le sugirió una vieja enervada a Pablo.

Él la miró como si ella no estuviera ahí y se sintió abrazado por una frescura que solo más tarde descubrió como esperanza. Pensó con intensidad en ese secretario bajo y apretado en su ropa. Solo él había podido concebir un disparate tal para hacerle ganar tiempo a Mariadelosángeles y, más aún, vencer a Gobernador de ponerlo en práctica. Su memoria lo recordó entonces con agradecimiento en ese sótano sombrío lleno de gente libre. Ahí estaba él como olvidado de su identidad diurna, subido sobre los anchos hombros de su negra azul, jugando al caballito con esa mujer imponente que con su voz lo había liberado de lo que él quería ser, extrayéndolo en un gesto mágico de la oscura oficina donde él organizaba impecablemente la burocracia que Gobernador odiaba e ido-

latraba tanto. Por eso lo tengo conmigo señor Secretario, no se cansaba de repetir Gobernador: porque todo lo que yo no hago lo hace usted, todo lo que yo pienso lo hace ley, todo lo que los Gorilas destruyen usted lo ajusta de tal manera que ha llegado incluso a convencer a ciertos organismos internacionales de que esto, a su modo, es una democracia. Y es que tan efectivo es ese secretario que, en algunas noches de insomnio implacable, Gobernador decidía abrirle su corazón, seguro de que él le encontraría en un instante el amor de esa mujer perdida, de aquella amante huida, de la ausente de su tristeza, gracias a una de sus ficciones burocráticas. Secretario acomodaba entonces el mundo a la medida del insomnio de su jefe. Y Pueblo se despertaba al día siguiente con un paquete de nuevas medidas y leyes que acercaban más aquella mujer de Gobernador, al mismo tiempo que alejaban a los habitantes del poder.

Haberse detenido a pensar en la peligrosa situación del secretario de la patria le había hecho reconocer a Pablo, de una vez por todas, la envergadura de su persona y la real medida de su estatura.

Delante de la visión de esos pajaritos muertos Pabloelmarinero tuvo la intuición de que si algo habría de cambiar algún día en Pueblo no sería ciertamente a causa de Fantasma, sino más bien de ese tal Secretario.

* * *

El ambiente quedó agobiado por un silencio de locos. Ni siquiera el viento, tan acostumbrado a silbar para despertar a los ciudadanos quiso emitir ningún sonido por la nostalgia que le causaba no poder hacer dúo con los pajaritos muertos. Gobernador se despertó malhumorado de su insomnio y,

desconcertado, preguntó que por qué no cantan los pajaritos esta mañana.

Usted dio la orden de colgarlos en medio de un evento público —se aprestó inmediata la voz de uno de sus vasallos predilectos que dormía con una oreja pegada a la puerta para que nada le falte al padre de la patria mía.

¡Pues que los resuciten! —exclamó indignado Gobernador.

Pero hasta él mismo, en el limbo de su omnipotencia, se dio cuenta de que resucitarlos no era posible. Así que, enervado con el cosmos entero, decidió dar por terminada la historia del ruidito ese.

¡Llámenme a Secretario!

Y no apenas había terminado su frase, Secretario se levantó de un salto, allá en su casa, por haber escuchado la orden de mi jefe del alma. Al llegar a la oficina se encontró con un grupo de militares de alto rango que habían sido llamados al mismo tiempo: se mojó lo que estaba seco, pensó Secretario. Y se apresuró a ejecutar un recurso de último momento:

¿Puedo hablar con usted, en privado, Excelencia?

Pero Gobernador le cerró el paso con un tono odioso y fulgurante: Se acabaron las palabras, señor Secretario. Ahora se me van al cañaveral y se me regresan con la buena nueva de que el ruidito se terminó. Y no se me paren en detalles.

Y tomando un poco de aire:

Me incendian la mierda esa con todo y ruidito.

Secretario contuvo el llanto. Gobernador esperó que salieran los Gorilas para decirle lo que pensaba con tono de padre bruto:

Llore si quiere. Basta que no me diga por qué.

Los hombres no lloran, jefe —le respondió recordando un viejo consejo de infancia de su tío Pedro, un hombre alto y

andino que él llevaba en su memoria como una tabla de mandamientos.

Del cuartel diagonal al Palacio presidencial salió un batallón dispuesto para la guerra en medio de calles vacías que los Gorilas justificaron como pudieron: es la hora de la telenovela, por eso nadie mira para afuera.

Los soldados marchaban sonrientes por entre las calles de Pueblo, alucinados todavía por las extrañas pastillas que les habían metido en el hervido para que fueran más efectivos a la hora de ejecutar las órdenes. Se sentían fuertes y vigorosos dispuestos a hacer cualquier acción con tal de vencer a eso que el comandante les dijera que era el enemigo. Sin quererlo, recordaban esos videos que en el cuartel les mostraban después de cada comida para fortalecer su furia. Estaban dispuestos a imitarlos en todos sus detalles y, si era necesario, a superarlos. Caminaban al unísono y ese ruido marcial y exacto les espantaba cualquier rastro de autonomía o libertad que hubiera podido resistir al feliz desespero de esas pastillas amarillas que les hacía temblar las mandíbulas.

Ya habían superado el célebre café El Faquir, la plaza donde los pajaritos se habían ya disecado al sol y hasta el Cementerio que ni siquiera miraban a causa del temor por esos muertos que se aparecían de tanto en tanto ahí.

El olor a sal del puerto y de la bahía de frente a Pueblo se hacía tenue, pues andaban ellos en dirección contraria al Caribe. Las primeras plantas gramíneas se divisaban al horizonte: el cañaveral se hacía cada vez más visible, apareciéndoseles como un enorme monstruo verde con el que tenían que luchar.

Los pocos entre ellos que no habían tenido la oportunidad de hacer guardias ahí los días anteriores sintieron sus vellos erizarse cuando, por fin, pudieron escuchar más de cerca la famosa melodía de la que tanto habían oído hablar. Si no

hubiera sido por la efectividad de las pastillas esos soldados se hubieran sentido liberados por la frescura de ese *swing*. El comandante llevaba consigo un altoparlante y, en teoría, habría debido advertir a quienquiera que sea, por última vez, en nombre del Excelentísimo Gobernador y, por supuesto, de este pueblo libre, detenga esa melodía ilegal y apátrida. Pero, ¿desde cuándo aquí se avisa nada? Solo se limitó a decir:

¡Ahora!

Y, en medio de una jauría de empastillados que corrían con baldes de queroseno y gritos y baba, completó su orden con otra frase casi ladrada:

Y cualquier cosa que encuentren, ya saben.

Los Gorilas prendieron fuego al cañaveral. María, dentro de este, no tardó en sentir un calor infernal.

Prisionero

Prisionero había encontrado por fin el mecanismo para seguir en vida en medio de tanto encierro. Cada vez que una gota chocaba contra su bote-cárcel, él concebía una nueva novela, inspirada por el instante inigualable de su sonido húmedo.

El breve espacio temporal que invertía esa gota en chocar contra el bote era la ocasión para el nacimiento de una historia que comenzaba y se desarrollaba, sin dejar rastro alguno de temporalidad. En el mismo instante en que la historia tomaba vida se le podía percibir en la lengua rápida de Prisionero pronunciando con una velocidad alarmante susurros onomatopéyicos, multitud inigualable de verbos, sustantivos, artículos, puntos y comas que juntos construían el cuerpo de una novela inédita. Todo ello perdido en ráfagas de jamases que nunca reposarán, frondosas, en el blancor de las páginas de ningún libro imaginable.

Ese mecanismo que Prisionero ponía en práctica para sobrevivir literariamente era la prueba de que a él le sobraba dignidad para seguir soportando el sonido de su imaginación

que no se detenía por nada del mundo, pues era una melodía que él mismo orquestaba con la trompeta de su cerebro y la batería de su corazón. Esas gotas del mundo exterior que, al tocar su bote creaban historias en su interior, eran una buena mediación entre ese mundo espacio temporal de afuera y sus indomables ganas de escribir. Ese mecanismo lo conservaba aquí y allá, allá y aquí.

Aunque era realmente difícil mantenerse en esa cuerda floja. A medida que pasaba el tiempo la ficción le ganaba a la realidad y la imagen mental a lo observado. Prisionero se fue trampeando a sí mismo muy paulatinamente a través de los mecanismos engañosos de su imaginación, improvisándose una especie de inmensa fortaleza de terciopelo donde, lejos de ese bote, él residía sin reconcomios, esperando que el viento de la realidad no soplara muy fuerte.

A pesar del pasar de las estaciones esa Fortaleza se mantenía en pie y de más en más decorada con el gusto extravagante de la imaginación de ese escritor. A su interior comenzaron a surgir fuentes barrocas de aguas altas, pájaros exagerados salvaguardados en jaulas que parecían catedrales medievales, racimos colgantes de uvas turquesas y redondas como planetas, pasadizos secretos que lo hacían deslizarse de una historia a la otra, pisos hechos de mosaicos arcaicos, acuarios que mantenían descansadas a ballenas cuyas respiraciones se escuchaban en todos los ámbitos de la fortaleza y mantenían el aire fresco, altos salones con muebles de caoba en cuyas bibliotecas se albergaban ejércitos de libros apenas leídos y sin rastro de polvo que respondían al nombre de Diccionario de todas las cosas.

Esa biblioteca parecía habitada por una respiración propia. Sus libros eran marrones y densos, de tapas hechas de gruesas maderas centenarias. Parecían musculosos atletas mientras, al improviso, salían de sus estantes, se abrían en

una página específica y entraban de nuevo en su orden silencioso sin dejar rastro ninguno de humanidad que les pudiera quitar su ímpetu de cosa.

Ese Diccionario almacenaba todas las palabras que Prisionero había utilizado durante todo el tiempo de su cautiverio y la biblioteca en la cual se encontraban una máquina de imaginar que, con cada gota que tocaba el bote-cárcel de Prisionero, se ponía en función. Apenas la gota tocaba el bote, Prisionero se perdía en los corredores laberínticos de su fortaleza de terciopelo, buscando con una tranquilidad de demente uno de los tomos de ese Diccionario de todas las cosas, el cual se abría, por ejemplo, en la palabra Pueblo, sumergiendo a Prisionero una vez más en el malabarismo de su creación literaria.

A partir de la palabra Pueblo Prisionero hacía entonces florecer un sistema de otras palabras que, por siempre, acompañarían a esa palabra convertida ahora en una novela. Esa palabra mutaba por siempre su significado y, a partir de ese momento, según la definición de ese diccionario, Pueblo no quería decir Pueblo, sino la novela apenas escrita.

Otra gota arremetía contra la barca de Prisionero y allá, en la fortaleza de su imaginación, otro libro salía del estante y flotaba de frente a su mente señalando otra palabra cualquiera, en este caso la palabra Rosita, a partir de la cual se creaba otra nueva novela y dicha novela, y todas las palabras ahí utilizadas, entraban sin más en la definición de la palabra Rosita. Entonces, a la antigua historia de la palabra Pueblo, se le uniría la historia de la palabra Rosita por el simple hecho de que, en la novela de la palabra Pueblo, la palabra Rosita había sido utilizada. Pero también era cierto lo contrario, pues en la novela de la palabra Rosita había sido utilizada la palabra Pueblo, por lo que, a la historia de la palabra Rosita, se sumaba la novela de la palabra Pueblo.

Ello quería decir que las definiciones de las palabras presentes en el Diccionario de todas las cosas se iban adicionando entre sí, pues cada palabra presente en una novela era, a su vez, otra novela y, las palabras que se encontraban en esta segunda novela, eran otra novela más.

Todo eso sucedía con el ritmo y la velocidad de esas gotas chocando y volviendo a chocar contra ese bote, despertando así el milagro de la imaginación, esa telaraña de tantas dimensiones que entrelazaba un sinfín de palabras que detrás de sí poseían un sinfín de historias existentes y coexistentes con otras historias que se multiplicaban a medida que sus palabras eran utilizadas en otras historias más.

Era un salón infinito de espejos en el cual personajes de todos los tiempos se unían en novelas inverosímiles que albergaban en sí a monjes franciscanos de la Italia del Renacimiento en un edificio del centro de Siena, dialogando amenamente en lunfardo con hombres desnudos de la edad de piedra, mientras en el salón contiguo una aborigen del Amazonas bailaba la danza del vientre, vestida con atuendos chinos bordados en oro, botones cubiertos de seda y cuello alto. Las épocas, acontecimientos y diálogos se mezclaban ente sí, creando mundos paralelos en los cuales los idiomas no poseían más sentido, visto que novelas de diferentes latitudes y épocas se habían enredado cual nudos de gruesas cadenas de millones de kilómetros jaladas por la imaginación de Prisionero.

Pero pasado el tiempo, el cuerpo de Prisionero embrujado como estaba por tantas novelas y gotas, trató de despertarse de su imaginación, dejarla ahí tirada, pues ya solamente le permitía estar allá, y el aquí se le estaba muriendo. Fue así que, en un arrebato de racionalidad, arremetió contra la superficie de ese bote-cárcel, intentando romper sus rejas de madera convertidas en roca. Pero irremediamente otra

gota golpeó su barca y lo alejó de su intención de parar todo, ahí adentro. El huracán de su vocación literaria lo empujó nuevamente al abismo incierto de otra palabra saliendo de los libros marrones de su imaginación de caoba, para unirse a otras definiciones que reenviaban a otra novela que dentro de poco sería sigilada por ese importante, y a la vez impotente, punto y fin.

Prisionero no lograba detener la fortaleza de su imaginación, y de esas gotas golpeando su prisión. Aunque en ocasiones así lo desease, él simplemente no podía detener el mar.

Rosita, Secretario, Ella

Pocos conocían los orígenes de Ella, hija de nadie, pues su padre y su madre nunca fueron vistos en Pueblo. Todos la recuerdan desde siempre mujer y cantante. Ella creció como pudo, primero cantando en la calle, después en el coro de la iglesia y, cuando ya el coro no daba para comer, en los botiquines de mala muerte de Barrio. Siempre cantó por comida para su hermana menor, una flaca que nada tenía que ver físicamente con Ella. La hermana menor siempre se aprovechó del trabajo de la primogénita quien la mantuvo con todas las comodidades hasta un día de lluvia tropical en el que la cantante llegó ronca a causa de una gripe de prostíbulo que no la dejaba cantar desde hacía días y que hizo decirle a su hermana con voz de ballena: Princesa, ahora te toca a ti.

La menor supo que su hora había llegado. Siempre intuyó que tarde o temprano Ella le pediría que trabajara y por ello siempre le dio largas al asunto, prolongando al máximo su niñez y su lejanía del mundo laboral de Pueblo. La pequeña, para alargar su situación, jugaba sobre todo con el argumento

de su ingenuidad de frente al afán y la vulgaridad de los hombres de Pueblo. Bien sabía ella que para su hermana mayor este era un argumento contundente, vista la mala suerte que Ella había tenido siempre con los hombres. La idea de que la pequeña de la casa tuviera un día que salir y enfrentarse al machismo y a la degradación generalizada de Pueblo, al sexo en las matas de mango y todo lo demás, aterrorizaba a Ella. Claro está, Rosita nunca le había confesado a su hermana mayor la lista interminable de machos que habían entrado en su cuerpo y su pubertad. A pesar de que Pueblo conociera todas sus andanzas, sus secretos nunca los dividió con nadie y los únicos que los guardaban, como si fueran monedas de oro, eran los hombres con quienes comía esos deliciosos mangos. Todos evidentemente casados.

Dicha situación civil era condición indispensable para Rosita, pues en todo ayudaba a su causa:

Si tú hablas, yo hablo.

Esta amenaza, aunque ni ella misma se la creyera, funcionaba de maravilla. Esos hombres, contradiciendo sus espíritus machistas, según los cuales Rosita era un codiciado trofeo, ni siquiera después de muchos rones abrían sus bocas para festejar delante de todo El Faquir que la hermana menor de Ella pasó por aquí. Además, esa amenaza preservaba el honor de esos hombres a los cuales Rosita imaginaba gritando al unísono en El Faquir, yo soy el único que ha tenido las bolas de comerme más de un mango con Rosita, la hermana de Ella. Por ello en Pueblo todos hablaban tan bien de ese pobre ángel flaco que tiene la desdicha de tener como hermana a esa elefanta que ahora le repetía con voz ronca:

Ahorita mismo sales a buscar trabajo.

Rosita, una vez más, bajó la mirada y le dio largas al asunto, todavía por algunas semanas, con la nueva excusa de que

este régimen nos dejó sin fuentes de trabajo, hermana. Pero pasadas unas semanas la respuesta de Ella fue contundente:

Si quieres le das un golpe de Estado a Gobernador, pero ahora mismo te quiero ver trabajando.

Como usted diga, generala —le dijo Rosita cagada de la risa.

Pero las cosas seguían igual. La hermana menor salía temprano en la mañana y llegaba tarde en la noche cansada, de tanto mango comido en tantos árboles diferentes, con la mala noticia de que tampoco hoy, hermana, pues este régimen nos dejó sin fuentes de trabajo.

Pero al día siguiente fui yo la que salí a buscarle trabajo. Y, sin quererlo, fue en el mercado de las cinco que le encontré el bendito oficio a la vaga esa. Esaaquellalaausente estaba ahí, en su paseo cotidiano con ese tal Gobernador y, muy a pesar de él, se le separó unos minutos de su brazo y se dirigió hacia uno de los fruteros con una pregunta furtiva en su boca:

Disculpe usted que conoce a tanta gente. ¿No sabrá por casualidad dónde puedo encontrar a una buena mentirosa?

Mentirosos conozco muchos, pero buenos sinceramente no creo que conozca.

Disculpe, señorita. Sin querer escuché la conversación y le puedo asegurar que conozco a la persona que usted busca —le dijo la negra Ella sudando gotas de carbón.

Esaaquellalaausente se hizo la desentendida pensando que Ella era una de esas Gorilas de Gobernador, y la miró como si nunca hubiera mirado a nadie en su vida. Ella le repitió su frase con una nota más aguda. Esaaquellalaausente se vio obligada a responderle con un tono seco:

No hablo con desconocidos.

No me venga usted, niñita, a hablarme con ese tono porque bien sé que usted está desesperada —le dijo Ella sin saber cómo.

¿Cuál tono?

No me vas a cortar con ese cuchillo de cartón, muchachita.

¿Cuál cuchillo?

Sin querer Esaaquellalaausente había entrado en el cuarto oscuro de la conversación de esa negra pícara y, lo peor, es que la niña, de tan educada y tan de su casa que era, no se había dado cuenta. Su última frase seudoingenua le hizo entender la inminencia de la conversación que ahora tendrían. Ya estaba adentro de esa conversación y lo único que le quedaba era prender una lucecita con su frase sincera:

Bueno, es mi padre el que me dice siempre que no tengo que hablar con desconocidos, y mi padre ahora no está aquí.

Y, ¿dónde está, niña? Trabajando, como siempre.

¿Y qué trabajo hace? Me busca novio.

¿Cómo es eso?

Bueno, muy sencillo. Se la pasa trabajando como general, fuera de la casa, para darle la oportunidad a ese tal Gobernador de visitarme cuantas veces le plazca.

Ah.

Y eso dura desde hace mucho, mucho tiempo. Lo siento, niña.

Más lo siento yo, señora. Me llamo Ella, no señora.

Bueno, Ella. ¿De verdad puedes ayudarme?

Necesito una mentirosa.

Tú lo que necesitas es una madre.

Más de una, Ella. Pero eso es otro tema. Por ahora lo que realmente necesito es una mentirosa. Tengo cocineras, jardineros, choferes y un ejército de otros ayudantes que me hacen mantener la casa impecable para las visitas de Gobernador. Pero lo que yo realmente necesito es una mentirosa de las buenas.

Y eso para qué, niña.

Para espantar al necio de Gobernador, allá atrás.

¿Eso es Gobernador? Ese mismito.

¿Y qué te hace pensar que un mentiroso podrá con la voluntad de Gobernador?

Yo lo conozco más que nadie.

No más que nosotros que lo odiamos. Y quiénes son ustedes.

Un día te contaré, niña.

¿Bueno, me vas a ayudar o no?

Pero todavía no me has explicado bien qué tiene que hacer el mentiroso que necesitas.

Y qué más, decir mentiras. Pero de las buenas. Es por eso que necesito a alguien de naturaleza mentirosa, que mienta como respira.

Creo que conozco a la persona que buscas.

Si la persona que tú conoces es la persona justa, lo único que tiene que hacer es presentarse como mi ama de llaves. Bajo ese rol le abriré la puerta a Gobernador varias veces por día y le diré que estoy, que no estoy, que salí, que me mudé, en fin, quiero a alguien que me quite esa mosca gigante de encima con el arte sin igual de una mentira bien dicha.

Pero, una preguntita, entre las dos. ¿No es peligroso el trabajito ese? Y, ¿cómo va a serlo?

Sabes, Gobernador...

Ese lo que es es un enamorado sin causa, un alma de Dios, un pan dulce.

Buenos días señorita, soy Rosita y vengo de parte de mi hermana mayor, Ella. Me dijo que le dijera simplemente, de parte de Ella, la del mercado.

Pasa adelante.

* * *

El trabajo le cayó a Rosita como anillo al dedo porque era trabajo y placer a la vez. Trabajando tenía la oportunidad de mentir cuanto quisiera, mirando fijo a los ojos de Gobernador, diciéndole con ironía, la niña está por el momento ausente o indispuesta o, incluso una vez llegó a decirle que la niña está muerta hasta las cuatro en punto, señor, palpando centímetro a centímetro la agonía de ese niño grande que mil veces al día llegaba con la misma excusa de que dejé olvidados mis guantes, señorita Rosita, pero es que la niña me mandó a decirle que no puede pues se la comió el tigre.

Y cuando no le abría la puerta a Gobernador, Rosita se revolcaba por los pasillos interminables de esa casa de dos pisos, por su escalera de madera brillante, por sus cuartos de techos altos, encima de la cocina último modelo y dentro del armario de la vajilla, con el jardinero, el chofer, el lechero, el vendedor de periódicos, el cartero, el obrero que estaba construyendo la torrecita del jardín, el carnicero que vino a traerle el kilo de costilla a la señorita y con todo macho que se atreviera a tocar esa bendita puerta, menos, claro está, con ese tal Gobernador que solo tenía ojos para ver a la niña que, lo siento mucho, no está en estos momentos en casa, decía Rosita arreglándose la ropa interior que, por todo el bochinche anterior, se le salía por una parte y le entraba por otra. En ocasiones Gobernador la miraba con incertidumbre cuando ella le respondía, voy a ver si está la señorita, y subía las escaleras cojeando pues en el sobresalto del timbre sonando había metido las dos piernas en uno solo de los orificios de su bikini en un intento inútil porque Gobernador no se diera cuenta de que, justo detrás de la puerta a la que él estaba llamando, se encontraba ella

encaramada como un mono en la lámpara de la sala, agarrada de una sola mano porque con la otra le arrancaba el cabello de placer a ese pobre cartero que apenas podía respirar, estrangulado por las piernas de ella, más fuertes que un alicate de presión. Dos toques más y me voy, pensó Gobernador, y no había terminado el primero de ellos cuando Rosita abrió la puerta de forma caótica despidiendo a ese cartero, ahora calvo, cuyas ganas de comerse un manguito con esa tal Rosita estaban íntegras por culpa del necio de Gobernador a quien, bajando la cabeza cual vasallo, ese cartero saludó con una voz sudada de sexo, buenos días Gobernador, permiso, hasta luego. Gobernador ni siquiera lo miró en su afán por tratar de ver a través de la puerta semiabierta si Esaaquellalaausente estaba por casualidad en las inmediaciones del salón.

Disculpe, señorita Rosita. Quería saber si por casualidad había dejado aquí mis guantes marrones de cuero.

¿Los que había olvidado ayer y anteayer? —le respondió Rosita sin compasión.

Esos mismos —dijo Gobernador avergonzado. Pues ayer mismo se los entregué.

Pues creo que uno de ellos se cayó precisamente en el momento de la entrega.

¿Puede ver si, por casualidad la señorita los habrá visto? Cómo no, señor.

Rosita subió las escaleras cojeando pues en el sobresalto del timbre sonando había metido las dos piernas en uno solo de los orificios de su bikini. Gobernador aprovechó para sacar de su bolsillo un par de guantes de cuero marrón que el alcahuete de Secretario le acababa de comprar para poder poner en práctica su excusa cotidiana. Rosita ya casi estaba por bajar las escaleras con su respuesta de que la señorita

dice que. Gobernador aprovechó el poco tiempo que le quedaba y sacó uno de los guantes y lo dejó caer como si nada, cerca del mueble más grande y vistoso, para poder regresar sin problemas al día siguiente.

Instantes más tarde Rosita bajó las escaleras con un paso normal, pues tuvo el tiempo de arreglar sus vestidos, peinarse y hasta de echarse ese polvito rojo en las mejillas que tan bien le quedaba. Pero antes pasó por el cuarto de los chécheres y tomó uno de los miles de guantes marrones que Gobernador había desparramado por toda la casa.

La señorita dice que está indispuesta —le dijo Rosita con cara de fastidio y el guante en la mano derecha.

Después de dicha respuesta Gobernador no le prestó más atención a ese bendito guante del cual nada quería saber y, sin encontrar las palabras, a causa de su desolación de niño sin madre, respondió:

Entonces dígame que paso más tarde. Así será.

¿Qué te dijo ese necio, Rosita? —se oyó desde arriba de las escaleras apenas la puerta se cerró.

Que regresaba más tarde, señorita.

* * *

La negra Ella apenas había terminado el segundo set de la noche. Rue de Paradis estaba lleno. Adentro los rostros se cruzaban casi rozándose por la estreches del lugar. Casi todos los ahí presentes tenían labios de quien ejercita un instrumento de viento o dedos de bajista o violinista. Pero también había sus excepciones y la más espectacular era la de ese hombre, Secretario, que de ser tan bajo no podía pasar desapercibido en ese lugar sombrío. Ahí estaba él frotándose sus diminutas manos, esperando la inminente llegada de la monumental negra Ella. Los labios de esa can-

tante todavía estaban húmedos, a pesar de ese largo set que apenas terminaba.

Secretario se dio cuenta de sus manos frías, sudadas. Él estaba nervioso, pensando en las preguntas que, horas antes, se había obligado a sí mismo a hacerle a su negra. A Secretario nunca se le hubiera pasado por la mente de interrogar de ese modo a Ella si no fuera por la insistencia de su madre que, cada vez que su hijo salía a trabajar, le decía:

Cuando vuelvas, hijo, no te olvides de traerme el árbol genealógico de esa.

Su nombre es Ella y es cantante de ópera.

¿Cantante de qué? De blues, madre.

Delante de semejante barbaridad la madre de Secretario siempre respondía de la misma forma:

Entonces esa no es ninguna cantante. Esa lo que es es una negra.

Pero Secretario, por temor de confiarle la verdad en bandeja de plata a esa madre suya que lo conocía tanto, prefería irse de inmediato con el secreto del color negro azulado de Ella, el amor de su vida. Prefería cerrar la puerta con cautela y bajar las escaleras en puntas de pie. Pero el camino hacia su oficina era la irremediable ocasión para desarrollar su triste reflexión cotidiana sobre ese bendito demostrativo que su madre utilizaba para hablar de Ella: siempre la llamaba Esa. Él, tolerante como era, hubiera preferido Esta o incluso Aquella, pero ese Esa le resultaba insoportable y le arruinaba irremediabilmente el día.

No era una casualidad que su vieja se obstinara en utilizar ese demostrativo. Bien sabía ella, que lo había parido, que su hijo nunca se divirtió de niño con los juguetes, ni con el juego infantil entre compañeritos. Nada de eso nunca lo interesó. Su interés estaba en otra parte, en los laberintos del idioma. Por ello, la única forma de castigarlo siempre fue la misma: utilizar de forma impropia o errónea el castellano.

Secretario, todavía bebé, sin poseer aún el don de la palabra, ya albergaba en su espíritu todas las reglas gramaticales necesarias para un uso perfecto del castellano. Le bastaba entonces a su madre utilizar indebidamente un tiempo verbal para que el pequeño se tomará todo el tetero, porque si no lo haces verás cómo diré, Hubieron muchos que, al lugar de, Hubo muchos que; o utilizar el Deber al lugar del Deber de, error que bastaba para que, a seis meses de nacido, Secretario tomara conciencia de sus faltas de infante. Detalles como esos le estaba contando Secretario a su negra Ella justo antes del concierto, cuando de pronto le vino a la mente la orden de su madre y le preguntó sin más, y tú, Ella, háblame un poco de tu familia:

Como en tu caso, también mi familia se reduce a una persona, enano querido.

¿Y quién es esa persona? Mi hermanita.

Ajá.

Es la menor. Se llama Rosita.

...

Ella tomó un trago de ron para aclarar la voz y las ideas, y saber por dónde comenzar la descripción de esa tal Rosita:

Es una morenita, tirando a negro, delgada, sutil y de una inocencia y una desconcentración grande como un burro.

Rosita —repitió Secretario como si el nombre le dijera algo.

* * *

Secretario recordó de pronto el caso de esos tres cochinos locos. Fue él mismo, contra su voluntad, que tuvo que firmar la cadena perpetua de un inocente bajo la culpa de anti-higiénico. En ese caso que ahora todos llamaban «Los tres co-

chinitos» más de uno tenía responsabilidades, pero solo uno pagó y no por lo que debía. El hecho ocurrió, como siempre ocurren hechos como esos, durante la hora del burro. Todo Pueblo se encontraba inmóvil y silencioso, dejando a Gobernador la posibilidad de escuchar los pasos de su amada. Pero en lugar de esos pasos, Gobernador escuchó lo mismo que todo Pueblo: un sinfín de ronquidos de cochinos y pasos de barro y mierda de tres animales por las calles de Pueblo que, por estar tan perdidos, parecían quinientos.

Lo primero que pensó Gobernador de todo ese bululú fue que, una vez más, se trataba de sus alucinaciones porque, carajo, yo no le he dado permiso a ningún cochino para pasearse a esta hora, que más bien es la hora de los burros.

¡Secretario! —gritó entonces Gobernador con mucha rabia y desconcierto.

Dígame, señor —respondió inmediatamente detrás de la puerta Secretario.

¿Qué está pasando?

Se lo digo ahora mismo.

Secretario salió despavorido a resolverle el problema a su jefe como si fuera yo el que, ahora, le tiene que impedir a los animales que paseen libremente por Pueblo.

A esos cochinos, Secretario los encontró como perros por su casa, corriendo caóticamente por las estrechas calles de la parte alta de Pueblo, oliendo y mascando viejas a su paso, pasando por encima de todo, cagando estatuas, entrando por una casa y saliendo por otra, chamuscando flores del Cementerio y, por tratar de detener ese caos, Secretario se encontró enchastrado de un sudor que olía a mierda e impotencia, pues nada podía hacer para aplacar el cataclismo de esos cochinos que eran más rápidos e inteligentes que todos esos Gorilas que el régimen puso detrás de ellos.

Secretario no tuvo más remedio. Decretó una especie de edicto improvisado, firmado de emergencia por Gobernador, en el cual obligaba a todo Pueblo, bajo amenaza de cárcel de detener toda actividad en curso, por más importante que fuese, para participar en la captura de esos tres cochinos comunistas. Grave error, pues Secretario no pudo ver, a causa de la rapidez de los cochinos y de la brillantez del sol, que cada uno de ellos tenía en sus lomos un mensaje mal escrito con una brocha gruesa. En el primer cochino estaba escrito, Gobernador cabrón, ella quiere a otro. En el segundo, El que me agarre le cae la madre. Y en el lomo del tercer cochino nada se podía leer, pues solo estaban escritos garabatos, fruto del temor de su escribidor. Todo Pueblo leyó esas injurias contra el padre de la patria.

Secretario no tuvo el coraje de avisarle a Gobernador que el problema era más grave de lo que se pensaba porque los cochinos, no solo habían irrespetado el silencio impuesto por Gobernador durante la hora del burro, sino que también ponían en práctica una acción que bien podría ser catalogada de traición a la patria.

Súbitamente Secretario dio la orden de que por ningún motivo esos animales entraran en el recinto del jefe. Y, no apenas la orden estaba por ser aplicada, Gobernador, muerto de rabia, mandó al mismo tiempo, a proteger con todas las fuerzas de la patria, la residencia de Esaaquellalaausente que, por nada del mundo, debe presenciar la injuria a la que hoy está sometida su limpia belleza, nojoda, y a pesar de todos los peros que supo encontrar Secretario para proponerle a Gobernador que todos los Gorilas se debían quedar protegiendo su Palacio, jefe, no hubo poder humano que lograra modificar mi orden, Secretario, porque de no cumplirse, iré yo mismo a proteger la casa de mi amor mío que, bien lo sabe usted, es el verdadero recinto patrio.

Ajá —respondió con voz de esclavo Secretario.

Ese ajá pareció servir de llamado a los tres cochinos porque, apenas fue dicho, los tres bichos, algunas calles más allá, cambiaron de rumbo y se dirigieron allá, donde, a los ojos de Secretario, no tenían que llegar. Los cochinos pasaron por encima de las gallinas y los mangos caídos que daban la bienvenida a los ilustres visitantes del recinto de Gobernador y, ni siquiera el pelotón de fusilamiento que era el único presente, pudo hacer algo contra esos animales, ni la cocinera de Gobernador, acostumbrada a matar cochinos para el almuerzo del domingo. Nadie, ni siquiera Secretario con su poder de arreglar todo, pudo contrarrestar la impaciencia de esos cochinos subiendo por las escaleras del Palacio hacia el segundo piso donde estaba Gobernador.

Contra las órdenes del jefe, Secretario mandó a su ejército de pacotilla, mal vestido como estaba, a abandonar la casa de esa muchacha y atrincherarse en la residencia de Gobernador. Pero la orden había sido recibida demasiado tarde y, al llegar esos Gorilas al lugar de los hechos, solo pudieron medir los daños irreparables de esos quinientos cochinos, señor Secretario, que no nos dio el tiempo de capturar porque en este gobierno todo el mundo tiene poder, menos nosotros, los que deberíamos, los que defendemos el orden y el progreso de este pueblo en el que, por falta de autoridad militar, cualquier cochino puede entrar en el recinto patrio. Pero ese Gorila estaba hablando solo, pues ya Secretario se había marchado detrás de la catástrofe de esos cerdos, había subido las escaleras embarradas de todo, y había visto, con todo el miedo que tenía, la puerta de Gobernador abierta, la cerradura mascada y la alfombra persa rasgada y sucia cual trapo de cocina. Lo pensó dos veces antes de entrar, pronosticando el caótico estado en el cual encontraría a Gobernador y a su sobria alcoba. Entró con paso de asustado, él, que estaba acostumbrado al

peligro de tener siempre a su lado a alguien como Gobernador. Por fin lo vio ahí, a Gobernador y a esos tres cochinos, en una actitud que jamás hubiera podido prever.

Gobernador estaba sentado en el suelo, calmado y sonriente y, de frente a él, también sentados cual perros de raza, esos puercos que no resistieron al encanto del poder ultraterreno de ese hombre, a su carisma despótico, a sus promesas de oropel. Ahí estaban esos cochinos, dejándose limpiar con su pañuelo personal de Lyon este sucio incrustado en sus lomos, Secretario, porque en mi territorio nadie tiene que estar sucio, Secretario, imagínate si mi amor mío los viese en tal estado, Secretario, y ahora mismo me traes al dueño de estos bichos, y me lo haces pudrir en El Castillo, no joda, por irrespeto a la hora del burro, pero sobre todo por sucio.

El secretario de la patria no entendió más nada. Salió sin rumbo a dizque capturar al culpable de la falta de higiene de unos cochinos. Se sintió de todo corazón ridículo y, no fue hasta el final del día, que cayó por fin en cuenta de la naturaleza del sucio que Gobernador había visto en los lomos de esos animales.

Claro, el jefe no sabe leer.

Secretario se sintió tan ridículo de seguirle la pista a una persona por la culpa de no bañar a sus cochinos que decidió hacer algo que usualmente no hacía y dejó el caso en manos de esos Gorilas que adoraban perseguir gente.

Los Gorilas tomaron las investigaciones en mano y, de interrogatorio en interrogatorio, llegaron hasta Rosita. Ella, de frente a las amenazas de los Gorilas, a sus cuartos con olor a humano y a toda la parafernalia de su podercito de nada, terminó por preguntarles qué quieren de mí y ellos, contentos

de la vida que una mulatica tan linda los tomara en serio, le dijeron con voces de militares, queremos que hables.

Haberlo dicho antes, tu problema es entonces la soledad. Si quieres que hable, yo hablo con mucho gusto. Pero, ¿de qué?

¿Y de qué más? Del culpable.

¿Qué culpable, mi amorcito?

No te hagas la que no sabes. Te vieron en una mata de mango con él.

¿Mango?

Háblame de «Los tres cochinitos» —le dijo un militar que estaba casi por tocarla.

En su ingenuidad en relación al peligro del poder y a todo lo que con él tiene que ver, Rosita se le adelantó a ese militar y, antes de que él la tocara, le dio un manotón:

No toques si no vas a comprar.

¿Vas a hablar o no?

¿Y qué estoy haciendo?

Háblame de «Los tres cochinitos» que ya estoy perdiendo la paciencia.

¿Pero qué quieres saber?

El culpable.

Ah, eso.

¿De quién son los cochinos?

Si me das un besito aquí te digo.

Aquí.

Y el soldado, completamente desorientado, le dio un beso viscoso con sus verdes labios duros.

Y Aquí.

Le dijo Rosita señalándose una zona escondida debajo de la oreja.

Y Aquí.

Señalándose el límite entre sus labios y el cachete derecho.

Y Aquí.

Y Aquí.

Y Aquí.

La situación en pocos minutos degradó y Rosita estaba consiguiendo todo lo que quería de ese Gorila desarmado por el *savoir faire* de su prisionera. Después de pocos minutos la situación se había dado vuelta y, ahora, ese Gorila la perseguía sin pantalones por todo el cuartito con su verga señalando el norte. Ella, por el contrario, estaba tan vestida como había llegado, aunque, no se lo podía negar, también con ganas de medir el poder del ejército de la patria. Fue así que, sin que él se lo esperara, Rosita se le montó cual vaquera como si lo fuera a hacer cabalgar y, con solo dos movimientos de cadera, le quitó todo su fervor de macho de mierda, dejándolo ahí embarrado y con ese semblante que el uniforme escondía.

Mucha pistola y resultaste un güevón.

Rosita se echó aire con el abanico de su mano y le dijo a ese Gorila sentado en el suelo:

El señor Mata. El dueño de los cochinos es el señor Mata.

¿Pero cómo denunciaste a ese muchacho, Rosita? —le preguntó Ella al límite del llanto.

Yo no denuncié a nadie. Te lo juro por nuestro padre.

Es fácil jurar por alguien que nunca existió.

Fácil o no, te lo juré.

Y todas las conversaciones que tengo con ella son así, enano querido —le dijo Ella con tono de confesión y lágrimas en los ojos a ese Secretario justo antes de su concierto en Rue de Paradis.

Pero Secretario no tuvo nada para decirle. Esa tal Rosita atentaba, como nadie lo había hecho antes, contra los esquemas morales de ese hombre tan rígido. A medida que escu-

chaba a Ella hablar de su hermana y que investigaba por su cuenta sobre esa muchachita, la dificultad de encasillarla en una categoría moral aumentaba. No sabía en cuál de sus ordenadas gavetas meter a Rosita. No la terminaba de descifrar y, en lugar de optar por uno de sus dogmáticos juicios, prefería guardar un silencio de tres puntos suspensivos para no herir a su negra Ella. En el fondo Secretario tenía miedo de destruir a Ella con un juicio definitivo sobre su hermana. Sobre todo, ahora que esa negra tan linda comenzaba a hablar de sí, a decir algo más que no fuera blues. Además, Ella era la única en poseer realmente la llave para penetrar en la conversación de ese hombre diminuto y cerrado en sus responsabilidades estatales, ese tal Secretario que nadie veía pasar por ninguna calle ni asomarse por ninguna ventana ni respirar ni vivir. De Secretario todos oían solo órdenes que, ni siquiera eran las suyas, sino las de Gobernador. Para todo el mundo él era las órdenes de las órdenes. Una especie de espíritu que ordenaba los destinos burocráticos de Pueblo sin ser visto, ni oído, sin ser percibido. Por ello representaba un instrumento inigualable en la lógica de Gobernador, pues traducía en actos sus designios de amor. Todo aquello que Gobernador pensaba que era necesario para perennizar su idilio con Esaaquellalaausente, Secretario sin ninguna huella humana lo realizaba en el mundo cotidiano de Pueblo con la varita mágica de su talento burocrático. Todo eso lo lograba gracias a una personalidad entera, sólida, concisa, sin aparentes fisuras, incorruptible, eterna, que nadie, ni siquiera Gobernador se atrevía a relativizar o poner en dudas, por miedo a dañar ese mecanismo exacto que hacía que los destinos de Pueblo fueran acomodados a su merced. Pero ahora esa mocosa de Rosita con su personalidad sin par se insinuaba, directa o indirectamente, como una vara que se metía entre las ruedas de esa máquina perfecta que era Secretario.

Es un ser inaudito —se le escapó de la boca a Secretario delante de los cuentos que cada día Ella le echaba a propósito de su hermana menor.

Y al decirlo sonrió con una sonrisa fea al pensar que Gobernador siempre se expresaba de la misma manera hablando de los libros.

Ella ya había comenzado el tercer set de la noche. Entonó uno de sus blues enamorados para su enano querido. Claro, pensando siempre en su hermanita y pidiéndole a diosito para que, por favor, le consiga un novio y siente cabeza.

* * *

En los días que siguieron Ella continuó, concierto tras concierto, llenando de informaciones sobre Rosita el espíritu de Secretario. El hablar constantemente de su hermana correspondía a una necesidad extraña, sin verdaderas razones. Durante todas esas noches furtivas en Rue de Paradis Ella abordaba innumerables argumentos que como ríos, riachuelos y cascadas confluían, todos, en el mismo mar revuelto de Rosita, el ser más extraordinario de Pueblo, para su hermana que tanto la quería, y el más misterioso y estrafalario, para ese tal Secretario. Él escuchaba a su negra como quien mira un cuadro sin aparente forma, tratando de encontrar el mínimo detalle a partir del cual lograr intuir una identidad que, sin embargo, no lograba adivinar. Rosita, a través de la voz de Ella, de sus pausas y sus respiraciones, se convertía cada vez más en un ser abstracto o manual del desorden.

Fue así que Secretario, ya aturdido por tanto cuento, se armó de valor y desafió a esa Rosita que salía de la boca de Ella, diciéndole, por qué no hablas de otra cosa, negra. Pero sin darse cuenta ya estaba sumergido en otro de esos riachue-

los de aguas con olor a Rosa. No le quedó más remedio a ese hombre que ponerse a chapalear en un intento desesperado por nadar, él, que jamás en su vida había nadado en ninguna mujer, y que ahora se veía obligado a hacerlo a partir de los cuentos de otra.

Por mucho tiempo Rosita pobló, primero las madrugadas, y más tarde los días, de ese tal Secretario quien salía aturdido cada noche de Rue de Paradis por las narraciones detalladas de la loca vida loca de Rosita. Salía de ese sótano tropezando con mesas, postes de luz, Gorilas, borracho de tanta barbaridad y tanto no puede ser, hasta llegar a su casa sin tocar el suelo, besar a su madre y acostarse con sus ojos bien abiertos para seguir, y cómo no, pensando en ti, ¿en quién?, se preguntó asustado, en ti, Rosita, se dijo cerrando los ojos, por fin cerrándolos, para soñarte, para revivir los cuentos de su negra Ella, ahora con toques personales del mismísimo Secretario de la patria, el hombre de letras, el mago de nuestra ilustre burocracia tan nuestra.

Pero eso no es nada —le dijo Ella tomando respiración para pasar de forma ingenua y natural a otra de las historias de su hermanita.

Secretario tomó entonces respiración y se preparó para lo peor.

Mi comadre me contó, porque a Rosita uno no le saca ni pío, que mi hermanita estuvo retozando en la corrida de toros y que, cuando todos se fueron, la Rosita se quedó ahí acariciando caballos hasta llegar al lomo del torero que, en realidad, terminó siendo el que le daba de comer a los animales. Y entre caricia y caricia convenció al muchacho, como siempre Rosita convenciendo de todo a todo el mundo, de que me prestes ese caballo negro, y así fue. Pero como para convencerlo se había quitado la ropa y, como la ropa estaba tan lejos, subió al potro así como estaba y, para que no le do-

liera el roce del lomo contra su tibio cuerpo, entre el caballo y Rosita se sentó el caballero, y así cabalgaron por toda la arena de Pueblo. ¿Te imaginas, enano querido? Y ni contarte el calorón que había, y ni hablarte de la cara de ella al galope de esas dos bestias. Eso te lo puedes imaginar tú solito.

Y solito se lo imaginaba Secretario con los ojos cerrados en esa cama suya en la cual las imágenes parecían más reales: la piel de Rosita estirada como cuero de tambores, temblando a cada brinco del caballo; las manos gruesas del caballero apretando sus caderas para que no se le fuera a ir de un lado; y sobre todo, y más que todo, el rostro fruncido y elevado al cielo de ella, la más feliz de las mujeres, mirando a retazos las nubes en forma de tus tetas, mi vida, cosita rica de papi, cosita bella, que mira cómo lo tengo por ti.

Pero, sinceramente, Ella, ¿tú aceptas esas barbaridades de parte de tu hermana menor? —le dijo Secretario a su negra suya como conclusión del desastre moral que le acababa de contar.

Pero Ella, al final de cada cuento, le daba siempre la misma anestésica respuesta:

El culo es suyo.

Respuesta, grosería, insensatez, contra la cual Secretario no tenía armas, visto lo púdico y elegante de su calibre.

Esos diálogos con Secretario, ese sinfín de historias sobre Rosita, ella los sacaba como de baúl familiar cuyo contenido, incluso para ella misma, era desconocido. Contando todo eso, Ella se descubría portadora de informaciones que no creía conocer. Al inicio las interpretó como historias inventadas, que no sabía por qué, le inventaba a su enano querido. Pero

cuento tras cuento, no tardó en percatarse que de mentira, todo eso, no tenía nada.

Pero su problema ahora era otro. Un sentimiento enfermizo había llegado a su corazón y se dio cuenta demasiado tarde: Ella estaba celosa de Rosita reflejada en los ojos de Secretario mientras le contaba todo eso. Aunque bien sabía que se trataba de un sentimiento irracional, porque en su vida su hermanita y Secretario se habían encontrado.

También para Secretario era tarde, pues ya no podía quitarse esos pensamientos esos de su cabeza. Las noches eran para él una fábrica de imágenes y de muy personales remembranzas de los cuentos de Ella. Algo tenía que hacer.

Entró aterrorizado a Rue de Paradis prometiéndose que esta vez sería él quien hablaría, quitándole de ese modo la posibilidad a su negra bella de seguir llenando su espíritu de anécdotas que ya no le permitían dormir. Pero en el fondo de sí mismo bien sabía que nada podía hacer. Él era un animal silencioso y, apenas veía a Ella acercarse, después de uno de sus sets, todo el valor economizado durante el día se le desaparecía, y se quedaba sin armas.

La noche anterior, también la noche anterior, había sido desastrosa. Sus ojos habían permanecido abiertos viendo pasar imágenes exageradas del cuerpo de Rosita. Ahí estaba ella, tal como pocas horas antes su hermana la había descrito: arriba de uno de los techos planos de las casas altas y cuadradas de Pueblo, bañándose desnuda para contrarrestar el calorón de las once y media de la mañana de ese domingo lento y seco. La jovencita aprovechaba la ausencia propia de los domingos para contradecir al Padrecito y su misa plenaria, a las lavanderas de agua dulce, a los recogedores de cartón y a los futbolistas, e instaurar su baño como nuevo rito a esa hora dominical que, hasta ahora, pertenecía a todos esos personajes. Secretario podía ver, a través de la voz de Ella, a Rosita y

su triángulo de vellos apenas bañado y las gotas bajando por el tobogán de cristal de sus caderas de vértigo:

Imagínate, enano querido que, al parecer, todo Pueblo sabe este cuento menos nosotros. Figúrate que la señora de la casa de al lado cobra entrada porque desde su casa se obtiene la mejor vista.

Al final de eso que todos interpretaban como el baño espontáneo de un mujerón que todavía se consideraba niña, de un cuerpazo que cree que nadie la está mirando, de un culo que ni siquiera el régimen silenciaba, Rosita se vestía con una lentitud desesperante, secando su cuerpo con el vestidito de tela fina que, justo después se colocaba, húmedo como estaba, para luego desaparecer con cinco pasos calculados de ese techo o palco o cielo que todos esos hombres miraban desde el infierno del deseo. Rosita bajaba del techo por las ramas gruesas de un árbol de níspero y, no apenas había tocado el suelo, se dirigía a la casa de la vecina, apenas vaciada de todos esos machos, entraba sin tocar la puerta, pues no había, y con un tono de cotidianidad monótona le decía:

Fisti y fisti.

La vecina sin mirarla y con la cara fruncida le entregaba la mitad de las ganancias, no sin antes recordarle:

Rosita, no te olvides que el pago de los militares sale de mi mitad.

Fisti y fisti —le repetía impertérrita la Rosa, tomaba sin expresión alguna un sorbo de café y se marchaba sin cerrar la puerta inexistente.

Instantes después entraba una manada de muchachos y viejos que, al unísono, le preguntaban a la vecina:

¿Y entonces?

La vecina tomaba respiración y comenzaba con la descripción de eso que ella vendía, como los sueños eróticos y experiencias de amor que Rosita, dizque su mejor amiga, le contaba

rapidito rapidito justo después de su baño dominical. Pero no sin antes, caballeros, darle al César lo que es del César. Los presentes vaciaban sus ahorros de la semana y ella, como lo prometido es deuda, comenzaba a darle rienda suelta a su imaginación que, a los quince minutos exactos, se detenía sin más.

Esa vecina siempre le temió a un tipo que tomaba nota de cada uno de los particulares de su cuento. Pero nunca hubiera sido capaz de pedirle a un gorila que dejara de tomar notas de lo que en mi casa se dice, nojoda, porque esto no es escuela.

El lunes por la mañana, a primera hora, en las oficinas del gobierno, el gorila vestido de civil recitaba con puntos, comas y señales los cuentos de la vecina a Secretario, quien escuchaba todo eso con las piernas cruzadas y mirando el paraíso con sus ojos cerrados.

Gracias, comandante. Se puede retirar.

Secretario se quedaba entonces solo, pensando. Bien sabía que el bañito ese no era cierto. Sabía que eran artificios de bruja, que los sortilegios de Rosita consistían en andar rondando en el momento justo ahí donde nadie ronda, haciendo eso que nadie cree que puede ser hecho, hablando con quien no se debe. Secretario, racional como era, en el fondo de sí mismo comprendía todo eso. Pero ya era demasiado tarde. Él era ya víctima del mar agitado de Rosita.

Cada gaveta que abría Secretario, documento que inspeccionaba o paseo que realizaba, estaba marcado por un acontecimiento que, más temprano que tarde, lo llevaba al cuerpo de Rosita. Él sabía mejor que nadie que, llegado hasta donde él había llegado en el deseo por esa energúmena moral, ya era muy tarde para dar marcha atrás. Por ello ahora aprovechaba cada ocasión que el destino le regalaba para pasearse con la imaginación en ese cuerpo de ella. Secretario comenzó irremediablemente a medir su existencia, tiempo y responsabilidades a partir de ese ser que, ni siquiera una vez, había visto en su vida.

Gobernador, desde el más allá de su amor y su poder, no tardó en percibir algunos cambios en el cotidiano de Pueblo. Intuía que esos cambios tenían que ver con Secretario, y el hecho que terminó por corroborar sus intuiciones, fue el caso de esos dos turistas desaparecidos que, él mismo, había ordenado a Secretario encontrar a toda costa, pues la embajada del Norte comenzaba a amenazar con medidas económicas desfavorables para Pueblo, si nuestros ciudadanos no aparecen.

Gobernador jamás hubiera podido imaginar que la inédita ineficacia de Secretario en ese, y otros casos, obedecía a un problema de faldas. El padre de la patria confiaba demasiado en la metodología cartesiana que regía la vida de su mano derecha como para intuir que, ese frío y miope ser, podía percibir las llamas desaforadas del amor. Además, a través de un nuevo artículo que Gobernador había agregado a la constitución, se nombraba a sí mismo como el único posible propietario y beneficiario del amor dentro de las fronteras de la nación y, qué ser más propicio para hacer respetar dicho artículo que Secretario, su primer infractor.

Era lunes de mañana cuando Secretario comenzó, desconcentrado como estaba, a revisar la agenda del día. Como primer problema a resolver estaba el caso de los dos extranjeros desaparecidos. Las excusas que él mismo había redactado y enviado a la embajada del Norte no sirvieron de nada. Ellos querían saber de forma precisa qué había pasado con esos compatriotas suyos. Secretario había pedido entonces a los Gorilas informaciones detalladas y, por fin, las tenía ahí en su escritorio. Abrió el documento y pudo constatar, primero que todo, que los cuerpos habían fallecido en aguas territoriales. El único consuelo que le quedaba era el de saber cómo habían fallecido. Al menos con dichas explicaciones la embajada habría aflojado esa mano dura que ya estaba durando demasiado.

La operación por medio de la cual los cuerpos habían sido desaparecidos Secretario la conoció a través del título del documento subrayado y escrito en negrita: Operación corales. Secretario leyó el texto con una extraña certidumbre en la cabeza que más tarde, al final de la lectura, le sería confirmada.

Leyó el documento de cabo a rabo con una atención que se reflejaba en el modo particular de colocarse sus anteojos y de fruncir la frente. Apenas terminaba el documento, recomenzaba su lectura, como si no lo hubiera leído antes. Solo a la hora del almuerzo detuvo su lectura y dio lugar a las conclusiones.

El documento estaba redactado con un lenguaje sobrio y policial. La utilización de los puntos y las comas era desmedido, y las descripciones de situaciones y lugares exageradamente detallistas. No había en el texto espacio para interpretaciones o puntos de vista. Se trataba de una narración precisa, estructurada en párrafos de, a lo sumo, tres líneas.

El hecho había ocurrido algunos años hace e implicaba a dos ciudadanos extranjeros con visas de turistas. Ellos constituían una piedra en el zapato para la política de Gobernador. Por ello, él mismo, había ordenado medidas rotundas contra esos turistas que fueron acatadas al pie de la letra por los Gorilas. Pero como siempre ocurría, Gobernador había olvidado por completo eso que, apenas un día antes, había dictado como la orden más importante de Pueblo, por andar pensando en los benditos guantes de cuero que habría de dejar olvidados en la casa de su amada.

Lo cierto fue que esos dos jóvenes habían sido escarmenados con el castigo máximo y era demasiado tarde para dar vuelta atrás. Según cuanto Secretario había leído en el informe, ellos habían sido ultimados en la playa de los corales y arrecifes de una forma que era común en Pueblo. El régimen,

para no dejar huellas de sus infamias, especialista como era en esas cosas, hacía morir, a cierta gente, de belleza y, para ello, utilizaba sus magníficos corales. Varias veces había ocurrido que, llevados por la belleza de esos corales, incluso profesionales del buceo, perdían la noción del tiempo y se ahogaban en medio de un delirio estético. Se trataba sin duda en la mayoría de los casos de una muerte política cuyos únicos responsables jurídicos eran los corales.

Esos dos turistas habían sido emboscados gracias a una inscripción gratuita a la cual ellos se habían negado en más de una ocasión. Pero al final, por una razón que hasta hoy se desconoce, habían terminado por consentir. La veracidad de esta libre decisión se encontraba en un documento de responsabilidad personal que ellos firmaron, antes del presunto accidente, y que ahora Secretario tenía delante de sus ojos como documento anexo.

De pronto, un pasaje del documento desestabilizó a Secretario quien, víctima de su incredulidad, se disponía a leer de nuevo. Ni él mismo creía en lo que estaba viendo: Rosita, ahí, en el silencio de esas líneas.

Según la descripción que ahora Secretario leía o creía leer, una joven desnuda había sido pagada para nadar por entre las aguas claras, cerca de los corales. Rosita había aceptado el pago de los Gorilas y, ahí apareció sin nada puesto sobre sus partes extravagantes, pero con dos chapaletas de rana que la hacían moverse lentamente, confundándose con los colores vivos de los corales.

Secretario se frotó una vez más los ojos y vio que en realidad no era así, que un comando de Gorilas, ahí presente, había visto cómo fue la belleza de los corales lo que hizo que esos dos muchachos se desconcentraran, incluso de la respiración suave, dulce, tierna, de esa Rosita debajo del agua que, de pronto, aparecía nuevamente delante de los ojos de Secretario convertida

en palabras y párrafos y, cerca de ella, se podían ver a esos dos jóvenes atónitos delante de semejante mujerón, boy, ahí delante de nosotros y, esos muchachos en vez de observar el amarillo rojo verde de los corales, andaban detrás de ti, Rosita, tú que eras como uno de esos reflejos de luz de este mar claro, que te desaparecías en un lado para aparecerte en otro, y ellos que no entendían nada, porque ahora, más que su belleza, era la falta de aire la que les estaba faltando, pero qué se van a dar cuenta si, allá está, boy, ahí apareció otra vez, man, y, tratando de tocar la belleza diabólica de estos corales, se les fue el tiempo, se les iba, se les estaba yendo la respiración, sin más esperanza que morir ahogados de belleza, víctimas de esa efímera felicidad causada por el aire que les faltaba y que los puso a ver Rositas por todas partes, boy, mírala ahí, mira ese lunar, boy, y aquel pezón rojo verde amarillo, man.

Los encontraron flotando sin ojos, pues se los habían comido los peces de tan felices que los tenían, pero con una sonrisa de oreja a oreja de quien ve la cosa más bella de este mundo justo antes de morir.

Secretario no supo más separar la verdad de la mentira y, como nunca lo había hecho, mandó todo ese importante caso al carajo. Trató de frotarse una vez más los ojos para ver si lo que estaba leyendo era lo que estaba leyendo, pero la hinchazón de tanto frotárselos no lo dejó.

Pensó que ahora o nunca tenía que terminar con esta cantaleta de que no te he visto nunca, Rosita. Entonces resolvió, él que resolvía todo, que a la mañana siguiente, sin falta, iría a la casa de Esaaquellalaausente, tocaría a la puerta y se enfrentaría a esa tal Rosita, con la certidumbre, fundada en su racionalismo, de que esa niña terminará por decepcionarme.

Tan bella no puede ser, nojoda.

En el fondo de su oreja el regaño sordo de su madre, allá en su casa, a varias cuadras de ahí, lo llamó a la realidad:

Cuántas veces te he dicho que no quiero malas palabras en tu boca.

Disculpe, madre.

¿Qué dijiste, enano bello? —le preguntó Ella entre un set y otro.

Hasta hoy me dura esta incertidumbre —se dijo Secretario bien temprano, después de una noche de total confusión de recuerdos, cuentos de Ella y realidad.

Se miró en el espejo y, como hacía siempre en las mañanas, se afeitó la barba que no tenía, pues era un hombre lampiño. Esa actividad aparentemente infructífera era una buena excusa para pensar en lo que haría durante el día.

Rosita, hoy te toca a ti —le dijo al espejo en forma de amenaza, y el espejo también lo amenazó con las mismas palabras y hasta los mismos gestos.

Estaba seguro de sí. La noche le había servido para saber que, al fin y al cabo, todo se resolvería de la mejor forma posible, es decir, en desilusión. Además, nada podía salir mal pues había calculado cada movimiento suyo, hola cuñada, soy Secretario del cual tanto te habrá hablado Ella.

Terminó de acomodarse su corbata delgada y corta, óptima representación del mal gusto propio de su persona.

Buenos días, madre.

Buenos días, Secretario. ¿Por qué hoy no vas a tu oficina?

¿Y cómo lo sabes?

Porque te parí —ella siempre le daba la misma respuesta.

Secretario le contó a su madre una historia que estaba entre la verdad y la mentira. Le dijo dónde iba, dejando el porqué en una vaga frase que su madre no tardó en interpretar

como omisión. Además, bien sabía ella el lugar donde tenía pensado ir, pues la noche anterior se lo había confesado. De hecho, todas las noches ella escuchaba hablar solo a su hijo mientras dormía, de la misma forma que Secretario escuchaba a su madre. A través de este mecanismo, ellos siempre se dijeron lo que nunca se hubieran atrevido a decirse despiertos. Por ello, cuando había rencillas en la casa que la razón no lograba contener, la noche de esos dos se volvía un diccionario de malas palabras: vieja sucia, hijo hijoeputa, perra obstinada, enano zorro.

Ya listo para salir, Secretario cerró la puerta de la casa con una cierta timidez y saludó a su madre mientras bajaba las escaleras. Su madre le respondió, también en voz baja, mientras terminaba de lavarse los dientes.

En sus planes él había previsto ir directamente a la casa de Esaaquellalaausente donde sin dudas encontraría a Rosita. Pero su miedo era de tal envergadura que no tardó en descubrirse a sí mismo dando vueltas y vueltas alrededor del recinto de esa mujer que Gobernador tanto amaba.

Antes de tocar a la puerta se dijo que sería mejor observar desde lejos el movimiento cotidiano, típico de toda casa. Se encontró con un primer detalle importante: la dueña de la casa, acaso llevada por la sobreprotección de Gobernador, no salía a hacer las compras ni enviaba a nadie. Esaaquellalaausente se hacía traer todo a su hogar directamente. Por esta razón, lo primero que le llamó la atención a Secretario fue el desfile de personas, todos hombres, que tocaban a la puerta teniendo en sus manos los objetos más variados y que, al encontrar la sonrisa de Rosita abriéndoles, le decían:

Aquí está lo que ordenó la señora.

No soy la señora, pero pase y póngase cómodo.

Secretario no sabía cuán cómodos se ponían esos machos, pero intuyó que seguramente muy muy, porque todos salían

de esa casa con una sonrisa y una satisfacción que Secretario entendería tiempo después.

Al inicio eran hombres y mujeres los que llevaban los productos a esa casa, pero estas últimas no tardaron en quejarse por el maltrato del cual eran víctimas, protagonizado por esa flaquita fea que nos abre la puerta. Pero Esaaquellalaausente no quiso saber de críticas contra su Rosita y simplemente respondió, que sean entonces hombres los que me traigan de comer y beber. Los dueños de los negocios no tuvieron más remedio que echar a las mujeres y contratar a hombres de toda índole y credo. Muchas de las mujeres botadas de sus trabajos trataron de protestar contra la injusticia y el machismo de Esaaquellalaausente, delante del mismísimo Gobernador si es preciso. Su respuesta no pudo ser más clara, Esaaquellalaausente no es machista, sino el mismísimo macho de este pueblo e, incluso, llegó a preguntarle a su amada, ese mismo día, si quería el doble sexo por decreto. Ella lo miró a los ojos y, sin ánimos de humillarlo, le dijo con toda la sinceridad que le quedaba, lo único que quiero es que me dejes tranquila.

Secretario ya había cumplido su cuarta hora de vigilancia alrededor de esa casa. Sinceramente se sentía ridículo y uno y dos y tres y ahí voy, y su espíritu iba hacia allá, aunque su cuerpo se había quedado como botado detrás de los árboles donde se había mantenido escondido. Entonces recomenzaba de nuevo la cuenta y uno y dos y tres y, de repente, la puerta se abrió cual milagro. Tres golpes netos a esa puerta y esta se abrió. Sus pasos casi llegaban a esa bendita puerta y uno y dos y tres toques, aunque después del segundo ya se había arrepentido. El tercero cayó contra su voluntad. La puerta se abrió:

¿Qué desea?

Rosita estaba ahí esperando que Secretario le dijera, aquí está lo que ordenó la señora, pero la señora no había orde-

nado nada, ella no era la señora y, además, Secretario estaba con las manos vacías, no traía nada más que estas ganas de conocerte a ti, Rosita, que te pareces más a ti de lo que tú y yo creemos, Rositarositarositarosita.

¿Disculpe? —dijo Rosita sin entender a ese loco.

Y uno y dos y tres, y ahora me lanzo a decirle algo que, apenas había caído en cuenta, no había preparado de antemano. Secretario había preparado toda la escena, estudiando punto por punto cada paso hasta llegar ahí. Pero ahora que tenía de frente a Rosita, y que se percató de que ella era exactamente lo que era, es decir una buena tautología de sí misma, no le quedó otra que improvisar. Mas no apenas trató de decir algo, sintió detrás de su cuerpo el calorcito helado del poder. No lo podía creer.

¿Qué lo trae por aquí, Secretario? —preguntó Gobernador con una voz fuerte que le sopló el cuello a ese secretario.

Fue tan seguro el tono de Gobernador que cualquiera hubiese pensado que se trataba del dueño de la casa. Aunque Gobernador fuera el dueño de todo Pueblo, pero no de esa casa.

Secretario se sintió perdido y ese sonrojo más bien marrón lo probaba. Pero la superioridad psicológica de Gobernador fue hecha añicos por la irónica pregunta de Rosita:

¿Esos son los benditos guantes que dizque había dejado perdidos aquí ayer?

Esa pregunta, que para Gobernador duró una eternidad, fue acompañada por la punta de los labios de Rosita señalando los guantes en cuestión. Gobernador escondió estúpidamente sus manos enguantadas en los bolsillos de su pantalón y, al hacerlo, sintió en el fondo de ellos el otro par de guantes de repuesto que habría de dejar tirados ahí más tarde.

Gobernador se defendió con la única arma que le quedaba: su voz de general en jefe:

¿La señorita está en casa? Voy a ver.

Mientras tanto Secretario se quedó inmóvil, logrando el milagro de desaparecerse por algunos instantes, cosa que no era fácil pues, a los ojos de Gobernador, su visita a esa casa era totalmente injustificada. En realidad Gobernador estaba tan desconcentrado en su desesperación por ver a esa mujer que había olvidado completamente la presencia de su secretario. Por su parte, Secretario temía que después de la humillación que acababa de sufrir Gobernador, el próximo fuera él.

La señorita está durmiendo, señor. Pase mañana.

Tome esta propina, señorita, y por nada del mundo le diga cuántas veces pasé hoy.

Se lo juro, señor —le dijo Rosita con todo su histrionismo
Hasta luego.

Hasta luego.

Secretario se sintió un tanto humillado por no haber sido saludado por Gobernador en su despedida. Les echó un breve vistazo desesperado a esos dos saludándose y, de nuevo, se vio solo con Rosita y uno y dos y tres. Rosita lo miró como diciéndose a sí misma qué venderá este enano.

Secretario analizó rápidamente la situación. Si se quedaba un segundo más, debía descubrirle todas sus cartas a Rosita. Si se iba detrás de Gobernador, que era lo que pensaba que debía hacer, tendría que darle explicaciones que no tenía a su jefe. Aunque eso no hubiera sido un problema porque, eran tantas las personas que daban vueltas por esa casa, que bien hubiera podido decir que tenía que hacer unos interrogatorios. Lo que más le hubiera dolido en ese caso sería haber perdido la oportunidad de conocer a esa flaquita rica a través de un intercambio breve de palabras con ella, ahora que se sentía un poco más tranquilo.

Hasta luego.

Hasta luego.

Volvió a escuchar la despedida de esos dos, como si sus reflexiones sobre el qué hacer hubieran detenido el tiempo y la escena.

Hasta luego —repitió Secretario cual eco de los dos primeros apenas escuchados y salió detrás de los pasos de un Gobernador contento porque, al menos, había logrado percibir el olor de su bella durmiente. Secretario se marchó con el corazón a punto de explotar de lo rápido que iba y con la mirada de Rosita que se reproducía cual juego de espejos en su memoria.

Rosita, como pocas veces, se quedó pensativa, cerrando esa puerta. Un pensamiento le atravesó el espíritu y se le reventó en su voz: aeseenanolapróximavezmelocomovivo.

¿Qué dijo Gobernador? —escuchó Rosita arriba de las escaleras. Me dio una propina para que no le dijera cuántas veces había. Quédatela —respondió la jefa de Rosita sin dejarla terminar su frase.

Prisionero

Prisionero no podía creerlo. Algunos de los frutos de su escritura mental en ese bote parecían traducirse inmediatamente en la realidad cotidiana de Pueblo. La prueba irrefutable de ese extraño fenómeno literario, era ese descontrol de la imaginación que, desde hace días lo asechaba, y que lo hacía concebir las cosas más dementes. Ese descontrol, entre otras muchas cosas, lo llevaba a confundir las campanas con el sol, los idiomas entre sí; lo hacía relativizar la exactitud del tiempo, la distancia entre las cosas; y lo inducía a alucinaciones, a partir de las cuales imaginaba, por ejemplo, a niños con un tercer ojo en la nuca.

Ese día Pueblo se despertó más temprano que de costumbre a causa de ese raro repicar de la campana de la iglesia que, por ser tan amarillo, no dejó dormir a nadie. Antes de que salieran los primeros rayos de sol ya las madres andaban como locas corriendo de aquí para allá, porque las maternidades estaban llenas de recién nacidos con un ojo detrás de la nuca y, a pesar de que muchos quisieran acomodar todo ese

disparate con reuniones improvisadas, no podían pues cada habitante hablaba un idioma diferente y ya nadie se entendía.

Hasta Gobernador estaba extraño ese día, mirando desde muy temprano hacia la bahía donde se encontraba ese tal Prisionero.

¿Qué me miras, dictador de mierda?

Me está pareciendo que aquí el único dictador eres tú, Prisionero.

Gobernador se quedó ahí por muchas horas y todo Pueblo pensó que estaba mirando el horizonte y que, acaso, ahora a él le había dado por acercarse a esa línea del horizonte porque, carajo, está muy lejos de Pueblo, caput mundi, centro del mundo.

A Prisionero le molestaba esa mirada penetrante y se la quiso sacar de encima con una pregunta:

¿Y ahora qué te pasa, autócrata?

¿Qué me va a pasar? Que las mujeres nos están pariendo los muchachos con tres ojos.

Ah —respondió Prisionero como si no fuera su problema.

¿Cómo hacemos? —le preguntó Gobernador, amenazante

Qué sé yo —dijo Prisionero sin remordimientos.

...

Gobernador le respondió algo que Prisionero no logró escuchar y que lo puso muy feliz porque, en el fondo, esa frase no escuchada era la prueba de que no era él quien escribía los diálogos de Pueblo.

A causa del problema de ese tercer ojo en las nuca de los niños, las mujeres de Pueblo que debían dar a luz en los próximos días, realizaron un paro general de partos. Querían una explicación plausible de Gobernador, pues nada habían hecho ellas contra el gobierno para merecer tal castigo. No era la primera vez que eso de los paros indefinidos de parto se realizaba en Pueblo. Durante la época aquella en la que

gran parte de la población comenzó a volverse transparente, muchas mujeres se negaron a tener sus hijos e, incluso, hasta el día de hoy, numerosas entre ellas, con todo y sus ochenta años, conservan a sus hijos cincuentones en sus vientres. Esas mujeres siguen tragándose todo lo necesario para que sus hijos, en la protección de sus barrigas, puedan vivir una vida normal, acorde con sus edades y personalidades. Las madres de los burgueses desayunan cachitos de relojes suizos con café con anillos de oro; las de las coquetas almuerzan crema desmaquilladora, y ensalada de zapatos de tacones altos con jugo de maquillaje; y las de los deportistas cenan albóndigas de pelotas de béisbol con arroz de raquetas de pinpón.

Prisionero estaba más que preocupado por el problema de esos pobres niños con tres ojos, aunque seguía negándose a que su escritura tuviera algo que ver. Por el momento, lo importante para él era lograr arreglar ese descontrol de su imaginación. Miró entonces al cielo como para percatarse del mundo exterior y tratar de tantear el peso de la realidad, sus colores, movimientos y dimensiones. A través de la cordura de la realidad mediría el desvarío de su imaginación y le pondría fin. Pero el resultado fue desastroso. Vio sobre su cabeza miles de soles y lunas cubriendo el cielo claroscuro. Era de noche y de día al mismo tiempo. De frente a la mirada de Prisionero los pájaros diurnos volaban hacia sus escondites nocturnos, los peces que de noche se alimentaban lo hacían durante el mediodía, se encendían las lámparas barrocas de la rambla de Pueblo en plena hora del burro, algunas personas iban a dormir mientras otras se despertaban, los restaurantes se llenaban de gente que pedían para desayunar y cenar al mismo tiempo y los meseros se dormían con el menú en las manos. En Pueblo estaba lloviendo granizo con todo y sus cuarenta grados y soplaban un viento helado y tibio a la vez. Prisionero, que veía todo eso, trató de realizar un gesto cotidiano cualquiera que le pudiera regalar una migaja de

realidad. Intentó bostezar, suspirar, rascarse. Pero al tratar de bostezar, se rascó y, al rascarse, suspiró. Trató entonces de medir la distancia entre su pecho y sus pies, saber de qué material estaba hecha su barca, intuir la hora. Nada de eso le fue posible. No lograba ni siquiera acercarse o alejarse de algo, subir o bajar un objeto. Además, las gotas seguían golpeando su barca y, allá adentro, el Diccionario de todas las cosas seguía funcionando, aunque las historias creadas eran cada vez más inauditas. Se dijo que ya estaba bien así, que pondría punto y fin a todo esto. Pero el miedo de acabar con todo Pueblo, por medio de ese punto y fin, lo laceró. Ni siquiera el suicidio era plausible ahora porque, al fin y al cabo, qué derecho tenía él de matar con su muerte a Pueblo. Si era verdad que ese pueblo era el fruto de su escritura, el suicidio de Prisionero se convertiría a la vez en suicidio colectivo y asesinato en masa. Su suicidio lo convertiría sin más en un serial killer. Pero, a pesar de todo, la idea del suicidio resistió a todos esos miedos. ¿Qué mejor método podía encontrar para saber si eso que imaginaba se convertía en la realidad de Pueblo? Sí, ahora mismo pondría un punto y fin a todo. Mas apenas estuvo por hacerlo, vio a su lado derecho a otro él. Un Prisionero idéntico, perfecto, verosímil, que lo miraba cada vez que él lo miraba, en un gesto de espejo. Cada movimiento que realizaba el verdadero Prisionero, también su doble lo hacía. Pero el hechizo de la sorpresa se rompió cuando el segundo Prisionero, con la punta de su dedo índice, le señaló algo. Prisionero asustado miró detrás de él. Vio, idéntico, a otro Prisionero más que le sonrió con una sonrisa fácil. El verdadero Prisionero pensó entonces en preguntarles algo, cualquier cosa, para verificar que eran otros, que no eran él. Pero apenas estuvo por hacerlo los dos nuevos Prisioneros se pusieron a hablar entre ellos:

¿Qué me miras, dictador de mierda? —afirmó el segundo Prisionero.

Me está pareciendo que aquí el único dictador eres tú — dijo irónico el tercer Prisionero.

¿Y ahora qué te pasa, autócrata? —preguntó casi con ternura el segundo Prisionero.

¿Qué me va a pasar? Que las mujeres nos están pariendo los muchachos con tres ojos.

Ah —respondió el segundo Prisionero como si no fuera su problema.

¿Cómo hacemos? —le preguntó el tercer Prisionero, amenazante. Qué sé yo —dijo el segundo de los Prisioneros sin remordimientos.

El tercer Prisionero le respondió algo al segundo que, el verdadero Prisionero, no logró escuchar y que lo puso muy feliz porque, en el fondo, esa frase no escuchada era la prueba de que no era él quien había escrito ese diálogo. Pero su memoria de escritor se le reventó en las manos y le mencionó eso que él pensaba no haber escuchado.

Hay que acercarse esa línea del horizonte porque, carajo, está muy lejos de Pueblo, caput mundi, centro del mundo —había dicho Gobernador cambiándole, como siempre, el tema a su interlocutor.

Prisionero no supo más si esa última frase él la había escuchado, recordado, imaginado o escrito en una de sus novelas. Seguía repitiéndose que no podía existir una relación de causa y efecto entre su escritura mental en ese bote-cárcel y la realidad cotidiana de Pueblo. A quién se le ocurre que mis escritos puedan modificar los destinos de esa gente. Al fin y al cabo soy escritor, no brujo. Pero sus razones no lo convencieron del todo y una duda, aunque pequeña, se le quedó ahí en ese bote, al lado de su columna vertebral de pescado, su sombrero de caracol y su pañuelo blanco.

Gobernador, Esaaquellalaausente, Fantasma

El padre le repuso a Gobernador, esta vez con seguridad y sin respirar, viene a mi casa toca la puerta se sienta en mi cama y después me dice que no es conmigo que quiere hablar. Ya sin paciencia, Gobernador posado ahora de frente a él, afirmó, dígame que estoy aquí. Sin entender nada el sacerdote utilizó la última pregunta que le quedaba encima, ¿a quién? Vine a hablar con Dios, dijo Gobernador. Eran casi las tres de la tarde cuando el joven Gobernador salió de la casa parroquial: fue la última vez que alguien lo oyó pronunciar el nombre de Dios. A partir de ese momento Gobernador había perdido la fe en todo lo que fuera divino, metafísico, trascendental. El más allá te lo inventaste tú, Padrecito de pacotilla, para que no fuéramos al bar de las putas y, con tus creencias, nos llenaste este pueblo de fantasmas, vírgenes de semblante lánguido mirando al cielo, olores a incienso, mulas poseídas, carreteras desoladas con apariciones, y espejos que reflejaban a otro diferente del que se miraba, fuiste tú, Padrecito, quien nos trajo al Silbón que silba y silba, y si te das vuelta para ver-

lo él está atrás de ti, y si te vuelves a dar vuelta él está todavía más cerca, y si insistes en una última mirada ya está a tu lado, y contigo se desaparece o, en el mejor de los casos, te perdona la vida pero te deja bobo por siempre, como bobo quedó Alonso a quien la Llorona se le apareció en media carretera con un llanto de gata poseída, y él se detuvo a ver qué pasaba y, ¡zas!, te mato porque fuiste tú quien me mató al muchacho tantos siglos hace, pero todos saben que no lo mató, sino que lo dejó asustado para toda la vida, tú trajiste a todos esos espíritus desde los meandros de mármol de tu Vaticano querido, y ese dios que no quieres hacer hablar conmigo, Padrecito, lo han visto por ahí entrando en la belleza de esa niña de mis ojos que anda delirando en esperanto frases incomprensibles sobre amores improbables que ella tiene albergados en los recónditos parajes de su corazón que solo late por mí, que solo tiene que latir por mí, carajo, pero qué le puedo decir, Gobernador, si es que Dios no tiene nada que ver en los asuntos de amor entre hombre y mujer, por eso es mejor que usted se confiese conmigo, a través de mí Dios lo va a escuchar, pero Gobernador estaba ya pensando en otra frase lapidaria de esas tuyas y no lo escuchó, por ello el sacerdote, más asustado que todos los habitantes de ese pueblo, siguió hablando sin decir nada para no dejar que un silencio reflexivo le permitiera a Gobernador darse cuenta de las enormes ganas que tenía de meterle un tiro en la cabeza a ese sacerdote conversador para que pudiera hablar más tranquilamente con ese dios que se cree más importante que yo, carajo, que piensa tener cosas más importantes que resolver que este amor mío y de ella, así que usted se me va a callar ahorita mismo porque yo no creo en las brujas pero de que vuelan vuelan, además, todo ese montón de fantasmas fue usted el que los trajo y la gente, para no morirse de hambre, se creyó el cuentico, pero no van a ser ustedes los que me van a venir a joder, ni ustedes ni sus

fantasmas anárquicos que no respetan la única religión existente aquí, la de este amor delante del cual todos se deberían postrar, y tomó la gallina que picoteaba desconcertada una piedra suave como el pecho de un pajarito y le dio un buen beso en la boca, porque todos sabemos que ella es la puta Altagracia que tú convertiste en gallina por pecadora, Padrecito, y que ahora tienes viviendo aquí contigo, así que te me vienes conmigo porque hay que practicarle un exorcismo a mi amada que está poseída por un fantasma de esos tuyos, pero es que usted está confundiendo, joven Gobernador, los santos y milenarios ritos de la iglesia con improvisados sacrilegios febriles de los negros e indios del Caribe, pero no había ni siquiera terminado la última palabra de su discurso reivindicativo, cuando se sintió hablando como con una papa en la boca que reconoció por su sabor metálico como lo que era, un rifle de dos cañones, dónde está la muchacha, se escuchó decir a sí mismo el sacerdote, no se preocupe Padrecito, que lo arrastro yo inmediatamente hacia su casa, y todo el pueblo no tardó en aunarse a ellos, como quien sigue en un vía crucis desordenado a lo último de estable que quedaba en Pueblo después de esa jornada protagonizada por los designios de Gobernador. A las tres y cuarto ese sacerdote pasó limpiando, con su sotana de estar en la casa, el arenero de la plaza principal, minutos después lo vimos tomarse, obligado por el fusil de Gobernador, un vaso de cerveza lleno de ron, más tarde, lo hicieron bañarse con todo y cuello blanco en las arenosas playas de la bahía al lado del Castillo colonial y, como a las cuatro, lo encerraron en el hotel El Faquir con dos gallinas viejas antes de que, por fin, llegara sin acompañamiento alguno a la casa de aquella muchacha, diciendo que vine para hablar con usted en nombre de Dios, Satanás, porque si no le dices eso te mato, Padrecito, cómo está usted, buenos días, Señorita, qué lo trae por estos lares.

* * *

Como a las cuatro, lo encerraron en el hotel El Faquir con dos gallinas viejas antes de que, por fin, llegara sin acompañamiento alguno a la casa de aquella muchacha, diciendo que vine para hablar con usted en nombre de Dios, Satanás, porque si no le dices eso te mato, Padrecito, cómo está usted, buenos días, qué lo trae por estos lares, bien y usted, dulce doncella, el viento me trae por aquí, señorita, el viento, pues pase y póngase cómodo, pero cómo habría de ponerse cómodo si allá afuera, en el café de la esquina, estaba con cara de pelirrojo Gobernador, esperando asustado y con ansias que ese brujo canónico salga de ahí con el fantasma que ocupa a mi amada en sus manos, porque si no soy yo el que lo va a sacar de ahí a tiros, y en el fuero interior de ese Gobernador las horas pasaban lentas, casi arrastrándose, porque como usted sabe, padre, tengo tiempo que no me confieso y aprovecho que usted vino a verme para tomarme un cafecito y contarle mis pecados, pero qué pecados me puedes contar tú, angelita, aunque usted no lo crea todos tenemos secretos, pues aunque tú no lo creas, los tuyos no quiero saberlos, por qué padre, porque no, y para cambiarle el tema le preguntó cómo está tu padre, pero ella no perdió tiempo en responderme, y me dijo que él está, como siempre, esperando a un mesías político, pero yo no estoy para hablar de mi padre, quiero confesarme con usted, Padrecito, o mejor, tengo que confesarle algo que solo él y yo sabemos, y al Padrecito no le quedó más remedio que preguntarle quién es él, pero pensé y de inmediato agregué que no era importante, señorita, porque me di cuenta de mi error, pero ella no perdió tiempo, cómo que no es importante, es la cosa más importante de este pueblo, y yo lo dije

antes que ella lo dijera, estoy enamorada, y pocos instantes después escuché salir de su boca la misma frase por lo que tuve que hacer una jugada pensada con alevosía al responderle que ese joven es un buen muchacho, y ella con tono de mujer parida me dejó sin más dudas al completar mi frase con su verdad peligrosa, sí Padrecito, ese joven es un buen muchacho y el otro también, porque son dos, padre, cómo así, le dije sin saliva del miedo, es un amor en dos personas distintas, y antes de que yo afirmara que eso no tenía sentido, me tapó definitivamente mi bocota al agregar que era algo así, Padrecito, como el dios del que usted tanto habla, un dios en tres personas distintas, pero eso no es posible, hija, cómo que no, padre, y comenzó a hablar de ángeles que caían del cielo con relojes en las manos, de burros dorados y pueblos con dos lunas, de amantes que en las noches vuelan por los techos rojos y amarillos y de otras muchas cosas que uno ve y siente cuando está enamorada, pero antes de que terminara su frase la interrumpí con una pregunta, hija mía, por ahí se anda diciendo que usted dizque está poseída por un fantasma, es una buena metáfora, padre, me dijo sonrojada, de qué, le dije yo temiendo su respuesta, una buena metáfora del, ¡PUM!, se oyó una descarga de rifle cañón doble allá en el café de la esquina, aquel joven acababa de matar a uno que estaba hablando mal de ti, se escuchó decir ella en los oídos, pero no cambió ni un milímetro la conversación que sostenía con Padrecito y la prueba fue su respuesta que él trató de evitar sin éxito, buena metáfora del amor, Padrecito, de qué estábamos hablando, hija, le dije yo con una ingenuidad que ni yo mismo me creía y con mi sotana empapada de tanto calor, del amor, respondió ella con una voz de virgenmaría, no, ya me acuerdo, hija, de poseídos, estábamos hablando de poseídos, le dije yo como quien la contradice, ella insistió creando un sí con el movimiento de su cabeza, por eso, padre, de amor.

Una lágrima brotó suave de su ojo izquierdo, cayendo suavemente por varias horas, y por varias horas yo estuve frente a ella, percatándome de su descenso suave por cada poro de su rostro suave.

* * *

Una lágrima brotó suave de su ojo izquierdo, cayendo suavemente por varias horas, y por varias horas yo estuve de frente a ella, percatándome de su descenso suave por cada poro de su rostro suave: cada milímetro recorrido por esa gota me mostraba los deseos de esa mujer solitaria, víctima y déspota de dos amores que la desbordaban, a tal punto que eso que parecía ser el egoísmo que siempre acompaña a la persona amada, no era más que una pesada indecisión por parte de quien se siente sofocada por un sentimiento que nunca le había pedido a nadie, y no necesitaba de palabras para que yo lo entendiera, su única lágrima se confesaba ante Dios en lugar de ella, al pasar por su rostro fruncido, sus ojeras apenas perceptibles, las grietas que comenzaban a nacer en su tez de joven, sus sudores dulces, su modo de morderse el labio inferior, era una cabalgata sobria la de esa lágrima suya, y ese sacerdote con el estupor de su cuello blanco cual nudo en la garganta, estaba ahí para presenciar la primera confesión sin palabras de su oficio, que habría de dejarlo atónito sin saber qué decirle, y la demostración fue su pregunta estúpida, hija mía, usted cree en Dios y, cómo voy a creer, padre, si el uno se vuelve loco en las noches y el otro está convirtiendo a Pueblo en un manicomio, ¿qué hora es?, le pregunté por no encontrar otra cosa que decirle, si no lo sabe usted, me respondió, así que no me quedó más remedio que mirar mi reloj atrasado para poder decirle ya es la hora, de qué Padrecito, de que ese Gobernador tan respetuoso me meta un tiro, gajes del

oficio, quise decirle, pero ella fue más rápida y me paró en seco con su solución, dígale la verdad, padre, no tengo otra, le dije, y comenzó a echarme todo pa' fuera ese viejo sacerdote de mierda, convencido de que su verdad lo iba a amparar del doble balazo que le tenía preparado en ese café por brollero, porque una cosa es el exorcismo y otra la confesión, así me dijo, Gobernador, y agregó que yo no te arrastré amenazado hasta la casa de mi amor para que se pusieran a hablar como dos peluqueras y, en ese momento, tomó caóticamente el estante de libros de ese café que todos llamaban El Literario y hasta el piano mecánico dejó de sonar para ver a Gobernador devorar una a una esas ediciones empastadas de *Edipo Rey*, *El banquete*, *Así habló Zaratustra*, con mordiscos tan grandes que las frases de párrafos y capítulos y libros diferentes se le mezclaban en la boca para terminar como una sola historia inédita en su barriga que habría de estar días digiriendo esos alimentos contraproducentes que tú, amor mío, me ordenaste no comer nunca más, pero, créeme, es más fuerte que yo, pero Gobernador, quién te dijo que los libros son para comérselos o, al menos, para comérselos de ese modo, y yo le cambiaba el tema por miedo de contradecirla, porque todo lo ve lo siente y lo sabe el amor mío, mas ella insistía con lo de los benditos libros que tú te sigues comiendo por todo Pueblo y acaparando para tu uso personal, y para quién más, muchacha de mis ojos, si siendo los libros tan sabrosos, salados y olorosos, la gente los expone en salones abarrotados donde parecen más bien vírgenes, pero ella se me ponía a pensar, como siempre, en otra cosa que no era yo matándome en vida a causa de su frase de siempre, contigo no se puede hablar, Gobernador, esa frase que me dejaba ahí, solo, conmigo mismo y con este mundo que te tengo que arreglar porque está demasiado jorobado para que tú vivas en él y por eso, Padrecito, usted mismo me está obligando a matarle, me dijo Gobernador, y

yo tuve ojos solo para ese montón de libros tirados en el suelo, mordidos y en un reguero literario tan delirante que pedazos de unos se mezclaban con pedazos de otros de forma exacta como en un rompecabezas predestinado que se ensamblaba justo antes de mi muerte, concebido por los dientes de ese energúmeno enamorado para que yo lo leyera cual libro único, entero, indivisible, que me exoneraría por siempre jamás de la degradante censura que él me imponía para velar por la moralidad de las lecturas, aquí donde la gente se interesa solo por las peleas de gallos, los juegos de dominó y los chistes groseros pero, claro, hay que preocuparse por los que leen, por esos tres tristes tigres rojos que creían que el mundo dentro de poco se regiría por reglas más humanas y honestas porque la revolución es casi una realidad, Padrecito, pero qué querías que les dijera a esos pobres muchachos rojos, si hasta olían a muerto, porque en este lugar no queremos desestabilizadores del orden público, pues cualquier cambio súbito del justo camino de las cosas puede desestabilizarte, lucero mío, que te siento extraviada y sé que es por esos tres tristes tigres gritones que no te dejan tomar el té por estar con sus gritos de vivalalibertadabajoelviejorégimen y esa bandera de un rojo tan chillón que te hace cerrar los ojos de dolor, aquí te traigo colirio, échatelo por favor, y mientras me lo echaba escuchaba el batallón de doscientos hombres que disparaban al unísono contra ese paredón donde esos tres tristes tigres morían con el puño levantado y, así los exhibí por tres días y tres noches, amor mío, para que los desordenados que quedaban no te dieran miedo con esos discursos de mierda que ese Padrecito apoyaba escondidamente, pero no te preocupes que también ese se está muriendo, a pesar de los gritos desesperados de las viejas de la iglesia de no lo mate, Gobernador, no nos lo mate, que él es un hombre de Dios, padrenuestroqueestásenelcielo-santificadoseatunombre y, aunque quisiera seguir en mi inte-

rior la oración junto con esas señoras, la lengua se me enredaba y el espíritu y todo, pues el miedo era tanto que ese último recurso de salvación era una actividad demasiado laboriosa como para soportar la humillación hedionda que comenzaba a gotear por los ruedos de mi pantalón, humillación delante de la cual las doñas se persignaban para mayor vergüenza mía pues, quién iba a decirlo que así terminaban los hombres de Dios, padre nuestro que está en el cielo santificado sea tu nombre, les escuché decir, y hasta, yo Gobernador, le quise decir algo que lo hiciera sentir mejor antes de matarlo, pero no pronuncié palabra porque su muerte era una humillación que no requería ulteriores humillaciones y, créeme, amor mío, que pensé en decirle, antes de enviarlo al más allá, que me hiciera el favor de interceder por mí delante de la virgen para que tú me termines de querer de una buena vez, pero el espectáculo de sus heces fue decisivo para corroborar mi decisión de que Pueblo necesitaba otro párroco que no se cague delante de todos como este, una persona de armas que interprete la Biblia como se debe, que cambie las líneas del Apocalipsis y que escriba en su lugar que el final de los tiempos está destinado a ser la conclusión cósmica de tu amor y el mío en medio de seres angelicales dignos del sacramento único de tu existencia y la mía, que son en realidad una, porque el amor no permite divisiones entre la sustancia y la forma, los accidentes y el ser, así que llámenme a un sacristán de cuartel, vestido de hombre, de verde y con estrellas en los hombros, como Dios manda, nojoda, para que tome las riendas espirituales de Pueblo y, al ver aparecer al nuevo párroco con los libros sacros en una mano y el sable en la otra, ahora sí que sentí el frío árido de mi muerte, me morí, me dije, pero no fue hasta cuando me quedé inmóvil en una posición estúpida, sin poder deshacerme de ella, que tomé conciencia de mi muerte que llegó sin más preámbulos con esa frase última que escuché antes

de morir dicha por uno de los niños, que tuve que espantar a nalgadas para que no jugara con ese muerto que parecía más bien un títere y que tuve que enterrar en ese Cementerio que todos temen, para que nadie lo visitara, con funerales de héroe pues héroe es toda persona que, delante de tus ojos, es bienvenida y bien vista.

* * *

Ese muerto que parecía más bien un títere lo hice enterrar en ese Cementerio que todos temen, para que nadie lo visitara, con funerales de héroe pues héroe es toda persona que, delante de tus ojos, es bienvenida y bien vista y, cómo no habría de serlo, si era el único depositario de esas historias que son solamente mías, porque quién podría escuchar los cuentos de Fantasma y yo y seguir vivo, quién podría soportar en vida el relato de eso que ese fantasma ingenioso me mostraba en las noches sin tregua de este pueblo bello durmiente que no aceptaría jamás mis confesiones porque usted, señorita, es la novia de Gobernador y yo, como todo Pueblo, soy los ojos de ese muchacho los oídos y las manos si de matar se trata y, además, cómo va a estar usted pensando en otro con semejante papacito, señorita, todas nosotras quisiéramos estar en su lugar, aunque no supieran en detalle lo que eso quería decir y, por eso, me aproveché de usted, Padrecito, que se me presentó aquí más muerto que vivo y, aunque usted insistiera en que fue el viento el que lo trajo por aquí, bien sabía yo que a usted se lo trajeron a rastras por su aliento a cerveza caliente y sus plumas de gallina que se le caían cual si fuesen su dignidad, y yo que no veía la hora, y yo que de inmediato decidí ahora se lo digo todo, por ello aquí donde usted vino a realizar un exorcismo, encontró solo una confesión que, más

que eso, era la última oportunidad que esta mujer tenía de contarle el gusto inimaginable de los detalles del amor que le hacen a uno, Padrecito, revivir otra vez lo que ya fue, pero usted insistió en que no quería saberlo aunque pusiera cara de confesor y manos y hasta me absolviera, aunque no debiera porque, señorita, más que crearle arrepentimiento, todo este cuento la pone con olor a mango, le hace mover los ojos como un colibrí y hasta mirar como un ternero sin madre estos ojos míos que se me iban muriendo cada vez más, a medida que ella avanzaba en los pormenores de sus noches con ese Fantasma que resultó ser de carne y hueso, señorita, pero cómo se le metió en la cabeza de que estoy poseída, sí, poseída estás, hija mía, por así decirlo, Padrecito, dejó en claro ella, más contenta que nunca, al ver en mi ojo derecho el juicio religioso contra sus noches sudorosas y en el izquierdo la mirada de un amigo que espera suspendido de la curiosidad, pensando en lo más profundo de sí, qué más te hizo ese degenerado que tan serio y revolucionario parecía.

* * *

Pero cómo se le metió en la cabeza de que estoy poseída sí, poseída estás, hija mía, poseída por así decirlo, Padrecito, dejó en claro ella, más contenta que nunca, al ver en mi ojo derecho el juicio religioso contra sus noches sudorosas y en el izquierdo la mirada de un amigo que espera, suspendido de la curiosidad, pensando en lo más profundo de sí qué más te hizo ese degenerado que tan serio y revolucionario parecía, me mordió por ahí, y qué más, me levantó y me colocó donde usted sabe y luego me puso en su lugar, me miró con unos ojos de espada matándome sin más para después resucitarme con la punta de su lengua, más filosa que sus ojos asesinos, y

qué más, después me acostó en una nube, me volteó contra la luna y terminé bocabajo en una estrella inmóvil viendo todo al revés, y al detenerme, porque ya pensé que había dicho mucho, vi al Padrecito frente a mí con ojitos de quiero más, está seguro Padrecito, siga siga hija mía, sus manos son plastilinas, padre, explíquese, le dije a esa niña y escuché en mi voz un tono más humano que divino, imagínese que él estaba ahí en el jardín y yo allá en el balcón, la distancia era grande, padre, sí hija era grande, pues tan grande no era amigo mío porque, tal vez a causa de mi deseo, vi esa mano alargarse y alargarse y alargarse hasta posarse con una textura de flor turquesa por entre mis entrepiernas que temblaban de felicidad, quizá de miedo, dijo él, créame Padrecito, de felicidad, pues tal era mi deseo, que me sentí, primero elevada casi sobre el techo y, momentos después, me vi volando por todo Barrio, apoyándome en esa mano flexible que me hacía gozar incluso del viento de la noche al jugar a que te subo y te bajo, amor mío, metiéndome por entre las casitas de los niños en los árboles, me hacía competir con los buchones del puerto, me hizo volar al ras del agua sin mojar mi dormilona de humedades de este cuerpo que por fin era mío, y cuando pensé que todo había terminado y que su mano, que al fin y al cabo era humana, se había cansado, me elevó más alto y me vi entonces fuera de Barrio contemplando en un gozo, que era como de cosquillita roja, ese Cementerio tan bello en donde siempre he creído encontrar vivos felices en lugar de muertos, era redondo aunque no podría dar seguridad pues todo lo veía de otro modo más intenso y colorido a causa de su mano larga y sin fronteras sosteniéndome con el equilibrio exacto de este deseo suyo y mío que ahora me mostraba las esquinas calientes de este pueblo que no acabo de conocer, el olor de las amapolas allá atrás, escondidas entre las ramas largas de las plantaciones donde se la mantiene el fantasma de mis sue-

ños revolucionando el terreno inmenso y vacío pero lleno de monte y machorros y jagüeyes de barro y aguas marrones de una textura ambigua donde jóvenes, todavía más ambiguos, se bañan con otros jóvenes dizque peleando, dizque jugando, haciendo barro ahí donde solo había agua y arena y ahora barro del bueno, pero apenas si pasé por encima sin siquiera tocarlos porque él me elevó, me volvió a elevar, y otra vez en las nubes pude contemplar los techos tristes de Pueblo, los de tejas rojas importadas, los de lata, los de barro, los de paja, y los de cartón en donde triste oyen la lluvia los niños que a esta hora están durmiendo en medio de sueños de techos rojos traídos de allá, donde termina el mar, por donde ahora yo estaba pasando, el Caribe de noche, buenas noches su majestad, buenas noches, me respondió ese mar luminoso, caliente, perfecto, con voz grave de esclavo negro, pude ver sus tiburones y sus rayas y sus sapos, que explotados en la orilla parecían pollos desmayados, observé sus corrientes íntimas e incluso sus huecos, allá en el fondo, donde los ojos de los ahogados de otras épocas me observaban atónitos con sus miradas bien abiertas tan abiertas que me asustaron y mi amado tuvo que elevarme haciéndome sentir un gusto verdadero, Padrecito, que me obligó a decirle sin intención alguna así así así papacito bello cosita rica de mami y él se sintió más fuerte que antes y lo pude notar por su mano larga que de inmediato tomó ímpetu y decidió enseñarme, a través del placer, otros mundos fuera de este mundo que era Pueblo, y vi cómo el gran Caribe, el infinito Caribe, terminaba y se volvía un círculo protegido por el norte del sur del continente y las Antillas y fue entonces que vi las casas altas que rascaban el cielo allá en el Norte, Padrecito, y me parecieron tan mezquinas con sus espejos azulados y sus letreros de neón brillante que iluminaban la noche y borraban las estrellas, Padrecito, y todo parecía un juguete en ese Norte tan iluminado, era como

un gran lego, Padre, pero ese Fantasma bello se dio cuenta de mi estupor, del placer y la tristeza que estaba probando, y no tardó en multiplicar mi placer por el número desconocido de su amor y, hasta yo desde mi parroquia de barro, la vi tan pero tan lejos a esa muchacha que me persigné y me dije, protégela Señor, pero ni siquiera él pudo hacer nada pues la efectividad de las manos de ese tal Fantasma en sus entrepiernas era tan exquisita que ella continuó elevándose y, cuando mi altura había tomado dimensiones asombrosas y sus dedos jugaban dentro de mí, devolviéndose de allá donde ni yo misma sabía que llegaba mi cuerpo, la imagen de mi abuela se me desprendió como un aullido sordo pero afinado, y la vi exacta como era, escondiéndome ese pedazo de pan para que solo tú te lo comas porque eres la elegida, pero tanto era su amor que el escondite elegido era el más hondo, oscuro e imperceptible de los lugares posibles así que, como siempre, me encontraba, tres meses después, obligada a comerme ese pan duro porque es para ti que lo guardé, hija mía, y buscábamos ese bendito amor duro por todos lados, escaparates, gavetas, entre las arenas lunares del jardín, las almohadas árabes y hasta sus sostenes gigantes, pero ningún esfuerzo era más grande que ese pan que estaba dentro de la tortuga que aparecía cada veinticinco años o en las cenizas del abuelo o, acaso, en el horno que tiene días oliendo a quemado, hija mía, y yo le decía que no era grave, papá, porque ese dinero que ahorraste por años y años y que ahora no encuentras, un día lo vas a encontrar, y él se me ponía a llorar porque, coño, tanto esfuerzo para que tú vivieras bien y resulta que la plata no está donde tenía que estar, donde yo la puse, donde nadie la podía agarrar, aunque la hayan agarrado, porque este pueblo es un nido de ladrones, pero no te preocupes que cuando llegue ese que tiene que venir este mierdero va a convertirse en orden y progreso, pero tú no eres así, le decía yo con apenas media

voz a ese fantasma que sin entender me decía, como quién, mientras su mano esquivaba una estrella roja para que yo no tropezara con ella, como quién, repetía concentrado en sus manos que me tocaban como a un piano de cola, como nadie negro bello, como nadie papi rico, como ese poco de gente que me amó tanto y de un amor tan grande que nunca tuve el derecho ni la oportunidad de morderlo, olerlo, saborearlo así como Dios manda, porque es para luego, hija mía, cuando usted crezca y yo crecía y ellos se iban muriendo, uno a uno, con sus amores intactos y vírgenes, pues ni ellos mismos habían tenido la osadía de tocarlo ni con el pétalo de una rosa, hija mía, y ahí tengo, Padrecito, a ese papá mío buscando por toda la casa, por el Barrio y todo Pueblo, ese amor mío que no encuentra, y yo aquí pudriéndome en la soledad más sola que existe, la de dos hombres empeñados en ganarme aunque, en el fondo, tú no eres así, negro sabroso, y la prueba, Padrecito, es que aquí lo tiene concentrado en un amor que sabe a sal y a su sudor, a dedos, a coco y cenizas estelares, como esta que tengo en la palma de mi mano, mírela con sus propios ojos, esta que guardé en este cofrecito para que usted, Padrecito, me creyera y no me dijera que es cuento eso de que me fui a la luna en una noche de dos lunas con el único pasaje admisible para un viaje tal, sus dedos.

* * *

Aunque en el fondo tú no eres así, negro sabroso, y la prueba, Padrecito, es que aquí lo tiene concentrado en un amor que sabe a sal y a su sudor, a dedos, a coco y cenizas estelares, como esta que tengo en la palma de mi mano, mírela con sus propios ojos, esta que guardé en este cofrecito para que usted, Padrecito, me creyera y no me dijera que es cuento eso de que me fui a la luna en una noche de dos lunas con

el único pasaje admisible para un viaje tal, sus dedos, pero, hija mía, ya tú has hablado demasiado, le dijo el Padrecito temblando de pavor, y ella me dijo que no me preocupara que saldría a hablar con Gobernador para explicarle todo lo que pasó aunque, de todas maneras no serviría de nada, hija mía, ya yo estoy muerto desde el momento en que Gobernador se convenció de que tú estabas poseída, o muero yo, o muere un poco de gente inocente de esa que él suele sacrificar en nombre del amor que te tiene pero, Padrecito, estoy segura de que algo se puede hacer porque ese hombre es malo pero no tanto, y esa muchacha milenaria me trató de convencer de las virtudes de Gobernador y, para hacerlo, me recordó la vez aquella en que Gobernador hizo una votación para ver si la gente estaba o no de acuerdo con la música en Pueblo, Padrecito, y llamó al mejor trompetista que se conoce y lo hizo tocar, en medio de una plaza repleta de gente, sus mejores temas e improvisaciones y cantar con su voz ronca y bailar con sus lentes oscuros, para ver si la gente aceptaba, a través de ese artista, la música, Padrecito, y la prueba de su buena fe, fue ese lindo y eficaz método que utilizó para medir la decisión popular, en lugar de una votación clásica, sometió al trompetista al voto implacable de los aplausos, dejando a Pueblo decidir autónomamente sobre su destino musical ¿Se recuerda, Padre, se recuerda? Sí, hija mía, y además me recuerdo cómo esa gran plaza se llenó hasta más no poder de gente que se creyó ese cuentito de Gobernador que no es tan déspota como se dice y, tanto confiaron en él, que hasta colocaron las huellas digitales de las dos manos en esos cuadernos, recuerdo del concierto, que él había puesto en el ingreso de la plaza y todos entraron, así como estaban, con sus manos gelatinosas a causa de esa sustancia extraña que se encontraba en las páginas de los cuadernos, pero qué importa, si al fin y al cabo este concierto es gratuito. El concierto comenzó y fueron dos horas

de buena música, de excelente música, que dejó a la gente tan transportada que nadie dudó en responder que sí a la música en Pueblo a través de sus aplausos rotundos y mayoritarios, pero el famoso trompetista se fue triste de este pueblo caribeño en donde yo esperaba encontrar calor y solo encontré personas de hielo que ni siquiera me aplaudieron al final del concierto, señorita, el mensaje fue claro, nunca más música en Pueblo y la prueba son todas esas señalizaciones con la imagen de una clave de sol tachada porque aquí está terminantemente prohibida la música, Padrecito, pero lo único que hizo Gobernador fue respetar la decisión popular, usted bien lo sabe, nadie aplaudió. No se haga la boba, me respondió el Padrecito enojado, que usted sabe mejor que nadie que esa sustancia gelatinosa que se encontraba en la superficie del cuaderno que todo el mundo inmortalizó con la palma de su mano, no era más que vulgar pega de zapato mezclada con leche de cabra para que no olierá, y que solo le permitió a la gente dar un único aplauso al unísono, porque ya no pudieron separar las manos pegadas, aplauso que además era la señal que Gobernador había acordado con los Gorilas para que estos salieran en manada a dispersar a la gente ya que, a partir de ese instante estaban incurriendo en la acción ilegal de escuchar música. Una vez más nos jodió, señorita.

* * *

Una vez más nos jodió, señorita, y al decir esa frase el Padrecito cayó en cuenta de todo el tiempo que estuvo hablando con esa muchacha por eso, cuando por fin salió de esa casa, tenía los ojos como dos monedas rojas y apenas pudo percibir, allá en la esquina, el café donde Gobernador lo esperaba con todas sus uñas podadas de tanto nerviosismo porque eran casi las cuatro de la tarde. Al entrar en el café, el Padrecito se

sorprendió al ver a todos ahí adentro comiendo libros, pero de inmediato esa escena se esfumó delante de la visión de ese Gobernador enervado que, cuando vio entrar a ese sacerdote con paso lento y saltado, se paró sin quererlo del asiento y le señaló una silla justo a su lado con un gesto tierno y amenazante a la vez, si pudiera conocer el precio de mi curiosidad se volvería rico, se dijo Gobernador a sí mismo antes de dirigirse al Padrecito con tono de abuelo, dígame todo, hablé con ella, dijo el sacerdote sin darse cuenta de lo estúpido de esa frase, o se apura o lo mato ahora mismo, le dije a ese Padrecito mientras lo veía tomar aire como quien carga un arma, ahí me viene la verdad, pensé, pero mi pensamiento fue interrumpido por su frase, Gobernador, si quiere me pega un tiro aquí mismo pero tengo que decirle que esa mujer no está para nada poseída, ella lo que está es enamorada, a Gobernador no le quedó más opción que guardar la calma y verificar la información de ese sacerdote a través de algunas preguntas: ¿Esa mujer huele a mango?, le preguntó entonces Gobernador. Sí, le respondió el Padrecito. ¿Mueve los ojos como un colibrí cuando habla de su amante? Sí. ¿Mira las cosas del mundo como ternero sin madre? Sí. Y con esa última respuesta me lo dijo todo el Padrecito ese, entonces sin más Gobernador le respondió, hijoeputa, también usted está poseído, y el sacerdote cayó muerto de un tiro en medio de una montaña de libros mordidos que Gobernador había degustado durante la interminable espera por ese hombre de Dios, y que además había obligado a comer a todos aquí, porque para eso son los libros, nojoda, para comérselos y, aunque al inicio hubo resistencia, bastó que Gobernador dijera que se llamaba Gobernador, para que los pocos machitos que se resistían, saborearan los clásicos de la literatura con un gusto que solo el miedo podía dar, por eso cuando el Padrecito entró en el café se sorprendió al ver a todos esos pobres tipos comiendo libros y

a ese Gobernador que, mirándome con unos ojos de loco, me señaló una silla con una expresión tierna y amenazante a la vez, mientras a mi lado los otros clientes seguían masticando libros con la expresión de niños obligados a comer y, aunque no estaba totalmente seguro de decirle todo lo que me había dicho esa muchacha con la excusa de que, Gobernador, eso es secreto de confesión, esa cruel escena me hizo comprender que alguien tenía que decirle la verdad a ese hombre, fue así que bajé la velocidad de mi paso, para pensar bien en la frase que habría de decirle y, sin darme cuenta, llevado por el nerviosismo comencé a caminar con saltitos, hasta tenerlo de frente, tan de frente, que me escuché a mí mismo decirle, Gobernador, si quiere me pega un tiro aquí mismo pero tengo que decirle que esa mujer no está para nada poseída, ella lo que está es enamorada, y esa frase fue dicha de manera tan rápida y sintética, que ya no tuve tiempo de detenerme aunque, justo antes de terminarla, era eso lo que en realidad quise hacer, pero ya era muy tarde y el sacerdote cayó muerto de un tiro en medio de una montaña de libros mordidos que Gobernador había degustado durante la interminable espera por ese hombre de Dios, que en paz descanse, ese santo que yo mismo, en nombre de la patria, mandé a enterrar con funerales nacionales en ese Cementerio lleno de espantos donde solo a él no le daba miedo entrar.

* * *

Ese hombre de Dios, que en paz descanse, ese santo que yo mismo, Gobernador, en nombre de la patria, mandé a enterrar con funerales nacionales en ese Cementerio lleno de espantos donde solo a él no le daba miedo entrar y, por eso, solo por esa muerte de mierda, me castigaste con el desastre

de tu ausencia y, al marcharte, una banda de flamencos, gaviotas y peces de distintos tamaños y colores volaron como ahuyentados por un tiro de rifle y los ríos, de tanto dar marcha atrás en sus rumbos, me hicieron sentir que Pueblo se había quedado sin alma y, aunque todos mis seguidores sabían que esos fenómenos extraordinarios obedecían a tu partida, ninguno se atrevió a confesármelo y tuve que verificarlo con mis propios ojos, con los que te comencé a buscar por doquier y, con la migaja de poder que todavía me quedaba, puse a todos los hombres del trópico al servicio de tu espera y tu búsqueda, cada nacimiento de una hembra era inspeccionado hasta en sus más íntimos detalles, color de piel, aliento, humor, facciones, cada mujer nacida pasaba por el mismo proceso inquisidor, todos los nacimientos eran controlados, pues él sospechaba que ella podía estar incluso en la respiración de una bestia, y todo por no saber dónde estás, por no poder conocer con exactitud la magnitud de mi soledad, por eso, despechado como estaba, mandé a buscar a todas las mujeres que en algo se te parecían y formé un harem, su número expresaría mi inefable soledad, la suma de todas esas mujeres de talentos y olores diversos me daría el resultado de tu ser, la esclavitud de ellas pagaría la injusticia de tu ausencia y, para eso, las obligué a beber cada noche sus líquidos vaginales en ornamentadas copas de cristal hasta que, por casualidad y de no se sabe dónde, tú aparezcas, caprichosa, como seguramente habrás de aparecer, mientras tanto, todas seguirán esperando ciegas y sordas, perdidas en el tiempo sin tiempo de mi poder, entre sollozos todas ellas seguirán sufriendo por tu ausencia en ese harem, entre respiraciones, gritos y lamentos polifónicos, en medio de esas orgías cotidianas con las que les robo discretamente sus almas al someterlas al descaro y la desdicha del sexo obligado, por eso Pueblo las llama Las Desalmadas y con razón, todos saben de su calvario, de esa punición des-

medida con la que se les castiga por el pecado y la desfachatez de estar, simplemente eso, estar, ese estado espacio temporal que irremediamente hace salir a flote todas las imperfecciones de alguien, ellas estaban y por el simple hecho de estar, destrozaban la perfección con cada uno de esos gestos que, para Gobernador, eran de una imperfección nauseabunda por existir aquí y ahora, para él ellas eran el antónimo de Esaaquellalaausente, ese museo inigualable de perfección en donde cada pieza existe en relación directa con el no estar, no, a él no le quedaban dudas, la evocación perfecciona al ser, todo lo que no sea evocación es entonces imperfecto, bajo, terreno, está destinado a ser odiado, a repugnar, esa era la gran excusa de Gobernador, la razón que inspiraba la punición que esas mujeres estaban pagando, ese pase de cuentas con el injusto destino que le hizo aparecer a esa mujer por un instante solo, para después desaparecerla por siempre jamás, Esaaquellalaausente vino y se fue, todo al mismo tiempo y en el mismo espacio, fue un único movimiento exacto, la desaparición de esa mujer fue magistral, como magistral fue el recuerdo que dejó incrustado, ardiendo en una llama inapagable, por eso y en su honor, todo un harem habría de estar, habría de presenciar quién sabe hasta cuándo el espectáculo, el escalofrío de la soledad, esa soledad que de ninguna manera Gobernador quería vivir solo, esa soledad que él había compartido con esas tristes mujeres, vaya milagro ese de una soledad compartida, no solamente con su harem, sino también con todo Pueblo, hasta cuando fuese, hasta cuando Esaaquellalaausente apareciera ya cansada de tanta ausencia, de tanto silencio, pidiendo con su boca-beso-carnosa el beso de los besos, el único, el esperado, ese con el que el ciclo de todos los tiempos y las esperas se cerraría con el sonido seco de ese beso único, ese beso-beso, que no terminaba de llegar y que él rememoraba con la tristeza de su sexo callado, esa farsa cósmica, aburrida, cuyo único sen-

tido era recordarle a la esclava que estaba con él la razón de las razones, la noticia vertiginosa que tampoco hoy la ausente había aparecido, que el sufrimiento apenas comenzaba y que, por eso, hay que seguir escudriñando el mundo, revisen a esa mula que acaba de nacer, quizás es ella, y al escuchar la orden de Gobernador, sus oprimidos servidores salían a visitar a la mula, ahora denle un beso para ver si besa como una mujer y, filas de hombres trataban de ponerle el hocico derecho, para que uno de ellos la besase, pero no, tampoco ese animal era una encarnación de ti, vayan a ver entonces a la vieja aquella que se le está muriendo la lora, y los Gorilas entraban en la casa de la señora, verificando si la lora había alguna vez en su vida utilizado talcos de lujo, collares de perlas, ropa interior, o si en esa lora alguno había olido aromas de mujer o si algún rastro femenino alguien había notado, pero no, la dueña afirmaba temblorosa que, a lo sumo, la pobre lora había aprendido una mala palabra que repetía siempre y que nada tenía que ver con el gobierno, pues que la besen, ordenaba Gobernador desde el más allá de su tristeza y, el mismo gorila de siempre, tenía que someterse al beso de esa lora, pero tampoco es ella, Gobernador, se quedaba entonces desdichado pero alerta, pues sabía que ella podía estar en cualquier lugar, incluso en el nacimiento o la muerte de una flor, una bestia, un ser humano y que, con el último suspiro de una muerte, ella se podría acaso ir, ahora sí, para siempre.

* * *

Gobernador, estaba desdichado pero alerta, pues sabía que ella podía estar en cualquier lugar, incluso en el nacimiento o la muerte de una flor, una bestia, un ser humano y que, con el último suspiro de una muerte, ella se podría ir acaso para

siempre, dejando a Gobernador solo con esa desdicha que en realidad no era solo suya, pues en Pueblo había otro Fantasma desgraciado que, buscando a la misma ausente, entonaba las melodías más tristes jamás imaginadas, ritmaba con la batería de su tormento los latidos de todos los corazones, inflaba los pulmones de nostalgia con el saxo alto de su desconsuelo, tocaba cuales pianos a todos los cuerpos existentes para ver si eran el de aquella, acariciaba las cabelleras de esas que él creía la ausente, extrayéndoles un sonido grave y denso como el de un buen contrabajo, iba de casa en casa, de balcón en balcón, con un quinteto, un cuarteto, acaso un trío, despertando doncellas dormilonas que asomaban en medio de esa fresca madrugada sus rostros, todavía cálidos por el oleaje sin forma de sus sábanas, las extraía de sus aburridos sueños, de sus amaneceres monótonos, de sus arduas vidas en el cañaveral, para abandonarlas, instantes más tarde, apenas se daba cuenta de que no, se había equivocado, no era esa la que él buscaba, y ellas se quedaban ahí, en ese balcón de flores amarillas, suspirando por ese Fantasma delicado, ese papito rico, ese buenazo que con su búsqueda animaba la vida de las hembras de Pueblo, sus dulces lenguas, sus muslos sudados, sus picantes conversaciones, ese negro bello que las llevaba al territorio de ellas, allá donde los ojos y oídos de Gobernador no podían penetrar porque simplemente nunca había entendido la hazaña inestimable de ser mujer, por ello en el fondo todas se sentían protegidas pues el poder de Gobernador se detenía, ahí, en el fuero interior de una hembra, contrariamente a ese Fantasma que vivía en ellas, con sus serenatas, sus entradas furtivas en los matrimonios, sus luchas sin tregua contra todo lo que no fuera esa ausente, la que él buscaba en las esquinas asoleadas donde la viejas se sentaban a esperar la muerte, rogándole a Dios poder casarse un día con el negro más bello del mundo, ese del que oían hablar desde que eran chicas, el

mismo que había hechizado a sus madres y a las madres de sus madres quienes, cada vez que les nacía una niña, decían esta es, es esta la que busca Fantasma, el hombre más corajudo de todos los tiempos, el poeta desolado, el amante sideral, ese que escogerá a mi muchacha por siempre, ese que la reconocerá, y en esa hija mía se realizarán los sueños de todas la matronas sudadas de Pueblo que alguna vez creímos ser escogidas por ese fantasma, ser sacadas del laberinto sin salida del cañaveral que no conoce descansos ni días del señor, porque todos los días aquí son del señor, el único existente, nuestro señor gobernador de todos los santos, por eso apostamos todo en Fantasma y, aquí nos tienes, con las manos vacías, yo, mi hija y mi nieta, solas, pobres y sin él, sin ese Fantasma que en más de una ocasión vino a despertarnos con serenatas, y todo para qué, para decirnos que no éramos nosotras la que él buscaba, y de nada sirvió que mi nieta, la menor, la más sabrosa de todas, le saliera como Dios la trajo al mundo para ver qué es lo que es, Fantasma, para que veas a una mujer de carne y hueso, una hembra de verdad, aquí te estoy esperando, Fantasma, deja de buscar ausentes y vente al lado de estas tetas bien negras y macizas y estas piernas largas que terminan donde no tienen que terminar, en el lugar más oloroso de Pueblo, más tuyo, aquí me tienes, enamorado bello, ven aquí que esta cosita rica es la que tú buscas, negro lindo, te lo voy a demostrar, que no te vayas, nojoda, que ni mis lágrimas te detienen, coño, y cómo voy a hacer mañana ahora que todos me vieron desnuda detrás de ti, negro, con qué cara salgo, cobarde, ven aquí, que te vengas, y la gente tuvo que agarrarla para que no se tirara del balcón de flores amarillas, y cubrirla, y decirle que no importa, que ese no es tan hombre como el padre de la patria, que Gobernador es un macho en todo el sentido de la palabra, silencioso, vehemente, sobrio, que él no anda por ahí haciendo el ridículo delante de las mujeres, que

ese sí es el que es, que por eso no hay mujer que se le resista, ni a él ni a sus suntuosos regalos, que vaya a visitarlo, muchacha, que él la va a perdonar, que le cuente lo que hizo ese rojo de Fantasma con usted y él sabrá entenderla, calladamente, sin tanto poemita o musiquita de pacotilla, vaya hija vaya, y la despechada iba con su vestido más elegante, el que no se ponía para el cañaveral y, respetando el consejo de la gente, el vestido se lo colocaba sin nada abajo, para que cuando tocara la puerta de Gobernador, él pudiera conocer de inmediato la causa de su visita, y ella tocaba entonces esa puerta, y era él en carne y hueso quien le abría, encontrándose delante de la belleza de esa joven que tuvo el descaro de desnudársele a Fantasma, pero Gobernador la redimió de un solo trancazo, tomándola entre sus brazos centenarios y oliéndola como lo hubiera hecho un ciego, para calcular la medida exacta de sus caprichos corpóreos, lo espeso de sus líquidos, sus medidas profundas, el ritmo de su cintura y, ni ella misma se dio cuenta de todo lo que él le hizo por aquí, en la esquina, debajo y arriba, encaramados, arrinconados, escondidos, boca abajo, comiendo y hasta orinando, y fue tan rápido lo que ahí pasó que la pobre despechada esa ni siquiera se dio cuenta del preciso momento aquel en el que Gobernador supo que no era esa escuálida mujer la que él quería ahí, ni en ninguna parte, por lo que colocándose su pantalón caqui y amarrándose su correa de hebilla patria ordenó, métanla en el harem.

* * *

Gobernador supo que no era esa escuálida mujer la que él quería ahí, ni en ninguna parte, por lo que, colocándose su pantalón caqui y amarrándose su correa de hebilla patria, ordenó, métanla en el harem y, al escuchar su propia orden,

se dio cuenta de que hasta su voz se había quedado sin poder, pues todo el poder de mi alma te lo llevaste tú y, para tratar de olvidarte, ahora sí definitivamente, se obligó a enamorarse de esa reina de belleza que todo el mundo amaba, menos él, y por años esa reina le pagó impuestos a la patria con el don de su belleza, lo único que en realidad poseía, haciéndose la venerable amante de Gobernador, todos supieron entonces que el gobierno se estaba yendo a la mierda pues, a quién se le ocurre que la reinita de pacotilla sea nombrada gobernadora de Pueblo, y que ande por ahí visitando hospitales o inaugurando plazas, acciones secundarias que nada tenían que ver con su responsabilidad principal, hacer sudar a Gobernador en su hamaca de lujo, durante la hora del burro, esos dos se encerraban en la alcoba de Gobernador a jugar al escondite entre penetraciones constitucionales y mordiscos que, momentos más tardes, se traducían en realidades que Gobernador le había prometido a su amante, pues cada amor que esa reina de belleza le regalaba se transformaba en un nuevo par de zapatos, un perfume, una ostentosa cena o un pedazo de algo del mundo, y nadie podía disturbar esos amores, a la hora del burro todos esperaban en silencio que el intercambio sexual entre la belleza y el poder de Pueblo cesara, nadie respiraba, todos se cerraban en sus miedos bien educados, esperando que Gobernador terminara de pasearse por los ambientes montañosos de esa reina que apenas comenzaba con sus peticiones en medio del amor, hoy quiero un anillo cuadrado, y en las fábricas la velocidad de cada obrero se elevaba al cuadrado para que la patria pudiera ofrecerle a esa reina de belleza ese anillo que tanto merecía después de haberle hecho lo que le hizo en la cama a Gobernador, ahora un elefante peludo, quiero un elefante siamés y peludo, y hasta Gobernador tenía que levantarse de su lecho, todavía cálido de hormonas, para preguntar en dónde está ese elefante, que se apuren, y la

gente salía como loca a cazar elefantes siameses y peludos en este Pueblo donde ni siquiera hay elefantes, y todo el mundo comentaba que esas peticiones terminarían por joderla, a la reinita esa, y así fue, ella misma se había suicidado paulatinamente con ese pedir desenfrenado que no tardó en destruir su belleza, lo único que acaso la hacía visible a los ojos de Gobernador, que nunca dijo que no a todos esos regalos que ella se echó, se untó, comió, llevó puestos, y que terminaron por volverla un garabato disfrazado de brujería, que Gobernador dejó de admirar lentamente, pues no solo su belleza sino también su existencia, se iba volviendo cada vez más tenue de frente a la mirada de Gobernador quien se fue olvidando de ella como un niño que, creciendo, se olvida de la utilidad última de sus juguetes, de ese mismo modo ella se fue convirtiendo en lo que realmente siempre fue, un objeto de más en la vida de Gobernador, objeto que ya nadie sabía dónde acomodar durante las horas del burro de Pueblo pues ya Gobernador no la quería en su alcoba, y no dudó en acomodarla fuera de su morada, porque un objeto tan rojo, amarillo y verde no podía ser soportado por el rigor del aposento del poder, además, esa reina de belleza, llevada por su apetito sin límites y por los platos exquisitos que Gobernador no le supo negar, pasó en muy poco tiempo de cincuenta y seis kilos a trescientos cuarenta y siete y, tan poco la observaba ya Gobernador, que apenas si se dio cuenta en medio de su sexo endémico, mientras abría los ojos para bostezar, que ahí, encima de él, estaba una reina de belleza irremediamente idéntica a ese elefante siamés y peludo que ahora se paseaba por Pueblo, no me gustas más, vete, le dijo sin compasión Gobernador, ella fue más bien realista y, delante del rechazo definitivo de ese hombre, respondió, ya me había ido después de la segunda vez, el primer polvo me gustó, los demás me interesaron, Gobernador sinceramente no entendió la respuesta, por eso no

la castigó, únicamente le dijo con su tono suyo que, o devolvía todos los regalos ofrecidos por la patria, o, pero esa reina de belleza no lo dejó amenazarla, y consintió con una levantada de hombros mientras respondía, mucho me había durado la fiesta, Gobernador la vio irse con un paso de elefanta y no, eso no es una reina, esa no es mi reina y, de nuevo, Esaaque-llalaausente se le asomó en el recuerdo, esa mujer que él creía haber alejado con el pago de anillos cuadrados y elefantes siameses y peludos a pueblerinas reinas de belleza, mas no, eres tú la reina, tú eres mi única reina, yo te he nombrado reina, hay más altas que tú, hay más puras que tú, hay más bellas que tú, pero tú eres la reina, esa reina que Gobernador siguió irremediabilmente extrañando, sobre todo durante esa implacable hora del burro en la cual, ni siquiera el obligado silencio de Pueblo, le permitió escuchar nunca más los hermosos latidos de su corazón.

Prisionero

Prisionero se despertó ese día con la terrible intuición de que su escritura en ese bote-cárcel incidía en la realidad cotidiana de Pueblo. Logró ver, allá en tierra firme, a dos puntos que se acercaban y pensó que quizás esa era una buena ocasión para corroborar esa intuición insensata.

Uno de los puntos que ahora veía era una hermosa mulata muy tímida y de senos pequeños. El otro era un joven obrero del puerto. Mírense, murmuró Prisionero. Y los jóvenes, desde la distancia que todavía los separaba, cruzaron sus miradas. El muchacho sintió un escalofrío. Ella se arregló sus cabellos y recordó que iba en retraso. Apenas los dos habían separado sus miradas, Prisionero se dijo a sí mismo con una voz de secreto, rócense. Y esos jóvenes ya muy cerca se rozaron. Esa orden de Prisionero, ellos la vivieron cual viento celeste y muy leve que los empujaba apenas. Sintieron un minúsculo miedo. El muchacho quiso decirle algo, pero su voluntad se hincó en el momento preciso. Ella pensó en sonreírle, pero el recuerdo de su retraso le robó el gesto. El encuentro ese se le estaba

estropeando a Prisionero y tuvo que imaginar algo más conciso. Háblense. El joven expresó entonces su emoción por la mirada de esa muchacha, y ella le confesó el calor que la embargaba. Ella insistió en la belleza de los ojos de él, mientras pensaba en rozarlo de nuevo. Él dijo simplemente el propio nombre y ella, sin pudor, hasta el apellido. A él la timidez le había robado la imaginación y no tuvo más qué decir. En ese preciso instante Prisionero decidió que no se entenderían y, aunque toda su atención estuviera fijada en él, ella no logró comprender lo que ese joven le decía. Hablaba un extraño idioma. Ella le dijo, me gustas, pero tampoco él entendió esos raros sonidos que salían de su boca. Desesperadamente el muchacho sacó fuerzas de donde no tenía para decirle, también él, me gustas. Pero tanta fue la fuerza de su frase que, a los oídos de ella, llegó bajo el semblante de un regaño. Ella, guiada por la incomprensión, levantó los hombros y le dijo adiós. Él, desilusionado, levantó también los hombros. Ella dio media vuelta y se marchó. Él se marchó a su vez, pero después de algunos pasos, inspirado por la esperanza, se dio vuelta para ver si ella lo miraba. ¿Qué idioma hablará? Se dijo ella repensando en las entonaciones y la dicción del muchacho: acaso es mudo. Pero sus pensamientos fueron disipados por el sonar de una campana que ella no tardó en mirar. Esa campana parece un sol, pensó. Él, algunas calles más abajo, perdido en los rulos de esa mujer, escuchó también esa campana y no pudo dejar de decirse, qué sonido tan amarillo.

Prisionero se quedó sorprendido delante de ese encuentro que al parecer, él había creado con el milagro de su escritura. Su miedo parecía fundado, pero no se detuvo ahí. Trató de ver si realmente la verdadera causa era su escritura. Logró ver, allá en tierra firme, a dos puntos que se acercaban. Uno era una hermosa mulata muy tímida y de senos pequeños. El otro era un joven obrero del puerto. Mírense, murmuró Prisionero.

Y los jóvenes, desde la distancia que todavía los separaba, se miraron. El muchacho sintió un escalofrío. Ella se arregló sus cabellos y recordó que iba en retraso. Rócese, se dijo a sí mismo Prisionero, apenas los dos habían separado sus miradas. Y esos jóvenes se rozaron. Sintieron cómo el viento celeste y muy leve del destino los empujaba. El muchacho quiso decirle algo, pero en el momento preciso se distrajo. Ella notó esa distracción en su mirada fija en otra cosa que no era ella. Pensó en sonreírle, pero el recuerdo de su retraso le robó el gesto. Además, el joven seguía concentrado en ese hermoso encuentro que, a quinientos metros de él, se estaba gestando entre una hermosa mulata muy tímida y de senos pequeños y un obrero del puerto. El joven distraído veía cómo, a lo lejos, esos dos caminantes cruzaron sus miradas. El obrero se estremeció de escalofrío. La mulata se arregló sus cabellos y recordó que estaba retrasada sin detener el paso. Apenas los dos habían separado sus miradas, ella escuchó sin querer el diálogo de, eso que prometía ser, un hermoso encuentro de amor. Un obrero del puerto le expresaba a una hermosa mulata muy tímida y de senos pequeños la emoción que su mirada le causaba. También ella le confesó el calorcito que la embargaba. Ella insistió en la belleza de los ojos de él mientras pensaba en rozarlo de nuevo. Él dijo simplemente el propio nombre y ella, sin pudor, hasta el apellido. La mulata le confesó, me gustas. Desesperadamente el obrero sacó fuerzas de donde no tenía para decirle, a su vez, me gustas. Pero tanta fue la fuerza de su frase que a los oídos de ella llegó bajo el semblante de un repulso. La muchacha se separó de la conversación entre esos dos desconocidos y, aunque así lo quisiera, no lograba extraer a ese joven, delante de ella, de su mirada concentrada en otra cosa. Pensó en sonreírle, pero el recuerdo de su retraso le robó el gesto. Además, el joven seguía concentrado en ese hermoso encuentro que, a quinientos metros de ahí,

se estaba gestando entre una mulata y un obrero. Encuentro que por lo visto no había funcionado pues, ahora veía a esa joven levantar los hombros con rostro de incompreensión. Su acompañante, también desilusionado, levantó a su vez los hombros. Ella dio media vuelta y se marchó. También él se retiró, pero después de algunos pasos se volteó inspirado por la esperanza. De pronto una campana sonó.

Prisionero se quedó sorprendido delante de ese encuentro que, él lograba multiplicar con su imaginación cual espejos que se reflejan gracias al milagro de su escritura. Su miedo parecía fundado. Aunque, no. A quién se le ocurre que mis escritos puedan modificar los destinos de Pueblo. Al fin y al cabo soy escritor, no brujo.

Maríadelosángeles, Pabloelmarinero

En pocos instantes el fuego se propagó convirtiéndose en el signo más importante de lo que sería ese jueves. El humo negro viajó por todo Pueblo, pasando de puerta en puerta para ver quiénes eran los escondidos promotores de ese ruido en el cañaveral que pronto cesaría, y quiénes no.

Gobernador miraba atento la humazón, pensando, soñando, que la misma podría convertirse acaso en lo que para él ya era: un mensaje cifrado que tarde o temprano llegaría a la residencia de Esaaquellalaausente para hacerla pensar, lo quisiera o no, en que yo existo, carajo. Y así fue. La humazón llegó hasta la puerta de esa mujer, pero por no ser ella la culpable de aquel *jazz*, ese humo no tardó en visitar la puerta siguiente.

Lo que Esaaquellalaausente pensó fue tan profundo y verdadero que se le salió de los labios: maldito seas, bicho. Sintió una tristeza que de ser tan física y real parecía una piedrita, ahí, en medio de su salón. Sonrió desoladamente mientras alrededor de su casa Gorilas corrían sin tregua, excitados por la opor-

tunidad que les ofrecía Gobernador de acabar con todo lo que les diera la gana, amparados por la quimérica excusa esa de que nosotros los militares somos neutrales y, en ese momento solo seguimos órdenes, señor juez. El toque de queda había sido improvisado y amparado por la orden de disparar sobre todo lo que se mueva. Pablo se mantenía asomado a la ventana en medio de ataques de ira y ansia que tuvo que aplacar al sentir el humo detenerse delante de su puerta como quien reflexiona. Le vino a la mente la verídica frase que en esa misma recámara de hotel él le había dado como respuesta a Mariadelosángeles: más vale un marinero bello, que uno muerto. Pero ahora vivió esa misma frase de otra manera. Ahora no era cierta. Tenía por ello que hacer algo, cualquier cosa, para contrarrestar esas llamas que ya casi se habían comido todo el cañaveral pero que, a pasar de ello, no lograban todavía silenciar el ruidito aquel que más bien se hacía más agudo y rítmico.

Por el momento los soldados alucinados no podían hacer nada. Debían esperar simplemente que las llamas terminaran por convertir todo en nada, para así hallar en un segundo momento la causa del ruidito, viva o muerta. Pero eran tantas las ganas de actuar de esos Gorilas que se les veía delante de esas llamas rojas y anaranjadas, mordiéndose los puños de la impaciencia.

El fuego se propagó durante todo el día. Una negra que había nacido y crecido ahí sintió un sentimiento paradójico del cual era difícil diferenciar la alegría infinita —al ver el instrumento mayor de su opresión desaparecer en humo— de la tristeza que le causaba el incendio de la única casa que tenía, el cañaveral. Esos laberintos verdes no eran solo para ella fuente de trabajo extenuante, sino también de siestas, besos dementes, partos extravagantes y pasiones escondidas de viejos que no tenían más fuerzas para trabajar, pero que eran obligados por el régimen y salvados por mulatas jóvenes que

los escondían entre ramos, y los ponían a jugar dominó todo el día, ejecutando ellas mismas el doble del trabajo que les correspondía sin que nadie se diera cuenta, asegurándose de este modo, también ellas, tener en el futuro el mismo trato. Y cuando los viejitos se ponían mañosos y querían trabajar porque sí, esas mulatas adoradas no tenían más remedio que llevárselos allá en el fondo del cañaveral, acostarlos, y darles el don de tres buenas batidas de caderas que dejaban a esos señores como bellos durmientes hasta el final de la jornada.

Los ojos de los soldados observaban los últimos vestigios de llamas casi por apagarse y, a pesar de ellos mismos, percibían todo eso como una más de sus alucinaciones. Detrás del sonido de cosas quemándose a mitad, que era como de pequeñas explosiones u objetos triturados, permanecía intacta la melodía de *jazz*, causa de toda esa quemazón centenaria.

Esos soldados no pudieron esconder el asombro que experimentaron al presenciar delante de ellos a una doncella relajada y tersa que tocaba tenuemente un saxo brillante debajo del sol.

Era, más allá de todo, una imagen. Rara, tranquila.

El fuego terminaba de comerse ávidamente sus vestidos, dejando a esa mujer intacta y agarrada de su saxo como para no hundirse. Las llamas iban desgarrando en cámara lenta los bordes de su falda que se iba deshaciendo por entre sus rodillas de duende. Más rápidas eran las llamas traseras que mostraban a retazos los caminos blancos de sus nalgas redondas y suaves como cachetes jóvenes. Su hondo ombligo, ya casi descubierto por el fuego, se encontraba a salvo, escondido detrás del instrumento musical; pero no era lo mismo para sus dos senos marchitos y calurosos que aparecían y desaparecían entre llamitas amarillas que ponían en resalto la veracidad de sus pezones y la línea circular que servía de frontera entre su pecho suave y sus senos básicos.

El cuerpo seguía descubriéndose en ráfagas de vientos que venían del puerto. Pero el único efecto que todo eso causaba en ella se reflejaba más bien en las variaciones del tempo, pues la melodía y el tema permanecían inmóviles, incluso ahora, que su tierno pubis salía a la luz pública entre un do y un la que terminó de despertar la curiosidad de los soldados guiados por ese gorila con más estrellas que los otros, quien se le iba acercando, lentamente, como para aumentarle el miedo a Mariadelosángeles por todo lo que habría de pasar.

Más los cuerpos vestidos de verde de esos Gorilas se le acercaban, más sus oídos percibían la lucidez de la melodía, el cuerpo blanco de ella, su rostro de otra parte.

Está como poseída, murmuró uno de ellos con una voz temblorosa pero ávida. Ellos avanzaban como quien caza una bestia peligrosa. Marchaban con pasos lentos, piernas abiertas, espaldas curvadas y con brazos de quien va a apresar algo ancho, enorme. Uno de ellos percibió en los ojos de ella rastros de los ojos de Fantasma, pero se llevó el secreto a la tumba para no malograr la importante misión. La visión de ese soldado le duró un instante pues un viento fuerte removió las cenizas y algo salió del cuerpo de ella dejándola desposeída, sin ese fervor revolucionario de pocos instantes antes, pero con algo mucho más importante y verdadero: su fe por la libertad. Fue en ese instante que Mariadelosángeles sintió por fin el calor de ese fuego y, sobre todo, se sintió desnuda delante de esos energúmenos que ya casi la rozaban.

Maldito seas. Maldito seas —susurró.

Estaba sola. Pensó en Pablo, y ese pensamiento la cubrió de pronto de su desnudez.

Hagan lo que les dé la gana. Ya yo no estoy aquí —dijo con los ojos cerrados.

El saxo se despertó de nuevo de la anterior melodía más bien grave y monótona. Se descubrió un instrumento apto para alejar en pocos instantes a esas bestias cuyo fin era comer su cuerpo, comérsela sin matarla, pues viva habría de encontrar la muerte en los calabozos de Pueblo. Todos pudieron notar en ese momento cómo sus ojos, por alguna causa extraña, se aislaron de su cuerpo y su música. Ella acababa apenas de emigrar de sí misma, dejando solo en ese lugar a ese saxo suyo que, como es bien sabido, suena cuando le da la gana de sonar.

El saxo cayó entonces en el suelo sin dejar de escucharse fuerte, bien fuerte, liberando gente por doquier y tratando de no observar eso que todos esos Gorilas hacían con el cuerpo de ella sobre esa silla, debajo de la silla, revolcándola entre las cenizas y haciéndola también ceniza, tierra, polvo.

Pero ese no era más el cuerpo de Mariádelosángeles pues ella se había apagado automáticamente, rescatada en el último instante por algo natural, orgánico, acaso espiritual, que en esos momentos coincidía con la fortuna para salvar a gente como ella de convertirse en carne triturada. Mariádelosángeles, elevada apenas algunos centímetros de su cuerpo pudo observar su saxo liberando gente, a los soldados encarnizados contra su cuerpo y, más allá tirado, a su padre, fusilado por otros soldados que apenas escucharon su último grito dirigiéndose a ella.

Ella intentó llorar, pero con estupor vio que las lágrimas no le brotaban a ella, sino a su cuerpo manoseado allá abajo. Supo entonces que ella ahora no era más que un sutil y amargo espejismo de sí misma.

Antes de caer en un cansancio lleno de morados y de despertarse tiempo después en un calabozo hediondo, pudo escuchar una voz familiar que no tuvo el tiempo de reconocer, pues fue desconcentrada por las risas y la furia de aquellos soldados que iban hacia esa voz para callarla.

Mariadelosángeles no tuvo el tiempo de recoger su saxo y en él pensaba al despertarse de un sueño que nunca supo cuánto duró. De frente a ella encontró a un joven con la voz rota y desfigurada cuya identidad descubrió únicamente terminada la historia que él, durante toda la noche, le contó.

Ella la escuchó en zozobra, no tanto por la crueldad del cuento, sino más bien por estas francas palabras que yo, a pesar de mí mismo, tengo ahora la obligación de expresarte, Mariademidesespero, que te vi ahí tirada desde la lejanía de mi recámara de hotel y, aunque no me dejaran salir de allí y, aunque un humo negro rondaba de puerta en puerta, yo me escapé armado hasta los dientes de valor y cuchillos viejos para salvarte y, ahora, dizque maté a cinco mil soldados antes de llegar al cañaveral de donde apenas te estaban sacando cuando por fin lograron apresarme, Mariademidesgracia, es que eran muchos esos desgraciados y echaban baba por sus hocicos y tenían los ojos rojos y me decían que alto o disparamos, perro, pero cómo habría de detenerme si un montón de ellos estaba llevando, inconsciente, hacia aquella patrulla negra que usan los de la inteligencia y, figúrate, que fue en ese instante cuando más bichos de esos maté, porque la visión que tuve de tu sufrimiento me hizo ver todo borroso, amarillito, y en ese instante no pude dejar de oír claramente esa voz que dijo lo quiero vivo y, entonces, esos se dejaban matar por mí, María mía, solo para no caer en la tentación de matarme porque yo tenía que estar vivo quizás para que ellos, ahora, se den el placer de presenciar, escondidos, mi historia, sin dejarme ni siquiera ver tu rostro porque, como te podrás dar cuenta, nos dejaron juntos pero en penumbras y, claro, es peor,

porque tus lívidos pechos los puedo sentir con la punta de los dedos, la sangre seca en tus entrepiernas la huelo y me duele, y tú que continúas besando esta boca mía desfigurada, entendiéndome apenas, palpándome en la oscuridad, imaginándome como ya no soy, pues lo que ellos hicieron de mí tú no lo conoces, tu amor no lo imagina, por eso lo siento caminando por este sótano con pasos lentos y brazos hacia adelante para no tropezarse con ese odio agrio que envuelve este ambiente al que nos fueron empujando lentamente, primero quitándonos las palabras, los gritos, después haciéndonos esconder en aquel sótano de Rue de Paradis por las noches, más tarde volviendo transparentes a los otros y ahora a nosotros que nos vemos sin vernos en este lugar sin sombras, este cubículo sin luz para que imaginemos, palpemos, intuyamos las cosas sin saberlas verdaderamente.

No soportó más su propio monólogo. Entonces tocó a Mariadelosángeles, la besó, humillándose a sí mismo al pensar que ella reconocería su brazo hecho trizas, sus testículos electrocutados, y su fina mano de pianista sin uñas:

Y todavía nos falta tanto, María de mi tortura —le dijo Pablo entre sollozos.

Nos van a humillar, Marinero bello, hasta que ellos mismos se sientan humillados. Ese es el principio de todo buen déspota.

Pero él no la escuchó porque estaba perdido en el dolor que le causaba la voz de ella, la forma de sus palabras: esa voz quebrada que vestía sus frases. Era rancia esa voz, llena de aire, como si su fuerza se apartara de ella mientras hablaba y, en lugar de comprensibles palabras, saliera de su boca una mezcla de aire y letras. Ella estaba cansada. No podía más con el peso de su cuerpo.

Él, como hechizado, con sus ojos bien abiertos cual ciego, le dijo que se acercara y ella no esperó que Pablo terminara su

frase para acurrucarse en su cuerpo, tomando su brazo como almohada y su aliento como el salvavidas que no la dejaría hundirse en los fondos oscuros del despecho político, acaso el peor que exista.

Ya en el sueño pudieron comunicarse sin los límites exigidos por lo empírico: Fantasma no existe —dijo ella, ahora con una voz neta, segura—. Él estuvo conmigo, con todos nosotros, dándonos fuerza, apoyándonos. Pero en el momento propicio, se esfumó. Me dejó allá en el cañaveral tirada. En ese momento, el más duro, no estuvo. Partió a otra parte con su búsqueda y por ello tuviste que ser tú el que llegara, matando gente, para liberarme. Mientras esos hacían todo eso con mi cuerpo, era yo conmigo misma, yo con ellos, yo contra ellos, lo único que quedaba de todo aquello. En ese momento todo fue más real, Fantasma no estaba, seguía siendo solo mito, recuerdo, esperanza, llamado a. Pablo Pablito Pablo, Fantasma nos hace morir como quien escribe un poema, con esa pasión y esa ingenuidad, con esa locura, como locos.

Las luces se prendieron de repente y no supieron ellos calcular por cuánto tiempo. Se despertaron de pronto y ella guardó silencio. Se miraron a los ojos. Inmediatamente después fue de nuevo oscuridad en ese sótano.

* * *

Casi no se recordaba de ella misma, los dolores del cuerpo le hacían recordar todo lo otro. No era entonces necesaria la utilización implacable de la memoria que, además de todo, estaba acechada por los recuerdos de su padre, orgullo de toda la familia, por haberse convertido en general y miembro del estrecho círculo de Gobernador, y todo para morir como un perro, pobre padre mío, una mezcla extraña de poder e

ingenuidad. Se metió en la cueva del lobo queriéndolo y no, y el lobo se lo comió y la cueva también. Esa cueva que lo dejó sin familia, sin esposa, sin hija, pues todo el trabajo que hacía para conservar las coordenadas de la patria lo dejaban cansado y solo tres horas podía reposar por noche y, pensar que todo eso no lo hacía ni siquiera por dinero, pues suyo no tenía realmente nada. Todo era de la patria grande, es decir de Gobernador o de los pocos que tenían al menos la lucidez de aprovechar ese dinero que no tenían el tiempo de gastar por andar ocupados en hacer pensar a la gente como ellos. Cuánto te odié padre muerto, pero es ahora cuando te odio más por haberte suicidado por mí en ese cañaverol. Y pensar que no tuviste el tiempo de que María te presentara a ese marinero bello que la sigue. Siempre viste las cosas como las quisiste ver, padre, consciente de que era así, aunque no lo fuera. Y así era. Ojalá te pueda llegar allá donde ahora estás esta carta que, aunque breve, sin hoja ni papel, es sincera, pues en ella te confieso que hubiera soñado verlos caminando juntos por el puerto un domingo de esos de estas partes. Los dos con esos extraños uniformes que los unen y los separan: uno de marinero, el otro de militar. Pablo ama la pesca como tú y, como tú, me ama tal como no soy. Aquí está conmigo, si quieres te lo paso. Lo sé, a él tampoco le gusta hablar por teléfono, como tú. Pero es que tan diferentes son, que terminan por parecerse. Aquí está, te lo paso. María, no hay ningún teléfono, amor mío, no sigas, prendan esa luz de mierda que ella está sudando frío. Ya te habla, papá, Pablo es tímido como tú, te lo paso, besos a mamá allá arriba, dile que voy a rezar por su alma ávida que te empujó hasta el final de tu carrera de general de Gobernador para después morir y no aprovechar las ventajas del régimen que tanto soñó, dile que se muera, dile que se vaya, Pablo, que no quiero hablar con ella, y Pablo le suplicaba a su suegra, para calmar a Mariade-

losángeles, señora, que no quiere hablar con usted, mientras, al mismo tiempo, enviaba saludos caluroso al padre de María a través de ese teléfono que solo ella veía en su mano, sí, María, le repetía él entre caricias nerviosas, pasaremos a dejar la carta en el correo, sigue tocando ese saxo que te quitaron, que todos te oigan, y ella imitaba todavía más fuerte, gritando, el sonido de aquel saxo suyo, pa-ra-ra, pa-pa-pa-ra, pa-a-a.

En ocasiones como esas las luces se prendían de repente y la realidad la golpeaba. Pero instantes después se volvían a apagar y el saxo y todo lo otro resucitaba.

* * *

Un nuevo día había comenzado. Mucho más tranquilo que todos los anteriores. Los pajaritos colgados y la humazón de los días que siguieron se volvieron recuerdo a causa de ese sol brillante que amanecía puntual. La gente salía entonces a la calle y quien no conociese a ese pueblo hubiera podido pensar que era el lugar más tranquilo de la tierra. Todo estaba en su lugar.

De hecho, la tranquilidad había sido el mandamiento mayor de Gobernador después de todo lo ocurrido. Los pajaritos disecados fueron entonces quitados de la plaza y el montón de cuerditas de donde se colgaron fueron vueltas, también ellas, transparentes, y nadie, nunca más, las vio.

Los escombros, las cenizas e incluso el saxo que quedó ahí tirado fueron sepultados en el fondo del Caribe. El resultado fue un movimiento de olas mucho más intenso durante varios meses que dio ganas de vomitar a Prisionero. El saxo de Mariadelosángeles había convertido ese mar en un *swing* constante que los peces y los cangrejos y caracoles no tardaron en aprender a bailar.

Gobernador, como siempre, encontró el lado útil de la situación y turistas de todo el mundo llegaron, gracias a una publicidad mundial de Pueblo, para fotografiar aquel mar que bailaba como si desde sus entrañas un extraño saxo lo inspirara. Gracias a esa nueva entrada económica se construyeron siete nuevos castillos dizque coloniales que en sus sótanos albergaban a todos los presos de eso que ahora todos llamaban el día de la humazón.

Los turistas preguntaban qué era ese ruido extraño que venía desde el fondo de ese mar, y las lindas acompañantes que el gobierno había puesto a disposición de ellos respondían que era el silbido del mar de por estas partes, damas y caballeros. Contentos con la respuesta los turistas continuaban tomando fotos para, más tarde, enseñárselas a sus amigos del Norte, después de una cena invernal. Durante la cena todos atónitos y aburridos mirarían a esos actores en los cuales se habían convertido muchos de los habitantes de Pueblo, pues quien no fuera fotogénico no tenía derecho a caminar por ciertas calles, playas y plazas, reservadas a los turistas que preguntaban si era verdad o mentira lo del mito de aquella saxofonista que sola se enfrentó al gobierno y de aquel marino que nunca más nadie vio y de los pajaritos que, aunque parezcan de plástico, ustedes, señores turistas, pueden ver en todos los árboles de Pueblo, pues a quién se le ocurre andar ahorcando pajaritos, como de hecho los apátridas denuncian. Miren a su alrededor a todas esas personas que caminan tranquilas por las calles sin ningún presentimiento o preocupación, mírenlas con sus propios ojos y con sus propios ojos los turistas las miraban y, en efecto, todo era normal, aunque, comadre, yo vi gente que se miraba de reojo como quien se da una cita en Rue de Paradis, que no, que son ideas tuyas comadre, ¿es que acaso no ve todo a su alrededor? y la comadre veía todo con más detenimiento y sí, comadre, ese poco de gente

se está dando una cita secreta. Pero apenas un turista se concentraba en Pueblo un grupo de música tradicional enviado por Gobernador llegaba para, con sus melodías mediocres, desconcentrar las miradas de esos turistas ricos turistas. Mas aquella vez ni siquiera el cantante aburrido de ese grupo logró desaparecer la intuición veraz de esa turista que veía por todas partes gente que se miraba con un odio comprimido y se decía sin decirse, hasta más tarde, hasta esta noche, allá abajo. Usted está loca, comadre, está viendo lo que no es, o quizá lo que es, pues esa noche uno a uno llegó a ese sótano con una puntualidad impecable.

* * *

Uno a uno iban entrando en ese lugar húmedo y subterráneo. En un primer momento la gente se acercaba a esa pequeña y oscura calle de Rue de Paradis como por casualidad y poco tiempo después se desaparecía al final de esta como tragada. Esos ciudadanos que de día posaban con sus normalidades a cuestras en las noches se convertían en simples ratas, como se llamaban entre ellos. Todos sin falta, bajaban cada noche por entre las escaleras oscuras hasta llegar al salón principal de ese sótano.

Pero esa noche sus rostros no eran solares como de costumbre. Una taciturna tristeza se les reflejaba en sus ojos perdidos y sus frentes fruncidas. Y era de esperarse: el saxo principal de sus noches simplemente no estaba y, aunque todos tocasen sus solos, la ausencia de ese instrumento mágico y esa mujer fuerte creaba un hondo, una ausencia.

Habían pasado todo el día mirándose y diciéndose con esa mirada lo que habrían de hacer esa noche y así lo hicieron. Todos habían llegado con sus instrumentos debajo del brazo

como quien lleva un periódico. Todos, a través de calles y rutas diferentes, se encontraron a la hora exacta en ese sótano sin que nadie hubiera tenido la necesidad de pronunciar una sola palabra.

La hora precisa había llegado y todos hicieron el mismo gesto de quien carga un arma. Alguien en ese sótano golpeó tres veces el suelo y uno y dos y tres y no había golpeado por tercera vez cuando una Big band reventó celestial con un sonido de elefante, avión, océano, y era tan lenta y portentosa la interpretación que todos hacían de ese lento blues, que bien se podía ver ahí, de frente a todos ellos, como lo que era, un gran trasatlántico.

Todavía más fuerte continuaron a tocar y ahora los objetos de ese mundo subterráneo comenzaron a vibrar, sillas, vasos, cigarros, paredes, piso y, cuando el volumen fue más fuerte todavía más, el mismo techo se puso a bailar con su única lamparita que no dejaba de marcar el tiempo, uno dos uno dos.

Todos tocaban, cada uno con su instrumento, pensando en Mariadelosángeles que se despertó de sus heridas al sentir que la tierra debajo de ella temblaba. Pensó que era el vértigo de su tristeza. Pero un instante después escuchó la alarma de la cárcel sonar al mismo tiempo que, allá en el hotel El Faquir, la turista y su comadre se despertaban despavoridas porque, comadre, me siento como mareada y, qué coño hace esa nevera ahí bailando, comadre, qué es esto, mire ese mar enojado, que acaba de despertar a Gobernador de su insomnio cotidiano preguntándose a sí mismo qué coño es esta tembladera, Secretario, que se encontraba ya despierto allá en su casa mirando a su madre que trataba de comprender por qué las ollas de su cocina bailaban de aquí para allá como poseídas, aló, dígame a Gobernador que ya salgo para allá, y apenas trató de tranquilizar a su madre con un abrazo, ella comenzó a bailar sin voluntad propia un blues, llevada por la

nueva respiración que habían tomado todos esos instrumentos allá abajo, en Rue de Paradis.

Secretario llegó desabotonado y despeinado y con la cara triste y sin lavar a causa de un sueño sin tiempo en el cual él traicionaba a Gobernador y, al vérselo ahí de frente, en esa oficina abarrotada de libros mordidos, le pareció que su sueño continuase. No tuvo más remedio que decirle a Gobernador, disculpe jefe, pero apenas había terminado de decir la frase, Gobernador le dijo que no importaba, que la traición no es un mandamiento, pero que lo que sí importaba es que usted, el sabelotodo de este gobierno de mierda, me diga que es toda esta tembladera en Pueblo. No sé, dijo Secretario a media voz con su fría sinceridad. Bueno, entonces mejor, porque lo que ahora le voy a pedir es que, sea lo que sea, me lo detenga ahora mismo.

Secretario salió sin destino a resolver ese problema del cual no llegaba ni siquiera a intuir la causa. Antes de salir del Palacio de Gobernador, Secretario pensó en voz baja, cómo coño quiere que haga ahora para impedirle a la naturaleza que tiemble. No diga groserías que lo estoy escuchando, oyó Secretario decir a su madre, todavía subida en la cocina, a varios kilómetros de allí. Mis disculpas, vieja, se dijo a sí mismo mientras seguía caminando como perdido por las calles de ese pueblo convertido en un vibrato que ya llevaba más de una hora. Se sentía cansado y perseguido.

No tardó en encontrarse sin rumbo cerca de una callecita oscura a la cual no había querido regresar después de lo que le había pasado a María y Pablo. Leyó sin querer en la esquina, Rue de Paradis. Bajó las escaleras con paso torpe y vio, cual aparición, a su negra del alma, negra linda, negra bella, cantando un blues lento y triste con otras cincuenta personas, todas con instrumentos musicales y rencores. Supo el origen de todo lo ocurrido, vio el trasatlántico y lo demás. No perdió

tiempo. Regresó a su casa y redactó un proyecto de ley a partir del cual, solo un día más tarde, Gobernador declaraba, en medio de una muchedumbre sudada, al día anterior como día de duelo nacional por las víctimas del terremoto que sacudió a nuestro respetable Pueblo. El terremoto más grande de su historia.

* * *

Escuchó después de mucho tiempo aquellas voces que él ahora confundía con sus peores pesadillas en ese calabozo. De Mariádelosángeles solo conservaba un recuerdo borroso que tenía que ver sobre todo con su salida improvisada de esa celda: sus ojos eran bellos antes de que esos Gorilas la agarraran por la fuerza y se la llevaran. Él prefería pensar que, ahora, ella estaba en libertad, aunque no fuese así. Bien sabía él que de toda esta historia él era solo un cómplice enamorado, mientras que ella para el gobierno era simplemente la culpable. Pero en ocasiones era tanta la voluntad que ponía en sus tristes monólogos que no sentía vergüenza de repetirse durante horas que, acaso, los Gorilas de Gobernador habían escuchado sus mentiras de que era él el autor intelectual de todo lo ocurrido y que, hasta el saxofón que ella soplabá, había sido comprado por él en un mercado de puerto.

Aquellas voces se iban acercando y, a medida que él escuchaba el volumen de sus inminencias, se iba sintiendo más apagado. Todo eso que sentía e intuía no era entonces una pesadilla. Lo que más lo angustiaba, aunque ahora su angustia era más resignación que otra cosa, fue el tiempo que los Gorilas invirtieron antes de entrar. Quizá de forma premeditada hablaron de temas superfluos y sin ningún aparente sentido durante más de una hora, antes de penetrar finalmente

en su celda. La arquitectura de esos cubículos estaba hecha de tal modo que los reclusos escucharan hasta los suspiros de los guardianes. La técnica era efectiva visto que ese detalle creaba en los cautivos un efecto de acecho constante que muy pocos lograban controlar. Pablo no era una excepción.

Cuando por fin los Gorilas decidieron entrar, la magnitud de la agonía de Pablo el marino era tal, que ellos lo encontraron en una especie de sueño momentáneo, aunque sus ojos estuvieran abiertos como los de un muerto.

En esa ocasión a ellos no les bastó con los gritos despreciativos con los que solían interrumpir la soledad del cautiverio. Para lograr despertarlo de su agonía utilizaron insultos todavía más radicales. Pero los ojos de Pablo se mantuvieron lelos, sin vida, inmóviles, como si miraran, más allá de las espesas paredes de ese Castillo, la hermosa rambla de Pueblo. El más bruto de los cinco Gorilas optó entonces por darle una de sus cachetadas, célebres entre guardianes y reclusos porque muchos de estos últimos preferían los tubazos y la electricidad en lugar de esas detonaciones, de las cuales varios no se habían recuperado todavía. Después de la tercera cachetada todos quedaron atónitos delante del rostro de Pablo ensangrentado y de su vista todavía fija en la pared. Si esos golpes no lo habían hecho salir de su letargo, no había nada que hacer. No tuvieron más remedio que tomarlo por los brazos y arrastrarlo por los corredores oscuros del sótano de ese Castillo en donde se encontraban los presos políticos y sus allegados.

Apenas si sintió las vibraciones de su cuerpo arrastrado por los Gorilas por entre las escaleras de piedra que se elevan hasta la planta baja de la cárcel. Salidos del sótano, llegaron a esa planta baja cuya apariencia, olor y limpieza superaba en gran medida la del hueco donde Pablo había estado enterrado desde hacía tanto tiempo. Sus ojos le dolieron al sentir

la luz natural que entraba por entre las ventanas del recinto. Pero al mismo tiempo el calor natural del trópico le procuró una sensación más bien placentera que no tenía nada que ver con la fría temperatura de aquel sótano y la humedad que creaba su cercanía con el mar.

Una vez que Pablo superó, todavía ensangrentado, la puerta que lo liberaba del sótano de sus pesadillas las cosas sucedieron tempestivamente. Lo hicieron entrar en varias salas. Tres, acaso cuatro. Los Gorilas se comportaban de forma extraña. Ellos estaban distendidos y como orgullosos de él. Hacían sentir a Pablo como un niño que satisface a sus padres. Fue en ese instante cuando él presintió que, por fin, los Gorilas le donarían la oportunidad de regalarles su muerte.

Mientras alguien sin rostro lo curaba de sus heridas en el ambulatorio de la cárcel, una militar quemada por el sol y con un uniforme que vestía con una coquetería sin par, le preguntó si tenía alguien a quién avisar de su paradero. Él pensó en Mariádelosángeles, pero la militar se negó objetando que tenía que ser una persona que no tuviera nada que ver con sus antecedentes políticos. Él terminó entonces por responder que no tenía a nadie, que lo dejara así.

La joven lo tomó de la mano y lo condujo hacia otra sala que él confundió con una oficina de banco. Un oficial lo invitó a sentarse con una educación que desde antes de la cárcel no veía. Le preguntó sus datos personales, profesión, color de ojos, edad, y después le entregó una especie de ficha rectangular que olía a militar. Afuera lo esperaba, otra vez, la muchacha del uniforme que lo recibió con una frase inesperada:

Alguien te quiere ver.

Él pensó de nuevo en Mariádelosángeles y una alegría súbita le quemó la piel. En un solo instante cientos de frases, a través de las cuales él le explicaría a ella todo lo que había pasado en ese sótano después de su partida, sus proyectos

futuros y el destierro inminente de Pueblo, le pasaron por la cabeza. Pero el roce de esa militar que, con la punta de un dedo, le tocó el codo, lo extrajo de su breve viaje.

Pase por aquí.

Al interior de otras de las salas lo esperaba una persona que Pablo nunca había visto en su vida, pero que lo recibió con un caluroso saludo de viejos amigos. Al escuchar su voz supo de inmediato quién era. Pabloelmarinero había logrado con el pasar del tiempo crear una lista exacta de las entonaciones, volúmenes y acentos de las voces de todas las personas que rondaban por su celda: médicos, personal de limpieza, guardias, altos funcionarios del gobierno. Fue por ello que, al contacto con esa voz de barítono, no tardó en reconocer que ese era uno de los que se aferraba más a la debilidad de su cuerpo. Se recordaba muy bien de ese hombre que utilizaba como excusa elucidaciones teóricas, históricas y políticas para hacer lo que hacía con el cuerpo de Pablo.

Él no solamente se limitaba a hacer hablar a los presos, como tantos otros Gorilas, sino que se las arreglaba para hacer cambiar de ideología a sus víctimas a partir de argumentos intelectuales de altísimo nivel.

Hoy es un día importante para ti y para mí, Pablo —le dijo ese gorila regordete casi abrazándolo.

Espero que no existan rencores entre tú y yo. Tú siempre fuiste uno de mis preferidos. Tu sobriedad a la hora de afrontar esas experiencias antropológicas que la Historia nos obligó a protagonizar siempre me llamó la atención.

Pablo no respondía.

Siempre estuve convencido de que tú eras uno de los pocos que, como yo, estaba más allá de estos odios cursis; y de que tanto tú como yo, no hacíamos otra cosa que asumir cabalmente el rol que la Historia nos llamó a afrontar. ¿No es así?

Pero antes de que Pablo pudiera contestar, el gorila ya se había contestado a sí mismo.

Es por ello que hoy no te pido un gran abrazo, no, porque sé que solo el tiempo te permitirá comprender el Sentido último de eso que vivimos en este lugar. Pero al menos me permito la osadía de invitarte a la reflexión sobre la Verdad trascendental que esta experiencia malsana esconde. Yo no soy de esos que, antes de dar el saludo final, me consuelo con decir que solo seguí órdenes. Aquí nadie sigue órdenes. Si llegaste hasta aquí fue porque seguiste un camino muy preciso. Qué te puedo decir, cada uno tira el molino para donde le conviene: aquí el viento no tiene nada que ver. Al menos en eso tú y yo estamos de acuerdo. Tanto tú como yo siempre hemos luchado por nuestras convicciones personales. La prueba es que estamos hoy día en esta sala hablando de esto como dos seres humanos, como dos Conciencias.

Pablo pensó, acaso, en darle un golpe. Pero en el fondo de sí mismo le quedaba todavía un poco de lucidez para darse cuenta de la inutilidad de ese gesto. Además, después de todo lo vivido un golpe había perdido para él toda connotación violenta. La violencia ahora para Pablo se encontraba en otro lugar que nada tenía que ver con lo físico.

El policía, viejo y rechoncho como era, se sintió defraudado de la mirada vacía de Pablo, de su falta de interés y competitividad intelectual. Pero soportó su sentimiento de decepción y le dio dos palmaditas cariñosas en la espalda a ese marinero.

Vamos, muchacho. Asume ahora tu destino.

Esas palabras fueron en realidad una invitación a salir de la sala. Afuera estaba la joven uniformada esperándolo.

El gorila rechoncho asomó apenas la cabeza por la puerta que daba al corredor y agradeció a la muchacha por haberle concedido unos instantes con ese detenido que ya no vería

más. Ella le respondió que para eso estamos, y siguió caminando junto a Pablo que, después de ese último encuentro, estaba dispuesto a dejarse llevar a cualquier lugar con tal de terminar todo rápidamente.

La joven lo condujo hacia la última de las salas que visitaría ese día. Estaba llena de ropa colgada por doquier en ganchos de metal. Adentro lo recibió una especie de sastre militar. Pablo, al encontrarse en contacto con toda esa ropa, observó por primera vez en meses, la ropa que él mismo llevaba puesta. Una vergüenza se le reflejó en sus cachetes demacrados al darse cuenta de la piltrafa humana en la que lo habían convertido. Sus vestidos no solamente estaban rotos, sino que además estaban manchados de todo líquido humano imaginable y con olor nauseabundo. El recuerdo de lo que fue le llegó en forma de corazonada: la hebilla de ruido metálico, sus zapatos de héroe, su camisa salada, el llavero en forma de ancla de otrora, su sombrero blanco abrazado por una banda azul.

Pase adelante, recluso —le propuso el sastre militar.

Siempre he creído que hay ocasiones en la vida que es mejor afrontarlas bien vestido —le dijo el sastre mirando a otra parte.

Y esta es una de ellas.

Dicho esto se puso a ojear las etiquetas de algunas camisas manga corta, y de unos jeans sin bolsillos que él mismo había cosido a mano.

Aquí está —afirmó como si hubiera encontrado un tesoro.

Talla L. ¿No es cierto?

Pablo lo observó con ojos aburridos.

Vamos, chico, ponte esto.

Pablo tomó la ropa y se la puso con gestos de dormido.

El sastre lo observó cual enamorado feliz y con un tono más femenino que segundos antes le dijo:

Sabía que te quedarían perfectos esos jeans.

Y se fue corriendo a buscar un espejo al otro lado de la sala. Pablo no podía creer en sus ojos. Cada gesto de ese hombre le parecía asombroso fuera de lugar. El sastre se le colocó de frente con un espejo largo, casi del tamaño del marinero, en sus manos.

¿Cómo te ves?

Pero antes de que Pablo pudiera contestar, el sastre ya se había contestado a sí mismo.

Bien, ¿verdad?

Pablo se sintió uno de ellos con esa ropa puesta y ese olor a limpieza. Pero pensó que haberse negado a colocársela no hubiera servido de nada. A lo sumo se hubiera ganado una de esas estúpidas cachetadas que ya ni siquiera le dolían. Se hubiera quedado cacheteado y vestido, así como estaba, de escolar.

¿Cuándo se acaba todo este jueguito? —le preguntó Pablo al sastre militar sin esperar respuesta.

Eso no es conmigo, querido. Ya estás vestido. Aquí se detiene mi responsabilidad. Eso se lo preguntas a los de afuera.

El sastre terminó su frase señalando con la punta de sus labios, a través de un gesto que denotaba celos, a la joven militar que esperaba a Pablo al otro lado de la puerta. Ella, al verlo sin sus vestidos de mendigo, levantó las cejas en señal de estupor por el cambio repentino.

Pablo repitió su pregunta ahora a la enfermera:

¿Cuándo termina toda esta farsa?

¿Qué farsa?

No tardó en preguntarle, a su vez, la militar. Pero Pablo no dio ninguna señal de vida. Parecía que de pronto se hubiera apagado. Ella tomó entonces las riendas de la conversación.

Lo único que falta es que tú firmes aquí.

Pablo pensó en preguntar de qué se trataba, pero las ganas de morir eran más fuertes, por lo que firmó de golpe. Lo que él en realidad ahora esperaba era, lo más rápido posible, el final.

Estás libre —afirmó la militar, esperando la reacción de Pabloelmarinero.

Él bajó la mirada.

* * *

No se sabe por qué, Pabloelmarinero siempre había imaginado la salida de ese Castillo colonial como un hecho importante. Según sus pronósticos habría de salir por una puerta grande, la que da al mercado principal. El sol sería radiante y todos habrían de quedarse silenciosos y emocionados al verlo, por fin, libre. Sobre todo Mariadelosángeles que, según él, lo esperaba entre los vendedores de pescado y los fruteros. Pero lo cierto fue que el día de su liberación esos Gorilas lo lanzaron por un barranco del Castillo que daba a una playa desolada, justo debajo del inicio de la rambla.

Era más o menos la hora del burro y, como siempre, a esa hora en Pueblo el sol era deslumbrante y el silencio atroz. Pablo se estremeció al darse cuenta de que delante de una situación tan importante su reacción fuera esa: una neutralidad sin par. La libertad que ellos le habían dado así, de pronto, no había hecho ningún efecto en él. Solo se sintió libre al percatarse de que podía pensar en Mariadelosángeles sin el miedo que esa acción le producía en la cárcel, pues intuía que los Gorilas podían en cualquier momento apoderarse de su pensamiento. En estas circunstancias sí podía pensar en ella y así lo hizo: no tardó mucho en darse cuenta de la falta que le hacía esa mujer. Pero su recuerdo, ahora que estaba libre,

era de otra naturaleza y nada tenía que ver con la imagen de ella que conservaba en ese sótano inmundo. Hizo entonces lo único que podía hacer por ahora, caminar. Caminó por esa playa desierta. Cada paso un recuerdo. Durante esas horas reconstruyó con lucidez todo lo que había ocurrido.

Prisionero vio con estupor desde su cárcel flotante a ese punto negro y triste que se movía por la playa desierta a la hora del burro. No tuvo dudas:

Es Pablo. Liberado.

Ese punto negro siguió caminando con ese recuerdo a cuestas que le hacía arrastrar los pies de tan pesado y tan recuerdo. Pero en el fondo, ese caminar lo reconfortaba y le permitía reorganizar lentamente el desorden en el que se había convertido su existencia desde Mariádelosángeles.

Estuvo días enteros caminando, hasta que su barba larga e irritada y su piel quebrada por el sol lo obligaron a abandonar esa costa que había recorrido en ida y vuelta, quién sabe cuántas veces. Entró con todo el miedo del mundo en una de las calles de Pueblo que dan al mar. Lo vio diferente y lo vieron diferente. Casi nadie lo reconoció y él no reconoció ni a sus calles ni a su gente. De alguna manera esa estaba en el Castillo, ese lugar sin espacio ni tiempo, había sido una suerte de eficaz exilio dentro de los límites de Pueblo.

Nada de lo que veía se parecía al Pueblo de su recuerdo: todos esos chicos con sus cabellos perfectos, su tráfico detenido en ciertas calles porque está pasando ella, sus árboles cortados, sus pajaritos de plástico con sus cantos de altoparlante. Había ahora en ese lugar un nivel de seguridad tal que Pablo, como muchos otros, más que seguro se sentía perseguido. Tenía la sensación de que en Pueblo se habían erigido muros transparentes que separaban a la gente entre sí: existía una tolerancia impuesta por el miedo. Ya la gente ni siquiera se tropezaba en el caótico mercado principal. Pero lo que más

sorprendió a Pablo fue el sinfín de habitantes hablando solos por doquier. Al inicio no entendió y era normal. Pero a medida que los días iban pasando el fenómeno se hacía más claro. A retazos fue entendiendo por qué esa gente murmuraba secretos incomprensibles, se agarraba de la mano con nadie o saludaba a ninguno.

A pesar de que mucho tiempo había pasado desde aquel remoto día en que llevado por Mariádelosángeles había dejado el mar, él todavía conservaba en su manera de caminar, de observar, sonreír y callar los gestos tímidos de un marinero en tierra firme. Esa timidez lo hizo pasar durante un tiempo desapercibido, aunque su paseo se extendió a lo largo y ancho de Pueblo.

Pero los días pasaban y Pablo no lograba terminar con ese triste paseo que comenzó en esa playa desierta el día de su liberación. Él seguía caminando acompañado por el recuerdo de María que le mostraba los lugares en los cuales muchos años antes, cuando todavía él era marinero activo, ella le había dicho que la encontraría apenas su barco llegara a tierra firme. Si te decides a dejar el mar ven a buscarme, yo estaré aquí, sentada junto a esta escalinata que da a la iglesia, y él ahora, minuciosamente, tocaba cada escalón de ese lugar sin encontrar el menor indicio de que, al menos una parte de ella, estuviera ahí. Si no, me has de encontrar por entre las diminutas calles del centro que dan a esa terraza principal desde donde los enamorados contemplan, con los zapatos en las manos, los atardeceres. Pablo escalaba entonces como un desesperado esas subidas repletas de minúsculas calles viejas, casi arrastrándose, para tratar de encontrar el perfume de María entre sus piedras, y le preguntaba por ella a las viejitas que miraban pasar el tiempo desde sus mecedoras, y jugueteaba con los niños para ver si también María había jugado con ellos. Pero no. Ella había sido alejada de todos esos parajes, dejándolo a

él con el hastío de su desgraciado paseo intacto. ¿Dónde estás Maríadelosángeles que no te encuentro?

Y ese nombre suyo pronunciado le hacía despertar a Pablo aquella imagen de Maríadelosángeles sentada en la cama y desnuda como solía estar después del amor, diciéndole, y si tampoco ahí me encuentras ve entonces a preguntar por mí en la jungla de ese recuerdo tuyo que yo llené hasta más no poder de animales exóticos, enormes, diminutos, insectos fluorescentes, altos árboles inmensos como anacondas, guacamayos, saltos de agua que solo un ángel se atrevería a saltar, tierras lejanas del inicio de los tiempos, manglares, tortugas grandes como caseríos, reguero de deseos y noches y rones que bebimos y vivimos, intuyendo que estábamos destinados a carecer de destinos, y Pablo, que solo caminando lograba ver más claramente todo eso, siguió haciéndolo y las imágenes de María se le hacían de más en más visibles, ese sinfín de palabras que de ser tantas eran tan pocas, y que Pablo iba iluminando con un fósforo alegre que había resistido a la oscuridad y a la humedad del Castillo, y que le había hecho comprender que las palabras no dichas también habían sido dichas, esas palabras que eran una jungla de calores transmitidas a través de frescas gotas de sudor, de roces en los que ellos se aislaban como en una telaraña tersa que los envolvía durante toda una noche de tenues mordiscos y miedos y pesadillas, esas pesadillas que los mantenía día a día en un insomnio compartido porque, acaso, en el momento más maravilloso el uno pensaba en lo que afuera le esperaba y, sin decírselo al otro, cerraba los ojos y apretaba fuerte fuerte su cuerpo para comprobar que también el otro temía que alguien allá afuera, en ese mismo instante, estuviera trazando sus destinos, entonces ningún ron, ni caricia, ni suave mordisco los podía calmar de ese miedo compartido que los hacía hablar toda la noche de las sombras de este techo, y Pablo miraba y era

cierto, eso, ahí, parece Australia, no, un rinoceronte, eso es una nube, eso es un dragón, eso eso eso, hasta que lentamente uno se quedaba dormido en la almohada caliente del brazo del otro, temiendo por sobre todas las cosas que esa pesadilla se repita de nuevo, pero el nosucederáamormío que ella pronunciaba de pronto llegaba en el momento justo para aliviar todo y lentamente se quedaban tranquilos y se dormían hasta cuando, un poco más tarde en la noche, los gritos de ella los despertaran y entonces, al abrir los ojos, se daban cuenta de que la pesadilla se había hecho realidad pues estaban en ese frío sótano de ese Castillo, uno al lado del otro, sin verse así como estaban, semidesnudos y hechos piltrafas, pero se abrazaban fuerte tan fuerte que, por fin dormidos, se despertaban, tarde, al mediodía del día siguiente, nuevamente en ese cálido cuarto de hotel de techo manchado por australianas, rinocerontes, nubes dragones, pero ya era demasiado tarde y el fósforo alegre de Pablo se apagaba y él se daba irremediabilmente cuenta de que ahora, liberado, estaba viviendo su vida sin ella y que dentro de poco entraría de nuevo, y después de muchos años, en el café El Faquir, donde seguramente el camarero le ofrecería un ron bien cargado a Pablo, el marinero que regresó del más allá.

* * *

Pablo liberado entró, después de muchos años, en el café El Faquir. El camarero al verlo llegar le ofreció un ron bien cargado en medio de una exultación:

¡Qué sorpresa, Pablito! —le dijo abriendo los brazos como si fuera a agarrar algo enorme.

Un ron bien cargado para este marinero que regresó del más allá — repetía ese hombre feliz mientras llenaba un vaso

minúsculo de ese ron añejo bien marrón de las grandes ocasiones.

¿Te recuerdas al menos cómo se toma el buen ron, Pablito?
Pablo sonrió.

Te lo dejas en la boca reposar un poco hasta que sientas estrellitas en la lengua y después, lentamente para adentro, en sorbos breves.

¿Cómo va todo, Facundo? —por fin dijo Pablo. Y cómo quieres que vaya, viejo...

A Pablo no le hicieron falta más explicaciones que los ojos de Facundo mirando de reojo a los policías de civil sentados en las últimas mesas mientras respondía.

Qué de tiempo, Pablo.

Supongo que lo sabes —le dijo Pablo tratando de sacarle información.

Y cómo no saberlo. Lo siento mucho por María.

¿Has sabido algo? —respondió Pablo precipitadamente, traicionando su táctica.

Mejor no hablar de esas cosas aquí.

Ni en ninguna parte, Pablito.

El camarero lo miró como quien mira al ser más ingenuo de la tierra y cambió la conversación a su manera, limpiando con un trapo húmedo la superficie de esa barra más que limpia.

Pablo arrugó la cara con un gesto de placer a causa de ese primer ron después de tanto tiempo. Se sintió de nuevo en su cuerpo.

Casi inmediatamente Facundo lo vio caer en esa práctica usual que desde hacía ya tiempo estaba contagiando a todo Pueblo. Al inició el camarero no quiso creerlo, y delante del

murmuro de Pablo trató de acercársele para preguntarle si deseas algo, Pablito. Pero Pablo ni siquiera lo miró. Su rostro estaba completamente girado hacia la derecha. Él estaba conversando con alguien que Facundo no veía.

Pablito, Pablo, Pablito —le dijo el camarero con mucha tristeza.

Pero Pablo no respondía.

Pablo.

Facundo supo de qué se trataba y no insistió más. Para justificarse por el comportamiento de Pablo pensó que, en su caso, había sido el trago de ron, aunque bien sabía que nada tenía que ver. Entonces lo dejó solo con su conversación que, por lo que él veía, parecía importante.

El camarero ya antes se había topado con situaciones como esas, sobre todo en ese café donde la gente solía darse cita con nadie. Al inicio no sabía muy bien qué actitud adoptar por creer que se trataba de efectos no deseados de ese bendito ron tan fuerte. Pero el tiempo y la realidad afuera de El Faquir destruyeron lentamente su hipótesis. No tardó en descubrir en las plazas, las playas, los mercados y las calles a gente que, como Pablo ahora, murmuraba frases incomprensibles para un observador cualquiera. Pablo, ¿deseas algo más?

Delante de todos esos casos él había optado por dar largas al asunto y no tratar de darle a todo eso una explicación plausible, ni mucho menos interrumpir a esa gente que parecía tan contenta con esas extrañas compañías. Pablo, ya que no me respondes, opto por servirte otro traguito. Pero ver a Pablo en esa situación, después de haber vivido lo que vivió, le apretaba todavía más el nudo en la garganta a Facundo, Pablito Pablo Pablito, y trataba de desconcentrar al marinero de su murmullo con este otro traguito que te traigo.

En muchas ocasiones Facundo se había visto en la necesidad de aconsejar a gente como Pablo realizar esas extrañas conversaciones en la iglesia. Ahí nadie se daría cuenta de nada y el gesto pasaría desapercibido. Mucha gente en Pueblo lo escuchó y, hasta el difunto Padrecito, que en paz descansa, estaba muerto de la alegría al comprobar el número de fieles que vienen todos los días gracias a ti, Facundo. Aunque bien sabía el Padrecito que nada tenía que ver Dios en todo esto, pues una vez comenzó solemnemente su misa con la iglesia llena y no pudo creer en sus ojos al ver que la gente seguía impertérrita en su murmullo.

Pablo, nojoda, Pablo.

Y la cachetada histórica que Facundo le dio al marinero fue tan sonora que, más que el golpe, fue su sonido seco que hizo volver a Pablo a la cotidianidad de ese café.

Disculpa, Pablito.

¿De qué?

De nada, viejo.

* * *

Facundo salió temprano esa mañana. Los gritos del vendedor de periódicos lo despertaban cada mañana, aunque a él no le interesasen esas noticias del régimen.

Se lavó con poca agua, pues la detestaba más que un gato. Tomó su café. Saludó a su perico y salió silencioso, como cada día, para no ser notado por nadie, es decir, para no tener problemas en Pueblo.

Cerca del puerto vio, con la semblanza de una alucinación, la silueta de Pabloelmarinero. No lo podía creer y por eso se frotó los ojos. Pablito Pablo Pablito. Si tomaba la próxima a la derecha seguramente lo encontraría en la calle Colón. Cru-

zó entonces a la izquierda con un gesto caótico que puso a la vista de sí mismo todo su temor: Pablo, ahí vivo, después de todo este tiempo le había revelado la inminencia de su cobardía durante todos estos años al persistir en su versión de que él no amistaba con ningún Pablo ni ninguna María. Relación exclusivamente de clientela, señor comisario.

Se dio cuenta de que cruzando a la izquierda, no solamente se alejaría de su lugar de trabajo, el café El Faquir, sino que también se vería obligado a cruzarse con eso que muchos habían bautizado Plaza de los Locos, lugar que hacía todo lo posible por no frecuentar.

Pasó por esa plaza con un paso rápido tratando de no mirar a esa gente que, a pesar de su nerviosa presencia, ni siquiera lo notaron. Estaban todos en el letargo de sus murmullos. Sus conversaciones matinales eran ciertamente más importantes que el paso del mesonero de El Faquir.

Aunque no fuese esa su intención, Facundo se quedó como hipnotizado delante de un anciano caminando de la mano con alguien que él, a pesar de sus esfuerzos, no lograba ver. Se frotó de nuevo los ojos. Era el viudo Felipe, un abogado con cierta reputación. Estaba absorbido por una conversación que seguramente era de fútbol. Todos conocían los gritos con los que otrora terminaban las discusiones de fútbol con su difunta esposa, fanática del equipo históricamente contrincante del suyo. Ahora Facundo no podía dejar de ver cómo, de pronto, Felipe se exaltaba y comenzaba a levantar la voz y a mimar jugadas de delanteros inexistentes y porteros goleados. Cada mañana ese hombre se mostraba a Pueblo con el mismo espectáculo, aunque nadie en esa plaza parecía prestarle atención. La excepción era Facundo que estaba boquiabierto delante de la presencia estrambótica de Felipe. Pablito Pablo Pablito. ¡Gol! Le gritaba Felipe a su mujer ¡Gol, golazo! Y saltaba y se arrodillaba como si tuviera quince años.

Facundo miró el reloj y la hora lo hizo volver en sí. Pensó en su retraso y de nuevo en esa aparición fantasmal de Pabloelmarinero de quien bien sabía que no podía aparecer por Pueblo. Acaso yo también me estaré metiendo a loco:

No puede ser él —se dijo a sí mismo.

Buenos días, Facundo.

Silencio.

¿Cómo está don Felipe?

Pero del viudo Felipe no hubo respuesta pues, otra vez, estaba exponiendo razones, goles y jugadas a favor de la superioridad de su querido equipo. Facundo se sintió más tranquilo porque la simple voz de esa rara gente rara le causaba un gran temor. Muy en el fondo él escondía la sospecha de que acaso eso se pegara. Aunque no le faltaba lucidez para darse cuenta de que su intuición era descabellada. Se despejaron sus pensamientos y de pronto se sintió nuevamente cobarde. Pablo Pablito Pablo. Aceleró el paso y vio sin ver a cuatro niños haciendo una rueda con sus manos en esa plaza. Se tomaban entre ellos de las manos y giraban giraban giraban cantando canciones, y era tanto el nerviosismo de Facundo que no vio, o acaso no quiso ver, que en esa rueda hecha de manos y miradas infantiles había un hueco demasiado evidente que no estaba llenado por ningún niño perceptible. Las dos extremidades del círculo no se tocaban entre sí. Pero eso no impedía que los niños ubicados en cada extremidad tomaran con fuerza la mano de nadie, manteniendo el equilibrio de un círculo perfecto. Las cinco madres de esos niños estaban cerca en una banca hablando de cosas sin importancia y, cuando llegó la hora de irse, llamaron a sus niños por sus nombres. Los cuatro niños corrieron despavoridos abalanzándose sobre los cuerpos tibios de sus madres quienes los tomaron por las manos dividiéndose entre adioses, hasta mañana, querida. La imagen de una de ellas se perdió en una de las vías que

daba al centro: su brazo estaba extendido y su mano abierta, como si caminara tomada de la mano de alguien.

* * *

Facundo ya estaba casi por llegar a El Faquir con esos niños jugando a la rueda en su memoria y la preocupación por el retraso colosal de esa extraña mañana.

Entró al café y ahí estaba ella. El aire en ese lugar era espeso por el humo de todos esos clientes que ya habían repleto la sala. Se le había olvidado: hoy era día de concierto y la gente llegó temprano para reservarse una silla.

Al inicio Maríadelosángeles se había negado a hacer esos conciertos en ese café, pero la falta de dinero era más fuerte y terminó por escuchar las súplicas del dueño del lugar, amigo de su padre, y los consejos del camarero, amigo de su Pablo. Tocar en esa sala espesa le permitía reunir dinero para pagar los hoteles que compartía con su marinero querido y pobre. Australias, rinocerontes, nubes y dragones.

Facundo recuerda esos días como días de poca propina, visto que todas eran dadas a esa joven tan linda de nombre tan largo que tocaba sin mirar otra cosa que a ese Pablo sentado en la barra, a la izquierda de la minúscula tarima, con un ron delante de él y el rostro completamente girado hacia la derecha para poder mirarla y murmurarle cosas durante el concierto. De hecho, Facundo ese día había tratado en varias ocasiones de iniciar una conversación con Pablo, pero era inútil. Él estaba en otro mundo murmurando incomprensibles palabras.

El primer set había terminado y, después de una improvisación de *Around Midnight*, María se dirigió con el paso y el peso de una gata hacia la barra. Sus ojos se fueron acercando

a los ojos de Pablo, cerca tan cerca los ojos de Pablo y María, que bien alguien podría haber pensado que jugaban a los cíclopes, pues llegaron a estar tan próximos, que lo único que veía el uno del otro era un inmenso ojo inmenso.

Buenas noches, marinero despeinado. ¿Qué te pareció?

El motivo de Midnight sublime. Tus labios soplándolo más aún.

Gracias por venir. Para mí hoy es un día importante.

María, no me digas que todavía sigues con tu plan para mañana. Por supuesto.

Y, ¿te decidiste a decirme de qué se trata?

Por supuesto que no.

¿Pasamos la noche juntos?

Por supuesto que sí. Pero mañana me despierto antes que los gallos.

Voy contigo, María.

¿Dónde?

Adonde sea.

Lo de mañana es personal.

Pero me dijiste que todos te escucharán.

De eso se trata. Me escucharán a mí. Más nadie tiene que estar: yo y mi saxo.

En ese instante Facundo se dirigió a Pablo sin recibir respuesta: Pablito Pablo Pablito.

Facundo supo de qué se trataba y no insistió más. Para justificarse por el comportamiento de Pablo pensó que, en su caso, había sido el trago de ron, aunque bien sabía que nada tenía que ver. Entonces lo dejó solo con su conversación que, por lo que él veía, parecía importante.

Al día siguiente Pabloelmarinero dormía tan profundamente que no se dio cuenta del momento aquel, antes de que los gallos cantaran, en el que Maríadelosángeles despertó

como quien se despierta de un sueño bello, vistió la desnudez en que la había dejado él, se miró al espejo y temió al ver sus ojos delirantes, tomó su saxo todavía frío de un frío nocturno y, sin lavarse la boca, se dirigió hacia el cañaveral donde pocos minutos más tarde despertaría a todo Pueblo, calle por calle, animales, altos funcionarios, presos, estatuas, a Pablo, e incluso a Gobernador quien, enfurecido por la envergadura de la melodía, despertaría a su vez a Secretario, a la madre de este, a las dos turistas, y a Prisionero.

Pablo, ya que no me respondes, opto por servirte otro traguito — afirmó Facundo.

Ese marinero descubrió su cama vacía y con olor a saxo porque ya la melodía de Mariadelosángeles, allá en el cañaveral, había penetrado por entre las ventanas de ese hotel de techo de Australias. Al contacto con la melodía, Pablo se sintió libre de una libertad que lo liberaba, antes que todo, de esa pesadilla que acababa de tener en la cual él la palpaba a ella y ella a él en la penumbra del sótano de ese Castillo. El marinero se despertó como acariciado por María con esa melodía de Monk cual libélula posada sobre su sien. Pero en lugar de Mariadelosángeles él solo descubrió un mapa indescifrable de altiplanos en esa sábana que le indicaba caminos sin ti.

Pablo, nojoda, Pablo.

Facundo decidió contra su propia decisión despertarlo de su conversación con nadie en esa barra triste, y así lo hizo con una cachetada que sacó a Pablo de su plática con Mariadelosángeles.

Lo de mañana es personal.

Pero me dijiste que todos te escucharán.

Y la cachetada histérica que Facundo le dio al marinero fue tan sonora que, más que el golpe, fue su sonido seco el que hizo volver a Pablo a la cotidianidad de ese café.

Disculpa, Pablito.

¿De qué?

Después de dejar la Plaza de los Locos, Facundo aceleró el paso en un gesto que parecía estar motivado por la preocupación de llegar tarde a El Faquir, aunque lo que en realidad lo perturbaba era la imagen repentina de Pablo y la intuición de que, ese mismo día, el marinero habría de visitar el café sin más motivo que la búsqueda afanada de una normalidad que le habían quitado desde hacía tiempo: su Mariademiesespero. Facundo apenas había llegado a El Faquir y, llevado por su retraso y por la gran cantidad de gente que había ese día, tuvo que acelerar cada una de sus acciones cotidianas: preparar muchos cafés, exprimir naranjas, bajar las sillas de las mesas, repartir cuentas, encender el radio con las noticias del día, servir cafés con leche, firmar las entregas del día, exprimir noticias, preparar las sillas de las mesas, firmar naranjas, encender cuentas, bajar radios, repartir entregas, y fue así, de pronto, que se vio a Pablo, enorme, abriendo la puerta de El Faquir. Pablo miró los ojos de pánico de Facundo quien se le adelantó con unos brazos abiertos que delataban todo su miedo:

¡Qué sorpresa Pablito! Un ron bien cargado para este marinero que regresó del más allá —dijo Facundo mientras llenaba un vaso minúsculo de ese ron añejo bien marrón de las grandes ocasiones.

¿Te recuerdas al menos cómo se toma el buen ron, Pablito? Te lo dejas en la boca reposar un poco hasta que sientas estrellitas en la lengua y después, lentamente para adentro, en sorbos breves.

¿A qué hora inicia el concierto, Facundo?

¿De qué concierto hablas?

Hace años que aquí no hay más conciertos, marinero.

Y un saxo reventó al otro lado de la sala. Around Midnight. Pablo miró a Mariadelosángeles desde lejos. Vio como sus ojos soplaban cada nota en el espíritu de él. De hecho, ella estaba tocando solo para él, aunque los presentes no lo supieran y continuaran donándole más y más propinas que habrían de pagar todas esas australias, rinocerontes, nubes y dragones. Los dedos de ella comenzaron un solo de notas rápidas que inició en la parte superior del saxofón y fue bajando hasta las últimas de las teclas de ese tobogán o cuello que era su saxo y, una vez ahí, el viento de sus pulmones fue huracán, y un sonido menor quedó rondando por entre las propinas y los cafés, pero ya ese saxo se le había quedado corto a María, fue entonces que ella superó los límites de su instrumento y todos la vieron seguir apretando teclas más abajo de la última de las teclas de su saxo, y cada objeto de ese café comenzó a sonar al contacto con los dedos de ella, su solo, de hecho, no había terminado, y de tecla en tecla, de silla en mesa, de café en café y de cerveza en cerveza, Mariadelosángeles llegó hasta la última tecla de esa noche, Pabloelmarinero, y lo tocó desde la punta de sus zapatos hasta el último de sus recuerdos y, es verdad, comentó Facundo al otro día, del cuerpo de ese marinero salía música, y no fue hasta cuando los cíclopes se miraron bien de cerca que el sonido cesó. Un beso en si bemol marcó el final del concierto.

Pablo arrugó la cara con un gesto de placer a causa de ese primer ron después de tanto tiempo. Se sintió de nuevo en su cuerpo.

Buenas noches, marinero despeinado. ¿Qué te pareció?

El motivo de Midnight sublime. Tus labios soplándolo más aún.

Gracias por venir. Para mí hoy es un día importante.

María, no me digas que todavía sigues con tu plan para mañana.

Marinero, no repitas siempre las mismas preguntas.

No me des entonces siempre las mismas respuestas.

En el fondo, Pablo escuchaba la voz de Facundo quejándose de esa muchacha que más vale que no la hubiera invitado pues me está dejando sin propina. María, que escuchó la queja del camarero mientras contaba el dinero de las propinas, sonrió con esos ojos de alucinada con los que los Gorilas, la mañana siguiente, la encontrarían en el cañaval. Metió en un bolsillo lo del hotel y en el otro lo que habría de dejarle al otro día a Pablo debajo de la almohada.

La voz de Facundo se escuchó una vez más.

Y cómo no va a ganar tanto dinero, si yo había dicho que la muchacha tocaba saxo y resulta que terminó tocando sillas y mesas y cafés y cervezas y hasta al mismo marinero que, alto y fuerte como es, sonaba como un piano de cola.

Has bebido mucho, Facundo —le reclamó un mesonero joven que nada tenía que ver con el pasado y que incluso, delante de la llegada de Pablo después de tanto tiempo a El Faquir, le había preguntado a Facundo:

¿Quién es ese barbudo?

Un barbudo que acaba de salir del Castillo —se limitó a responderle Facundo.

¿Y qué hizo?

Apenas lo conozco. Además, jovencito, la curiosidad es un vicio en esta profesión.

Hasta Facundo se puso a hablar solo en este pueblo —se dijo el joven mesonero a sí mismo y, pasándole por un lado a Pabloelbarbudo lo escuchó susurrando:

El motivo de Midnight sublime. Tus labios soplándolo aún más.

¿Por qué nunca tomaste el dinero que te dejé debajo de la cama? —le murmuró María.

Porque aquella mañana salí a buscarte despavorido detrás del sonido del saxo allá en el cañaveral.

Entonces siempre supiste que el dinero estaba ahí.

Me lo dijiste cientos de veces en tu delirio allá en la humedad del Castillo.

Saliste antes que yo de ese infierno, María. Me salieron, Pablo.

La voz de Facundo resonó en los oídos de todos:

Si yo había dicho que la muchacha tocaba saxo y resulta que terminó tocando sillas y mesas y cafés y cervezas y hasta al mismo marinero.

¿Hasta cuándo va a repetir la misma historia?

Hasta que alguien me explique cómo hace esa joven para hacer sonar las cosas de este café como si fueran saxofones —respondió Facundo como borracho.

Y de nuevo revivió aquella imagen en su mente. La vio dejando ese minúsculo palco para abalanzarse sobre un público que se frotaba los ojos para ver para creer que ella estaba abandonando con sus dedos la superficie del saxo para pasar a esa otra superficie que es el mundo, convertido ahora en un saxo de cafés agudos y cervezas barítonos y sillas y ceniceros contraltos con los que ella ahora terminaba esa medianoche de Monk. Había recorrido ya algunos metros, los cíclopes se estaban casi rozando, y las propinas caían una detrás de la otra. La avalancha continuaba y todos vimos a María montada en una mesa, tocando el motivo de Midnight en la lámpara central de ese enorme instrumento en el cual se había convertido El Faquir. Fue entonces que los cíclopes, en un beso, se volvieron un único ojo. Todos se quedaron atónitos delante de ese precioso cíclope precioso en el que se había convertido el beso de María y Pabloelmarinero.

Buenas noches, marinero despeinado. ¿Qué te pareció?

El motivo de Midnight sublime. Tus labios soplándolo aún más.

Esa respuesta suya no se cansaba de repetirse en la memoria de Pablo, quizás a causa de ese trago bien cargado que le había servido Facundo al marinero que había llegado del más allá. De hecho, Pablo tomó muchos otros tragos como ese, tratando de revivir esa primera sensación que había sentido al beberlo, después de tanto tiempo. Pero no se sintió más en su cuerpo durante esa noche. Ahora Pablo era puro recuerdo. Pidió un permiso para ir al baño que nadie escuchó y se dirigió hasta allí con absoluta discreción. Abrió la puerta y se sorprendió: percibió un olor a limpio que nada tenía que ver con el olor a mierda del Castillo.

¿Quién es ese, camarada? —se dijo a sí mismo mirándose en el espejo.

Pero la imagen se quedó taciturna imitando, acaso, el rostro taciturno de Pablo.

¿Cómo te ves? —le dijo el sastre militar colocado de frente a él con un espejo largo, casi del tamaño del marinero, en sus manos.

Bien, ¿verdad?

Pablo se sintió uno de ellos con esa ropa puesta y ese olor a limpieza. Pero pensó que haberse negado a colocársela no hubiera servido de nada. A lo sumo se hubiera ganado una de esas estúpidas cachetadas que ya ni siquiera le dolían. Se hubiera quedado cacheteado y vestido, así como estaba, de escolar. En ese instante sintió unas cachetadas fuertes como un tubazo o una descarga eléctrica de parte de ese gorila bruto. Trató de responder, pero apenas si podía moverse. Intentó mirarse en el espejo, pero lo único que vio de frente a él fue a Facundo y a ese camarero joven del otro lado de la barra. Facundo le pidió unas disculpas que Pablo sinceramente no entendió.

Fuera del baño de ese café con tanto humo lo esperaba una militar quemada por el sol y con un uniforme que vestía con una coquetería sin par. Ella, al verlo salir del baño de El Faquir sin sus vestidos de mendigo, levantó las cejas en señal de estupor por el cambio repentino. Pablo le repitió su pregunta:

¿Cuándo termina toda esta farsa?

¿Qué farsa? —no tardó en preguntarle Facundo, ahora más enervado que preocupado:

Pablito Pablo Pablito.

Y la cachetada histérica que Facundo le dio al marinero fue tan sonora que, más que el golpe, fue su sonido seco lo que hizo volver a Pablo a la cotidianidad de ese café. Pablo trató de responder pero apenas si podía moverse. Vio desde el fondo de su tristeza por María-demividadóndeestásqueno-teencuentro a ese gorila, el más bruto de todos, frotarse la palma de la mano en señal de satisfacción por el castigo dado. Mas la satisfacción duró poco pues las cachetadas en nada modificaron la atención que Pabloelprisionero le daba a la pared de ese sótano, ahí de frente a él.

Pareciera que estuviera viendo a la virgen —dijo uno de los Gorilas, tratando de descifrar en la pared algo que le hiciera pensar a su infinita fe que ahí, de alguna manera, estaba la virgen.

Pero lo único que vio ese gorila fueron australianas, rinocerontes, nubes y dragones que confundió estúpidamente con manchas de humedad en la pared. Pablo miró esas manchas como si intuyera que era la última vez que en ese Castillo miraría esas formas que me mantuvieron con vida, María-demimemoria, que te busco y no te encuentro por entre las escaleras que dan a la iglesia en donde me dijiste, ahí estaré, en cada uno de sus escalones estuve con el oído pegado a ver si tu corazón latía escondido detrás de esas rocas y no estabas, y ni

los niños, ni las viejas sentadas en la acera esperando la muerte, me supieron dar noticias tuyas, María demitomentomío. Lentamente las australianas, los rinocerontes, las nubes y dragones se fueron desapareciendo de su ángulo de visión porque esos Gorilas esos lo tomaron por sus brazos y lo arrastraron por los corredores oscuros de ese sótano. En ese momento, apenas si sintió los golpes de su cuerpo arrastrado. Pero a distancia de varios días el efecto de esos maltratos se fue presentando paulatinamente y hoy, en esa barra de El Faquir, no podía estar más de dos minutos sentado en esa silla alta sin sentir fuertes dolores. Por ello bebía sus rones secos y de pie.

Pablo la siguió buscando día a día y, de tanto buscarla, fue a parar a Cementerio. Ese lugar tan temido en el que ni siquiera los muertos quieren ser enterrados por miedo a los espantos; ese que aparece en las cartas de herencia como la única petición del difunto, si les da la gana me dejan sin sepultura, pero ahí no me entierren; lugar donde ni siquiera los Gorilas amenazados de desobediencia patria entran porque.

Pablo el marinero llegó ahí con sus preguntas más suyas, ella es así, sus cabellos son, sus manos, el color de sus ojos es, carga siempre un saxo. Pero apenas terminó el bombardeo de interrogantes se dio cuenta de que le estaba hablando a un virrey de los tiempos de la colonia y a un abogado con un sombrero de ala ancha de hace cien años. Los dos de mármol. Ahora sí que me jodí, estoy hablando con estatuas.

¿Cómo no conocerla? Usted está buscando a esa tal María. La única respuesta que Pablo pudo darle a esa estatua fue un frotarse de ojos y una huida improvisada de ese Cementerio. Pero ello no le impidió continuar visitando el lugar pues, de tanto haberle preguntado a todo Pueblo por el paradero de

su Mariádemitristeza, ya nadie le escuchaba ni siquiera las preguntas. En Pueblo ninguno intuía que la desolación de Pablo había tomado proporciones tales que, ahora, más que esperar respuestas, lo único que él buscaba era que la gente escuchara sus preguntas. Y esas estatuas lo escuchaban con toda la disponibilidad, el silencio y la paciencia del mundo. No fue hasta la enésima de esas visitas que esas estatuas se le presentaron como lo que eran. Pablo escuchó durante semanas sus historias que, de ser tantas y tan parecidas a la suya, lo dejaron petrificado cual estatua.

Ahora que lo pensaba, era verdad. Barrios enteros habían desaparecido de Pueblo con una lentitud de gusano y una paciencia de hormiga. Nadie lo había percibido. Ni siquiera los encargados del censo notaron que algo de extraño había en todo eso, en mujeres embarazadas que parían a ninguno, en quinceañeras que morían de vejez, en recién casados que se iban de luna de miel al carajo. Al final de las historias de esas estatuas Pablo se dio una palmada en la frente, claro.

Ellos solían hablarse durante los conciertos de María. Cada uno como podía y con su lenguaje propio. Solo de esa manera mantenían sus secretos en ese pueblo tan vigilado. Cualquier gesto, mirada, hasta un estornudo, escondía una frase.

¿No se puede posponer lo de mañana? —le preguntó Pablo a María con las arruguitas de su frente.

¿Por qué, marinero mío? —respondió ella con un do hondo.

Porque me parece que vas a hacer una tontería peligrosa, una peligrosa tontería —acotó él a través de su modo de gustar el ron que estaba en su boca.

El peligro, ese fardeau.

Los jazzistas mueren jóvenes. Máximo hasta los cuarenta —le dijo María en broma con un allegro.

Los marineros se mueren viejos, por eso se ponen a pescar peces enormes para ver quién mata a quién.

Tú vivirás muchos años, marinero.

Por no haber naufragado cuando me convenía. Uno no naufraga cuando quiere.

Como se ve que sufres de mal de mar, mujer.

Pablo tomó aire, profundamente, pensando en la próxima frase. Aunque, en el fondo, para él la conversación estaba bien así. Pero ella lo miraba como esperando más palabras.

Pablo escuchaba el saxo de ella improvisando. Los ojos de ella eran tan redondos. Parecían dos lunas llenas de amor.

Yo sé que en el fondo tienes miedo —por fin acotó el marinero.
¿De qué? De mañana.

Las últimas notas que habían llegado a los oídos de Pablo le clarificaron apenas las intenciones de ella, la mujer más suicida que había conocido. Tenía que ser entonces concreto y terminar por convencerla con el lenguaje efectivo de su mirada. Pero antes de que él pudiera decirle algo, ya María se le había adelantado con un agudo de cuatro tiempos en el que le decía:

No te preocupes, marinero. Todo va a salir bien.

Y dicho esto, comenzó un solo que Pablo no pudo dejar de escuchar y entender. En él le dijo todo lo que una mujer-madre le podía decir a su hombre-hijo para hacerlo dormir en paz. Al menos por esa última noche.

Facundo le sirvió otro roncito a ese barbudo que había regresado del más allá sin prestarle más atención a ese juego de preguntas al que ahora él jugaba con nadie:

Si te pidieran un deseo, María, ¿qué efecto desearías que tu música creara en Pueblo?

Que un amigo sin dinero, de esos nuestros, escuche las blancas notas de una balada salida de mi saxo y que, al revisarse su bolsillo, encuentre con qué pasar la noche brindando en Rue de Paradis.

¿No crees que es verdad lo que se dice de tu música, música?

Se dicen y se decían tantas cosas entonces, marinero.

Se dice que quien te escucha tocar se libera. Mala fe, Pablito.

Terminada esa frase que afirmó a través de un lúcido blues, Mariadelosángeles se bajó de su saxo como de un potro. Lentamente se fue acercando a Pablo, allá en la barra, a través de los objetos de ese café que ahora iban sonando al contacto con sus dedos. Las propinas caían como las cosas en un huracán. Facundo dentro de poco diría su frase, Siyohabíadichoquelamuchachatocabasaxoyresultaque. Sus ojos casi se estaban tocando, Mariásaxodelsexomíoquetemeacercassinmás, los cíclopes ya casi estaban por tocarse, los cíclopes se tocaron, y por fin se miraron así, frente a frente, y las dos lunas de Pueblo fueron una durante esa última noche de hotel en la que australianas, rinocerontes, nubes y dragones no se veían porque el único ojo único de los cíclopes fue utilizado para verse uno al otro, por última vez, libres. Tú, Mariademihuida, que me dejaste tirado con monedas debajo de la almohada y me despertaste en la mañana con esa melodía cuando ya es demasiado tarde, marinero, me dijeron las viejitas de Pueblo, meciéndose tranquilamente como si tú estuvieras.

¿Tarde para qué? ¿Por qué me dicen esto? —insistió Pablo delante de esas viejitas irónicas.

Es mejor que se vaya a su casa, joven, y que deje de soñar con esa muchacha.

Otra de las viejitas agregó:

Y aféitese. O acaso usted no sabe que la barba hace soñar.

Como el color rojo —agregó su vecina, la de enfrente.

¿Como el color rojo? —repitió Facundo, todavía más preocupado, delante del desvarío de Pabloelbarbudo en ese café.

Pablo se quedó callado. Sus ganas de conversar se habían disipado y ahora solo quería concentrarse, con toda la voluntad que le quedaba, en esa Mariadelosángeles que pronto se subiría a la tarima minúscula de El Faquir para por fin comenzar su concierto. Trataba de recordar la última vez que la había visto pero su memoria no le respondía a su voluntad.

¿Cómo va todo, Facundo? —por fin dijo Pablo.

Y cómo quieres que vaya, viejo...

A Pablo no le hizo falta más explicaciones que los ojos de Facundo mirando de reojo a los policías de civil sentados en las últimas mesas mientras respondía.

Pablo se concentró en la realidad de El Faquir, y se percató, por fin, de que María no estaba ahí. Miró el reloj para comprobar su retraso mientras se acariciaba su larga barba de errante. Horas más tarde, hablando con las viejitas en sus mecedoras, habría de pensar en los extraños ojos de Facundo delante de su entrada a El Faquir. Tampoco ese día María había llegado a tiempo a ese café. Tampoco ese día María llegó. La memoria de Pablo se quedó trabada y ya no lograba recordar si la última vez que la vio había sido saliendo arrastrada de su celda en plena madrugada. En el fondo siempre se dijo a sí mismo que él era el culpable y ella una cómplice enamorada.

De pronto su memoria explotó y el resultado fue un reguero de recuerdos dispersos por todo El Faquir. Los ojos de María eran bellos antes de que esos Gorilas la agarraran por la fuerza y se la llevaran. Se recordó de las australias y lo demás. Imaginó todo eso y lo volvió abstracción: con un poco de imaginación, que no le faltaba, todo eso eran sus ojos, los de María, luna llena de amor, cíclopes en plena marcha que se tocan.

Prisionero

Primera página. Todavía no ha pasado nada. El lector cree que está leyendo y sigue leyendo como si nada fuera. Los sujetos y adjetivos comienzan a florecer sin preaviso ni intención alguna. Un hilo imperceptible se comienza a sugerir, pero no es nada: una historia que comienza a tomar forma. Segunda página. Por segunda vez se repite el nombre de uno de los protagonistas. El lector se siente ya casi en su morada. Sin darse cuenta pasa de un ambiente al otro como quien pasa de una recámara a la otra. La estructura del ambiente general toma pie: el espacio comienza a existir. Novena página. Las formas verbales, sus utilizaciones, las posiciones de los verbos en la frase, dan pie a que la magia del tiempo surja. El espacio-tiempo se ve desde lejos. Los verbos son ventanas grandes y abiertas desde donde la memoria se erige y con ella el recuerdo de todos esos que no están, del que se fue, de quien no volvió. Los verbos en pasado son los progenitores de la melancolía. Página catorce. Como de la nada aparece alguien vestido de azul marino con unos collares de un blancor

opaco y fumando, alguien que, sin querer, o tal vez queriendo, miró hacia delante: el futuro. En el relato algo nuevo apareció. En medio del calor insoportable del pasado una ráfaga fresca entró por entre las ventanas grandes y abiertas. Unvestidoa-zulmarino. Unoscollaresdeunblancoropaco. Los personajes comienzan a vestirse. Son seres colorados ahora: cabello rojo, ojos azules, manos breves. Se mueven en un presente continuo, es decir, un pasado y un futuro que conviven en el ahora. Página veinte. Alguien dice algo. Se escucha una voz y, lo que es peor, se escucha otra. El lector, ya dentro de la historia, ingenuamente se convierte en el espión de una conversación que escucha con un interés arduo. Todas las otras páginas no son más que una repetición novedosa del mismo esquema. Al menos que el escritor de todos esos códigos luminosos, de esos garabatos codificables llamados literatura, sea Prisionero. Él, a través de una manipulación sin igual de puntos, comas, punto y comas, comillas, y otros signos de puntuación crea en el pueblo efectos que, después de un poco, se vuelven la clara demostración de que su presencia es más tangible que la de cualquier otro ciudadano libre.

Página uno. Los lectores comienzan una lectura diáfana, sencilla. La historia desde el inicio se les propone como una catarata incontenible de la que no pueden salir. Todos los personajes con sus olores, alientos y situaciones se les vuelcan encima formando un reguero sobrenatural y a la vez empírico. Los lectores de tanto en tanto se ven obligados a levantar su vista de la hoja para percatarse de que el personaje que están leyendo se encuentra en la esquina siguiente, que el mar sombrío de olas gigantes termina apenas en sus pies, que los ruidos imperceptibles de una naturaleza campestre se escuchan ahí, en el monótono Pueblo desde donde está leyendo. El mundo se bifurca entonces y charcos de imágenes, diálogos, párrafos, quedan tirados por aquí y por allá, y el lector sumiso

debe saltarlos por todo Pueblo, por entrecalles, pasadizos minúsculos, enredaderas inmóviles y tejados color naranja, debe saltarlos como si fueran el precio que hay que pagar por leer la ilusión real de Prisionero. Pueblo se convierte a partir de ese momento en un pizarrón grande como la naturaleza, lejos y ancho como el cielo alto allá arriba y móvil como ese mar brillante que se mueve hasta de noche como un monstruo bello y majestuoso, pero a la vez tímido, observador. Cada cosa refleja las líneas de Prisionero, el mundo se recrea nuevamente, a partir de la nada surge y vuelve a surgir: las mujeres se desdoblán en otras mujeres; los ojos de los adolescentes fornidos reflejan a otros adolescentes que ellos miran y que, al fin y al cabo, son ellos mismos; las piernas de esas bellas mulatas transpiradas se vuelven brillantes, olorosas, de un olor que sabe a plátano y yuca, a mango y caña; un aire intenso, caluroso y sabroso, se apropia del contexto primaveral y lleva el olor de las mulatas hasta el olfato de los hombres cansados de allá abajo, deteniendo la tarea ardua del día a día de cosecha y plantación, y destruyendo el silencio obligado; entonces sus ojos miran el Palacio de Gobernador como algo del más allá, un espejismo remoto. Todo se detiene. El contexto se separa de su propia esencia, de lo que es. Pueblo se vuelve un pedazo de la imaginación de Prisionero y el hechizo de su escritura se extiende, deteniéndose justo delante de las rejas de oro forjado de la alcoba despampanante de Gobernador. La magia de esa lectura intensa no lo toca y no es para menos: él no lee. No sabe. Inmediatamente los olores se confunden, los sabores, y el sudor de todos se transforma en un sudor común, un inmenso mar de olas frágiles y reflejos celestes en el cual todos se bañan al mismo tiempo, en el mismo instante, todos menos Gobernador; un sudor hermoso, refrescante, uno solo para todos; una confusión políglota de cansancios cotidianos, piernas mulatas, miradas adolescentes, espejismos deslum-

brantes; una orgía literaria que hace más libres a los mortales, esos pueblerinos callados que temen los ruidos extraños de Cementerio, los edictos burocráticos y hasta los amores furtivos. Todo vuelve a ser entonces lo que es: un imperio de luz cegadora y olor a sal, un lugar lleno de largas palmas de coco y alas de pelícanos, garzas y gaviotas, abanicos naturales movidos incesantemente por un viento que día y noche se venga del peinado de Gobernador. Todo se transforma en lo que realmente es: una sensualidad generalizada en donde un saludo o un intercambio de miradas puede ser el presagio de un desastre de cuerpos pedregosos revolviendo arena, sal y agua, y creando mapas inéditos sobre la arena de las costas sin nombre de por esos lares. Página uno de Prisionero. Página dos y tres y ya la costa no da abasto para tantos gritos locos, tantos llantos rotos, tantos cuerpos felices de la existencia de la literatura de ese tal Prisionero, acaso el héroe de esta historia, el mártir que hace que las ventanas se queden abiertas, y que por entre sus bocas salgan onomatopeyas deliciosas y sordas de placer; que en el hospital los niños nazcan y nazcan y nazcan con tres ojos sin que nadie sepa por qué; que en Pueblo el viento silbe *jazz*.

Rosita, Secretario, Ella

En los días que siguieron el insomnio de Secretario tomó dimensiones extraordinarias. Él no habría sabido declarar el estatuto real de todas esas horas en la cama: estaba dormido y estaba despierto al mismo tiempo. Lo mismo se podía decir de sus sueños, los cuales se encontraban en una zona intermedia entre el recuerdo y la realidad. En la mañana se despertaba más cansado que el día anterior y lo primero que hacía era constatar que Rosita no estuviera ahí, dormida a su lado. Apenas despierto verificaba los estragos de Rosita como quien sale de un sótano después de un terremoto. Esa noche había habido muchos terremotos.

El primer desastre que constató fue el que se encontraba justo debajo de sus ojos representado por esas dos ojeras de enfermocrónico. Él, que siempre estaba fresco como una lechuga, que cansaba a todos sus colaboradores con el ritmo implacable de su trabajo, ahora, de mañana en mañana, iba decayendo de una forma demasiado evidente. Caminaba más lento que de costumbre, saludaba con media voz y, por

primera vez en la historia de Pueblo, no contestaba súbitamente a los llamados de Gobernador.

¿Por qué coño salió el sol tan temprano hoy, Secretario? —gritó Gobernador desde su Palacio, esperando la llegada inmediata de Secretario.

Pero Secretario seguía pensativo, mirándose al espejo como si no fuera con él, con la afeitadora en la mano.

Rosita, hoy nada me impedirá visitarte.

Y el espejo le respondía lo mismo, con el mismo tono y hasta con la misma mala fe escondida, pues lo que estoy diciendo no me lo creo ni yo mismo.

¿Todo bien, Secretario? —le susurró la madre desde detrás de la puerta del baño con sus ojos llorosos, porque yo no te crie para enamorado, hijo mío.

Secretario no escuchó a la madre. Ahora él tenía oídos solo para Rosita y para el lenguaje de su memoria.

Y la culpa es tuya, Ella —le dijo Secretario con rencor a ese espejo.

Y prosiguió:

¿Qué es eso de estar hablando tan bien de nadie? Mamá dice que uno solo tiene que hablar bien de uno.

Pero si es todo lo contrario, Secretario. Más bien yo siempre te he dicho barbaridades de mi hermana.

Secretario pensó en esa réplica con la poca lucidez que le quedaba y, pensándolo bien, ese espejo tenía razón.

Salió bien afeitado, él que no tenía barba, y esta vez ni siquiera saludó a su madre. Ahora sí que iría directamente a enfrentar a Rosita. Justo frente a la puerta de su casa encontró panfletos que la noche antes desconocidos le habían dejado ahí. Normalmente ese género de provocación lo hacía sonreír, pues ante sus ojos era una demostración típica de libertad. Pero esta vez ni siquiera dio importancia a la existencia de esos panfletos. Les pasó por un lado como si nada fuese, abajoladictaduraenanodemierda.

El camino más directo era ese que lo obligaba a pasar por la Plaza de los Locos. Ningún problema. Su racionalidad le había enseñado que nada de eso que se decía sobre esa plaza era cierto: los locos son locos porque les da la gana. Estaba ya de frente a la plaza y vio venir justo frente a él a Facundo, el camarero de El Faquir, asombrado como si hubiera visto a un fantasma, Pablito Pablo Pablito. Los ojos de ese hombre estaban fuera de sus órbitas y su caminar era exagerado. No obstante, se conocían, ninguno de los dos saludó al otro. Al pasarle por un lado, Secretario escuchó un murmullo que salía de la boca de Facundo, Pablito Pablo Pablito. Pero antes de que cualquier temor o sospecha se le cayera encima, pensó que se trataba simplemente de la plaza y sus locos. Además, qué temor podía superar ese de ir a visitar a Rosita sin tener nada que decirle.

Secretario entró por fin en esa plaza invadida por murmullos letárgicos que parecían la oración de cientos de personas a un dios lejano y sordo. Pero él, tan desconcentrado como estaba, no escuchó ninguno de esos murmullos, ni siquiera percibió los gritos sordos del viudo Felipe hablando de fútbol con su esposa.

Salió de la plaza y ahora casi podía ver la casa de Esaaquelalalaausente. Se detuvo por varias horas en un árbol frondoso que se había convertido en su guarida preferida para fotografiar con su deseo el instante breve de Rosita abriendo la puerta y haciendo entrar al vendedor de turno en un gesto símil al de una ballena enorme que traga cualquier presa a su alcance. La boca se había abierto de nuevo y el último vendedor de la mañana había salido.

Cuando intentó dar el primer paso hacia Rosita, del frondoso árbol de al lado salió despavorido Gobernador con sus guantes tristes. Esta vez no le sucedería lo mismo. Se armó de paciencia y percibió desde lejos, como en una película de

cine mudo, los gestos de Gobernador y de Rosita diciéndole que la señorita no está.

Por fin Gobernador se había marchado. Ya el camino estaba libre para eso que él irracionalmente sentía como una inminente entrada triunfal.

Rosita, mientras cerraba la puerta, lo vio acercarse. Pero de todas maneras cerró la boca de la ballena con malicia. Una frase se le dibujó en la cara:

Te me salvas hoy porque a esta hora ya estoy cansada.

Un suspiro salió de su boca cual punto y aparte después de la frase dicha.

Secretario no escuchó la sentencia de Rosita y siguió acercándose a la puerta con una convicción implacable. En ese momento sintió la misma seguridad que lo albergaba cuando escribía los decretos para el jefe. Y uno y dos y tres toques. La ballena abrió sin más su boca. En lo más adentro de sí mismo, Secretario había imaginado la puerta abriéndose como algo que tomaría más tiempo. Pensó que habría esperado un poco antes de que finalmente se abriera. Pero Rosita lo estaba esperando atrás de la puerta. Ella estaba ahí escuchando y midiendo sus pasos con la oreja pegada a la puerta. Secretario de cazador pasó entonces a ser la bestia cazada, pues Rosita era una cazadora natural. Secretario, sin más opciones, puso una cara de bobo que se agregaba a su habitual cara de bobo. Pero ya era muy tarde. Él ya le había gustado a Rosita.

Ella pensó en decirle, qué lo trae por aquí, cachetón, pero el espasmo que sintió en su sexo fue más fuerte que su razón y lo único que pudo hacer fue agarrarlo de un brazo con un gesto brusco pero medido. La puerta se cerró y el ámbito quedó hipnotizado con el canto de un grillo turbando tanto silencio.

Media hora después la boca de la ballena se abrió y Secretario salió con unos ojos redondos que no pestañaban por

nada del mundo. Estaban a la vez asombrados y felices como los de un pez. Estaban demasiado concentrados en un recuerdo tan cercano que utilizaba el presente para narrarse a sí mismo. Ahora él la conocía de memoria, ahora estoy jodido. Él y Gobernador estaban jodidos. Dos almas en pena que a partir de ese momento vagarían juntas y sin pudor por los entornos asombrosos de esa casa que tanto los despreciaría.

Secretario había salido de ahí, por primera vez en su vida, con algo que contar. Desde pequeño siempre había buscado historias con las cuales poblar su mundo interior, carente de toda experiencia. Ahora por fin cesaría de escuchar las tormentosas narraciones de la negra Ella. Tampoco habría de escuchar más los cuentos dominicales de la pseudoamiga de Rosita. Los cuentos que, más tarde recordaría, los viviría él mismo en primera persona. Más no podía pedir su mediocridad. Comenzó de inmediato.

Se contó a sí mismo lo que le acababa de pasar con esa Rosita, como mecanismo de verificación de su recuerdo. Esa Rosita, esa tal Rosita, que me jaló de pronto, clavándome en el gesto sus largas uñas pintadas de rojo, y me metió por la fuerza en esa puerta-boca-casa-ballena, en ese cuerpo suyo, en su sexo y, más Secretario se repetía esa historia, más lograba esclarecer detalles, hasta ahora pasados por alto, de lo que allá adentro había pasado. Y más agudizaba la remembranza de todo aquello, más se incrustaba en su voluntad ese imperativo que se había propuesto llevar a cabo por sobre todas las cosas: soy yo el hombre que hará cambiar de vida a Rosita. Más tarde hasta el mismísimo Gobernador quedaría sepultado debajo de los escombros de esa intención.

Secretario se dijo que Gobernador sería la primera persona a la cual él le mostraría la maravilla de su secreto suyo. Su jefe sería el primero en escuchar la descripción de lo que él vio y sintió en el interior de esa sabrosa ballena. El padre de

la patria sería el número uno de la lista de personas que conocerían sus atributos de formidable narrador. Pero en más de una ocasión Secretario había desistido a la idea, fruto de sus locos celos locos por Rosita. Pensar en compartir los instantes de Rosita con alguien le parecía inconcebible.

En otras ocasiones estuvo tentado de abrirle su memoria a la negra Ella. Su virtud lo obligaba a tal gesto. Pero la cobardía que siempre lo acompañó, y que tan bien sabía camuflar, no lo dejaba. Siempre se detenía al último momento. Al parecer estaba entonces destinado al silencio, pues la tercera persona en su lista era su madre del alma. Pero, ¿habría ella aceptado semejante traición de parte del hombre de su vida? No, tampoco decírselo a su posesiva madre era una buena idea. Fue así que, sin pensarlo siquiera, un día, espontáneamente, encontró a la persona ideal. La única que podía escuchar y entender su historia. Hasta donde pudo explotó esa oportunidad única que le daba la vida y con detalles exactos, cada día, sin falta, se presentaba en la casa de Esaaquellalaausente y le contaba a Rosita todo lo que detrás de la puerta había ocurrido con la misma Rosita después del jalón de brazo. Los cuentos eran tan perfectos en los detalles y pormenores que en poco tiempo toda la potencialidad narrativa del hecho había terminado. Pero para evitar el peligro de la monotonía, Secretario no tardó en agregar otros particulares del hecho con los que la memoria de Rosita no contaba. Al inicio ella pensó que eran fallas de una memoria perezosa. Pero pasado un tiempo no tardó en percatarse de que no era ella de la que Secretario hablaba, sino de otra Rosita mucho más perfecta en el amor, que albergaba la imaginación de Secretario. Se trataba de esa primera Rosita que él había imaginado a través de los cuentos de Ella y del militar que los lunes contaba lo que la pseudoamiga de Rosita le contaba los domingos.

Rosita, perspicaz como era, no tardó en robarle al azar esa oportunidad inimaginable y creó un círculo vicioso con su enano narrador: cada detalle de lo que había pasado detrás de la puerta, inventado por Secretario, Rosita lo recreaba en la realidad, al día siguiente, con ese enano sin tabúes que, en el delirio de su goce, olvidaba lo dicho el día antes, dando lo que ahora estaba pasando como la prueba irrefutable de que su tramposa memoria no se equivocaba. Rosita le retribuía del mismo modo. También ella aplicaba ese mecanismo de salón de espejos y le mentía a Secretario, dando de ella un reflejo demasiado símil a eso que Secretario quería ver de mi Rosita que ya no es como antes:

Tú me cambiaste la vida, Secretario.

¿Y qué más?

No soy la que era antes.

¿Y qué más?

Mi pasado es asqueroso.

¿Y qué más?

Eres el único, enano.

Esa última frase ponía fin al diálogo que cada mañana los dos repetían cual rito de confesión de fe de parte de esa Rosita que Secretario quería decretar santa de todo Pueblo.

Algunas veces ella exageraba y hacía meas culpas que podían durar horas, pues no me canso de decirme cuánto era pervertida en el pasado, Secretario:

No deberías ser tan dura contigo misma, Rosita.

Ese cambio radical que Rosita le hacía creer a Secretario era además una buena excusa para él que ahora se sentía menos culpable en relación con la negra Ella porque, te estoy componiendo a la oveja negra de la familia, quién otro podría haber hecho de tu hermanita eso que yo estoy logrando. Pero Ella percibía de más en más los escombros de las mentiras de Secretario en esa Rue de Paradis al ver los ojos de pésimo narrador de historias del enano traicionero.

Mientras tanto la ballena había aumentado el número de machos, llevada por las descripciones obscenas que cada mañana le narraba ese Secretario pervertido.

* * *

Y fue tanto el cambio de la santa Rosita a los ojos de Secretario que cuando ella le pidió que ayudara al prójimo, él no dudó en aceptarlo.

Secretario mandó a arreglar, calle por calle, el Barrio fronterizo con el cañaveral donde vivían solo mujeres y donde, con su ayuda, señor Gobernador, vamos a auxiliar a esas muchachas. Al día siguiente Gobernador se asomó a su balcón y habló durante horas sobre la importancia de reconstruir Barrio, que Secretario me describió como un conjunto de casas de lata y calles de arena sin luz ni agua, olvidado por todos.

Los trabajos comenzaron de inmediato. La presencia de Secretario cada mediodía con su casquito de obrero era una garantía para todas ellas. Él presenció con sus propios ojos que era cierto: ahí vivían solo mujeres. Eso Secretario no lo sabía, desde pequeño su madre siempre le prohibió entrar en ese Barrio de putas, hijo.

Llevado por su desproporcionada ingenuidad, hasta el final de los trabajos, no entendió por qué los hombres se negaban rotundamente a dormir toda una noche en Barrio con esas mujeres. Sus visitas se limitaban a unas cuantas horas y, en ocasiones, incluso a pocos minutos.

Las pocas veces que, por casualidad, mencionó el nombre de Rosita en medio de una conversación con las mujeres de Barrio, quedó maravillado por la algarabía y el bochinche que se formaba. Esa muchacha en Barrio era un ser querido, idolatrado, adorado. Las muchachas, sobre todo las más jó-

venes, hacían lo posible por vestirse y hasta por hablar como ella, contradiciendo la obligación impuesta por Gobernador de que todas las mujeres tienen que obedecer a las reglas estéticas dictadas por la forma de ser de Esaquellalaausente, el ser más aburrido del mundo para las muchachas de Barrio.

Un día Secretario llegó con un ataque de rabia a la casa donde trabajaba Rosita con la noticia de que esas muchachas de Barrio eran demasiado extrañas y liberales para sus gustos. Tal era el agradecimiento de todas esas mujeres para con Secretario que, contrariamente a las indicaciones de Rosita, se le ofrecieron en bandeja de plata:

Señor Secretario, escoja a la que quiera.

Él vio a una cincuentena de mujeres semidesnudas de todas las edades, copias mediocres de Rosita en los atuendos y las maneras, y lo único que eso le despertó fue una incertidumbre por cómo le contaré todo esto a Rositalamoralista.

Rosita casi se muere de la risa y solo logró decirle a Secretario con un falso tono serio que continuara con su labor tan humana para con esas mujeres y, contra viento y marea, Secretario con unas ganas todavía más fuertes, continuó colocando él mismo bombillos, pasando cables por arriba de las casas, implantando servicio de aguas negras y blancas, haciendo huecos en todas partes, contratando más y más obreros, pues el trabajo hasta ahora realizado se le presentaba solo como una premisa de todo lo que faltaba.

Incluso Gobernador estaba desconcertado con todo ese tiempo que Secretario le dedicaba a Barrio y con la poca importancia que para él tenía ahora todo el resto. Entre asfalto hirviendo y cabillas tiradas por todas partes, Secretario reflexionaba sobre las buenas nuevas que, a la mañana siguiente, le comunicaría a su Rosita y, ni siquiera las caricias de la masa de mujeres ofreciéndole cafecitos lo desconcentraban. Ellas se mantenían en tropel detrás de su autoridad, expre-

sándole de diferentes modos todo tipo de peticiones, para mi cuartito que se le está cayendo las paredes o mi jardín que se lo comieron los cochinos o las baldosas del baño que se me caen en medio de mis duchas con los clientes.

Secretario escuchaba con una paciencia sin límites cada petición y, aquellas que le parecían más urgentes, las resolvía de inmediato llamando a varios obreros para que fueran a la casa de Jerónima, Azucena o Manantial para resolverle el problema. Pero eran tantas las peticiones y de tantas índoles que los trabajos generales no avanzaban, pues Secretario por complacer a todas, se contradecía a sí mismo a través de un montón de órdenes incompatibles entre sí que lo hacían enviar a un obrero a tres casas distintas al mismo tiempo. Además, las casas de Barrio, que antes eran idénticas en la pobreza, se comenzaron a distinguir entre sí, pues las mujeres más histriónicas y retóricas convencían a Secretario de que, el yacusi que me instaló en el baño no tiene masajeador y que en el patio la piscina que me hizo es demasiado honda. Por el contrario, las mujeres más tímidas, las silenciosas, las menos despampanantes, observaban sus casas de lata que en nada habían cambiado, por culpa de ese mentiroso de Gobernador que nunca cumple nada.

Gobernador, llevado por los consejos de Secretario, no tardó en firmar un decreto que obligaba a los militares activos y a los de reserva a trabajar en el proyecto de ese Barrio de mujeres. Por este motivo la casi la totalidad de caballeros de más de quince años se encontraron pegando bloques, arreglando cañerías, recogiendo cables en medio de una jungla de mujeres pendientes de que pasara Secretario para pedirle por caridad que.

Rosita sacó, como siempre, bastante provecho. Por una parte, fue pagada por todas esas mujeres, y por otra, fue cada vez más idolatrada por Secretario, quien veía en ella un para-

digma de santidad y entrega total al prójimo. Cada mujer le debía pagar a Rosita una suma proporcional a la reestructuración de su casa. Porque aquí nada se regala. Suma que Rosita invertía Dios sabe en qué, pues Ella nunca vio ningún cambio aparente en el modo de vida de su hermanita.

Una vez que Barrio fue rehecho, este se convirtió en el barrio cinco estrellas de Pueblo, a pesar de que en él todavía quedaban casas de latas. Para Secretario esta diferencia de casas era un problema moral que Rosita no dudó en resolverle con una frase:

Secretario, imagínate el aburrimiento de un mundo solo de ricos.

Poco tiempo después y gracias a la insistencia de Secretario, con un firmazo de Gobernador, Rosita fue nombrada Alcaldesa de Barrio. Grado que no le confirió autoridad, pues la tenía de sobra, sino más bien un poco de poder que se reflejaba en el uniforme de generala que el gobierno central le dejaba llevar durante las paradas militares de pacotilla de los días patrios.

A Rosita el poder se le subió a la cabeza y cada vez le pedía más a Secretario. Y tuvo tanto y en tan poco tiempo esa niña que solo le faltó algo que su enano con cara de bobo no pudo darle, pues nada tenía que ver eso con el poder.

* * *

Fantasma, viendo la concentración obrera de todos esos hombres en Barrio, pensó que era una buena ocasión para. El momento propicio para comenzar a. La buena nueva de que por fin la revolución logrará. Pero no apenas trataba de organizar todo con vista de, la noche caía nuevamente en Pueblo, y él salía despavorido hacia el jardín de Esaaquellalausente para hacerla volar por todo Pueblo y hasta más allá.

Toda la noche de todas las noches se repetía el mismo acto heroico de su mano prodigiosa levantando a Esaaquellalaausente para llevarla hacia. Pero todas las mañanas se encontraba con el mismo resultado: un cansancio que no podía controlar. Por eso se le veía de menos en menos entre las filas de su guerrilla de cansados hombres tristes, porque ellos querían, también, trabajar como obreros en Barrio, donde todos cuentan de una masa de mujeres que te andan manoseando para que le pongas más tejas rojas importadas en el techo, o te susurran cochinas en el oído, de esas que a uno le gustan, para que les construyas un tercer cuarto e, incluso, te dan cupones que valen un mes entero para que vayas a visitarlas durante todo febrero sin pagar ni medio, con tal de que me mudes de lugar la cocina, joven.

Pero de ninguna de esas bondades los guerrilleros podían aprovecharse porque no era hasta la hora del almuerzo que ese tal Fantasma se despertaba y, en vez de escuchar la voluntad de esos guerrilleros, se iba al cañaveral a retozar con las negras de pañuelos coloridos y manos callosas para ver si. Pero no. Ningunas de esas sabrosas negras era Esaaquellalaausente. Por ello pasaba de negra en negra sin suerte alguna, sin haber encontrado de día eso que hallaba en las noches. Y con las manos vacías se iba a eso de las seis a la iglesia de Padrecito para ver si ahí la encontraría.

En esa iglesia entraba puntual y arremetía con todas sus fuerzas de amante vestido de blanco contra la fidelidad de esas novias tan bien vestidas de un blanco incienso a causa del polvorón de las calles. Una vez ahí, y en medio de la ceremonia nupcial, se lanzaba al improviso a recitar poemas de Prisionero, pero no. Esa novia no reaccionaba como él se lo esperaba, como lo haría Esaaquellalaausente, la mujer de mis noches.

Pero Fantasma... —le dijo Prisionero— ¿Por qué no te quedas con esa mujer de tus noches? porque de día ya no es la

misma, compañero. Mi nocturna mujer no puede ser esa que, al otro día, después del mediodía, sale a caminar del brazo de ese déspota.

Lo atormentaba el temor de que la mujer que él elevaba con su mano revolucionaria de madrugada, no existiese realmente, que fuese solo un sueño más sabroso que los otros.

Por ello todas las mañanas era el mismo cuento. Se despertaba mucho después que su guerrilla y se frotaba los ojos fuerte fuerte para tratar de darse cuenta de que las mañanas eran solo una pesadilla de mí sin ti. Pero con su gesto a lo sumo lograba ver manchas o bolas de llamas por doquier y no a ti que de mañana no existes.

¿Cómo que no existo? Aquí me tienes vestida de blanco y en el altar—le decía a las seis y cinco minutos de la tarde una de esas novias atrevidas que él interrumpía justo en medio de su boda, como ellas siempre lo habían soñado desde niñas.

Mas al escuchar su voz, Fantasma se daba inmediatamente cuenta de que no eres tú Esa que se deja aferrar por debajo en las noches, Aquella húmeda existencia, la Ausente de mis días sin ti. Entonces esa pobre novia vestida de un blancor curtido no entendía más nada y le daba una cachetada con todo el vigor de su orgullo, se volteaba hacia donde estaba el noviecito, y decía sin más:

Sí, Padrecito, acepto.

Rosita desde las últimas bancas de la iglesia lloraba como una loca con un gesto de falsa sorpresa, como si de hecho fuera la primera vez que asistía a una boda. Ella que nunca se había perdido un solo matrimonio en Pueblo, pues los matrimonios eran su verdadero hobby. En Pueblo muchos afirmaban que ella había presenciado más bodas que el mismo Padrecito. Era precisamente por ello que casarse nunca le había pasado por la mente. Una humillación como esa que Fantasma ponía en práctica, ella nunca hubiera podido

soportarla. Rosita, sin duda alguna, habría caído a los pies de ese Fantasma absurdamente bello y sensual. Aunque bien sabía ella que nada tenía que ver su persona con Esaaquella-laausente. Sabía que, para Fantasma, Esaaquellalaausente no era su jefa de todos los días, como al inicio lo pensó, sino más bien el fantasma sexual y sonámbulo de su jefa. Algo mucho peor incluso para Rosita, que no tiene nada que ver con lo mejor o lo peor de algo.

* * *

Pero Rosita no se detuvo con la faraónica reconstrucción de Barrio. Esas casas de hasta cinco pisos, propiedades de esas putas perfumadas, fue solo el inicio de las peticiones que Rosita le haría a su Secretario. Peticiones que eran descomunales, de toda naturaleza y sin ningún reparo en razones, ahora quiero esto, ahora aquello, y Secretario salía desgreñado por todo Pueblo para traerle el tan añorado antojito.

El colmo de los colmos fue aquel vestido que ella quiso de pronto durante una de esas mañanas de ellos dos.

Ahora quiero un vestido de novia para mí solita.

¿Pero de qué vestido de novia estás hablando si siempre me has dicho que no tienes ninguna intención de casarte?

Su mejor respuesta fue su cara de malcriada contra la cual Secretario no tenía armas. Él lo entendió de inmediato y supo que tendría que traducir sus deseos en realidades como en otrora lo hacía con los deseos de amor loco de Gobernador. Secretario se supo víctima de esa conversación, pero que otra opción le quedaba:

¿Pero con quién te quieres casar, mujer?

Bien sabía Secretario que no era con él. Pero qué más le daba.

Él estaba ya totalmente entregado a los desastres de su amor incondicional.

¿Con quién más, enano querido? —preguntó ella con ojos de soñadora y esperó un instante antes de acotar:

¡Con nadie! El vestido no es para casarme, sino para llevarlo puesto los domingos.

Secretario no encontró nada para decir porque, aunque pareciese extraño, entendía su coquetería desmedida. Pues qué más, Rosita, salgo a buscar tu bendito traje de novia. Pero antes de que él pudiera dar el primer paso, ella lo fusiló de inmediato con una cantidad innumerables de exigencias y detalles de cómo tenía que ser el vestido. Él la escuchó con su habitual paciencia y atención que se reflejaban en sus, particularmente grandes, ojeras que se movían como las de un perro al contacto con las palabras de Rosita.

Apenas terminó con su letanía de detalles, él se fue a visitar casa por casa, hasta encontrar a la mejor costurera de Pueblo que terminó por hallar en Barrio. Y era tanta la gratitud que el mujerero de Barrio le tenía a Secretario que, hasta las que no sabían coser, lo abarrotaron de vestidos de novia. Además, al saber que dicho vestido era para la Rosita aumentó el desenfreno y la inspiración de esas mujeres.

Secretario, cada mañana, después de haber pasado toda la madrugada catalogando vestidos, se presentaba con algunos de ellos delante de la implacable Rosita y, con cara de delfín le decía, escoge el que más te guste. Ella se negaba a cada propuesta con la determinación, la fuerza y el vicio de una futura esposa. También en esas ocasiones Secretario la escuchaba pacientemente con la tijera en mano, cortando las mangas de uno para ponérselo a otro, que no tiene que llevar ese escote, porque el de este vestido es mejor; colocando vestidos al sol, porque este blanco es muy curtido y aquel muy puro; escogiendo telas más suaves, la de este vestido pica. En eso se le

iban los días al secretario de la patria que, estaba tan alejado del orden que él mantenía en Pueblo, que ya todos lo notaban en sus calles sucias, sus leyes empolvadas, en ese Gobernador que ahora soplaba y no hacía botellas y, sobre todo, en el color rojo que estaba impregnando de más en más cada calle, como si hubiera llovido rojo.

Gracias a la ausencia temporal de Secretario ese Fantasma con su roja guerrilla roja estaba haciendo eso que por ley no debía ser hecho. Y ahora sí era verdad que nadie se lo impediría, pues la noticia acaba de llegar a los oídos de Gobernador, el secretario de la patria tuvo que salir corriendo al extranjero a buscar un vestido de novia. La época de lluvia estaba por llegar a Pueblo y, con la noticia de ese Secretario traicionero fuera de nuestras fronteras, reventó el primer aguacero bíblico. Las primeras noticias que le llegaron entonces a Secretario en su exilio de modas se resumían a árboles volando, peces precipitándose a las costas de tan revuelto que estaba el mar, e inundaciones que transformaron las casas en barcos dando vueltas por todo el Caribe.

Gobernador estaba desesperado y Secretario solo le preguntaba una cosa por teléfono:

¿Cómo está Rosita? Saludos a Rosita.

El padre de la patria lo amenazaba, pero de inmediato se daba cuenta de que el único que tenía los instrumentos para ordenar y castigar en Pueblo era Secretario. Gobernador sintió entonces que su poder era tan grande y tan suyo que ya no le pertenecía. Intuyó por primera vez que su poder no cesaría a causa de una rebelión de los Gorilas, como siempre lo pensó, sino más bien a causa de la desconcentración cósmica de ese Secretario enamorado.

* * *

La lluvia continuaba. Era un torrente que dejaba cada ínfimo ente de Pueblo mojado y rojo.

Las noticias que le llegaban a Gobernador de ese Secretario traicionero no lo ayudaban en nada: abajoladictaduravivalibertad. El padre de la patria buscaba cual mendigo por todo Pueblo el secreto del poder que Secretario se había llevado consigo. Pero de tanto no encontrarlo pensó que acaso podría inventárselo.

¿Pero si tú careces de imaginación, Gobernador? —le escuchó decir a Prisionero allá en su celda flotante.

Gobernador, en su desesperación, pensó que haciendo lo que hacía al inicio de los tiempos para acaparar el poder, podría recuperar lo perdido. Utilizó entonces el arma de la violencia. Pero bien sabía él que eso era cosa del pasado, que la violencia funciona una sola vez, al inicio, y que después, para institucionalizarla, se necesitaba un Secretario y no un Gobernador.

La impotencia que lo albergaba era demasiado fuerte y Esaaquellalaausente, que tan bien lo conocía, pudo presenciar desde su ventana sus feas intenciones hediondas que llenaron a todo Pueblo de un fétido olor a muerte, aquí no va a venir ningún comunista a joderme la vida, nojoda.

Fue tanta la persecución y el desamparo, tantas las amenazas y la cacería de brujas, que ni siquiera la lluvia logró amedrentar a toda esa gente haciendo colas delante de la comisaría para denunciarse a sí misma por haber, en lo más profundo de mi alma, deseado que le pasara algo al señor Gobernador, firme aquí, por haber soñado durante la siesta que por fin podía gritar abajoladictaduravivalibertad, firme aquí, por haber rezado el Padrenuestro y el Avemaría para que usted, gorila de mierda, se fuera de una vez por todas al carajo, firme aquí, por haberle ofrecido un cafecito a Fantasma que tan bonito está pintando de rojo todo Pueblo, entonces firme

aquí, y todo el que firmaba entraba, sin juicio alguno, en las celdas de la patria, abarrotadas de tanto rojo que Gobernador decidió mandar a abrir celda por celda y ametrallar a los traidores, montarlos en aviones del ejército y tirarlos al Caribe de noche y todo, se decía a sí mismo Gobernador, porque ese enano de Secretario se metió a cabrón.

Entonces en medio de todas esas sirenas y disparos y gritos sonaba el teléfono y Gobernador, al escuchar la voz aguda de Secretario, preguntaba con toda la hipocresía del mundo:

Buenos días, Secretario. ¿Todo bien por allá?

Todo bien, jefe. ¿Y por allá?

Mejor no pueden estar las cosas. Usted sabe, calmando un poco lo de la lluvia. ¿Cuándo lo tenemos por aquí?

Ya me están cosiendo el vestido.

Al oír semejante respuesta Gobernador apretó hasta más no poder su puño, dándose cuenta de que Secretario no tenía la menor idea del poder que se había llevado consigo y, evidentemente, no sería Gobernador quien se lo diría.

Nada le importaban a Secretario las súplicas camufladas de Gobernador al teléfono, de tan contento que estaba por haber encontrado por fin el modelo de vestido que tú querías, gracias a las manos prodigiosas de esa costurera que aquí todos llaman *couturière*. Tampoco le importaba eso que algunas personas le hacían saber en forma de malignos comentarios en medio de cenas diplomáticas, que dizque en Pueblo a causa de la tormenta los árboles están volando y cortando cabezas rojas. Ni siquiera se dio cuenta Secretario de ese montón de preguntas que Gobernador le hacía al teléfono con la intención escondida de sacarle el secreto de su poder.

Tan poco le importaba ahora Gobernador que, al final de su interrogatorio, lo único que Secretario tenía para decirle era:

¿Cómo está Rosita? Saludos a Rosita.

Y cómo va estar, Secretario, pues bien, muy bien.

En esa respuesta suya Gobernador sintió algo que hasta ahora nunca había experimentado en su vida pública: la paciencia. Esa paciencia que en el verbo de su vida solo se había conjugado con Esaaquellalaausente. Y no fue por virtud que le nació eso que él consideraba una enfermedad, sino más bien por necesidad, al darse cuenta que de él la gente recordaba solo el nombre, porque todo lo otro que tuviera que ver con el poder era asunto de Secretario.

Durante años estuvo tan pendiente de cambiar el curso de los ríos si Esaaquellalaausente así lo quería, de colocar una luna llena en una noche nublada si ella deseaba ver la luna, de que pasó por alto que, de hecho, no era a él que la gente veía hacer todo eso, sino a ese tal Secretario que tanto se respeta por estos lares, porque si le da la gana le cambia el rumbo a un río para que los peces no nos jodan, o hace disipar las nubes para que veamos la luna.

De aquel gran Gobernador que en otrora tomó centímetro por centímetro los territorios físicos y metafísicos de Pueblo, la gente veía solo una imagen que aparecía cual pontífice de vez en cuando y de cuando en vez para prometer incongruencias, cantar himnos o saludar a los niños de Pueblo, todos ahijados suyos, que por ser lo que eran recibían un dinero, que todos los meses Gobernador les enviaba, de las manos de ese Secretario tan bueno que me da de qué comer.

Esa paciencia que había brotado de la sien de Gobernador cual primavera, le ayudó a entender que la violencia bárbara instaurada durante los días de lluvia de nada iba a servir. Esperaré hasta que Pueblo se seque de tanta roja humedad.

Y Pueblo todo entero secó, y tal fue el silencio que guardó Gobernador que los burlones no tardaron en improvisar de calle en calle que el Gobernador de toda esta mierda se había quedado mudo, Gobernador está mudo, es mudo, se le comieron la lengua los ratones.

Pero ya era muy tarde para que la táctica de Gobernador funcionara y todo Pueblo había sacado sus conclusiones. Comadre, con Secretario las cosas no son tan tan, ni muy muy, el enano ese al menos cuando le da por pegar, lo hace de un solo golpe rápido y conciso, se escuchaba decir por las esquinas de Pueblo. Tan duro y a tanta gente le pegó Gobernador para subrayar el título de su poder, que el efecto no fue el deseado y hasta los presos se pusieron a extrañar el equilibrio despótico de ese Secretario que quién sabe dónde estará metido.

Pero hubo otros, sobre todo los jóvenes, que no extrañaron a ningún Secretario ni Gobernador ni a nadie; que se vistieron de rojo y se fueron de diez en diez para los cañaverales que controlaba ese tal Fantasma al cual la ausencia de Secretario le había despertado sus ínfulas de revoltoso.

* * *

Cuando por fin Secretario regresó, se quedó impresionado de cuánto había cambiado todo. Se quedó estupefacto hasta de sí mismo al verse, comparándose con la gente de Pueblo, tan blanco de un blancor nórdico. Parezco anémico. En sus manos llevaba, como desmayado, el vestido de novia más hermoso de Pueblo.

Pero el blancor de Secretario se hizo todavía más evidente al contrastar con cada roja calle roja, con sus banderas rojas, panfletos rojos, voces rojas de abajoladictaduravivalalibertad,

niños con juguetes rojos, hasta los recién nacidos salían rojos de los vientres de sus madres. Tampoco en ese instante Secretario supo intuir que algo tenía que ver él en todo eso. No se sabía poderoso.

Gobernador se abalanzó sobre él apresurado, demente, para acordar inmediatamente, las medidas que hemos de aplicar. Pero Secretario ni siquiera lo miraba a los ojos como solía hacerlo antes. Estaba demasiado ocupado en que la bolsa que cubría el vestido no dejara pasar el polvo de estas calles tan sucias. Gobernador, impotente como estaba, trató de sacarle conversación para diluir su ansia:

¿Y qué se dice de nosotros por allá?

¿Pues qué van a decir? Nada.

Secretario respondió mirando su reloj y, antes de que Gobernador le pudiera decir algo, se dio cuenta de que era la hora de ir a mostrarle el vestido a Rosita.

Gobernador sacó fuerzas de donde no tenía y les hizo a los Gorilas un gesto militar que quería decir, deténganlo ahora mismo. Pero esta vez los Gorilas no osaron detener a ese enano y, más bien, le abrieron un corredor verde para que pudiera pasar sin arrugar ese vestido tan blanco y elegante, desmayado en sus manos.

El camino hacia la casa de Esaaquellalaausente fue para él una experiencia dura a causa de la impaciencia que le comía las entrañas, pero que logró sobrellevar gracias al buen humor y excelente talante con el que había regresado de su viaje. Impresionaba ver cómo la gente observaba el vestido tan blanco que ese hombre llevaba en las manos y que no podía pasar desapercibido en medio de tanto rojorojo.

Secretario, que racionalizaba todo, no dedicó el mínimo pensamiento al color de Pueblo. Todo su espíritu estaba anclado en la imaginación pueril de cómo sería el rostro de Rosita al abrir la puerta. Tampoco ese hombre les dio importan-

cia a los jóvenes que, a su paso, gritaban en voz baja abajoladictaduravivalalibertad. Ni siquiera a los más corajudos que, flacos y orejones como estaban, se le acercaban de más en más con sus franelas rojas gritando rojorojorojo.

Nada de eso lo ahuyentaba del sentimiento por Rosita que, inspirado por la lejanía, se había multiplicado. Ese sentimiento tan suyo que ahora comenzó a quemarle las entrañas pues se encontraba a pocos metros de esa casa.

Antes de llegar se detuvo un momento. Sus pulmones percibieron ráfagas breves de las bombas lacrimógenas que los Gorilas, por orden de Gobernador, lanzaron justo detrás del paso de Secretario para calmar a la muchedumbre, porque si ahora algo me le pasa a ese enano, sí que nos jodimos. Abajoladictaduravivalalibertad. Rojorojorojo.

Secretario sintió sus ojos húmedos y su nariz perturbada. Algunas lágrimas le brotaron sin que él las pudiera controlar. Entonces pensó, ahora sí que estoy enamorado, Rosita, me hiciste llorar. Esa era la prueba que le faltaba para escoger entre las dos hermanas. Rosita era sin duda el amor de su vida, la única hembra que había hecho llorar al secretario de la patria.

Detuvo sus pensamientos y le dio espacio a los sentidos. Pudo percibir un frutero despelucado y alegre saliendo de la boca de la ballena. Pero también percibió el milagro de la imagen fugaz de Rosita abriendo y cerrando la puerta. Pocos instantes faltaban y ahora sería su turno de tocar a esa puerta con la que tanto había soñado en el extranjero.

Rosita tuvo por fin el vestido frente a sus ojos. Su sonrisa le dijo a Secretario lo mucho que le gustaba. Pero antes de

que Secretario pudiera celebrar, ese rostro sonriente se convirtió de nuevo en cara de malcriadez.

No creas que con este vestidito de pacotilla voy a ceder —le dijo Rosita mirándose sus largas uñas rojas.

¿A ceder? Si es que yo no te pido nada —respondió perturbado Secretario.

Los hombres siempre piden algo.

Pero si es que yo nunca te he pedido nada, Rosita.

Quiero casarme por todo lo alto.

Secretario no entendió, pues el cambio de tema había sido demasiado brusco.

Pero siempre me dijiste que nada querías con el matrimonio. Que le temías a ese tal Fantasma irrumpiendo en plena boda.

Conozco a los hombres: yo me quiero casar conmigo misma y, sin novio a quién humillar, Fantasma nunca se va a presentar ahí.

No conoces a ese hombre. Más que tú.

Secretario trató de explicarle algo a Rosita, pero no apenas había comenzado lo olvidó, porque su amor ya estaba completamente de acuerdo con los designios de esa muchacha:

Dime entonces la fecha —dijo él vencido.

Pero ella ni lo escuchó y Secretario se tuvo que ir cabizbajo sin poder ni siquiera saludarla. Rosita se quedó todo el día así como estaba, postrada en el sofá, pensando si acaso hubiera podido resistir al encanto de ese negro Fantasma que está tan bueno. Durante ese día solo se levantó del sofá para decirle a Gobernador por enésima vez que la señorita está durmiendo, dígame que entonces regreso más tarde.

Viendo a Gobernador darse vuelta y retirarse vencido, Rosita se embarró en sus pensamientos, Gobernador, qué chiquito te ves ahora, que angostos son tus hombros que antes parecían interminables en ese uniforme de dictador, y esos

pasos y esos piecitos y esas manos, qué enanitas son. Estás jodido, viejito, destinado a estar jodido por ese negro bello que parece un fantasma de tan Fantasma que es, ese rojo, ese macho que te está quitando centímetro a centímetro este Pueblo, así, como tú lo conquistaste con esos descamisados con armas extranjeras que tan elegantes se visten ahora.

Poco a poco sus pensamientos se alejaron de Gobernador para dejar paso a una especie de intuición única, resplandeciente, representada por la personalidad de Fantasma, su cuerpo oscuro, sus miembros gruesos como troncos negros, frondosos. Al fin y al cabo ella era una hija de su Barrio y, como todas las otras marginales de ese lugar, no podía pensar en un hombre más hombre que ese tal Fantasma, Fantasma te deseo, Fantasma negrito, Fantasma ricura, Fantasma hombros largos, Fantasma nojoda, Fantasma mi macho, Fantasma gordito, Fantasma despacio, Fantasma felino, viva Fantasma viva, Fantasma ternura, mi rojo Fantasma, Fantasma Fantasma. Y su delirio parecía no tener final, era tan hondo como una melancolía y más tenue y despacio que cualquier otra cosa.

Las horas pasaban y Rosita seguía en sus pensamientos suyos y en Fantasma que, allá en los cañaverales, no hubiera nunca podido imaginar que esa niña que servía a Esaaquellalausente, esa que la señora de la casa dispensaba cada noche y que se retiraba a su cuarto a hacerse la dormida, lo amaba tanto, era la única que lo hubiera podido. No, Fantasma no lo hubiera podido nunca imaginar, nunca hubiera llegado a escrutar tan bien el destino como para lograr saber que esa flaquita de senos tenues, esa tal Rosita, era lo suyo, esa que abría y cerraba puertas de día, y que de noche los escuchaba desde su cama de infanta, a Esaaquellalausente y a Fantasma, retozar en el jardín, salir volando por ahí, chuparse, tenerse el uno al otro, como en un sueño en blanco y negro y blanco, los veía Rosita con los ojos cerrados, como si soñase

esos sueños que tan bien imaginaba cuando hacía el amor con sus innumerables amantes, esos con los cuales Rosita cerraba los ojos en medio del amor para imaginar que no era a Esa-aquellalaausente sino a ella a quien Fantasma levantaba, afe-r-rándola por entre sus piernitas de lagartija, ay, qué rico, como si él me prefiriera a mí y no a Esa ni a Aquella ni a ninguna Ausente, ay qué bueno, qué rico mamita, qué rico Rosita, se decía ella a sí misma tocándose ahí en el medio, donde más duele y goza, donde más gusta, más suave, más suave, se decía, y vaya si se escuchaba, porque más suave sus deditos, la punta de ellos, la tocaban y, cuando ya estaba casi, se asomaba por la ventana entreabierta y espiaba a Esaaquellalaausente y Fantasma, paseándose por el cielo de Pueblo como una bruja sin escoba, apareciendo y desapareciendo por entre las estrellas, por detrás de la luna, y más los veía, más aumentaba su deseo, pues más imaginaba Rosita que era ella a quien en las noches Fantasma, ella a la que ese negro, ella a quien él.

* * *

¿Acepta usted, Rosita, a?

Pero no pudo ni siquiera terminar el nuevo Padrecito militar su pregunta nupcial, cuando ya Rosita se había apresurado a responder:

Sí, acepto.

De nada sirvió tanta prisa de Rosita en contestar pues ya Fantasma, a quien nadie había notado en las últimas bancas de atrás, había aparecido.

El lugar estaba lleno a más no poder. Cabezas de todos los talantes se podían ver desde el pequeño órgano de tubo situado en la parte superior trasera de la iglesia. Todos estaban con sus vestidos de gala ya que se trataba de una invitación formal del

régimen. El secretario de la patria como portavoz del inigualable Gobernador lo invitan, señor y señora, a la ceremonia nupcial de la señorita Rosita, el próximo sábado, a la hora exacta, en el lugar preciso. Atentamente, el señor Secretario.

Ahí estaban todos recién bañados, entalcados, oliendo a limpio y con caras incrédulas, pues, desde cuándo se ha visto que alguien se case solo. Guiados por el Padrecito militar y sus oraciones, la gente se sentaba, paraba o arrodillaba con disciplina y, cada movimiento realizado por el centenar de personas, hacía emanar un olor todavía más fuerte de perfume barato.

Los invitados estaban dispuestos en una distribución jerárquica y, en la primera fila, se encontraba, más perfumado que todos, Secretario. Radiante como si fuera su matrimonio, y en el fondo tenía razón, porque bien se podía decir que se trataba de su boda ya que, en efecto, fue él mismo quien se ocupó de cada detalle. A su lado se encontraba Gobernador, más resplandeciente que nunca, pues menos se tiene poder más se debe hacer alarde de él. También se encontraba ahí la negra Ella, fascinada de lo bello que es todo y de que, Rosita, por fin te me casas y pones fin a tu desafortunada vida. A su lado estaba Esaaquellalaausente con un vestido simple que la descubría como la mujer más hermosa que ojos humanos hayan visto.

Todos envidiaban a la putita barata de la Rosita con ese vestido de novia que de ser tan caro se llamaba robe de mariée, a esa mujerzuela que nos obligó a vestirnos de gente para venir a verla hacer lo que le da la gana con el poder. ¿Acepta usted, Rosita, a? Mire ese pobre hombre de dios obligado por francotiradores a casar a esa mujer de la calle con nadie. ¿Acepta usted, Rosita, a? Y qué decir del cabrón de Secretario cuyos cachos son tan grandes que casi no podían entrar en la iglesia. ¿Acepta usted, Rosita, a? Sí, acepto. Pero de nada sirvió tanta prisa de Rosita en contestar, ya Fantasma había aparecido. Desde detrás de la iglesia se escuchó un ruido extraño y

fuerte, pero nadie volteó la cabeza para mirar quién era, bien sabían todos de quién se trataba.

Fantasma saltó desde las últimas bancas como un felino. Todos lo vieron cuando ya estaba de frente a Rosita, tan linda tan linda, que sin problema alguien le hubiera podido dar la edad de quince años o de treinta y cinco, edades perfectas de toda mujer.

Rosita se desplomó toda entera, y no podía ser para menos con Fantasma sudado ahí de frente a su vestido de novia, todos sus sueños se le habían realizado en un solo momento y con un solo salto.

Después del salto maravilloso Fantasma posó por fin sus pies en el altar, creando una nube de polvo al contacto con el piso abarrotado de mugre y plumas. El ambiente era símil al de un robo de banco. Todos estaban silenciosos como si el movimiento fuera sinónimo de muerte.

Los atuendos de Rosita iban cayendo uno a uno, como desmayados, en medio de todo ese polvorón. Primero su blanco vestido que ella rasgó con un templeón desaforado que mostraba, exacta, toda la pasión comprimida que no logró drenar con tanto hombre. Más tarde fueron sus sostenes y bikini que volaron con la fuerza de esta frustración por no tenerte.

Fantasma pasó al segundo poema de su amigo Prisionero. El primero había sido recitado con un tono más bien bajo y oscuro, dejando pausas apenas perceptibles para que Rosita pudiera decir, soy yo Esaanquellalaausente. Esperanza insensata, porque esa mujer que él buscaba estaba en las bancas de la iglesia muy cerca de Gobernador.

No puede ser que no te des cuenta —le repetía Prisionero, desde el Caribe.

Casi desnuda, Rosita se llenó de un presentimiento que no tardó en descubrir como una vana esperanza. Acaso soy real-

mente yo esa que él busca, Aquella que él espera, la Ausente de sus días sin mí. No podía imaginarse Rosita que esos poemas siempre creaban los mismos efectos.

Primero hacían desvestir a las novias para, después, hacerlas creer que acaso soy yo la que Fantasma busca. No, no eres tú, tú no eres, no.

¿Acepta usted, Rosita, a?

Sí, trató de murmurar Rosita, pero la voz altisonante de Fantasma poeta, no dejaba escuchar ni al Padrecito, ni mucho menos a Rosita enamorada como nunca antes, aceptando ser la esposa de ese tal Fantasma.

Gobernador trató de levantarse para poner orden, pero sus delgadas piernas de anciano no se lo permitieron. Esa ceremonia tomó entonces una envergadura que iba más allá de Rosita enamorada, pues era el gesto que todo Pueblo esperaba para corroborar lo que se decía en las esquinas, que ese tal Gobernador no es más el chivo que más mea, es más, ni siquiera chivo es. Y tanto era verdad que el tal Gobernador no logró ni siquiera detener a Esaaquellalaausente, marchándose del lugar. Fantasma esa que se está yendo es la que tú buscas. Detenla —gritaba Prisionero como un loco desde la bahía.

Pero qué lo iba a escuchar Fantasma, si apenas había pasado al tercer poema, el más sincero y tierno, el que las desmayaba, ese que ahora estaba dejando boquiabiertos a los francotiradores, allá arriba. Esos Gorilas que a pesar de la insistencia de la mirada de Gobernador, no lograban dispararle a ese macho tan lindo y sensual, que de ser tan bello, si usted así lo quiere, nos sumamos a su causa, Fantasma hermoso, cambiamos el color de las frutas, el curso de los ríos, las formas de las ventanas, la hora del desayuno.

¿Acepta usted, Rosita, a?

Sí, acepto.

Respondió Rosita completamente poseída por ese Fantasma, arrancada de su existencia, fuera de sí, víctima de un delirium tremens que la ponía a hablar lenguajes extraños. Por ello todos escuchaban, sí acepto, Padrecito, en los dialectos más insólitos, en el de una mariposa volando, incluso en el de un vapor. Todos esos lenguajes utilizaba Rosita, a ver si en uno de esos entiendes, que te estoy diciendo que acepto ser tu mujer. Dentro de poco caería Rosita al lado de su vestido desmayado, Fantasma desaparecería solo y triste, y Secretario perdería la oportunidad de su vida de demostrarle a Rosita que, no soy un cobarde y que te puedo defender del fanfarrón de Fantasma.

Las piernas de Secretario dieron dos pasos hacia delante para llegar hasta ese altar y defenderla, pero su yo más íntimo no tuvo el valor de hacerlo. Todo lo que siempre hizo Secretario lo hizo escondido detrás del antifaz del poder y, en esa ocasión solo suya en la cual él no era más que un hombre enamorado, se cagó en los pantalones.

De pronto Fantasma no escuchó más nada. Ni siquiera la voz del Padrecito militar repitiendo cual autómata, acepta usted Rosita a. En un instante el cuerpo de Rosita monopolizó a Fantasma dejándolo indefenso, delante de una Rosita completamente desnuda.

¿Quién eres tú? —le preguntó Fantasma para saber si era ella la que buscaba.

La que buscas.

Yo no busco a nadie. La que ha de ser, será simplemente encontrada.

Insisto, hombre, soy yo —dijo Rosita con una voz de incienso y cayó desmayada.

Fantasma desapareció como un espectro, solo y triste, con su traje blanco. No eres la que busco. No diste muestra del gesto, ese gesto que solo esa mujer hará. No dijiste eso que solo ella dirá.

Antes de desmayarse, Rosita se vio a sí misma como en un espejo. Primero observó con lástima sus ojos, después bajó su mirada y se vio desnuda como tantas veces había estado desnuda. Se dio cuenta de que era la primera vez que reconocía su desnudez, porque desnuda estoy delante de ti, el macho que amo.

Fantasma no la escuchó por estar pensando en lo que quería escuchar y desapareció como un espectro, solo y triste, con su traje blanco y esos cinco poemas cansados en su memoria.

* * *

La gente delante de la ausencia de Fantasma y del cuerpo de Rosita postrado en el altar, resucitó como desde un más allá colectivo. Hubo una reacción súbita y general. Todos saltaron a salvar a Rosita al mismo tiempo y con el mismo ímpetu, cuando ya todo se había consumado.

Rosita se acababa de casar, hasta que la muerte la separe, con ella misma. Jamás ningún hombre, hasta el final de su vida, osaría tocarla, ni mucho menos ocupar el espacio que Fantasma acababa de inmortalizar con el gesto incomparable del amor despreciado. Él se quedaría hasta el final ahí presente como un ente opaco, tan opaco, que al ser mirado con los ojos de la memoria haría más daño a esa vista que todos los otros seres visibles e invisibles.

Bien intuyó eso Secretario con su amor vidente. Afortunadamente le quedaba una carta bajo la manga. La última.

La gente comenzó a salir de la iglesia y, como pudieron, emparapetaron el vestido de novia de Rosita con los ojos llorosos y la mirada perdida que nunca nadie volvería a encontrar. La ayudaban a caminar porque sola no lo hubiera logrado.

Sus cabellos despeinados como los de una loca de Barrio, sus uñas sucias como si hubiera pasado la noche comiendo

tierra y su piel arrugada con ríos, montañas y altiplanos, como un mapamundi. Rosita la más bonita, estaba ahora anciana. Esa ceremonia la había envejecido al menos sesenta años. Secretario la ayudaba a caminar y, observándola, la confundía por momentos con su madre, también presente en la iglesia. Al verlas juntas Secretario no logró reprimir su pensamiento:

Parecen morochas.

Pero poco le importó al él toda esa mutación, la humillación y todo lo demás. Secretario la miraba con esos ojos suyos y su corazón enano se le ponía a correr y saltar como un infante. Seguía irremediablemente enamorado. Además, la sorpresa que tenía preparada para después del matrimonio, y que dentro de poco descubriría, lo hacía temblar, de tanta alegría que esto le va a causar a mi pobre Rosita. Ya por fin ella había salido de la iglesia de su desdicha donde tantos matrimonios había presenciado. La luz del sol de ese sábado de mañana era tan fuerte que, con los ojos casi cerrados por la luminosidad, no pudo apreciar a todo Pueblo ahí, de frente, esperando su salida.

Secretario pidió la palabra, pero en lugar de frases, se limitó a decir todo con un gesto después del cual todo inició.

Desde arriba comenzó a caer sobre toda esa gente una nieve del mismísimo color del vestido de Rosita, que vio todo eso como si no lo viera. Poco tiempo bastó para que todo, de rojo como estaba, pasara a blanco. La gente del entorno de Gobernador que tanto amaban el blanco, y tanto habían detestado ese rojo que, de más en más, iba inundando Pueblo, se puso a aplaudir, que viva el gobierno que viva.

Pero Rosita, nada. Estaba perdida en los corredores de su tristeza y, con ella, Secretario, entendió a retazos que de poco había servido tanto esfuerzo, pues ahí está Rosita, más ausente que nunca.

Mientras Secretario pensaba en todo eso, en su amor y sus vanos esfuerzos, no pudo evitar la imagen de su negra Ella

frente a él, perdida en ese medio círculo que la élite había formado en torno a Rosita. La negrura de Ella sobresalió entre tanto blanco que había caído del cielo y tanta blanca gente blanca. Secretario la miró a los ojos y la imaginó suya, otra vez suya para siempre. Pero no, enano de mis sueños, traicionero de mi vida y de Rue de Paradis, no.

Apenas esa respuesta silenciosa de la negra Ella terminó de llegar al corazón de Secretario, poniendo en su lugar a su y todo lo demás. Secretario la miraba con esos ojos suyos y su corazón enano se le ponía a correr y saltar como un infante. Seguía irremediablemente enamorado. Además, la sorpresa que tenía preparada para después del matrimonio, y que dentro de poco descubriría, lo hacía temblar, de tanta alegría que esto le va a causar a mi pobre Rosita. Ya por fin ella había salido de la iglesia de su desdicha donde tantos matrimonios había presenciado. La luz del sol de ese sábado de mañana era tan fuerte que, con los ojos casi cerrados por la luminosidad, no pudo apreciar a todo Pueblo ahí, de frente, esperando su salida.

Secretario pidió la palabra, pero en lugar de frases, se limitó a decir todo con un gesto después del cual todo inició.

Desde arriba comenzó a caer sobre toda esa gente una nieve del mismísimo color del vestido de Rosita, que vio todo eso como si no lo viera. Poco tiempo bastó para que todo, de rojo como estaba, pasara a blanco. La gente del entorno de Gobernador que tanto amaban el blanco, y tanto habían detestado ese rojo que, de más en más, iba inundando Pueblo, se puso a aplaudir, que viva el gobierno que viva.

Pero Rosita, nada. Estaba perdida en los corredores de su tristeza y, con ella, Secretario, entendió a retazos que de poco había servido tanto esfuerzo, pues ahí está Rosita, más ausente que nunca.

Mientras Secretario pensaba en todo eso, en su amor y sus vanos esfuerzos, no pudo evitar la imagen de su negra Ella

frente a él, perdida en ese medio círculo que la élite había formado en torno a Rosita. La negrura de Ella sobresalió entre tanto blanco que había caído del cielo y tanta blanca gente blanca. Secretario la miró a los ojos y la imaginó suya, otra vez suya para siempre. Pero no, enano de mis sueños, traicionero de mi vida y de Rue de Paradis, no.

Apenas esa respuesta silenciosa de la negra Ella terminó de llegar al corazón de Secretario, poniendo en su lugar a su indeciso egoísmo, el sol salió por entre una nube pasajera. Las pupilas de Secretario se cerraron por tanta luz y ya no pudo ver a Ella con la nitidez de antes.

Los niños pagados por Secretario, que desde el techo de la iglesia lanzaban papelitos blancos con la palabra nieve escrita en el medio, cesaron su actividad pues ya no quedaban papelitos en los sacos.

El sol no tardó en derretir toda esa nieve y todo de blanco pasó a ser otra vez de un rojo fantasmal. Ese montón de nieve derretida dejó el ambiente cundido de una humedad que hizo todavía más insoportable el calor de ese día triste y caliente en que la negra Ella, delante de todo el mundo, se le acercó a Rosita y, en medio de un silencio claustrofóbico, la tomó de la mano, rompió el medio círculo, y la condujo a la casa de Esaquellalaausente quien la esperaba con las maletas hechas hasta más no poder.

* * *

Cuando él entraba en una casa, oficina o plaza, la gente lo saludaba, cómo está, Gobernador, mientras salían despavoridos porque estaban seguros que dicho lugar saltaría dentro de poco en mil pedazos explotado por sus enemigos políticos.

Después de lo ocurrido en la iglesia con Rosita ya nadie se sentía seguro en Pueblo. Ni siquiera el mismísimo Gobernador,

el chivo que más meaba. Esaquellalaausente se dio cuenta antes que todos. Bien sabía que ese viejo ahora no me sirve para más nada. Y era cierto porque el poco poder que le quedaba, apenas si le servía a Gobernador para protegerse a sí mismo.

Gobernador nada quería saber de nada y todo el que le dirigía la palabra obtenía la misma respuesta, qué quiere que haga si hace días que nadie me sabe decir a dónde se me fue, quién se la llevó. Él la había buscado por todas partes y lo único que le había sabido decir todo el mundo era que, cuando Rosita llegó a la casa de Esaquellalaausente, después de su matrimonio, ésta la estaba esperando con una sonrisa de oreja a oreja y, no esperó siquiera que Rosita terminara de entrar, para decirle con una voz de iluminada:

Me voy de esta mierda.

Rosita, como siempre, no dejó pasar la oportunidad y le respondió de inmediato:

Nos vamos, jefa.

Esa misma noche salieron bajo la luz de dos lunas llenas tan brillantes que más bien parecían soles. Se fueron saltando charcos, huecos, paredes, de techo en techo y, cuando ya caminaban por sobre las aguas del Caribe y no tenían más nada que saltar, entonces saltaron y ya, saltaron de alegría.

Rosita que era la más débil de nostalgia trató de darse vuelta para ver Pueblo por la última vez, pero desistió gracias a las palabras de Esaquellalaausente, quien le contó la leyenda del Silbón para persuadirla, el Silbón que silba y silba, y si te das vuelta para verlo él está atrás de ti, y si te vuelves a dar vuelta él está todavía más cerca, y si insistes en una última mirada ya está a tu lado, y contigo se desaparece para siempre. Rosita no miró y dejó a Pueblo allá lejos. Lo último que vio de él fue a Prisionero escribiendo una historia, cada vez que una gota tocaba su prisión acuática.

Por su parte, Esaaquellalaausente pensó en Gobernador y en Fantasma con una tierna memoria de madre. Los vio jóvenes y desvalidos como eran y estaban durante esa primera vez en aquel balde de agua de su primer orgasmo. Pero su ternura de madre terminó por convertirse en una carcajada de esposa escapada al imaginar ese momento en el cual Gobernador llegó a la casa de Esaaquellalaausente y no pudo creer en sus ojos. La casa estaba abarrotada de guantes marrones que de ser tantos no lo dejaron ni siquiera entrar.

* * *

Apenas Esaaquellalaausente y Rosita salieron de los límites de Pueblo, una banda de flamencos, gaviotas y peces de distintos tamaños y colores volaron como ahuyentados por un tiro de rifle y los ríos dieron marcha atrás en sus rumbos. Gobernador sintió en sus entrañas que Pueblo se había quedado sin alma. Todos los seguidores de Gobernador sabían que esos fenómenos extraordinarios obedecían a la partida de esa mujer, pero ninguno se atrevía a confesárselo. Gobernador habría de verificarlo con sus propios ojos.

En el otro lado de Pueblo también Secretario vio ese cielo de tantos colores a causa del resplandor de las lunas. Pero no fue eso lo que le hizo intuir el éxodo de su Rosita. Lo que le rebeló la inminente ausencia de su amada fue ese mmmmmm extraño que se escuchaba por todas partes, fruto de los comentarios en voz baja de todo Pueblo contando lo que pasó.

Los habitantes de Pueblo que vivieron el evento con más alegría, como un éxito propio, fueron los muertos de Cementerio. Qué otro temor podían tener ahora esos muertos por la ambición de los Gorilas y el amor de Gobernador, ahora que sabían que Esaaquellalaausente se había fugado en una noche de dos lunas.

Esos muertos las habían visto pasar saltando por entre las tumbas monumentales de ese Cementerio. Ellos admiraron sus vestidos leves bailando con el viento salsero del Caribe y rozando a su paso las cruces de maderas comidas por los comejenes, las estrellas de David corroídas por la sal y las medialunas curtidas por el sol.

Ahí van, gritaban esos muertos, muertos de risa, asomando sus ojotes de vivos por entre las hendijas de los panteones familiares. Tanto Esaaquellaausente como Rosita no creyeron en sus ojos al ver ahí tanto muerto en vida. Solo entonces descubrieron el secreto de esos muertos que solo estaban muertos de hambre.

Aquellos pobres muertos pobres que no tenían dónde vivir, habían encontrado en ese Cementerio una residencia cinco estrellas Ellos que habían sido arreados hasta ahí por la penuria, no pudieron creer que ningún vivo viviera en esos lujosos panteones marmóreos de tres pisos que los ricos vivos habían construido para sus ricos muertos. Las alcobas de esas construcciones colosales eran frescas y ciertos panteones poseían hasta capillas privadas.

De hecho, el famoso día aquel casi nadie reconoció a todos esos muertos de tan pálidos que estaban, y muchos los confundieron con zombis diurnos o con ahogados de mar y los agarraron a tiros. Pero eso no impidió que uno a uno salieran de sus fúnebres moradas detrás de la noticia de que, carajo, Gobernador está cayendo de tristeza porque se le fue la mujer.

Esos muertos salieron dispuestos a todo. Con todo el miedo del mundo escalaron la profundidad de las tumbas, saltaron flores secas, se lanzaron desde los panteones más altos y, cuando ya estaban dentro de los límites del mundo de los vivos, del cual escaparon por pobres, se encontraron con la triste bienvenida de una pobreza mayor. Muchos miraron para atrás, pero no. Tomaron la vía que da a la iglesia gritando injurias contra

Gobernador y versos de libertad. Llegados a la iglesia del difunto Padrecito, cruzaron a la izquierda y después otra vez a la izquierda. Ya están frente de ti, Gobernador, susurró muerto de risa Prisionero, mírate cómo estás, más pálido que ellos que, de ser tantos, te obligaron a escuchar:

Rojorojorojo.

Y eso lo gritaban, no tanto porque estuvieran de acuerdo con ello, sino porque tú detestas escucharlo.

De pronto Gobernador se dio cuenta por primera vez en su vida de existir en cuanto individuo y no, como él lo creía hasta ahora, como un ente colectivo. No eres Pueblo, le aclaró Prisionero con una alegría de muchacho travieso.

Él era, a pesar de todo, un individuo, tenía miedo. Y ese sentimiento le hizo daño por no tener nada que ver con Esa-aquellaausente. El miedo es la prueba de tu lejanía, mujer.

Pensó en Secretario como un niño temeroso piensa en su padre.

* * *

La manifestación llegó, por fin llegó, de frente a la casa sin ventanas de Gobernador. Él se encontraba sin escolta. Solo Secretario lo acompañaba. Como siempre, Secretario ahí, sobre todo ahora que Rosita no estaba.

Sus oídos, que pocos días antes escuchaban solo el lenguaje del amor de esa mujer, ahora estaban libres y disponibles para oír a Pueblo, y vaya si oían, exactos, los gritos que toda esa gente dirigía hacia él, rojorojorojo.

En medio de su miedo, Gobernador buscaba cual ciego la presencia de Secretario que, a pesar del momento, seguía medio perdido en la ausencia de su Rosita, adónde te fuiste, con quién y por qué. Pero ella, a pesar de que lo escuchara desde

el más allá, el mucho más allá de su exilio, no le contestaba, porque aquí vendrías a parar, enano de mierda. Por fin los ojos de Gobernador en la penumbra de su alcoba encontraron a ese Secretario que, víctima de su nostalgia, no servía para más nada. Era solo un ser. Lo vio. Te vi, Secretario de mi salvación. Secretario vio que él, el jefe, lo estaba viendo, y la imagen de Gobernador reflejada en sus ojos le obsequió esa increíble intuición de que ahora, ahorita mismo, era él el que era. Secretario se sintió de inmediato revestido con los barrocos trajes del poder. Carajo, soy yo.

Gobernador, como buen viejo, supo que ahora Secretario sabía que era él el chivo que más meaba y trató de salvarse diciendo su última mentira:

Sí, eres tú, Secretario, el que yo escogí.

Bien sabía Secretario que la mirada de oveja de Gobernador contradecía sus palabras de lobo. Pero qué más da. Fue precisamente ese miedo de Gobernador el que había convertido a Secretario en eso que ahora era y qué otra cosa podía hacer. Se armó de valor e hizo lo que en ese momento Gobernador no era capaz de concretar.

Secretario se vio entonces a sí mismo sin la farsa de su sentimiento por Rosita: su identidad se le derrumbó encima. Pensó en todo lo que había hecho hasta ahora en Pueblo, su carrera, sus decretos y castigos. Todo eso no había sido hecho por nadie más que él mismo.

Todo lo que en tantos años de servicio había tejido hasta ahora con su frágil hilito de poder, cada mínimo gesto sumiso realizado, todas las órdenes cumplidas, lo llevaron sin más hasta esa cita en ese cuarto oscuro con ese viejo decrepito.

Pero ya no había cabida para reflexiones y sus pensamientos se disiparon a la cuenta de tres.

Uno. Dos. Tres.

De pronto pudo escuchar con absoluta nitidez eso que todo Pueblo escuchaba durante esa hora del burro, tan extraña y única, rojorojorojo.

La furia de esos muertos de hambre ya casi estaba pisando el césped de la entrada de la casa del poder, rompiendo alambres de púa, pisando gallinas, saltando vacas y chamuscando las flores que otrora Gobernador había sembrado ahí para Esaaquellalaausente.

Ya dentro de poco ese Pueblo y aquel Gobernador que ya nada tenía de su nombre, se estrellarían empujados por el tiempo vestido de historia. Gobernador nunca pensó de forma concreta en el final, por eso era Gobernador. Pero ahí, a escasos metros de, se confesó a sí mismo que siempre lo sintió como intuición. Estaba sudando.

Arremetió contra un arsenal de libros ahí escondidos y los devoró con un ansia bulímica. Se dijo que de esa manera esperaría a Pueblo comiéndose toda esa biblioteca para que, definitivamente, nada quedara escrito después de él. Se los comió uno a uno mirando a Secretario fijo a los ojos. Te jodes tú, me jodo yo.

Pero el poder hizo reaccionar a Secretario:

Usted no se preocupe, viejo de mierda. Nadie lo va a tocar.

Gobernador se le tiró encima con el gesto más sumiso que en tantos años de sumisión Pueblo había conocido. Pero Secretario lo paró en seco:

Lo único que tiene que hacer es reconocerlo.

¿Qué cosa, Secretario? Que usted es un dictador.

Si quiere le reconozco aquí mismo, Secretario, que usted es el jefe y yo el vasallo. Aquí mismo. A solas. Pero eso que usted me pide es demasiado.

De reconocer que yo soy el jefe me encargo yo solito, jefe. Soy un dictador.

Puede irse a dormir. Del resto me encargo yo.

Secretario salió y miró a Pueblo fijo a los ojos. Todos quedaron atónitos pues nunca nadie había visto ni imaginado esos ojos tan suyos que ahora los hipnotizaba.

Epílogo

Señorita Rosita, se me quedaron ayer aquí unos guantes marrones de cuero, por casualidad sabrá si.

Sí, la señorita dice que hoy si está.

Y tal fue la alegría de ese tal Gobernador al ver bajar a Esaquellalaausente por las escaleras, que de sus labios salieron palabras tan bellas que bien hubieran podido ser llamadas poemas.

Las palabras fueron saliendo, una por una, de la boca de ese Gobernador poeta y Esaquellalaausente, más que escucharlas, las vio de tan verdaderas y nítidas que eran. En ellas lo verdadero y lo bello creaban una unidad tal que no apenas salían de la boca de Gobernador se materializaban, se hacían existencia.

Esaquellalaausente solo tuvo entonces que estirar apenas su delicado y largo brazo y abrir su mano suave para que esas palabras cayeran como algodones en su palma, una detrás de la otra. Pocos instantes bastaron para que ella se encontrara con una torrecita de palabras, con un poema vertical reposando en esa palma suya.

Tuvo entonces la intuición de que poco tiempo faltaba para que su exilio se consumara. Un sentimiento paradójico se le cayó encima. Alegría y tristeza, amor y odio, se le mezclaron y tomó la decisión de su vida. Aferró con fuerza esa torrecita tan suya y la escondió en la oscuridad de su bolsillo derecho.

A partir de ese momento, en cualquier lugar de su exilio en el cual se encontrara, cualquier excusa era buena para que, en medio de su jornada, revisara con amor su bolsillo derecho para ver si todo estaba en orden. Sí, eso estaba ahí. Un sentimiento de seguridad la protegía entonces y nada malo le podía pasar pues Gobernador estaba ahí.

Pero en otras ocasiones muy raras, ese palpar no le bastaba, pues el odio superaba al amor. Desesperadamente corría entonces a un lugar tranquilo, sacaba esas palabras de su bolsillo, las leía y las volvía a leer y, cuando ya las había leído una y mil veces, comenzaba a mezclarlas entre sí para crear frases y todavía más frases inéditas, fantásticas, suyas, que leía excitada y contenta a través de la voz de Gobernador que, del otro lado del mundo, la seguía buscando como loco con ese poder que ya no tenía.

Entonces el milagro de su venganza se volvía a repetir.

Las frases que Esaquellalaausente creaba a partir de su mezcla loca se le transformaban sin más a Gobernador en pensamientos y, allá lejos donde él estaba, se ponía entonces a recordarla a través de murmullos que pronunciaban las palabras exactas que ella quería, víctima, ahora él, de esa dictadura a la que nos lleva irremediablemente el mal de amores.

Índice

Una novela de vanguardia	9
Pueblo. Invenciones e ideas	19
Preámbulo	25
Gobernador, Esaaquellalaausente, Fantasma	31
Prisionero	55
Mariadelosángeles, Pabloelmarinero	61
Prisionero	105
Rosita, Secretario, Ella	111
Prisionero	145
Gobernador, Esaaquellalaausente, fantasma	151
Prisionero	179
Mariadelosángeles, Pabloelmarinero	183
Prisionero	229
Rosita, Secretario, Ella	233
Epílogo	273

Pueblo

Se imprimió en el mes de junio de 2024
en los talleres de la Editorial Metrópolis
Boleíta Norte, estado Miranda, Venezuela.
Son 1.000 ejemplares.

Esta novela experimental de Miguel Ángel Pérez Pirela entretreje historias paralelas de diversos personajes que habitan un mismo *Pueblo*. Es una obra subversiva donde el despotismo y el desvarío de un gobernante son tolerados por una población conservadora, que podría ser la de cualquier país latinoamericano, aletargada y sumida en una especie de ensueño. Pérez Pirela plantea una reflexión sobre el poder político, el poder del erotismo y la alienación de seres enfrentados a la imposibilidad de salir del conformismo de sus vidas. Una novela vanguardista de múltiples significados que, al mismo tiempo, es una reflexión sobre la novela misma.

Expresa Luis Britto García sobre la obra: “Hacia el último tercio del siglo pasado, Juan Liscano sentenció, con razón para su época, que la literatura venezolana había sido preponderante testimonial y realista, y casi nunca onírica o fantástica. (...) A pesar de su título sociopolítico, *Pueblo* es una historia sentimental”.

